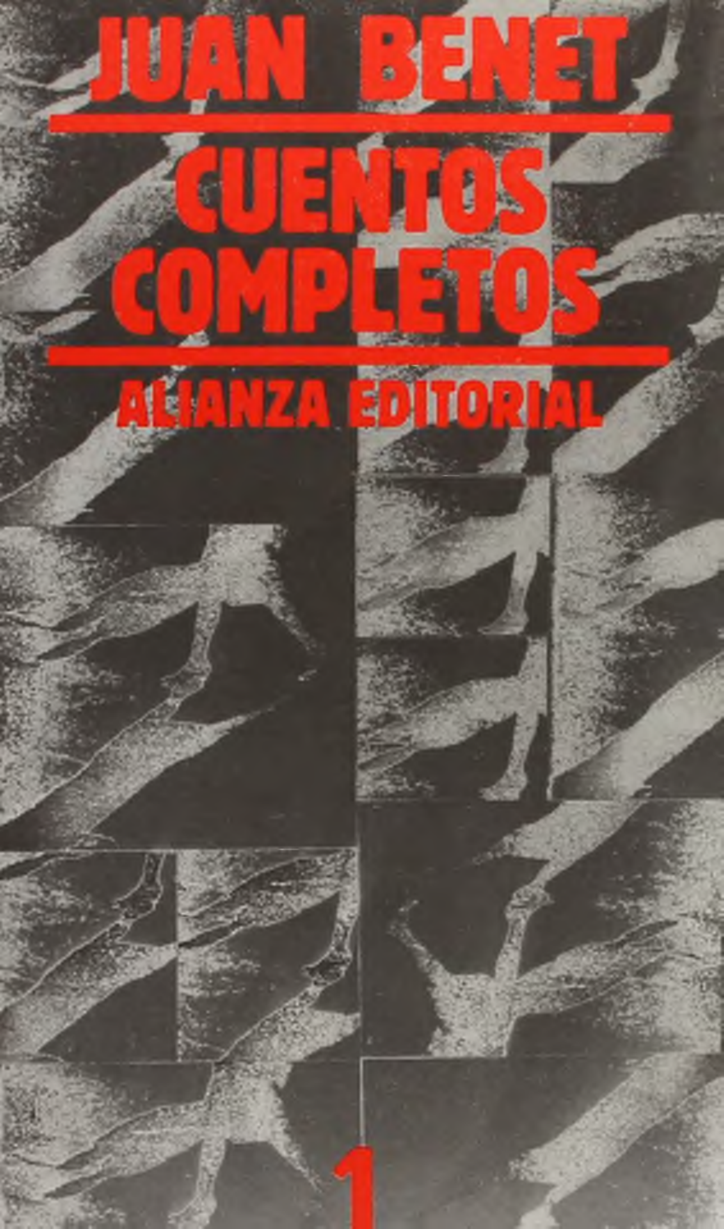
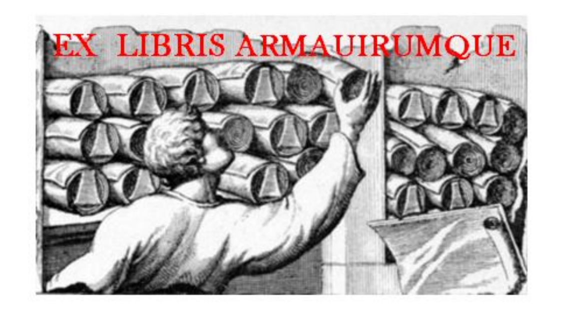

JUAN BENET
CUENTOS COMPLETOS
ALIANZA EDITORIAL
1

En el prólogo a la primera edición de sus CUENTOS COMPLETOS señalaba JUAN BENET que la recopilación reunía «un variado conjunto de relatos muy diversos, salpicados de imágenes de emociones que de manera refleja pueden resucitar diferentes estados del espíritu». Caracteres enfrentados y situaciones singulares dan lugar al despliegue de diferentes actitudes y pasiones: «La generosa nobleza separada por un delgado tabique de páginas de la más baja ruindad; la venganza implacable junto al magnífico perdón; desapacibles noches del invierno regionato a poca distancia en el tiempo de los cálidos mediodías; momentos risueños dentro de un acontecer sombrío, y viceversa; el lujo de una civilización pagada de lo último en contraste con la miseria de una cultura añeja y decrépita.» En este primer volumen (LB 649) se reúnen las novelas cortas y en el segundo (LB 650) los cuentos propiamente dichos. En esta misma colección han sido editados los cuentos completos de Ignacio Aldecoa (LB 436, LB 437), Carmen Martín Gaite (LB 704), Jesús Fernández Santos (LB 675), Francisco García Pavón (LB 820, LB 821), Medardo Fraile (LB 1545) y Juan García Hortelano (LB 1588, LB 1589).

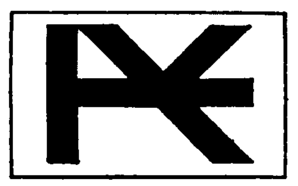
Cubierta: Daniel Gil

El libro de bolsillo
Alianza Editorial

Juan Benet:
Cuentos completos, 1



El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1977
Quinta reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1995

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-1649-4 (T.I.)
ISBN: 84-206-1983-3 (obra completa)
Depósito legal: M. 12.814/1995
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

Sección: Literatura

Prólogo a la segunda edición

No es sólo el afán de lucro lo que me mueve a sacar de nuevo estos *Cuentos completos.* El editor, que es quien tiene la palabra en estos casos, ha decidido lanzar al público esta segunda edición, sin duda persuadido de que no es muy grande el riesgo que corre; no parece que tendrá que almacenar el tiraje íntegro en sus pasillos, como le ocurrió —hace ahora veinte años— a aquel arrojado empresario, de firmes ideales republicanos, que publicó mi primer título de narraciones breves, *Nunca llegarás a nada.*

¿Será un premio a la perseverancia o que lo que era ilegible en 1961 se ha trasmutado en 1981 en —digamos— artículo de consumo?

Respecto a la primera edición de estos *Cuentos completos* no median otras diferencias que la inclusión de la leyenda «Numa» —escrita y publicada con posterioridad a aquella antología— y una distribución diferente de los relatos de que consta. En la anterior ocasión opté por recoger en el primer volumen todas las narraciones situadas en el espacio regionato, para incluir en el segundo todas

las restantes. Ahora, para animar un poco la cosa (y de paso tratar de pinchar a algún crítico) he obedecido a una distribución diferente, convencido de que aquella tímida clasificación geográfica ni quita ni pone nada a las categorías literarias del conjunto. Así pues, en esta ocasión, el primer volumen incluye las —por llamarlas así— novelas cortas, tan distintas de los cuentos, reunidos en el segundo tomo. También estoy convencido de que en fecha no lejana cualquier estudioso o comentarista nos vendrá a explicar, de manera tan concluyente como insatisfactoria, cuál es la diferencia entre novela corta y cuento.

Una última apostilla a ciertas aprensiones vertidas en el prólogo de la edición anterior. Creo que, poco a poco, voy superando el miedo al textólogo y, gracias sobre todo a iniciativas (como esta segunda edición) tendentes a buscar para mis escritos un público algo más vasto que el que hasta hace bien poco me distinguía con su favor, empiezo a esperar para el conjunto de mi obra el premio de cierta desconsagración, que es lo mejor a que puede aspirar un escritor: ser leído más por el público aficionado que por el profesional de las letras. Por eso decía que por esta vez no me mueve tan sólo el afán de lucro.

Juan Benet, febrero de 1981.

Prólogo a la primera edición

En la presente edición en dos volúmenes de AE se han recogido todos los cuentos y novelas breves que he publicado hasta ahora y bajo los siguientes títulos: «Nunca llegarás a nada», «Una tumba», «5 narraciones y dos fábulas» y «Sub-rosa». Tan sólo he omitido dos breves fábulas, por considerar que no entran en el género, y un cuento que publiqué hace años en una revista literaria y del que preferiría olvidarme pero que, tal vez por eso mismo, no puedo apartar de mi memoria; no sé por qué ni cómo ni cuándo lo escribí y, si he de ser sincero, ni siquiera con qué objeto; pero lo cierto es que lo escribí —creo que conservo el original por algún lado— y ahí ha quedado, con el reconocimiento público de mi innegable paternidad, despojado de los otros derechos y privilegios de que gozan sus hermanos, legítimos en mayor grado que ese fruto indeseado de un concubinato vergonzoso.

Al ordenar esta colección me atuve a una norma muy sencilla; en un volumen he reunido todas las narraciones que se sitúan en eso que algunos críticos han dado en

llamar «el espacio mítico» de Región y en el otro los que se sitúan en cualquier otro espacio, sea mítico o no. Por uno de esos asombrosos arcanos que rigen el universo e informan sus apartados más remotos y nimios, ambos volúmenes han resultado del mismo número de páginas, lo que además de una ventaja editorial estimo que puede constituir el punto de partida de una reflexión crítica muy al gusto moderno; por ejemplo, que el espacio mítico es un complemento gemelo y contrapuesto al espacio no mítico, que la escritura es la reacción en forma de texto a algo que necesita ser imaginario, que el texto es la reducción de un estado del pensamiento anterior a la obra, que hay dos textos, o tal vez tres, o que hay tantos textos cuantos se quiera.

El lector que esté ajeno a las modernas teorías textuales y a las recientes elucubraciones acerca de la escritura —más bien de las escrituras— espero que podrá encontrar algo de lo que buenamente se espera de toda lectura; esto es, emociones. Porque el otro no ya que, por lo general, las teorías textuales dejan una huella imperecedera y establecen, para siempre, la distancia insalvable que debe separar al científico del objeto de sus investigaciones. Hay que ser muy hombre, todo un hombre, para volver a recrearse ingenuamente con la lectura cuando se tiene en el haber propio una parte o la totalidad de una teoría textual. Con una parte ínfima basta; casi con un enunciado que, por lo demás, son raros. Porque, insisto, una lectura analítica de textos, de la mano de uno de los grandes maestros contemporáneos, imprime más carácter que el paso por la Legión.

Por el contrario, el lector ajeno a la teoría podrá encontrar un variado conjunto de relatos muy diversos, salpicados de imágenes de emociones que de manera refleja pueden resucitar diferentes estados del espíritu, con un poco de aplicación. Ante sus ojos desfilará toda una cohorte de caracteres enfrentados e incluso opuestos; situaciones que no guardan entre sí ningún parentesco, a pesar de circunscribirse al espacio mítico de Región, y pasiones que —me atrevo a afirmar— cubren buena

parte del complejo espectro de la conducta humana. La generosa nobleza separada por un delgado tabique de páginas de la más baja ruindad; la venganza implacable junto al magnánimo perdón; desapacibles noches del invierno regionato a poca distancia en el tiempo de los cálidos mediodías; momentos risueños dentro de un acontecer sombrío, y viceversa; el lujo de una civilización pagada de lo último en contraste con la miseria de una cultura añeja y decrépita. Verdades evidentes y palmarias que conviven de pared por medio con insolubles enigmas. Es decir, como dicen los folletos turísticos y de paso repite algún crítico cuando no está en vena de improvisar, todo un mundo en pequeño que recoge —en reducidas proporciones— el sortilegio de nuestra variada geografía, nuestras ancestrales costumbres y el múltiple colorido de nuestro pueblo. ¡Ah, el poder reductor de este arte arbitrario! Y entrando ya en un terreno más práctico incluso se ofrece al lector unas pocas páginas en inglés que, a pesar de no venir acompañadas de su traducción, pueden ser de utilidad para estudiantes de grado medio de esa lengua; su propia rusticidad me impide esperar que sean del mismo provecho para los que hayan alcanzado el grado superior.

Con todo y con eso me queda la sospecha de que, a pesar de tratarse de una edición dirigida al hombre de la calle, en buena medida se apropiarán de ella los críticos, los doctos y los que, habiendo sido iniciados en la textología, no desean otra cosa que un motivo para practicarla. Porque o bien es que el hombre de la calle compra pocos libros para leer (un concepto que debe tener algún parentesco con aquella «merluza para freír», señalada en los menús de las viejas tabernas) o bien es que, por una de esas faltas de discernimiento que llevan al hombre hasta la manía persecutoria, yo ya no veo más que críticos, doctos y textólogos. Sit Regionis terra sibi levis.

Juan Benet, enero de 1977.

Nunca llegarás a nada

Un inglés borracho al que encontramos no recuerdo dónde, y que nos acompañó durante varios días y quizá semanas enteras de aquella desenfrenada locura ferroviaria, llegó a decir —tras muchas noches de poco dormir y en el curso de cualquiera sabe qué mortecina, nocturna e interminable conversación— que no éramos sino unos pobres «deterrent» tratando en vano de sobrevivir. Luego dijo que no comprendía nada; preguntaba que por qué seguíamos empeñados en viajar sin sentido (tal vez por eso nos seguía) y pedía que le explicáramos mejor lo que pensábamos hacer, que —por favor— se lo dijéramos de una vez y claramente, porque de otra forma nos abandonaría siempre a nuestra triste suerte.

Probablemente no le hicimos caso; no le contestamos nada, ni claro ni oscuro. A partir de una de aquellas noches se replegó en un espectacular e infantil silencio, que sólo abandonaba para repetirnos —mil veces por noche— que sí, que ya sabía que había gente como nosotros, que nunca se había tropezado con ella, pero que de sobra sabía que existía; que con gente como nosotros

(mezclaba un tono de fatal comprobación y un irresistible deseo de negarla) no se podía hacer nada. Me inclino a creer que durante unos días, o unas horas tan sólo, fuimos para él una especie de aturdida visión, de cuya inutilidad, de cuya falta de sentido y de apetito se resistía a convencerse. Nos dijo que era de cerca de Manchester (con la misma forzada pasión con que debía echar pestes de Manchester en el comedor familiar) y que nosotros, en cambio —nunca lograré saber si aquello lo añadió en forma de interrogación o seguro de sí mismo—, qué éramos sino unos pobres «deterrent» tratando en vano de sobrevivir, «trying to rise again». Y agregó algo con un cierto rubor que le obligaba a dirigirse al cristal, empañándolo con su aliento, volviéndonos la espalda y simulando descifrar el letrero de una estación mientras dormitábamos, algo que nunca logré ni lograré entender cabalmente. Arrastraba los días buscando una definición; empezó a mezclar (de noche, por lo general, para continuar obstinado e infatigable repitiéndose a sí mismo durante las primeras horas de aquellas mañanas húmedas a través de la llanura del Holstein, un cielo de calidad irrompible, y, al norte de Flensburgo: las vacas color leña por los suaves declives de Dinamarca) las generaciones perdidas, la juventud sin ideales, el fiasco de la edad y, sin duda, hasta los años de peregrinaje; pero nunca logró encontrarla. Cambiábamos de vagón; Vicente jamás le escuchaba; hacíamos noches sentados en las maletas en estaciones caóticas, nos desviábamos del camino; pero, a la postre, cuando ya creíamos que nos separaba de él media Europa, volvía a surgir rodeado de vapor, que se esfumaba para que apareciera su sonrisa infantil, sentado en el rincón del compartimento, apretándose contra el cristal y mirándome de soslayo (porque Vicente desaparecía en pos de la mujer), para repetirme, con esa terca arrogancia de la que sólo esa raza es capaz, aquella mezcla de reproches inconclusos con que trataba de definir toda la maldición de un destino pasado que se negaba a darse por tal.

Al fin logramos perderlo. Cuando nos decidimos a permanecer en una ciudad, que he olvidado, más de diez días, abandonando nuestra inspiración y dedicándonos a la fruta, desapareció.

Un día comprendimos que no volvería a visitarnos; debió despertarse una mañana con una repentina energía, dispuesto a no sufrir más. Se puso la bufanda y se largó sin despedirse, borracho de manzanas, tratando de disimularse a sí mismo la expresión pueril con que tantas veces nos quiso corregir y seducir, última pólvora que gastaba en honor a una oportunidad que se resistía a dar por perdida, porque con un poco más de experiencia y sangre fría habríamos logrado aprovechar nuestra común libertad con más fantasía y menos arrogancia. Un día se levantó, cansado de llorar y de seguirnos como un perro, y se fue. Le echamos de menos, desgraciadamente. Eso mismo me llevó luego a pensar más en él: la cara aguda, pero las mejillas coloradas, la chaqueta azul con el latín bordado en el bolsillo circundado de fortitudos y «salutems», una especie de hinchazón facial que le nacía por la mañana para despertar con una apariencia aún más infantil, una actitud suspensa, inconforme e inexplicable, como si solamente contara con una clase de censura moral para protegerse de su perplejidad.

Desapareció él, pero su frase quedó allí, injusta y grave, sin significado reconocido. Cuántas veces antes de dormir la he sentido balancearse encima de mi frente, colgando como un huevo, tratando de atraer inútilmente la maldición que no se podía justificar en otra parte. Tampoco ella me la dio ni logré traducirla, ni siquiera he sabido si la había transcrito correctamente. Y allí quedó, unida a todos los departamentos de tercera; las pantomimas sexuales, los botellazos de medianoche, todos los viajes más que a través de las húmedas llanuras de materia irrompible y las granjas nocturnas, emprendidos desde un punto cíclico del vacío hacia una meta innominada del ayer, girando y balanceándose sobre mi cabeza en su idioma original, sin querer ni saber traducirla, sin siquiera entenderla, pero comprendiendo —por

eso mismo— que debía tratarse de una terrible verdad que solamente seríamos capaces de superar así que pasaran los años y (además de apagarse los vivos colores del futuro, además de esfumarse para siempre los misterios y vértigos de la juventud) se borraran definitivamente las desordenadas huellas de aquella desenfrenada, casi patética, lujuria ferroviaria.

Hoy sería soportable, e incluso evocador, si no hubiera encerrado una intención tan... personal. Si la índole del fracaso —a la que implícitamente debía referirse— se hubiera discretamente mantenido en el plano de las circunstancias normales sin alcanzar la convicción. No fue así, hoy suena a rayos. Maldita la gracia que le puede hacer a un hombre tenerla encima cada noche —girando en círculos de obsesión, con las cavernosas sombras de la silueta de una tía difunta, con la frente acharolada y convertida en sibila por culpa de un estreñimiento crónico—, tenerla a flor de labio cada vez que sale de casa con las manos en los bolsillos y se encamina —sin saberlo— hacia la cantina de una estación.

Nunca me acordaré por qué emprendimos aquel viaje. Es decir, he olvidado el pretexto. Un día Vicente se presentó en la oficina para preguntarme si tenía dinero.

—¿Dinero? Muy bien. Admirablemente. Tengo cuanto quiero y más —me levanté, empecé a pasearme por la habitación, sacudiendo la cabeza—. Se puede decir que nado en la abundancia.

El era el amigo rico. Habíamos sido ya compañeros en un colegio religioso, donde ni siquiera, creo, llegamos a conocer nuestro mutuo apellido. Más tarde nos encontramos —la mirada un tanto hipnotizada, las convicciones relegadas al futuro— estudiando la misma carrera; nos veíamos una vez al año, en el mes de junio, compareciendo al examen de ingreso. Su fortuna le permitía acudir allí con cierto desprecio hacia la actitud frenética de aquel millar de examinandos; sabía llegar tarde a la cita, arrastrando el tablero con fastidio; sabía mantenerse lejos e indiferente al escándalo de aquella jauría histérica, albo-

rotada por los algoritmos, más preparada para la caza de un pichón que para el examen de ciencias exactas; sabía, en los intermedios, tumbarse a la sombra de un árbol vecino y evocar las noches del verano inminente con uno de aquellos compañeros que llevaban diez años intentando el ingreso con el único objeto de apurar la renta y prolongar la paciencia de un padre cosechero. Jamás se le vio discutir un ejercicio, jamás asomó por su cara la menor preocupación ni el menor interés por el resultado del examen, jamás —naturalmente— asistió a la publicación de las listas de los aprobados —ese momento supremo de la ceremonia de inmolación anual (una noche de verano tradicionalmente cubierta de pesados y morados nubarrones que con majestad e indiferencia cruzaban las copas de los árboles de un jardín auguralmente iluminados por dos faroles de gas y un flexo) de aquella especial muchedumbre de ojerosos y susurrantes examinandos (tras cuatro, cinco o siete años estupefactos, durmiendo boquiabiertos, incapaces de soltar en el sueño los hilos de la fetal esperanza ni el compás socarrón de un despertador incrédulo) y atribulados padres que procuraban conservar la presencia de ánimo, que contenía la respiración y ordenaba silencio cuando se alzaba el telón y asomaba, apoyada en el antepecho de una ventana de la primera planta iluminada por un flexo, la secretaria que había de dar lectura a la lista de los examinandos no tanto definitivamente aprobados como definitivamente indultados de toda incertidumbre, y a la que siguió el silencio fatídico, el grito de incredulidad, el aullido sobre la silenciosa consternación de una decapitada multitud retirándose del flexo con el eco de una ola incapaz de saltar el muro mientras una voz trasera y desolada seguía llamando un nombre con intolerable insistencia y un timbre agudo, pero neutro, impersonal, excitado, emergiendo de detrás de los árboles como desde el reino de las fieras, preludiaba la carrera bajo los árboles —cuyo resultado debió sorprenderle al volver a casa, tras una tarde en las afueras en compañía de unas amigas amaneradas. Tan ancho le vino aquel pequeño

drama, tan poco esfuerzo dedicó a aquel lamentable ingreso que, como era de esperar, ingresó en seguida.

La Escuela empezó a aburrirnos pronto y a proporcionarnos pequeños disgustos y molestias trimestrales, que él —apoyado en su inmensa fortuna y haciendo uso de aquella fórmula mágica de la despreocupación— supo siempre resolver con más habilidad que yo. Porque, en definitiva, cuando al cabo de tantos años que la indiferencia ha desteñido intento aclararme qué es lo que realmente logré —relativamente joven— con aquel triunfo que parecía colmar todas las ambiciones heredadas y que parecía incluso capaz de abrir y soltar y desencadenar nuevas ambiciones inverosímiles, me veo obligado a confesar que se reduce a nada. Porque con el privilegio de llegar a ser un funcionario clasificado con una capacidad de despreocupación suficiente para ahorrarme una tentativa de suicidio inútil, se debió agotar también toda la cuerda que debía haber en mí para intentar algo nuevo, aproximando hasta las narices la perspectiva de consumir mis días fumando en divanes cada día más hundidos, contemplando a través de los cristales, centenariamente fregados por una bayeta harapienta que dejó sus huellas espirales, cómo las tardes caían a plomo. Cuando recuerdo aquel tiempo final de estudiante en la casa materna más que la desgana y la indiferencia, convengo en que lo que mi mediocre triunfo me proporcionó con más satisfacción fue la indiscutida capacidad para aguantar imperturbable la mirada de mi tía Juana cuando, por la mañana, entraba en mi habitación a despertarme, clavándome sus ojos pequeños y negros como las cabezas de sus agujas de tejer:

—Calamidad, nunca llegarás a nada.

Era soltera y cincuentona, hermana mayor de mi madre y algo así como la caja de caudales de todas las virtudes de la familia. Las virtudes más notables y significativas de mi familia (como de todas las familias a la víspera de su extinción) eran el malhumor, el espíritu filistino y la avaricia, lo que en la prensa sensata acostumbraba a definirse como la seriedad, el amor al trabajo y el aho-

rro, y que mi tía Juana había llevado a un grado difícilmente imaginable de perfección. El destino le había deparado tan amargos trances en sus mejores años de mujer que pasó por la juventud como por una autoclave; allí sólo quedaron virtudes esterilizadas, una afición al almidón y una dosis desproporcionada de tiempo inútil por delante. A los veintitrés, siendo prometida de un brillante militar (su retrato —una especie de melocotón sobre un aro de servilleta—, en un marco de hierro artístico orlado de un crespón negro que olía a cabra, permanecía en su mesilla de noche rodeado de medicinas), tuvo que ver cómo el Destino se lo arrebataba de este suelo miserable la misma víspera de la boda. Al parecer, la despedida de soltero, en una cervecería del arrabal que pasaría a la memoria familiar como el pozo negro de Calcuta, le proporcionó tan soberano cólico que aquella misma noche el capitán vació todas sus entrañas por su parte más ingrata; debió ser hombre sufrido y celoso de su deber, porque, al decir de mi tío Alfredo, aún tuvo la energía necesaria para tirar de la cadena en el último instante de lucidez y vaciar el depósito sobre tanto aparato inmundo a tiempo que caía sin vida. Y en el ala (siempre existe ese ala por grande que sea la decadencia familiar) liberal de la familia quedó para siempre la sospecha de que semejante gesto de honradez fue lo que le valió en la esquela el «muerto en acto de servicio».

A despecho de ese pasado la tía Juana y yo nunca fuimos demasiado amigos; para nuestra mutua incomprensión el demonio familiar había encarnado la contrafigura del tío Ricardo en la persona de su sobrino; al correr los años, de la misma forma que la figura del buen Ricardo y su gesto postrero perdían su calor pasional para elevarse a las cimas del ejemplo patriótico, creció el horror del sobrino a las virtudes domésticas, la puntualidad inútil, el rigor, la seriedad a ultranza, los lamentos (a través del pequeño patio y las ventanas esmeriladas) mañaneros del estreñimiento y las invocaciones piadosas, «más cerca de ti, Ricardo», de mi tía Juana, en el vaso de los suplicios.

Y, sin embargo, hoy, cuando acierto a ser justo, recuerdo con alguna frecuencia a la tía, y, a pesar de la pesadilla colateral, la deuda de gratitud que para siempre contraje con ella; ahora que la pobre estará junto al buen Ricardo (y me imagino que el paraíso consistirá para ellos en una suerte de común y eterno estreñimiento) me doy cuenta que los principios fundamentales de mi existencia se cimentaron —casi como la casa de Austria— en la rivalidad con la tía Juana. Para un hombre sin demasiadas ambiciones, hijo único de una madre que jamás le pidió explicaciones por nada, y que, aburriéndole la conversación de las mujeres, no tiene el dinero suficiente para irse a vivir a un país del Norte, la misma subsistencia hubiera sido un problema difícil si a su debido tiempo no le hubieran excitado el orgullo y una cierta afición a la burla las provocaciones de una tía virtuosa.

Así que cuando ingresé comprendí que todas las consecuencias del éxito se resumían en dos: la llave del portal y la contextura moral, la categoría cívica suficiente para aguantar cara a cara las miradas de censura de mi tía Juana. Como consecuencia de ello, en mi más recóndito interior debió fundamentarse la convicción de que toda mi deuda para con la sociedad (toda vez que me eran indiferentes los dictados de su censor más estricto) estaba para siempre saldada; ni estudié la carrera sino para acabarla de una vez, ni entre los veinte y veinticinco años, logré descubrir nada que me interesara vivamente. De igual forma que cinco años atrás me levantaba todas las mañanas con el «aguanta, continúa, un día lo conseguirás y podrás hacer lo que te dé la gana, mandarla a paseo, reírte en sus narices», mi segunda juventud quedó abreviada en un sinfín de tardes anacrónicas sobre un catre vencido, una habitación cargada de humo en la que flotaba permanentemente la censura social, el desengaño impersonal: «A ver cuándo te convences de que las ilusiones no tienen otro objeto que producir los desengaños. Ahora que estás a un paso de quedar formado a ver si aprendes a quedarte totalmente desengañado para siempre.» Pero tal vez porque la parte heroica de

una vocación —que se resistía a ensuciarse— había quedado silenciada por la desgana invencible que me mantenía apartado de mis deberes de calamidad, acaso porque nunca tuve todo el valor necesario para no hacer nada, acaso porque durante veinte años de tardes en blanco había forjado en el techo un programa demasiado rico para abordarlo de una vez, o acaso porque nunca logré llegar a ser lo bastante fuerte (a pesar del conocimiento la voluntad vacila) para hacer una conducta de mi desdén, alimentada cada mañana por la visión de mi tía en bata, lo cierto es que cuando acabé la carrera me puse a trabajar.

Por fortuna, mi trabajo no era totalmente honrado. Me busqué un empleo con un constructor de viviendas, hombre no demasiado limpio. Además de construir de tarde en tarde alguna vivienda chapucera, nuestra actividad estaba dominada por las tribulaciones del negocio: desde la compra de la autoridad judicial hasta la venta descarada, cuando las cosas se ponían feas, de todos los materiales impagados, e incluso las patatas y el carbón de un economato vecino que no debía guardar demasiada relación con nuestra firma. Semejante trabajo —además de ahorrarme el horror y las vergüenza que me producían las firmas respetables— tenía la ventaja de una remuneración total, aquellas contadas veces (yo no viví ninguna) que había dinero en caja.

La única persona capaz de sacarme de aquel caos de indiferencia, terquedad y... pobreza fue Vicente: nunca tenía nada pensado, lo inventó todo. Con la misma alegría con que huíamos una madrugada hacia Soria a la salida de un urinario, para refrescarse en la soledad de una venta del ardor de una huérfana, salimos para París. El pretexto fue lo de menos. Meses después, viéndole caminar de noche, desmemoriado y perplejo bajo la lluvia y las luces caóticas y azuladas del Reeper, llegué al convencimiento de que entonces, como siempre, habíamos sido empujados por una necesidad acuciante de pasión. El día que, en una estación del absurdo más inmemorable que su propio nombre y más angosta en el re-

cuerdo que su desnuda sala de espera, comprendimos que era inútil seguir buscándola, decidimos volver a casa.

Para aquellas personas que lo tienen (y aún deben ser muchas) debe amanecer un día —réplica de aquel que la insatisfacción lo lanzó a conocer mundo— en que el pasado familiar manda: mandan las piedras de un ayer severamente construido, las sombras y esquinas del rincón que pacificó la furiosa niñez, los árboles y los setos que desaparecieron para siempre y la gruta marginal de las meriendas soleadas donde terminaron, un día, los cuentos labriegos, para engendrar, confuso, el primer deseo de misterio; las cajas delicadas, los dormitorios prohibidos (con aroma a laca), los encajes amarillentos sobre el piano que (las teclas más amarillentas que si fumara dos paquetes diarios de tabaco negro) había materializado el aura fugitiva de Chopin en todas las agitadas mudanzas de la familia, las torturadas y garabateadas páginas de aquellos cuentos infantiles deshojados por los rincones y donde reposa el significado de las palabras..., sin duda amanece un día en que (los nombres que la muerte hizo sonoros repitiéndose entre los árboles, las ramas húmedas y las tardes doradas) emerge el pasado en un momento de incertidumbre para exorcizar el tiempo maligno y sórdido y volver a traer la serenidad, ridiculizando y desbaratando la frágil y estéril, quimérica e insatisfecha condición de un presente torturado y andarín, eternamente absorto en el vuelo de una mosca en torno a una tulipa verde.

Ella tenía (y me acuerdo con horror) un pasado levantino. De todas las personas que, durante todo aquel tiempo, por una razón u otra, la seguíamos por doquier creo que yo era el único que se daba cuenta de la gravedad de la situación. Poco a poco me he ido convenciendo de que todo lo que le ocurre a uno en la vida, por encima de los treinta años, tiene solamente un carácter honorífico; todo lo que antes de los treinta se ha dejado de hacer se resuelve luego en un clima tal de prudencia

y sabiduría que a duras penas se turba el ánimo. Pero cuando se ha logrado alcanzar ese límite primero y más razonable de la prudencia, cuando se ha educado el ánimo a despachar con diligencia los perjuicios del día anterior, cuando en todo momento se mantiene la voluntad aparejada para gozar de un humor y un gusto perdurable, el ansia de aventura del hombre avisado pasa entonces por ese momento único en que puede ser felizmente fecundado por el aguijón de una levantina. El primer hechizo tiene un síndrome claro: yo lo veía, apurando la bebida con prudencia en casa de Vera, tumbado en un sofá con las piernas por encima de un brazo, haciendo girar despacio un vaso alto y recogiendo reflejos de una lámpara holandesa: un primer desprecio al pasado seguido de la inmediata aspiración a la seriedad; un no sé qué, una mezcla de trascendencia, estupefacción, predestinación y sumisión depositando en la cara del escogido un precipitado de seriedad. «Luego —pensaba yo— será el laconismo, toda la combustión interna dedicada a la producción de ternura e intimidad en menoscabo de las virtudes sociales, la libertad civil.»

Cuando llegamos a París unos meses después, lo último en lo que yo pensaba era en aquella joven —con una mezcla considerable de turbulencia meridional y alpina— en torno a la cual habíamos prolongado aquellas veladas de verano.

—¿Y cómo andas de dinero? —me preguntó de súbito, dando vueltas distraídamente al pisapapeles, una muestra de mármol artificial.

—¡Oh..., oh..., oh, qué pregunta! —me puse a pasear por el despacho, moviendo los brazos con gestos generosos y comprensivos—. ¡Qué pregunta!

—Ahora debes ganar mucho.

—Un disparate. Un verdadero disparate. Algunas veces pienso si no será inmoral ganar esas cantidades.

—¿Cuánto ganas?

—¡Qué sé yo! No es posible saberlo. Comprende: no es una cosa fija, ni mucho menos. El dinero entra a emboladas...

—¿Cuánto tienes?

—Una fortuna, créeme. Una verdadera fortuna, si se tiene en cuenta mi juventud; realmente empecé hace poco.

—¿Cuánto?

—No insistas, Vicente, no lo sé; tendría que llamar al Banco, revisar los libros, ver la cotización. En fin, no lo sé. Si es eso lo que te preocupa, te diré que todavía no tengo como tú. Aunque de aquí a pocos años..., no sé.

—¿Te vienes conmigo a París?

—¿A París? ¿A qué? ¿Para qué?

—Para dejar esto.

—¿El qué?

—Esos papeles, esa mesa, esa máquina, ese señor que está en el despacho de al lado con el sombrero puesto. Dejar todo esto.

—No puedo.

—No me dirás que el trabajo te lo impide.

—El trabajo es lo de menos. El dinero...

—Tienes toda tu vida para seguir amasando tu fortuna. Hasta ahora no has visto nada. Luego, cada día te será más difícil a medida que te vayas haciendo un hombre de provecho. Tres meses nada más y volverás nuevo, Juan.

—¿Tres meses? Pero ¿tú crees que yo puedo andar por ahí suelto tres meses gastando dinero?

—¿Qué dinero puede disponer para el viaje?

Me volví cara a la pared para contar. Luego, asomándome a la ventana y mirando las chimeneas de la casa de enfrente, tuve que confesar:

—Unas mil setecientas pesetas.

—¿Eso es todo lo que tienes?

—Eso es todo.

—Pero tú eres una calamidad.

—También contaría con la liquidación de este mes. Pero no creo que me la paguen. Tenía más, pero me he hecho un traje.

—Eres un pobre hombre, una verdadera calamidad. Contigo no se puede hacer nada. Adiós.

—Vicente, sé razonable. Me he tenido que hacer un traje que me ha costado dos mil pesetas. El mes que viene...

—Adiós.

—Espera, hombre; sé razonable.

No podía serlo; su familia tenía una fortuna tan seria como reservada; gente tranquila y serena, poseedora de bienes raíces y propietarios de media provincia, ostentadores de un poder tan tradicionalmente admitido que jamás se preocuparon de manifestarlo. No eran industriales, ni comerciantes, ni negociantes, ni demostraban otra actividad que el ejercicio y el disfrute de un cierto civismo objetivo; eran simplemente ricos, gente tan entonada e inmutable que ni siquiera la guerra civil —pasando como un huracán por los lindes de sus fincas— fue suficiente para alterarlos; que las mañanas de sol paseaban por el Retiro para recoger a sus hijos a la hora del almuerzo. Eran gente que decía «almuerzo». Tenían también un coche, un viejo Lanchester negro y charolado, tan serio como para pasear reliquias de santo; un chófer, Miguel, tan prudente y abotonado que aún sería capaz de excitar los instintos de los viejos terroristas. El padre de Vicente era magistrado en activo; su madre, «mujer más virtuosa y discreta sólo se hubiera encontrado en un epitafio» [1]; tenía también Vicente una hermana, un tanto difuminada por la devoción, que fácilmente hubiera multiplicado su interés si la hubieran permitido, a ratos, olvidarse del puesto que ocupaba en la sociedad. Aparte de no hablar, había algo en aquella mujer definitivamente inconcluso: una falta de calor en sus rasgos, un parecido frustrado y que en ningún momento llegaba a cuajarse, con una actriz de películas medievales. Algunas veces, en mis primeros años de escuela, Vicente me obligó a acompañarlos al almuerzo; luego, con mucha discreción y empujados por el sentir unánime de la fami-

---

[1] ¿Tennyson?

lia, no pudimos librarnos de acompañar a la hermana silenciosa y no persuasiva a las fiestas de sus antiguas amigas; fiestas convencionales, donde se prodigaba el vino dulce y los «sandwichs» de queso por los salones recogidos, utilizados de manera periódica como rampas de lanzamiento de toda la inocencia filistina de nuestra juventud. Difícilmente podía yo imaginar por aquel entonces que llegaría un día en que aquella estampa familiar, tan perfilada, se pusiese a vacilar como la película que sale del carrete y gira a una velocidad errónea, las figuras no desencajadas, pero temblonas, el propio magistrado convirtiéndose en un borrón instantáneamente ceceante. Cuando el así llamado inconformismo de Vicente, propagándose desde los salones recogidos, empezó a cobrar importancia el viejo magistrado no supo o no pudo adoptar otra actividud que la de cabeza señera, recta y no tan estupefacta como ignorante, tan incapaz de comprender la trayectoria de su hijo como un toro la de una mariposa.

Pero lo cierto es que un buen día nos fuimos a París. Yo no sé si fue incluso desde casa de Vera, saliendo una madrugada a trompicones. Yo no sé por qué en todas las casas donde se daban fiestas había mueble-bar, que se iluminaba al abrirse multiplicando engañosamente en sus espejos un cierto número de botellas intactas que siempre se consideraban excluidas del consumo de las fiestas. Cuantas veces tuvimos que acompañar a su hermana, nos quedamos Vicente y yo hundidos en los sofás de cuero que esa gente —no sé por qué— acostumbra tener junto al mueble-bar. Allí acudía también un viejo abogado, hombre hablador y con cierta afición a la truculencia, que, a mi entender, debía haber estado manifiestamente enamorado de ella antes de la guerra; un crítico que la acompañaba, apoyaba y sancionaba en sus campañas y mucha gente diversa, de paso entre Europa y América, que ella había conocido en el extranjero y que, obedeciendo al frío entusiasmo de la cultura, acostumbraban a visitarla. Ella fue la primera que me dijo que no me preocupara por el dinero, licenciándome una entre-

ga que el propio Vicente se avino a adelantar. Me parece, cualquiera que fuere la farsa, que el dinero salió todo de él, limitándose ella (y el abogado) a persuadirle y avalarme.

Lo cierto es que si aquella misma madrugada, al salir de su casa y tomar un taxi desvencijado, no salimos para París fue porque, desgraciadamente, hay un tiempo fluido que enlaza y separa todos los sucesos. Lo que pasa en ese tiempo nadie lo sabe: ni se recuerda ni se prevé. Yo pasé de aquella velada en casa de Vera a una habitación sórdida de un hotel miserable cerca de la puerta de Vanves. Tumbado en la cama apenas podía reconocer la relación —de tiempo o de lo que fuera— que podían guardar aquellas estanterías de mi cuarto, llenas de latas vacías, pinceles secos, gomas podridas y alguna bomba de bicicleta con las conversaciones que habíamos oído en casa de Vera, con toda la travesía por Europa envuelto en un pijama ridículo, los discursos en inglés y, lo que parecía más grave, aquella cabellera color mate que parecía haber empezado a girar en casa de Vera para, como en las películas de los archiduques, salir por un ventanal hacia la galería, atravesar el parque girando y recorrer media Europa hechizando a un puñado de mendigos. Ese tiempo, yo creo, no existe, ni siquiera es una impostura, ni siquiera el líquido neutro donde se disuelve el ácido amoroso, el viaje a Europa, para rebajar su potencia; no es nada. Nada.

Pero estábamos en el momento en que decidimos salir. Habíamos hecho todos los esfuerzos imaginables para encender la chimenea de Vera; apenas logramos otra cosa que prender unas astillas y atufar la habitación con un humo agrio cuando, con el vuelo de unas cenizas de papel, cortando la narración, el tiempo falso se hincha y nos lleva al apartamento de París. Apenas encontré otra diferenca que la mota de ceniza y el vacío a nuestra espalda, mucho más incómodo, de aquel sinnúmero de enamorados que, sin prestar la atención a la narración, abandonaron la casa. Ella era divorciada —de un noble italiano, creo que me dijo—, «atrozmente sacudida por el

Destino». Pero cuando volví a entrar con un vaso de noche en cada mano (y por eso recuerdo que volvía a ser de noche, tras un nuevo ardid de un tiempo más tornadizo y zafio que un caricato) tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta en actitud de degustar todo el sufrimiento que era capaz de soportar. Había leído el periódico —que me tendió hasta el otro lado del sofá— y había comprendido que *todo* podía considerarse terminado. Aún recuerdo cómo su mirada, al caer sobre una página interior, subió hasta el techo y quedó allí clavada durante el resto de la noche, con la boca entreabierta, como si hubiera leído el anuncio de su próxima ejecución.

Sí, allí estamos los tres en el sofá prolongando una conversación en la que Vera se negaba a entrar. Allí está, un poco apretado en el centro, con sus ojos saltones y el pelo prematuramente blanco coronando paradoxalmente una cabeza mestiza, evocando las desventuras de su padre, un hombre de una vez. El vive retirado, ajeno a la política, tratando de sacar con su esfuerzo una pequeña hacienda donde fundar una familia y una nueva paz. Pero cuando los realistas queman el establo y se llevan todo el ganado su padre se echa al monte, aun cuando su madre (muy pequeña de estatura y muy hábil con la rueca de lino) arrastra el segundo embarazo. Vuelve al cabo de una semana llevando de la rienda tres caballos realistas con monturas y arneses. Luego es un día que comprende que mejor que meter el arado en una tierra sedienta y maligna, mejor para la hacienda y para la conciencia moral —sin olvidar una infancia europea estrictamente religiosa— resulta, de cuando en cuando, matar un realista al paso. Y otro día necesita la colaboración de su hijo y un indígena vecino para ampliar un establo donde cobijar treinta monturas, todas con sillas azules.

—Un hombre de una vez.

—De esos que ya no existen. Eran terribles. Había que verlos en su salsa, en camiseta y con los tirantes colgando de los hombros; aquellas cabezas leonadas con gesto

altivo avizorando el horizonte. Y eran terribles. Pero ellos no lo sabían.

—Mi padre no era así.

—¿Cómo era su padre?

—¡Ah, no lo sé! Pero seguro que no era así. Así debía ser un tío mío, llamado Ricardo por mi tía. Murió de un cólico. Debía andar el pobre en camiseta todo el día. Esa generación salió así.

—Mi padre era diferente.

—Mi tío también tenía mucho pecho, un bigote borgoñón y era un poco legionario. Es imposible saber la cantidad de moros que debió matar aquel hombre.

—Mi padre no mató ningún moro. No es gran cosa matar moros. El destino de mi padre —y hablaba con veneración—, a partir de aquel momento, no pudo ser más desgraciado: una serie interminable de golpes de la fortuna que habían de conducirle a la ruina más negra.

Yo no sabía si la casa de Vera había viajado con nosotros. Allí estábamos los tres, o los cuatro, sentados en el sofá frente a un grabado de casa, satisfechos al menos de que una conversación tropical nos permitiese mantenernos aparte de aquel complicado adulterio. Luego supe que tampoco era la casa de ellos, sino del industrial mejicano (o lo que fuese) que la había amado durante los cinco días de la travesía. El otro era un marido ineficaz, de origen italiano, perlado, delgado y maduro, que sabía sostener sus maneras y su aparente ignorancia de la situación sentado en una silla alta mientras nosotros, a medida que se hundía la noche, nos íbamos hundiendo en el sofá, siguiendo la galopada de aquel padre único. Recuerdo que algunas noches me sacaron de allí y me llevaron al hotel donde debía hospedarme. En ese momento, repito, las cosas se mezclan tenebrosamente no sé si con el único objeto de hacer más patente nuestra propia vergüenza: se mezcla el marido, vestido con afectación de un gales gris y juegos granates de corbatas, calcetines y pañuelos, sosteniendo el vaso con indiferencia, con el señor Charles, al que conocí en una panadería. Era un hotel del distrito 14 que Vicente ya conocía de otras veces. Era

un hotel malo, pero grato; el portal se abría de noche con un timbre de eructo, y un ventanuco que comunicaba la alcoba de los propietarios con el primer rellano de la escalera les permitía observar la entrada de los clientes sin abandonar su lecho legítimo. Aquella visión tan fugaz de la legitimidad, además de una llamada a la conciencia, era —aunque Vicente paraba muy poco en el hotel— un estímulo a la aventura. Al parecer, nuestro hotel era el único de todo el distrito que ponía ciertos reparos a la introducción de ciertas visitas a ciertas horas. Nuestra dirección —me dijo el señor Charles comiéndose su barra y mirando a las ventanas de enfrente con pesadumbre— consistía en aquel matrimonio encaramado en su lecho-observatorio, que, sin cumplir los cuarenta, había pasado a la gerencia del establecimiento por defunción consecutiva de los padres de ella. Y un joven de gafas —intelectual «voluntariamente pervertido», como él mismo decía— que vendía o intentaba vender libros viejos y objetos de arte de papel mascado en un pequeño tugurio de la acera de enfrente, añadía que se trataba de «gente de principios, no crea usted. Ella fue una de las chicas más deseables del catorce, con su pequeña fortuna y unos abuelos veteranos de la Comuna. Ahora lee mucho; él es un animal, un mal nacido, ya se habrá usted apercibido». Aunque no tan radicalmente, yo de algo me había dado cuenta; a pesar de llegar siempre tarde y podrido de sueño, nunca dejaba de echarla un vistazo; por desgracia o por ventura, el lado de ella era el que daba al ventanuco, y puedo asegurar que no leía cualquier cosa, no; leía siempre libros forrados, que, por el desplazamiento, bien podían ser enciclopedias; tenía un pelo negro del mediodía, que se soltaba para dormir, y, fuera que mi llamada tardía despertaba en ella ansias inexpresables o fuera que el tomazo apoyado en la boca del estómago desplazaba el volumen del pecho por encima de las páginas eruditas, lo cierto es que emergía con tal ímpetu que no hacía sino producir mucho mal al viajero solitario. Algunas noches, aunque no puedo ni mucho menos recordarlas y creo incluso que hablo de re-

ferencias, me parece que intenté el diálogo desde el rellano; no tardaba en encenderse la otra lámpara.

No sé muy bien lo que pasó a partir de aquella primera semana. Como tenía mucho sueño atrasado y como empezaron a menudear las veladas fuera de casa y los fines de semana en el campo en el círculo del americano, dejé de frecuentar su casa. Una de las últimas noches tuve la sensación de que se había producido un cruce de mujeres. A las gentes como Vicente les ocurre con frecuencia equivocarse de mujer algunas noches de lluvia, cuando la visibilidad es difícil con el goteo interminable de barbarie educada y los brillos de las espaldas desnudas junto a las lámparas bajas de luz polvorienta. Yo creo que era la primera vez que ella, mezcla de tres razas (levantina una) y con un matrimonio a sus espaldas, se sentaba con nosotros para disimular su cansancio en nuestra serie ridícula de propósitos sobre la sociedad del porvenir...

«... de noche salíamos a robar caballos. Yo tenía entonces no más de dieciséis años. Mi padre, Joel, el mulato y yo. Mi padre y el mulato los seguían por el día, porque eran los que vendían a los americanos y mi padre decía que eso era devolver a nuestra tierra lo que estaban robando los políticos. Salíamos al ponerse el sol, siempre hacia el Norte, hacia la raya de Nuevo León, y descansábamos al día siguiente en cualquier lugar del río Salado. A la noche siguiente soltábamos los perros y nos despojábamos de toda la ropa. Es difícil hacerse cargo del viento que corre por aquellas tierras. Mi padre decía que a veces habían llegado a las calles de Monterrey, empujados a lo largo de todos los llanos, los diarios americanos con una sola fecha de retraso. Y mi padre y el mulato si sabían algo era de vientos. Cuando daba de cara sabían dónde estaban los caballos a más de quince kilómetros de distancia, y sabían también hacia qué lado tenían vueltas las narices. Había que enterrar la ropa bajo tierra, porque la ropa para un caballo es lo que más huele de este mundo. Había que meterse luego en el río y nos fregábamos con barro hasta que salíamos oliendo como lombrices. Entonces mi padre nos daba un vaso

de aguardiente, decía unas oraciones, nos bendecía a todos menos a Joel y salíamos trotando al pelo. Joel era el mamporrero, y como mi padre conocía el efecto del viento en los caballos sabía dónde dejar las yeguas y sabía el momento, sin necesidad de ningún silbido, en que había que enmorrarlas y volver al río. Joel era guapo y buen mozo, como mi padre, y el único que le aguantaba el pulso. Se untaba de grasa el cabello y relucía como un negro, y más de una noche, corriendo entre las cercas, lo tomaron por un sátiro, atrancando las puertas de los dormitorios y descuidando las cuadras. Yo creo que también había sido rival de mi padre en alguna correría nocturna y por eso mi padre le había hecho mamporrero y decía que no importaba que una coz le quitase un día media cara, porque era un presumido. Así, mientras mi padre aguantaba las yeguas y nosotros abríamos las cuadras, Joel hacía que los animales se liberasen a sus instintos naturales antes que seguir la mano delincuente de un cuatrero endomingado.»

Yo recuerdo muy bien su peinado, esa postrer y más perfecta floración que, unida a un aura de catarro permanente, acentuaba más los síntomas de la decepción: era un pelo de color castaño oscuro y muy mate, apenas sin otro brillo que la voluta final por debajo de la oreja; un pelo negro, denso, más inquietante y tenebroso que una laguna de montaña al que yo, distraídamente, intentaba aproximarme mientras resonaban las galopadas nocturnas, los ladridos de los perros, el cruce del río Salado por los jinetes desnudos y la vuelta al hogar a la madrugada a tiempo para desayunarse migas fritas en el calor del establo. No sé cuánto tiempo me pasé aproximándome a aquel pelo, no tanto en aquel sofá como en la cama del hotel, repasando sin memoria las latas de pintura y dejando consumir las horas en una bomba vieja de bicicleta; en los departamentos de tercera, haciendo confidencias a un viajero sentimental, que, al menos, sabía consolarme en el más puro estilo parlamentario, y mirando los papeles pintados y los pájaros japoneses decapitados por los boquetes, donde asomaba el revoco, y muy

cerca del despertar, años después, cuando su cara, a los golpes de la virtud y la avaricia, se iba afilando para cruzar el pasillo en sombras —se diría— sin necesidad de andar sobre las zapatillas, ¿cómo iba a explicarle al espectro de mi tía que en gran parte se debía al olor propio de un pelo sin brillo que había vislumbrado meses atrás?

«¿Qué haces todavía ahí? ¿Por qué no te levantas, calamidad?» Creo recordar que una de las últimas veces obligué al señor Charles a acompañarme. Luego le faltó tiempo para echármelo en cara, porque salió, me llegó a confesar, enfermo. La había rodeado en el extremo del sofá y a cada nueva cabalgada nos echábamos por detrás de su espalda un pellizco, tratando de llegar al pelo...

«... y entre seguir los rastros y organizar la caza lo cierto es que tanto mi padre como el mulato se pasaron dos años no pisando la casa para otra cosa que para el desayuno triunfal entre las cabezas capturadas... Pero, ¡ay!, un día mi madre, la pobre, empezó a tener miedo; un día (ustedes me perdonarán si les digo que el miedo, señores, arrastra el daño; podemos servirnos otros vasos) que llegamos a casa con seis cabezas y dos mulas, una mañana que podía ser de septiembre; encontramos la casa vacía, el huerto arruinado, los establos desiertos, la habitación de mi madre..., las sábanas todavía calientes hechas jirones por los suelos, sus ropas colgando por los cajones abiertos... Mi padre lo comprendió en seguida; él mismo nos sirvió el desayuno, recogió en cuatro alforjas lo que consideraba de valor, y aquella mañana, arrastrando las monturas, salimos a buscarla hacia el Oeste. Ustedes no se hacen cargo lo que fue aquello. Casi echamos un año en recorrer los llanos; atravesamos de parte a parte todo el Estado de Coahuila, para entrar en Durango, donde mi padre no era conocido. Mi padre conservaba las sábanas y algún traje carmesí que llevaba echado sobre el borrén y que, de tanto en tanto, mientras miraba las montañas, se echaba a las narices para reavivar en ellas el olor de mi madre desaparecida. Hacíamos noche en los vados, y mientras Joel y yo dormíamos, mi

padre y el mulato, cada uno con un traje o una enagua, subían a los altos y olían el viento y auscultaban la tierra, porque, como decía mi padre, mi madre no era mujer que se podía estar quieta en ninguna parte. Cuando llegábamos a la quinta hacíamos lo mismo que con los caballos: la espiábamos de día y al caer la noche mi padre y Joel se despojaban las ropas y la asaltaban desnudos mientras el mulato y yo les cubríamos la entrada...»

A duras penas podíamos encontrar el hotel a una hora que ni el señor Charles ni yo sabíamos resolver de otra forma que con inconexas confidencias, o con la lectura de Dumas, que más de una vez intentamos, en tono declamatorio, en el rellano de la escalera y ante el ventanuco de la propietaria. Porque ella, eso sí, era recia, galicana hasta la médula, y... jansenista, hubiera dicho si en lugar del señor Charles me hubiera acompañado el propio Verlaine, cargado de vino hasta las cejas. Para ser más francesa se ponía a limpiar por la mañana con un aspirador eléctrico vestida con un jersey negro ceñido y abierto de cuello y tocada de la tradicional cinta de seda negra de la que colgaba la pequeña cruz de oro. Habíamos ensayado con ella casi todos los estados del alma; el desfallecimiento nocturno y la reprimida pasión tras la última callejera apelación a una razón inexistente en los cafés y los mostradores de madrugada; yo había alcanzado hasta la envidia taciturna (bajo el dominó color gris de moro) que me impelía a detenerme en el último peldaño, la mano sobre el pomo bruñido, sin querer mirarla, pero sí tratando de distraerla con mi absorta presencia contemplando mi desordenado interior. No dio resultado nada; era una mujer de principios, con una conciencia muy clara del dominio de sí misma y la responsabilidad social adquirida a través de una herencia burguesa y confirmada por medio de una lectura organizada. Todos los que antes de cumplir los treinta años nos atrevimos a arrimarnos a esa linde desde donde se vislumbra la aventura —sin decidirnos a cruzarlo— tropezamos con aquella mujer: recia y blanca, no demasiado alta, ceñida de carnes, morena y un poco aceitada, y en

cuyas manos —para mayor inri— no estaba ni mucho menos encomendada la fidelidad del matrimonio, injustamente fletado por un marido terco y romo, incapaz de resistir el primer empellón. Las pocas veces que entraba conmigo Vicente ni siquiera la miraba. «Perfecto imbécil —le había dicho—, qué ganas tendrás, qué mosca española te habrá picado para andar por esos mundos buscando mentiras escuálidas cuando el mismo Platón duerme en tu casa.» Cuando las cosas —no sé por qué razón— comenzaron a complicarse, buscando en el aire un pretexto, tuvimos que organizar una pequeña fiesta, coincidiendo con una cierta fecha del verano: no sé si el 14 de julio, el 10 de agosto o la Virgen del Pilar. Me atrevo a creer que por haberlo organizado él se trataba de la fiesta de la Raza.

Había estado durmiendo casi todo el tiempo. Tenía tanto sueño atrasado que desde el momento en que pisé París por vez primera me había decidido a recuperarlo para aprovechar los días siguientes con más calma. Aunque el resultado no pudo ser más triste, estaba de cualquier modo resuelto a no dejarme llevar por el frenesí del viajero y malgastar mis mejores días en un montón de tarjetas postales. Hasta entonces había tenido confianza en Vicente; el resultado no pudo ser más anacrónico. Cayó en mis manos el libro de Dumas y durante cuatro días no abandoné el hotel más que para acompañar al señor Charles a comprar pan y vino de Argelia, y tratar de recitar nuestros versos en el rellano de la escalera. Tenía una habitación del primer piso, que daba a la calle; muy alta de techo, con una desvencijada antesala flanqueada por dos columnas de fundición, decorada con viejos papeles pintados y provista toda ella de una estantería donde quedaban viejos botes de pinturas, piñones de bicicleta y botellas vacías; había también, tras unas cortinas harapientas, un sillón «recamier» desfondado, donde el buen hombre se tumbaba a beber vino y leerme, del otro lado de la cortina, algunos capítulos del mago, antes de dormir. Como fuera que comenzase nuestra buena amistad lo cierto es que a los cuatro días de

convivencia nos tratábamos no sólo de usted, sino de señor. Era un hombre holgazán y pedigüeño, pero educado.

—Y bien —le dije al cuarto día—, creo que ya es hora de conocer París.

—En tal caso, señor, tendrá usted la bondad de excusarme.

—No faltaba más. Espero que no se sentirá usted obligado a acompañarme. No creo, por otra parte, que le interese en absoluto.

—En efecto. Interés, ninguno. Pena, mucha. Pero usted puede irse tranquilo. Sin duda, ha venido usted a eso, y el que yo pensara de otra manera ha sido, justo es reconocerlo, una lamentable equivacación. A mis años, señor, hay mucho que aprender todavía. Por otra parte, de la misma forma que es mi deber reconocer (y no abrigue usted duda acerca de la educación recibida al respecto) las atenciones de usted, creo que estaría fuera de lugar llevar el agradecimiento a ese extremo exagerado que tanto usted como yo, no dudo al afirmarlo, repugnamos.

—Me tranquiliza usted. Y debo confesarle, a mi vez, qué cerca me encuentro de lamentar mi decisión.

—No, no lo haga usted. Será mejor para los dos. Un último trago, eso es todo. Adiós.

—Créame que lo siento. Lo siento de verdad.

—Lo comprendo, lo comprendo —se había ido; había cerrado la puerta con tal delicadeza (ese último y traicionero clic de un picaporte vencido por la pesadumbre para ocultar los sollozos) que me sentí avergonzado y no pude salir en un par de días más.

Una noche, en un momento de percepción entre dos sueños profundos, comprendí que nos habíamos equivocado y que quien debía haber salido era yo. Pero era tarde para remediarlo. Por fortuna volví a verle unos pocos días más tarde, asomando con picardía la cabeza por entre las cortinas raídas para espiar mi sueño: a las seis de la tarde, cuando el sueño se prolonga en una continua agridulce sucesión de reproches sobre el empleo del tiempo; a las siete, vencido por el peso de la

fatalidad vespertina, cuando la voluntad se resigna a no servir más señora que a la cama; a las nueve y media, cuando el último y definitivo crepitar de las brasas de una actividad agonizante, confundiéndose con el parpadeo de los letreros luminosos, es capaz de desvelar el sueño de los cruzados caídos delante de Jericó; a todas horas entró, carrillos hinchados, la mirada burlona, una compuesta sonrisa de candor para tratar de superar la falta de intimidad. Qué sé yo la cantidad de gente que al cabo de poco tiempo era capaz de alojar aquella habitación. Sobre todo a partir del momento en que, por una razón que desconozco, dejamos de ir al apartamento del mejicano. Yo le había hablado al señor Charles del «whisky» y del pelo, y al punto quiso conocerlos. Pero cuanto más cerca estábamos de él, cuando, sintiendo tan próximo en torno a nosotros el zumbido de las noches en los llanos, cargadas de venganza, deseos y hombres desnudos, tratábamos de abismarnos para siempre en aquel terrible y estupefaciente remolino de color epiceno junto a la oreja pequeña

«Estamos en el momento en que mi padre y Joel, armados de pistolas y desnudos, irrumpen precipitadamente en el dormitorio principal de la quinta. Imagínenlo, señores...»

tratando de llegar a aquel mechón en forma de cuerno naciendo en la sien y, tras rodear la oreja, acabando en un punto que casi tocaba el lóbulo con un punto brillante, quieto y sereno, donde quería converger toda la dramatizada sucesión de alucinantes tardes galopando desde la adolescencia hasta el departamento tapizado, y el despertar de mil mañanas hambrientas preconizando en el compás de los pasos por el pasillo de la tía embrujada el horror y el desprecio de una edad miserable, todo el insatisfecho apetito de una juventud premonitoria tratando de calmar su inextinguible acidez con la pequeña píldora color cera y un punto de brillo como todo adorno

«... más que el miedo, la sorpresa. Cuando en la claridad que entra a través de la mosquitera ven acercarse al hombre terrible imagino que ella se esconde bajo las

sábanas. Y que el hombre (e imagino también que en la mayoría de los casos debía tratarse de matrimonios muy dispares en la edad) intenta por un momento pedir auxilio, pero es pronto reducido a su condición más vergonzosa con un cañón colocado en su entrecejo. Y mientras Joel apunta y vigila, mi padre enciende un candil, se acerca a la cabecera, levanta las sábanas y dice: «Sal de ahí, perdida.» Pero cuando se apercibe de su error la arroja de nuevo en su cama, con un gesto de desprecio. Furioso, perplejo, recorre la habitación rugiendo como un poseído, abre los armarios, lanza los vestidos por el aire hasta que, tratando de encontrar la explicación, encuentra una enagua en la que olfatea afanosamente. «Ustedes las mujeres son todas...», dice, abrumado de dolor. Y poniendo su manaza sobre el hombro del viejo marido le aconseja que la deje y abandona la casa decepcionado para unirse a nosotros y seguir cabalgando toda la noche. Al cabo de unos meses la locura en aumento de mi padre le lleva a las proximidades de Torreón. Una noche, algo raro sucede. Tal vez es la desesperación, el desengaño definitivo o solamente la fatiga, el deseo de probar una cama después de dos años de dormir al raso. El marido y Joel esperan a la puerta y cuando a la mañana siguiente se abre la puerta mi padre ya no es el hombre incorruptible y temido, sino el Adán avergonzado, escondiéndose de la voz en las alturas. Cuando Joel intenta entrar él se vuelve:

—Imbécil, tráeme los pantalones. ¿No ves que estoy desnudo?

Y allá atrás, enmarcada en una melena suelta, una cara pequeña y temerosa, pero agradecida. Salimos de allí; en cabeza va mi padre, en silencio; el último va Joel, también en silencio. Al cabo de un mes, con aspecto cada vez más taciturno, habían asaltado más de doce quintas sin ningún resultado positivo. Al correr de aquel año la fama de mi padre se fue extendiendo por todo el estado de Durango y la alegría, en parte, volvió a renacer. Ya no era necesario hacer la guardia ni cubrirles la salida. Mi padre y Joel se desnudaban en las cuadras y entra-

ban en la casa llamando a la puerta principal. Al mulato y a mí nos metían en la cocina y nos daban una sopa caliente. Luego, cuando el concierto en el piso de arriba se iba haciendo más fuerte, el mulato subía también y yo me quedaba solo; a veces el viejo hacendado venía a hacerme compañía; se sentaba a mi lado, mirando el techo y acariciando mi cabeza repetía toda la noche: «Dios mío, Dios mío.» Al cabo de un tiempo cambió hasta la cara de mi padre. Pronto se hizo viejo, y no se hizo cínico, por fortuna, porque su naturaleza era demasiado noble, porque tuvo siempre a bien dilapidar su fortuna sin mirar a su provecho. Pronto empezó a echar de menos el riesgo y la aventura, el asombro en los dormitorios en penumbra cuando entraba incontenible con el cuerpo aceitado. Huimos hacia otras tierras, hacia el Sur, donde no era conocido. Recorrimos de nuevo el país; entramos hasta en los lupanares de la capital; volvimos hacia el Norte, hacia Nuevo León. Un día —mi padre había llevado tan lejos su misión—, un día... entramos en nuestro viejo hogar. Todo estaba intacto: en la cocina, junto al establo, ardía el fuego y se freía una sartén de migas...»
surgía, tras un pequeño giro insolente, la nariz recta (como la costa calabresa en la neblina mañanera) y un ojo aguamarino que miraba un instante con tal indiferencia que todo el Sinaí se derrumbaba sobre mí y encima de los escombros se posaba mi tía Juana, apoyada en su futuro bastón de anciana.

En realidad, no estoy seguro de que se tratara de una fiesta. Lo cierto es que algunas tardes —y repito que las noches en casa del americano pertenecían al pasado, un pasado en el que se había esfumado, sin que nadie supiera cómo, aquella cabellera meridional y toda la cohorte de maridos compuestos, pero fatalizados, y escotes abiertos— un grupo de gente, por lo general vestida de negro, encabezada por el propio Vicente irrumpía en nuestra habitación para interrumpir la lectura. Recuerdo aquella noche que había que buscar café y servicio a todo trance. La señora Mermillon nos sugirió que tal

vez nos lo pudieran suministrar todo Chez Lucas, en la misma acera y un poco más abajo. El señor Mermillon opuso una serie de reparos, su amistad con Lucas y «la correcta condición de todos sus clientes que en cualquier momento era preciso considerar», tal vez para evitar los comentarios de una calle que cada ventana cobijaba y ocultaba un envidioso. El señor Charles, discretamente apoyado en el umbral y sosteniendo a un lado el viejo sombrero manchado de grasa, con una elocuencia tranquila, discreta y razonablemente apasionada, que muy bien podía quedar registrada en los anales de los martes literarios (el propio Boileau, con la nariz como un dátil y una melena de piña tropical, y toda su cara con la civil, libertina y frutera hinchazón académica, enmarcado en un óvalo de funeral dorado, le contemplaba complacido) supo convencer a la señora Mermillon para adquirir en nuestro nombre, y a nuestro cargo, media docena de tazas de café, de porcelana (?) negra que la señora Durand, su amiga, tuvo a bien venderle a un precio exagerado, «si se consideraba exclusivamente su valor real»..., «aunque usted me permitirá decirle que no tengo por qué admitir otra valoración que la real...» «No vale la pena entrar en detalles. Ahí están las tazas. Es lo que usted quería. Y no olvidemos el gesto de la señora Mermillon, y no lo que ahora se ha dado en llamar un acto gratuito», dijo con suficiencia, riéndose para sí mismo. Estaba embriagado con su triunfo; caminaba por la calle Losserand delante de mí y a un paso vivo, la barbilla levantada y deteniéndose cada veinte pasos para sacudirse el polvo de las rodillas, con un gesto de gladiador. Hasta después que adquirimos el café molido Chez Lucas, fue a contárselo al artista, que nos recibió sin ningún entusiasmo:

—Todo eso es un disparate. La señora Mermillon pisa muy bien la tierra. La conozco desde niña. Créame, un disparate.

—¿Quién es ese señor que asoma en su ventana?

—No lo sé. Es que usted, como de costumbre, se deja arrastrar por su entusiasmo. Aunque su aspecto le desmienta, tiene usted un alma infantil.

—Ciertamente, así lo confieso yo también. ¿Y qué mejor?, me pregunto...

—Pero ¿es que ella le ha dejado entender algo...?

—Nada en absoluto. Pero él se cree con derecho a adivinar sus sentimientos.

—Nada de eso. Experiencia, psicología. O muy mal ando yo de conocimientos de la naturaleza para suponer en ella una ausencia total de pasiones o...

—¿Aun las más bajas? El otro día nos dijo usted que aún guardaba una botella para una ocasión como ésta.

—Qué gran verdad. Pero ¿quién es ese señor de la ventana?

—Volvamos a la realidad, caballeros. En primer lugar, es necesario sacarle de allí.

—¿De un hotel? Usted me asombra; no comprendo la necesidad de añadir nuevas dificultades.

—¿Y pretende usted asaltarla en su propia fortaleza? No ve usted que a ello se opone su descrédito.

—¿Descrédito? Nada de descrédito. Ya veo que no me conoce. Yo pico más alto, caballero, mucho más alto, infinitamente más. Le asombraría a usted, no me cabe ninguna duda, conocer la altura de mis ambiciones.

—¿No saben ustedes quién es ese señor que asoma por la ventana?

—No he querido molestarle. Créame. No soy un intruso. No me tome por un hombre indiscreto.

—Esto está bueno de verdad. ¿Qué dice, señor Charles?

—Desde luego. Y ahora verá usted quién soy yo.

—Alto. La idea partió de mí.

—Debe usted respetar la edad.

—De ninguna manera. Es más, creo que lo último que he de respetar en esta vida es una edad tan... lasciva.

—¿No va usted demasiado lejos, joven? Yo también tengo mis principios...

—Principios humildes, supongo.

—Humildes, sí, como todos. ¿Acaso procede usted de una buena familia?

—Buena, buena, no; pasable.

—¿Quién será ese señor que no deja de mirarnos?

—Es mi amigo Vicente. Un plomo. Un hombre inmensamente rico.

—Pues nos está buscando; no hay tiempo que perder.

—No salga, no salga. Usted no salga, no sabe lo que hay allí. Unas señoritas que al segundo vaso alargan los labios, cierran los ojos, se bajan los tirantes y se meten en un rincón a pedir café. No hay derecho.

—Ahora hace gestos. Está gritando.

—Vamos a ocultarnos. ¿Usted lee a Dumas, señor Charles?

—Todas las noches, señor; todas las noches. ¿Cómo cree usted que podría tolerar esta porquería de vida?

—Entonces usted sabe lo que quiero decir. Huyamos.

—Sí. Huyamos.

—¿Y las tazas?

—¿Qué tazas?

—Huyamos, huyamos todos.

—¿Están ustedes borrachos?

Luego volvió la serenidad, la compostura. Estábamos los tres sentados en el sillón central del tresillo de mimbre, tras haber cruzado la calle agazapados; la señora Mermillon se prestó a hacer el café y el señor Mermillon, el cuervo, dejó la lectura del vespertino para indagar el contenido del paquete: además del café, unas frutas endulzadas, unas galletas que parecían coral y una extraña pieza triangular veteada como un ágata que al saber que se trataba de extracto de hígado dulce americano, el señor Charles pasó al señor Mermillon con un gesto de impaciencia, «se lo advertí, allá usted con su conciencia». Yo estaba ya debajo de la mesa cuando advertí detrás al señor Charles:

—¿Está usted loco? ¿Pretende usted acompañarme a todas partes?

—A la cocina nada más. El señor... (lamento haber olvidado su nombre) obsequiará al señor Mermillon.

—De ninguna manera. No quiero cómplices ni testigos.

—Vamos, vamos, no sea niño. El tiempo apremia.

—He dicho que no. No me obligue usted a emplear la violencia.

—De nada le serviría. Soy fuerte, señor; muy fuerte.

—En fin, usted será el primero en lamentarlo.

Se había hecho de noche y empezaba a caer una lluvia fina. Nos volvimos a meter bajo la mesa cuando el señor Mermillon volvió a pasar, con el hígado en un plato, en dirección a la cocina. De un salto el señor Charles alcanzó la pared y apagó la luz.

—Usted será el primer perjudicado. Un fracaso a sus años puede ser fatal.

—Sepa usted que esa mujer sólo tiene ojos para mí.

—Calle usted, hombre. Usted abre la boca sólo para decir groserías.

—Algo de cierto hay en eso. Entremos. ¿Qué hacemos aquí?

Cuando el señor Mermillon volvió dando voces, yo, que conocía la distribución del pasillo, me escabullí por él dejando al señor Charles en su rincón. A través del ventanuco y del hueco entreabierto de la puerta del dormitorio vi cómo la señora Mermillon pasaba el café por la manga y distribuía los dulces en cinco platos. Cuando empezó a cortar el extracto de hígado gelatinoso algo gelatinoso y horrendo de mi memoria infantil hizo saltar en mi interior toda la insuficiente banalidad de una tarde acidulada de pasión. Allí quedó mi cabeza como la copa atónita caída en el mantel tras haber estallado inexplicablemente su peana de cristal; toda la obsesión de un aburrimiento infantil, temporalmente olvidado al friso de los quince años para reaparecer a la vuelta de los treinta, cuando un cierto grado de conocimiento (no lo suficiente para alejar la desolación, pero sí lo bastante para borrar aquella irascible soberbia ante la medicina gelatinosa) resulta ser el único precio alcanzado, tras muchos años de inútil puja, en la enajenación de todos los misterios y las furias de la edad ninfa, que se deja sentir en los crepúsculos y las manchas de vino, en el momento de sentarse en la cama y mirarse los pies. Nos sentamos en el arranque de la escalera.

—Huyamos —dijo, apurando el vaso.

—¿Cómo vamos a huir? Usted no está en su sano juicio.

—Usted tampoco.

—Tampoco. ¿De qué se trata?

—Se trata... de la señora Mermillon.

—¿Qué le pasa?

—Que está ahí.

—¿Y bien?

—La señora Mermillon.

—¿Y qué?

El artista quedó pensativo, sobre el primer peldaño, balanceándose sobre la punta de los zapatos y mirando el vaso vacío:

—Bien mirado, a mí tampoco me importa. ¿Por qué no nos vamos?

—No; a mí sí me importa. Ya está bien de hipocresía.

Era un dormitorio que olía a colchas rojas, con aterciopelados flecos y dragones deshilados, decorados con fotografías familiares, un paisaje suizo y una gran cama con cuatro bolas en las esquinas, un armario de luna, donde me quedé contemplando la ingrata brevedad de mis días [1]. Entreabrí la puerta al tiempo de ver cómo el señor Charles, cruzando el «comptoir», entraba en la cocina; aún veía detrás de él las piernas cruzadas del señor Mermillon sentado en un sillón de mimbre y sosteniendo el plato sobre las rodillas. Me parece que llegué a dormirme un rato, sentado junto a la jamba del dormitorio a oscuras, y cuando desperté, ella se estaba cambiando el vestido detrás de la luna abierta; se puso unos zapatos altos, un vestido negro que dejaba al aire los hombros y salió con una sonrisa significativa, alargando el paso para no pisarme, al tiempo que yo encogía las piernas. En la cocina encendieron la luz eléctrica y debajo de la puerta surgió la raya de luz amarilla que había de terminar con la incertidumbre de una larga, ambigua y

1 Véase pág. 45 de la edición de Alianza Editorial.

cerrada tarde prolongada en la penumbra; esa línea de luz capaz de metamorfosear los susurros intermedios y los ruidos de goznes y la monotonía de la lluvia en la recortada, lenta y detallada conversación de dos sirvientas en un cuarto de costura. El otro vino por el ventanuco para decirme que «el señor Charles jugaba ya con su cordón». El señor Charles siempre había dicho que había que empezar por el cuello, la mejor playa para iniciar el desembarco, dentro de una cierta legalidad, y avanzar ulteriormente bien hacia la península de la cabeza o bien hasta el mismo continente. Casi abrimos la puerta de par en par y vimos que, efectivamente, el cuello podía darse por perdido; por encima de sus hombros —que se estaba perfumando con un dedo que mojaba en el frasco— (y por encima también de un cepillo) los ojos pardos y brillantes del señor Charles surgían como un par de boyas en la galerna para volver a hundirse y aspirar el aroma en el nacimiento del cuello.

—Yo creo que va a besarla.

—No, no puede ser.

—Ya lo verá. En el hombro. De un momento a otro.

—No puede ser. Sería intolerable.

—Ya lo creo que es. Mire.

—Es inaudito. Qué diablo de hombre. Quién lo iba a pensar.

—Es un demonio. Mire, otra vez.

—Y con más ardor. Yo no sé si debemos tolerarlo.

—Qué remedio nos cabe. Ahora en la boca.

—Con verdadera pasión. ¿Y ella? ¿Qué me dice usted de ella?

—Se ha entregado.

—¿Y el marido? Me parece que hemos ido demasiado lejos.

—No lo crea. Estamos en el principio. Diga usted mejor que ha de llegar un día en que estas cosas sean tan necesarias como la agricultura.

—En absoluto. Yo creo justamente lo contrario. El mundo no va por ese camino. Este es el final de una época, amigo mío.

—Nada de eso. He ahí los precursores. Día llegará en que una mirada intensa será suficiente para desbaratar todo el orden local.

—De tanta maldición, ¿qué hacen ahora?

La señora Mermillon, la expresión un poco atontada —sacudiéndose la melena y destapándose el oído como si acabara de salir del agua— nos miraba con indiferencia cuando el señor Charles le susurraba al oído algo que no podíamos oír, y de tanto en tanto en la comisura de su boca asomaba una sonrisa inquieta y juguetona, como el rabo de una lagartija debajo de una piedra.

—Me parece que se burlan de nosotros.

—Mientras quede un poco de vino.

—Venga, venga. Me parece que lo necesito. ¿Dónde ha dejado usted la otra botella?

—Fíjese, fíjese ahora. No hay derecho.

—¿No se irá usted a poner triste?

—Lo soy por naturaleza.

—Bueno, esto se ha acabado.

—¿Y qué hacemos nosotros aquí?

—Estamos —dijo el artista, pervertido por sí mismo, echando la cabeza hacia atrás y quitándome la botella, sentado en el suelo a oscuras—, estamos como el día que vinimos al mundo: tratando de convertir la desgracia en falsedad.

Primero no lo oí, como me ocurría siempre. Luego, dentro, ello mismo fue repitiéndose por un conducto oculto (la puerta se había entreabierto introduciendo una cierta claridad en todo aquel ámbito donde ahora se extendía un antiguo, pero instantáneo, silencio acentuado por unos ruidos de loza en una habitación próxima y el sonido de una gota cayendo en la pila trayendo el olor de la madera fregada con agua y lejía precipitando esa antinómica materialización del vacío por las puertas abiertas y las paredes cadavéricas, esa definitiva claudicación ante el vacío que toda habitación parece llevar consigo cuando más allá de las puertas entreabiertas alguien ha olvidado una luz encendida y entre la fortaleza donde irrumpen no triunfalmente las cenizas, el

silencio y el horror y las tinieblas intemporales con sus harapientos estandartes envueltos en una gasa de materializada y fatal temporalidad) para emerger, unos días después, tumbado en la cama y tratando de encontrar el dibujo de los boquetes en los papeles pintados. Se había ido sin decir nada; se levantó como un perro aburrido y se fue; cuánto tiempo permanecí allí, rodeado del silencio del rellano y el olor de la madera fregada..., no lo sé.

Luego seguí oyéndolo sin necesidad de comprenderlo. En mi habitación, y por la tarde, y por las calles del 14, y por la estación de Mercancías, y durante todo aquel viaje estéril por el norte de Europa, atravesando la llanura irrompible a través de los cristales empañados, toda la Westphalia y Hannover y creo que hasta el mismo Mecklenburgo; en todas las estaciones húmedas, sentados el inglés y yo sobre las maletas mientras Vicente y la mujer buscaban «nuestro» alojamiento; en todas las habitaciones precarias con olor a colchas rojas y los departamentos de tercera tratando de encontrar el pretexto de un viaje que el inglés se resistía a abandonar: «... Pues ello es menester atribuirlo a la firme asistencia de Dios Nuestro Señor y, en consecuencia, a vuestra perseverante dirección y prudente sabiduría, honorables Lores y Comunes de Inglaterra...» Bebía como un demonio, tenía una cara infantil y sonrosada como si hubiera salido de la ilustración de uno de sus libros juveniles: sin haberla mirado más de un par de veces, sin haber cambiado con ella ni con Vicente más de cuatro palabras, se comprendía que al primer estímulo por parte de ellos habría abandonado su tierra, su familia y su carrera para seguirlos hasta el fin del mundo.

Una tarde de lluvia y de cielo pesado les encontré en mi habitación, casi a oscuras, echados en el sillón de espaldas a la ventana.

—No enciendas, Juan.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces ahí?

—No pasa nada. ¿De dónde vienes?

—Qué sé yo. De ningún sitio.

—Hace tres días te fuiste a buscar café.

—Está ahí abajo. Lo tiene la señora Mermillon.

Me senté al borde de la cama. Apenas distinguía otra cosa que la claridad del espejo, la sombra de ellos contra la ventana (un cierto clima de tregua o desfallecimiento) y la lumbre del cigarrillo, que se repetía en el cristal iluminando en parte una frente.

—¿Tienes ganas de volver?

—¿De volver adónde?

—A casa. A España.

—No lo sé. No sé qué hago aquí; me parece que estoy perdiendo el tiempo.

—Yo no pienso volver.

Ella le susurró unas palabras, incorporándose algo; estaba tumbada encima de él con las piernas por encima de un brazo del sillón y la cabeza sobre el otro.

—Qué tontería. Eso lo dices ahora porque te encuentras bien.

Ella volvió a susurrarle algo al oído y le dio un beso.

—No pienso volver, Juan.

—No seas imbécil, no digas tonterías. No me queda salud para oír esas cosas.

—Tú también debías quedarte.

—Vamos a tomar un vaso de vino. Hace tiempo que no lo hacemos juntos.

Empecé a sacar la botella y a lavar el único vaso. Yo me llené una de las tazas de café. Ella se había levantado, estirándose la falda y el jersey; al pasar junto al espejo se atusó la melena sin encender la luz y salió de la habitación diciendo algo en francés.

—Es una mujer extraordinaria.

—Qué duda cabe.

—Tenemos que ayudarla.

—¿A qué?

—Está pasándolo muy mal.

—A ver si logra dormir un poco.

Vicente bebió en silencio; se había arrodillado sobre el sillón y miraba la calle escondido detrás de la cortina.

—Esto es serio, Juan —dijo, volviendo a su postura, sosteniendo el vaso en alto y mirando a través de él.

Ella entró de nuevo; yo me levanté de la cama; durante unos instantes estuvo mirando con mucha atención la calle, ocultándose detrás de la cortina. Era casi de noche. Luego se sentó en el brazo del sillón y estuvieron contemplándose abrazados, y susurrando palabrejas durante un largo rato.

—Bueno, yo me voy.

—Espera; ¿te veré luego?

—No lo sé.

—Tendrás que dormir en mi cuarto. La señora Mermillón te ha preparado una cama.

—¿Y por qué?

—Ya te lo explicaré más tarde.

A mí todo aquello me importaba poco. O si me importaba algo, lo cierto es que me enteraba de muy poco. El nuevo cuarto estaba forrado con papeles pintados con dibujos orientales. Me metí en la cama y no sé lo que dormí, me parece que un breve rato; allí estaba de nuevo la cabellera morena y mate, con olor propio, la voluta naciendo en la sien y rodeando la oreja encajada en un desgarrón blanco cerúleo del papel, girando, borrándose y reapareciendo en blanco y negro hasta producir el golpeteo insistente de una vena bajo la nuca, como la válvula quemada de un motor viejo: era —me lo dijo ella misma, completamente cerúlea, volviendo un poco la cara y dejando asomar la nariz puntiaguda con cierto ademán de desdén— lo que tú decías, el final de una edad; y a costa de dejarte exánime en ese lecho durante un par de semanas sin otro quehacer que contemplar tu propia descomposición traspasada a una pared desportillada, te diré que viniste aquí forzando un viaje lleno de esperanzas, a fin de alcanzar el definitivo desengaño. El dibujo repetido y enlazado representaba una complicada trenza de pájaros orientales y hojas exóticas verdes y negras cruzando como una espina de pez una trenza de girasoles. Te encontraste con el pelo, el bucle y la oreja y ello te servirá para hacer de ti un hombre desengañado, un

hombre de una vez. Tiene razón tu amigo el artista: os engañáis en la desgracia. Porque cuando se emprende un viaje nada debe esperarse si se ha alcanzado ese límite deseable de la incredulidad que ha de coartar el nacimiento de nuevas ilusiones. Ya no eres joven. Ya no eres joven. Ya es hora de que te des cuenta que cuanto más exijas de un futuro engañoso, cuanto más pretendas disfrutar de él, aparejándolo con las gracias de una imaginación zalamera y adúltera, más duro y contradictorio será el destino que te aguarda. Porque tu destino no será otra cosa que lo que tu imaginación no incluye no porque lo desdeñe ni porque lo olvida, sino porque su misión es justamente dejar de incluirlo hasta el día que te hayan convertido en otro hombre sinsabores como éste. Al cabo de unos días, Vicente entró a despertarme, sacudiéndome fuera de la cama:

—Ven, ven en seguida —me arrastró a la otra habitación, donde estaba su amiga, oculta detrás de la persiana, haciéndoles gestos afirmativos con una expresión muy grave.

Yo estaba tan dormido que ni siquiera la saludé. Vicente me arrastró detrás de la persiana:

—¿Ves ese hombre de gabardina parado en la acera de enfrente?

—¿Quién?

—Cuidado, hombre. Que no te vea.

—¿Ese hombre de gabardina y gafas? ¿Qué le pasa?

—Cuando yo te diga, sales a la ventana y te quedas mirándole durante un rato. Venga.

—Allá voy.

Estuve un rato mirándole. Era un hombre normal, con gabardina, boina negra y gafas, que ni siquiera se molestó, a pesar de mirarle como un búho durante unos minutos.

—Venga, métete ya. Ahora vas a salir a la calle. Procura pasar junto a él y mirarle a la cara despacio. Vete al Dupont, te compras un periódico y te estás tomando un café hasta las... hasta las siete. ¿Entendido? Si te sigue vente al hotel dando un rodeo.

Así lo hice; yo estaba bien despierto, qué demonio. El hombre estaba apoyado en el hueco enrejado de un banco, fumando y mirando a la cornisa de enfrente tan distraídamente que ni siquiera me devolvió la mirada. Me leí todo el periódico en el Dupont, me tomé dos cafés, no apareció nadie y a las siete estaba de vuelta en el hotel.

La habitación estaba vacía; se habían llevado todo, e incluso mis trastos los habían metido, con cierto orden, en mi maleta. La señora Mermillon me dijo que Vicente había pagado la cuenta y se había ido en un taxi con la señorita sin decir más.

—Dígame: ¿ha abonado también mi cuenta?

—Ah, no, señor.

—¿Y no le ha dicho dónde ha ido?

—Ah, no, señor. Se fue con la señorita.

—Yo también me tendré que ir, señora Mermillon... Ahora que estamos solos... y tranquilos, ¿por qué no sube usted a ayudarme a hacer la maleta? Tomaremos también un poco de café.

—Voy a avisar a mi marido.

—No se moleste, señora Mermillon. Buenas tardes.

No sabía qué hacer. Anduve dos días desorientado. Me metía en la cama y al cuarto de hora volvía a salir a beber un poco de vino; volvía a mi cuarto a ver si encontraba algún recado de él y acababa siempre en la cama, no tanto para dormir como tratando de sumirme en delirios semiorientales o en discretas y alentadoras evocaciones de mi primera juventud y última madurez de mi tía, asociada a un pájaro verde tropical con un boquete en la cresta.

Unos días más tarde me sacaron de la cama porque un señor me llamaba al teléfono. Era Vicente; con voz tranquila y con arreglo a un plan bien estudiado me indicó todo lo que tenía que hacer: hacer la maleta, pagar al día siguiente la cuenta del hotel y presentarme, dispuesto a hacer un corto viaje, en determinado restaurante del distrito 9. Me señaló también, una por una,

todas las seguridades y precauciones que debía guardar, a fin de no ser seguido desde el hotel al restaurante.

El restaurante era un local pequeño, con mesas alargadas y una sola mujer, que servía comidas a un promedio de 950 francos. Encontré a los dos en la última mesa, casi ocultos detrás de una percha. Metió mi maleta debajo de la mesa y no me preguntó ni lo que quería comer. Por primera vez veía yo a la joven a la luz del día. Llevaba gafas oscuras, hablaba muy bajo y se notaba que durante varios días había dejado de cuidarse la cara. Solamente nos dimos la mano.

—Pero ¿qué pasa?

—No pasa nada. No pasa absolutamente nada. ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo.

—Pues lo tienes que entender.

—¿Te has metido en algún lío?

—¿Quieres hacer el favor de dejarnos tranquilos?

Allí mismo, cuando acabamos de comer, sin cambiar cuatro palabras, empezó la odisea. Primero salieron ellos, cogidos del brazo y arrimándose a las paredes como si cayera un chaparrón. A mí me tocó esperar hasta que desaparecieron en la esquina. Luego, correr a la esquina, arrastrando la maleta, vigilar las cuatro calles y cubrirles de nuevo. Atravesamos así media docena de manzanas hasta que con una breve carrera se metieron en un discreto hotel para turistas modestos. En una pequeña habitación interior de una sola cama, invadida por una profusión de combinaciones y peines y frascos de belleza y un cierto olor a crema cutánea mezclado con el de los zapatos femeninos colgados detrás de la puerta, parecían haberse refugiado de un mundo hostil que preparaba su ruina. Toda aquella tarde me la pasé en la habitación con ella —Vicente salió a arreglar determinados papeles y reservas—, tratando de fumar lo más posible para evitar el mareo que me producía el olor de las cremas. Se quitó las gafas: su cara no tenía nada que ver con la anterior. Al principio sólo advertí que era notablemente mayor que Vicente; luego comprendí que aquel solo hecho era

suficiente para apercibirse de la gravedad del asunto, cualquiera que fuese. Tenía una cara expresiva, que cambiaba a su antojo, desde una actitud analítica y dura —mirándose los ojos y rizándose las pestañas, casi pegada al espejo— hasta la mirada de tierno interés, preguntándome si era la primera vez que estaba en París y quitándose el vestido para darse una ducha. Apenas hablamos, pero sabía jugar con sus ojos —parpadeando y reanimándose como una bombilla pueblerina en una noche de tormenta— para sostener un estado de conversación sin pronunciar una palabra. Se duchó, se secó, se perfumó, se hizo el repaso de la piel y se vistió —en menos de tres horas— como si yo no estuviera en la habitación. Al principio simulé dormir, luego pensé que eso no se veía todos los días y me quedé tumbado, cruzando las manos bajo la nuca, siguiendo con atención toda la faena. Cuando se estaba poniendo las medias la llamaron por teléfono y tuvo la discreción de cerrar la puerta —el teléfono estaba en el pasillo— para impedirme escuchar. Fue una conversación de una hora, lo menos. No sé qué pasó después. Cuando me desperté era bien entrada la noche, se oían unos silbidos lejanos y una luz rojiza subía del patio. Todavía la habitación seguía en desorden, había un cenicero lleno de colillas manchadas de rojo de labios. Aquello me gustó poco; en el patio no se veía más que alguna ventana alta iluminada, unas conversaciones en un piso bajo, tras las cortinas de otra ventana abierta. Escuché un rato; no entendí nada. No sabía qué hora podía ser, aunque se me figuraba que muy tarde por el silencio un poco cavernoso que salía del pasillo y del hueco de la escalera a oscuras. Aunque tenía bastante hambre me sentí invadido por tal sensación de fatalidad y desamparo que no encontré fuerzas para salir a buscar la cena y decidí, por una vez, tratar de dormir un rato.

Al mediodía siguiente me despertó la camarera con una llamada telefónica. Otra vez Vicente me citaba a comer en un sitio distinto, cerca de la rue Dunkerque. Era un bar para viajeros, pequeño y rápido, donde la

gente entraba y salía cargada de paquetes y maletines para tomar sus sandwiches y sus cafés mirando al espejo (donde en un rincón, un tanto desmemoriados, pero sabiendo mantener un punto de animación, permanecen sentados bebiendo pernod desde que acabó la gran guerra un par de veteranos). Vicente parecía nervioso. Se levantó tres veces a llamar por teléfono; del bolsillo superior de la chaqueta sacaba una pequeña tira de papel arrugado, donde había escrita una dirección y un número con una letra muy grande. Mientras comí salió un par de veces a la calle, estuvo hablando con la mujer del mostrador, a la que, al fin, le entregó la nota escrita que ella colocó entre dos botellas de la estantería.

—No sé qué ha podido pasar.

—A lo mejor ha encontrado su hombre.

—¿Por qué no te vas a reír de tu madre? ¿Por qué no te largas de una vez y me dejas en paz?

—Mi madre, la pobre, tiene poco que ver en esto. Si me dijeras mi tía...

—¿Quieres tomarte eso de una vez?

Era una copa de coñac de 160 francos. Lo menos hacía tres días que no lo probaba.

—Si tienes tanta prisa, ¿por qué no vas pagando?

—Porque esta vez lo vas a hacer tú. Empiezo a cansarme de alimentar a un inútil.

—Está bien, está bien por esta vez —mis pobres francos salían del bolsillo de billete en billete—; recuérdame cuando volvamos a Madrid que te presente a mi tía Juana. Estoy seguro del flechazo.

—Te guardas tus gracias para otro momento, ¿entendido?

—Entendido. Dos mil ochocientos y pico francos. También te podías guardar las tuyas.

—Vamos, vamos.

Yo no sabía —ni me importaba— dónde diablos teníamos que ir. Nos metimos en un taxi y durante casi dos horas estuvimos dando vueltas por París (aunque bajo el efecto del coñac estaba decidido a dormitar, creo que por primera vez llegó a desvelarme el espectáculo

de unas calles que hasta entonces me habían pasado inadvertidas), preguntando direcciones inútiles, haciendo averiguaciones absurdas, tratando de despertar en porteros escépticos un algo de interés en no sé qué. Volvimos a nuestro viejo hotel; bajé a saludar a la señora Mermillon, que —acaso porque aquella visita postrera la teñía de colores sombríos— me pareció mejor peinada y peor intencionada que nunca. Cuando cruzamos la rue des Thérmopyles y me volví a contemplarla por última vez —más ancha de caderas también— pensé que volverla a ver habría de contribuir a creer en una modesta, acaso incómoda, supervivencia. Luego continuamos por Emile Richard, rue Gassendi hacia el Boulevard Raspail. En una esquina Vicente se apeó; me dijo que estuviera a las ocho en el hotel, todo listo para salir.

Aquella misma noche nos encontramos los tres en la estación del Norte. Ella se había puesto un abrigo color canela, unos zapatos cerrados, unas gafas oscuras y llevaba el pelo echado hacia atrás atado en la nuca con un pañuelo de seda. Por primera vez me di cuenta que era de la misma estatura que Vicente, que miraba a todas partes nervioso y la llevaba del brazo. Ella parecía muy tranquila y reservada; se diría que no tenía ninguna necesidad de que nadie se desvelase por ella ni, mucho menos, intentase llevarla del brazo.

Por más que he intentado reconstruirlo jamás he logrado desentrañar el itinerario de nuestro viaje. En Alemania nos vimos aquejados de súbito por una falta de dinero y tuvimos que prolongar nuestra estancia en Hamburgo, esperando un envío de Madrid. Vivimos unos cuantos días en una pensión caótica, cerca de la calle Lincoln, que olía a colchas pardas y marabúes polvorientos y caprichosas y malogradas muñecas gitanas que parpadeaban todavía una demencia de preguerra por las ornamentadas repisas de un pasillo incongruente. Debieron ser días terribles y tormentosos para ellos, porque cada uno por su parte se dedicó con alguna frecuencia a pasear conmigo bajo la lluvia. Ella tenía un paso lento,

inalterable, y no le importaba quedarse atrás; no le importaba comer patatas y dejar pasar las horas mirando las gabarras, escondida tras las gafas oscuras, las manos metidas en los bolsillos del abrigo canela, con el cinturón muy apretado y el pañuelo anudado en la nuca. Se me aparece ante mí (más tarde, días y kilómetros más adelante), tristemente sentado en el mismo banco y mientras las ratas corren por el borde del espigón para ocultarse en las escaleras del embarcadero, el último vendedor de un periódico anarquista. El último suscriptor desapareció a raíz de la guerra, pero la doctrina —ese vespertino afán de entendimiento bajo el signo de un mitigado coraje (o transustanciado en comprensiva dulzura)—, queda; bajo el cielo calizo, contemplando los remolcadores silenciosos o el torbellino de gaviotas gritonas en torno a un desperdicio en el agua negra, el viejo anarquista nos hablaba todavía de un próximo entendimiento universal; tenía una gabardina manchada de grasa, una barba de una semana, no llevaba corbata y se tapaba con una camisa de lana cruda anudada con una cuerda. Me acompañó muchos días (él sabía que ya no nos quedaba ni juventud ni fe y ella, sentada en el extremo del banco, cruzaba las piernas, oculta tras las gafas negras, con las manos en los bolsillos) por la misma razón que me empujaba a contemplar las estatuas —todas las estatuas de puritanos sin grandeza colocados en corro, toda la cohorte de Kingos cubiertos de malla en actitud de afrontar la independencia, o la efigie no humillada de Domela— o a terminar las tardes en los muelles, arrastrado por las obras piadosas, y los apostolados marineros, y los depósitos desiertos, y los barracones para comer patatas, mirando las gaviotas del Brook o del Osterok y adivinando en las estelas de los remolcadores, en las maromas cubiertas de vegetación y en el lento y acompasado sonido de los motores ralentizados de las barcazas una cierta proporción o una elementa sinceridad que en otras partes se me ocultaba, por esa única razón que, llegado el momento, me puede dominar sobre cualquier otra: sin saber para qué. Tiempo atrás, mucho tiempo

atrás, me decidí un día a colgar de un clavo de la puerta de mi dormitorio una combinación de color rosa, con los bordes de encaje, que despedía un intenso aroma a perfume barato y que con mucho trabajo y tras muchos ruegos me había, finalmente, regalado una conocida mía de vida irregular. Cuando a la mañana siguiente mi tía vino a anunciarme la hora del despertar, empezó a aspirar, cerrando los ojos con tal vehemencia que las ventanas de la nariz se le subieron hasta los ojos y los lentes montaron sobre las cejas. Y creo que todavía seguiría aspirando (con pequeñas y continuas sacudidas del moño hasta extraer dos palmos de cuello) si yo mismo no la hubiera detenido con una explicación:

—Se trata de un recuerdo, tía. Es una prenda íntima de una amiga mía que se gana la vida ejerciendo la prostitución.

Fue su último portazo (yo estaba acabando la carrera), el más radical: recortada en el marco de la puerta empezó a girar como un maniquí, su barbilla dio aún tres sacudidas borbónicas hacia el techo, como si tratara de buscar el contrapeso con un moño excesivo. Más tarde vino mi madre (yo seguía en la cama), vio la prenda, la olió y, mirándome con pena, se retiró en silencio, cerrando la puerta sin violencia. Aquella misma tarde un tío mío —hombre acomodado— vino a tomar café expresamente comisionado para mantener conmigo, a puerta cerrada, una conversación decisiva. Si no hubo acuerdo no se debió a la dureza de mis condiciones: retiraría la combinación el día que desapareciera el retrato del buen Ricardo, el de los intestinos delicados, de la mesilla de noche de la tía. La paz se hizo sola: mi tía no volvió jamás a despertarme y yo, al cabo de una quincena, consideré prudente y político arriar para siempre la enseña rosa del ultraje.

Y, sin embargo, sentado junto al anarquista de corazón, comprendía que toda la epopeya de una juventud mediocre, pero insultante, se viene abajo en cuanto el hombre es capaz de engendrarse un momento de goce: allí estaban los «Heligoland», todos los «Fairplay» con

sus chimeneas negras y sus formas rechonchas de enanos forzudos, los caparazones pintados de amarillo, baluartes y rodas protegidos de neumáticos, borras y lonas, como las manos de un boxeador. Había allí, entre el olor encepado de las adujas y el horizonte calizo que abrevia las tardes y resume el cielo a los granizos de las gaviotas histéricas, ese instante de sinceridad que una juventud desdeñosa podía haber estado buscando en vano durante treinta años de afectada indiferencia. Era un discípulo fiel, amado en otro tiempo; aún guardaba bajo el abrigo de aspecto judío media docena de ejemplares del semanario que meses atrás se había visto obligado a suspender por carencia total de fondos... Se llamaba el... «De Vrije Socialist»; el abono trimestral costaba 1,95 florines y había sido fundado por el buen Domela, ante cuya reverenciada estatua empezábamos a emborracharnos de comprensión, hombría, buena fe y deferencia a los viejos principios. Conservaba otro amigo con el que se escribía todos los meses, editor de «The Word», que últimamente se había visto obligado a aceptar un trabajo en una fábrica para poder sacar con semanal puntualidad el periódico hermano. Yo también, le dije con algo de vergüenza, había claudicado. Ella nos miraba de tarde en tarde, sin decir una palabra, pero sin extrañeza.

Cuando nos llegó el dinero salimos hacia Dinamarca, o por el contrario, de la leñosa Dinamarca volvimos de nuevo a Alemania, acompañados ya del inglés, ebrio de tristeza, que caminaba por el día con la mirada en el suelo y siempre en diagonal, y que sólo se atrevía a mirarla a la cara cuando la ayudaba a apearse del tren. Era tal la emoción que le producía bajar su maletín de belleza y sostener un instante su mano en el aire que a duras penas lográbamos salir de la estación tres horas después de haber descendido del tren, orando por los comedores iluminados y repitiendo con pesadumbre «... agradecerlo a vuestra sabía dirección e inalterable presencia de ánimo, honorables Lores y Comunes de Inglaterra. Mi discurso, por ello, más que un trofeo ha de ser un testimonio...» por el largo y desierto mostrador; fue al principio un

viaje mustio, con un tiempo de perros; apenas pudimos hacer otra cosa, el inglés y yo, que tratar por todos los medios y bebidas de evitar el contagio con el mal humor que reinaba en aquella pareja. Viajaban siempre en otro compartimento, sentados junto a la ventana, mirando al techo y separados por la mesa repleta de cigarrillos, periódicos que no leían, cajas de chocolate y botellas de agua mineral. Me parece que viajaron todo el tiempo con las gafas puestas y las bocas un poco entreabiertas, como si acabaran de tragarse la primera espina del bacalao.

Hacia las últimas semanas de septiembre mejoró el tiempo y su estado de ánimo. Pasamos unos días tranquilos en una zona donde se recogía la manzana, una manzana pequeña y agria con la que aquella gente hacía una especie de agraz repugnante que a punto estuvo de acabar con nuestra salud. Se quitaron las gafas, hicimos algunos pequeños trayectos todos juntos; cuando llegaba la noche el inglés y yo nos retirábamos al aguardiente y ellos se acurrucaban en el mismo rincón. Las pequeñas tormentas surgían, más que en el tren, en las ciudades donde parábamos; en algunos hoteles en los que escaseaban las habitaciones en más de una ocasión tuvimos que dormir los tres juntos, porque ciertos días ella exigía una habitación para ella sola. Y hasta hubo noches también que no pudimos salir de la estación, con la ayuda retórica del inglés y su maleta de botellas. Una madrugada —estábamos pasando dos días en un pueblo llamado Celle o algo así— Vicente nos despertó muy temprano:

—¿Tú sabes si hay consulado en Hannover?

—¿Si hay qué?

—El día que tú sepas algo...

Tuvimos que salir precipitadamente para Hamburgo. La tormenta debió ser fuerte, porque ella salió con la cabeza altiva, anudándose el pañuelo y sacudiendo la barbilla. No sé qué diablos pasó con nuestras maletas, el caso es que tuve que meterme en el tren enfundado en una gabardina, tiritando como un gato recién nacido,

apenas cubierto por la chaqueta de un pijama, floreado y cerrado por el cuello, que Vicente me alargó en el último momento. En Hamburgo se casaron; celebramos un pequeño banquete, en una torre elevada sobre el puerto, al que tuve que asistir con la gabardina abotonada hasta la nuez porque las maletas habían quedado en consigna. Me compré una bufanda y salimos de luna de miel hacia el Oeste; a Vicente le ponía enfermo la idea de pasar su primera noche matrimonial en Hamburgo. Varios días después todavía seguíamos viajando entre Hamburgo y Coblenza, por el Palatinado, hacia la frontera francesa, sin otro sentido ni otro rumbo ni otro objeto que alargar todo lo posible aquel frenesí ferroviario y retrasar indefinidamente la llegada de la sibila que había de aparecer en la madrugada, en una cantina de cristales lechosos, para indicarnos la fecha de la vuelta. Nos refugiábamos en los muelles del río —que ella rara vez pisaba—, en la proximidad de las estaciones, entre los muros negros con olor acre y las vías abiertas hacia el caos, huyendo paradoxalmente de la tácita e inapelable sentencia de un destino —escrito en las flechas y en las tablas, en las horas escritas y las salas vacías y el aroma a aceite y hollín pulverizados— opuesto a un deseo desconocido.

Una noche —viajábamos ya con dirección a Francia— decidimos festejar un cercano adiós. Apenas pudimos pronunciar tres palabras —y regar el suelo de cerveza—, porque en el compartimento viajaba una persona más: un hombre de gabardina, con gafas oscuras y pelo moreno y brillante, atusado con fijador. Los tres viajaban en silencio, mirando el techo y resolviendo el largo compás con lectura de periódicos y revistas. Creo recordar que el inglés y yo nos habíamos cambiado las chaquetas y pretendimos divertirlos un rato. Qué demonio, volvimos a tumbarnos en nuestro compartimento para continuar el recitado:

—¿Conoce usted bien Antonio?

—Admirablemente.

—Adelante, sir. Estoy escuchándole.

—*This common body, like to a vagabond flag upon the stream, goes to and back, lackeying the varying tide, to rot itself with motion.*

—Eso es..., el final, el final.

—*To rot itself with motion.*

—Admirable, admirable. Muy propio. Adelante, sir.

Habíamos adquirido la costumbre de meternos mutuamente los dedos cuando nos cargábamos de verso. En medio de un recitado salimos precipitadamente —qué sé yo si serían las cuatro de la mañana—; yo me detuve en el extremo del corredor; cuando aparecí en la plataforma ella le estaba entregando un papel —semejante a un documento oficial con algunos sellos y pólizas, muy doblado y arrugado— que se guardó rápidamente en el bolsillo del abrigo al darse cuenta de mi presencia. Los dos se habían quitado las gafas; el otro me miraba con suficiencia: una cara torcida y chulesca, unas facciones grandes que despedían olor a loción y una frente pequeña y trapecial; en la mano tenía otros papeles, un poco de dinero, me parece, y un pasaporte. Volví al compartimento de Vicente sin saber qué decir.

—Esto...

¿Dónde has dejado a tu amigo?

—Esto, Eugenio...

—No me llames Eugenio.

—¿Dónde has dejado a tu mujer?

Ella entró; me miró tranquilamente. En el espejo se estiró las cejas, se arregló el peinado y se puso las gafas. Luego entró el inglés, que se puso a dormir sobre mi hombro, y al cabo de una media hora entró el individuo de la gabardina, que se sentó junto a la puerta, fumando con afectación, golpeando el cigarrillo en un encendedor de oro y en el reloj de pulsera con la cadena plateada. Horas más tarde, cerca del amanecer —una línea color tiza morada bostezando detrás de granjas cerradas y luces somnolientas y filas de árboles— me desperté porque una botella vacía se me clavaba en los riñones. Vicente, pegado al cristal, miraba el paisaje. El otro miraba al techo y ella parecía dormir.

—Dámela.

—No abras —le dije—, nos podemos morir todos.

Vicente se subió al asiento. El otro le miró con indiferencia y aplastó el cigarrillo en el cenicero de la puerta, recostándose en la orejera y frotándose los ojos. Entonces, desde la altura de la rejilla, Vicente le estrelló la botella en la cabeza; sus gafas saltaron hasta el asiento opuesto y el hombre —atónito y peinado, toda una rodaja de pelo sujeto con gomina se levantó como una tecla salpicada de sangre— se desplomó contra el respaldo, con los ojos abiertos, deslizándose lentamente hasta que la nariz tropezó con un botón de la tapicería, volviendo su cabeza, que se abatió, girada en el asiento, como el muñeco de un ventrílocuo al final de la representación.

Bajamos de distintos vagones; el inglés seguía dormido, apoyado en mi hombro. Aquella misma noche desaparecía para siempre. Ella volvió hacia Alemania, a Colonia, donde nos debíamos reunir tres días después.

Durante tres días no hicimos otra cosa que dar la mayor vuelta ferroviaria posible para llegar a Colonia. Vicente no salió del hotel en toda la semana. Apenas probaba bocado; se pasaba el día tumbado en la cama, mirando la bombilla o mirando la calle a través de los visillos, sentado en un pequeño sillón de mimbre. Cada media hora bajaba en camisa a la conserjería a preguntar si había algún recado para él. Sin poder alejarme demasiado de su lado, refugiado en la vecindad de la estación, pensaba en mi próxima vuelta, pensaba (prescindiendo del fracaso) quién sabe si influido por esa indeterminación moral que un día se transforma en anhelo ferroviario, los silbidos lejanos y los nombres nocturnos y el silencio mercurial de las vías en la noche, si un día sería posible dejar de preguntarse por la clave de un porvenir que por fuerza había de estar en alguna parte.

Me tropecé con él en la escalera, acompañado de dos policías. Se había echado el abrigo sobre la camisa abierta, y, sin afeitar, sorbiendo en el aire un catarro inminente, cruzó ante mí sin volver la mirada.

La habitación había sido ordenada; había hecho las maletas dejándolas abiertas. Junto a una chaqueta vuelta por el forro y encajadas junto a la tapa había metido con cuidado aquella media docena de tazas de café con las que, una vez, quisimos demostrar la espontaneidad de una aventura insensata.

I

La tumba había permanecido abierta casi un año, o quizá dos; y la profundidad que en un principio tuviera la fosa quedó reducida, al término de la guerra civil, a su mitad, expuesta a los rigores de un invierno —o quizá dos— y convertida durante los meses húmedos en una charca sucia y en un criadero de mosquitos en la estación cálida.

Estaba bastante lejos de la casa, en un lugar apartado de la finca, en el centro de un cuadrilátero rodeado por un macizo de mirabel, con un arco de entrada de hierro forjado coronado con una cruz añadida con posterioridad y una chapa en forma de banderola enroscada a ella —que en su día tuvo una leyenda que la intemperie había borrado— y cerrado por aquella cancela de la tarde muerta de verano que, tras atraer en otoño todas las hojas caídas en las inmediaciones, sólo se abría en invierno para barrer la mullida y húmeda hojarasca y despertar, con un

rechinar triste y prolongado, a todos los asustados supervivientes que habían buscado el calor de la putrefacción para resguardarse de la helada. No en vano todo el año permanecía apoyada contra ella una de esas escobas de jardinero, formada por un haz de retamas secas liadas a un palo con un alambre: una alegoría del ciclo anual. Y todo el recinto —que media comarca tenía al mismo tiempo por sagrado y maldito, venerando y execrable— se hallaba a su vez en el extremo de un antiguo jardín, de una media fanega de extensión y descuidado desde hacía mucho tiempo, cuya traza parecía haber cambiado al compás de los avatares políticos de la España contemporánea.

Casi toda la guerra el recinto permaneció cerrado, la cancela con una cadena y un candado y todo el cuadrilátero protegido por una triple línea de alambre de espino, escondido entre mirabeles y aligustres. Y cuando el guarda —ya hacía lo menos un mes que la región había sido ocupada por las tropas del coronel Gamallo—, después de barrer los dos peldaños, tras abrir el candado y desenrrollar la pesada cadena, empujó la cancela, antes de abrirla del todo, el niño, escabulléndose entre sus piernas, se introdujo en el recinto para encaramarse a los labios de tierra que bordeaban la fosa, cubiertos de tallos muertos de tobas y tojos voraces y esqueletos de tirsos silvestres.

El guarda lanzó una maldición y quiso golpearle con el mango de la escoba. «Hostia de niño» dijo, al encaramarse al mismo montón y contemplar —por primera vez en uno o dos años— el agua estancada de la fosa, de color chocolate verdoso, circundada por una orla de baba negra y salpicada de cadáveres de insectos y hojas podridas y tallos flotantes envueltos en una minúscula pero tensa telilla pelágica. Entonces el sol brilló como no lo había hecho en muchos meses y la sombra del niño fue proyectada, de los pies a la cabeza, todo a lo largo de la tumba para fijar sobre aquella película impresionable la silueta que el dominio había elegido como seña de identificación y reconocimiento del depósito que

le tenía reservado. Un poco de arena, empujada por sus propios pies, cayó al agua y toda la sombra tembló al ser recorrida por las ondas que habían de grabarla de manera indeleble, sobre el papel de una tarde que languideció —y se levantó un súbito ramalazo de aire fresco— al tiempo que el sol (desganado había acudido a extender el documento, molesto de ser requerido para tales oficios y fatigado de aquel formidable poder que no podía ser transferido) se retiró de nuevo tras el seto de árboles de las cercas exteriores. El guarda había traído consigo una azada y un cubo; la primera para abrir una zanja a través de los montones de tierra que bordeaban la fosa y el segundo, con una soga atada al asa, para agotar el agua. Pero aquella tarde no pudo acabar la faena porque se les vino la noche encima y volvieron a la casa con las herramientas al hombro, después de echar la cadena y cerrar el candado. El guarda —era un hombre viejo y de pocas palabras, que toda su vida había trabajado en la finca; un día se comportó como un cobarde y desde años atrás le había sido retirada la licencia para uso de armas de fuego— le dijo al niño que caminara detrás de él, sin detenerse en el camino ni volverse a mirar, sucediera lo que sucediera. A pesar de que lo había sentido detrás durante todo el breve trayecto hasta la casa solamente cuando llegaron al portalón de la cochera y entró en el área débilmente iluminada por la tulipa del arco, el guarda se volvió hacia el niño que se detuvo al mismo tiempo que él, obediente y sumiso en aquella zona de penumbra en la que ni el mismo cubo insinuaba su volumen en el vacío del campo. Dejó la azada junto al poyo de la entrada y le dijo al niño que pasara y cuando sus pisadas sonaron en las losas de la cochera, sintió, si no la presencia a hurtadillas que se ocultó más allá de la luz rozando las sutiles aristas del vacío, al menos aquella otra clase de corpóreo soplo que agitó —perdiéndose— las tinieblas más próximas de una noche escabrosa y fría.

Al día siguiente, después de comer, volvieron a la faena. El guarda parecía hacerlo de mala gana, como si hubiera recibido un mandato llegado desde muy lejos

que le era imposible impugnar, desoír o discutir. Llevó también un rastrillo, un podón y una pala. Primero desaguó la fosa; cuando estuvo lo bastante vacía para que el cubo apenas cogiera agua, echó dos o tres paletadas de tierra dentro y saltando sobre un rincón casi seco, continuó agotándola sirviéndose de una lata de atún abollada que había encontrado en el camino. Luego empezó a palear la tierra de los bordes y el interior, hasta descubrir por sus cuatro lados la fábrica de ladrillo que formaba la sepultura; con el podón cortó las raíces que habían crecido entre las juntas y en el tertel del fondo que luego fue rastrillado y allanado hasta estar en condición de recibir de nuevo un féretro. Cuando hubo concluido lanzó las herramientas por el aire, más allá del montón de tierra, pero antes de encaramarse al muro para salir de la fosa el niño saltó dentro, arrastrando algo de tierra consigo por lo que el guarda lanzó una imprecación. El niño, sin decir nada, se agarro a una pierna suya estrujando los pantalones de pana y escondiendo la cara en su espalda; el guarda por vez primera lo cogió por el pelo —sin violencia pero también sin delicadeza—, le obligó a desasirse de su pierna y le hizo girar la cabeza y alzar la cara para mirarle de frente. En tono más familiar y quedo, incluso con algo de apego y ternura le lanzó a los ojos la misma maldición que el niño aceptó con la supina y sumisa obediencia con que había recibido años atrás la mirada de advertencia paterna, una boca entreabierta que ofreciera a las alturas el fugaz y jubiloso agradecimiento por la mano que, con negligencia y a su pesar tal vez, había descendido sobre su cabeza para desterrar el instante de soledad. Pero entonces el guarda con inusitada agilidad saltó fuera de la fosa, casi sin necesidad de apoyar las manos sobre el sardinel del muro, y echó a correr en dirección a la entrada. Ni siquiera había tenido tiempo de ver cómo mudaba la expresión, cómo giraba la cabeza, detenía el gesto y aguzaba la vista y el oído en dirección al soplo —las hojas que se movían, la maleza cómplice que quería refugiarse en la inmovilidad y el silencio para ocultar la presencia que las agitaba—, al

igual que el perro, instantáneamente despierto y atento por la proximidad del amo. Y luego, tratando de encaramarse al muro para mirar por encima del montón de tierra, le oyó uno de sus breves juramentos acompañado del chirrido de la cancela, reiterado una y otra vez por el movimiento de vaivén de una de sus hojas. Cuando el niño, abandonando la fosa, logró encaramarse al montón de tierra que la bordeaba alcanzó a ver los últimos esfuerzos del guarda: empujando con todo su ímpetu contra una de sus hojas consiguió cerrar la cancela que en el último punto de su carrera —pareció que en un instante se hubiera disipado la resistencia que se oponía a sus brazos— golpeó violentamente contra la otra provocando una prolongada vibración que fue amortiguada cuando el guarda —agotado y sofocado— se apoyó de espaldas contra ella, al tiempo que se secaba el sudor de su frente y observaba incrédulo y estupefacto —jadeando profundamente— al niño encaramado en el montón de tierra.

Ciertamente el niño ya había contemplado en otras ocasiones apoteosis anaranjadas y confusas e inacabadas cabalgatas en el cielo de la tarde, más allá del seto de la entrada de la finca. Y los ecos de la batalla de La Loma habían llegado hasta sus oídos insomnes en forma de un rugido continuo y carente de notas, como el gruñido de un perro escondido más allá del horizonte iluminado ante el pálido resplandor rojizo que, de tarde en tarde pero a intervalos iguales, era violentado por una débil protuberancia blanca. El niño la había visto llegar por el techo de su habitación, girando en la penumbra desde un extremo a otro; había oído sus llamadas —que atravesaban muchos techos y paredes— e invocaciones y, como si la espiara desde un escondrijo, pues no otra cosa podía ser su insomnio para todos aquellos que le tenían por dormido, le había sido dado a escuchar algunos fragmentos de sus conversaciones que a él sin duda se referían cuando mencionaban al querubín. Pero en aquella ocasión el guarda —que tenía bien demostrada su falta de coraje— le obligó a volver a casa marchando delante de él sin de-

tenerse una sola vez y sin volver la cabeza. Aquella madrugada debió caer una de las últimas y fuertes heladas del invierno porque a la mañana siguiente cuando el niño, burlando la vigilancia del guarda que se lo había prohibido expresamente, se acercó a la tumba abierta saltando por encima de los barrotes de la cancela, su atención quedó sujeta y fascinada por sus propias huellas en el fondo de la fosa, solidificadas por el hielo sucio de color caramelo que recubría las medias lunas de sus tacones. Quizá podía descifrar algo en ellas, como si se tratara de una leyenda en una de esas escrituras cúficas de un solo símbolo de cuyas diferentes posiciones en el plano es preciso derivar el significado; y algo que se relacionara —cómo no— con el enigma de aquella soledad circundada siempre de lejanas silenciosas e insinuantes manifestaciones, gracias a las cuales el niño había advertido que podía sospechar que su situación actual no era más que una espera antes de su transporte a un más allá que otras personas —nunca presentes, la señora era la más cercana— le tenían prometido. Pero era condición necesaria el secreto, en tal medida que no se podía hablar de ello y ni el guarda ni María, su mujer, deberían maliciarse nunca que su custodia había de terminar en breve porque estaba destinado a lugares muy distintos.

El campo había quedado en completo silencio en los días que siguieron a la batalla. Pero en contraste se empezaron a oír por la finca las voces del guarda que debió despertar con ella; porque los dos años largos de guerra los había pasado sentado ante la mesa de la cocina, con los puños en las sienes tan trastornado, aturdido y obcecado que nunca probó caliente el plato de cardos o collejas hervidas que su mujer introducía entre sus codos, dos veces al día. Quizá no había hecho otra cosa que pensar en el niño desde que cerraron la casa y lo trasladaron a su vivienda y la mirada que se cambiaron la primera mañana que le despertó en su nuevo lecho —una cama metálica en un cuartucho húmedo pintado de azulete y separado de la cocina con una tela de colchón a guisa de

cortina— vino a establecer el reglamento de recelo que le impedía mirarle a la cara para no dejar traslucir el temor que le infundía. El niño debía saberlo. Se preguntaba a menudo qué era lo que sabía el niño, y de dónde derivaba aquella prestancia que le revestía de una cierta majestad, de dónde sacaba fuerzas para superar su naturaleza asustadiza con un carácter tan reflexivo. Y sobre todo, no podía hacerse cargo de cuál era su manera de reflexionar. También puede decirse que casi toda la guerra transcurrió para él sentado en el otro extremo de la misma mesa de cocina, con la cabeza recostada sobre el brazo a modo de cojín, copiando incansablemente en un cuaderno —con una letra patuda y unos símbolos y garabatos incomprensibles— aquel libro de lecturas que la señora le había regalado al partir, encomendándole que lo tuviera todo escrito para su vuelta cuya fecha ni siquiera en el entorno de las vagas precisiones que el niño requería se atrevió a fijar. El guarda no sabía leer pero su mujer sí, aunque con muchas dificultades; y a pesar de que ésta le había dado en repetidas ocasiones seguridades de que se trataba de cosas inocentes y propias de su edad que nada les iba a ellos, el guarda no podía a menudo dejar de levantar la vista con la mayor zozobra hacia aquellas páginas (no podía saber si estaban sucias o limpias) que denotaban un saber que no estaba a su alcance y en las que, a causa del misterio que las envolvía, vislumbraba la presencia del poder hostil que había pactado directamente con el niño para atraer a su casa la discordia o el apetito de destrucción.

Así que cuando terminó la batalla se sintió aliviado, pensando que no tardarían mucho en venir a buscarle. Pero a las tres semanas de ocupada la ciudad sólo apareció un cartero —por aquel temido camino de Pacientes— con una carta que le entregó en mano y que —a falta de alguien más versado— el niño fue encargado de leer mientras su mujer, a espaldas de él, se secaba las manos en el delantal al tiempo que supervisaba una lectura que no comprendía. El guarda no replicó nada, vol-

vió a sentarse a la cabecera de la mesa y toda la tarde estuvo espiando al niño y a la mujer con ojos inquisitivos, buscando el signo delator de la connivencia que había sido concertada a espaldas suyas. Sólo miraba al niño cuando afanado en su cuaderno de ejercicios hundía su mirada en su propio quehacer. Cuando —suspendida en el aire una de tantas interrogantes, apenas insinuado el soplo de una incitación o levantado el dedo invisible de aquella voluntad que anunciaba las mañanas o sepultaba las tardes a su capricho, en el lenguaje del silencio de una cocina tan sólo metrada por el silbido del cuchillo que pelaba las vainas— el niño levantaba la vista (no en busca ya de una mirada a la que acogerse sino escudriñando el vacío que al menos podía ser ocupado con la espera de la respuesta, ya que no con la respuesta misma) el guarda se ocultaba de ella. También había estado pendiente de su lápiz —regalo asimismo de la señora, que el niño guardaba como su mejor tesoro—, conjeturando qué había de durar más, si la guerra que le había procurado aquel cuidado tan peligroso o el lápiz que cada quince días menguaba un poco y que el propio niño, andando el tiempo aprendió a economizar una vez que comprendiera, por no se sabe qué precoz poder de anticipación no dirigido al entendimiento sino a la conservación no inteligente de la esperanza, que era más soportable la soledad que el fraude de una desilusión cada mediodía. La carta permaneció abierta toda una tarde o quizá dos, en el centro de la mesa de la cocina, mientras el niño escribía y dibujaba sus ejercicios y su mujer, María, pelaba patatas que echaba a una olla sujeta entre sus rodillas. De vez en cuando cogía el papel, lo miraba y tocaba y lo repasaba por ambas caras (mientras el niño y la mujer observaban en silencio los síntomas de su zozobra) y volvía a dejarlo en el mismo sitio, presa de un inmitigable trastorno. Y aunque ninguno de los dos lo había comprendido cabalmente —redactado con toda probabilidad en los términos más evasivos y compulsorios— ambos aceptaron su decisión de despejar la tumba al día

siguiente como consecuencia de la orden que, al no decir otra cosa, por fuerza había de referirse al estigma que permanecía abierto para vergüenza de su memoria y memoria de su cobardía.

* * *

La tumba había sido profanada en las primeras semanas de la revolución en pleno verano. Poco antes había llegado el niño a la casa, recogido por unas amistades de su padre y trasladado y depositado allí para protegerle de las amenazas que sobre todos los de su nombre se cernían en la capital. Tiempo atrás el niño había estado en la casa, en compañía de su padre, para visitar al abuelo. Pero dos o tres años antes de la guerra el abuelo había muerto y su padre no había vuelto a poner los pies en la casa, para no añadir mayores y más numerosas desavenencias a las que ya le separaban de su hermano menor. Así que cuando el niño llegó allí, no sólo no conocía a la señora —que habitaba la casa desde pocos meses antes, en compañía de dos sirvientas— sino que apenas tuvo tiempo de besar a su tío en el momento en que hacía sus precipitados preparativos para abandonar el lugar y buscar un refugio en otra provincia donde su nombre fuera menos conocido. Pocos días después de marchar su tío, apareció la venganza por el temible camino de Pacientes. La señora había ordenado al guarda apostarse en la puerta pero ni siquiera se oyeron sus voces. Cerraron y atrancaron todas las puertas —no había dentro más que tres mujeres y un niño— y desde un ventanuco del sobrado observaron la llegada de la turba, (arrastrando un par de cabritos) unas pocas cabezas que sobresalían por un camino hueco, a menudo ocultas por las hayas, con palos y herramientas al hombro como esas procesiones de maleantes que en el cuadro flamenco se aproximan al santo —en el momento en que sufre las más singulares tentaciones— para turbarle con un concierto de embudos y cacerolas. Se detuvieron frente a la casa —el

niño se abrazó a una pierna de la señora, hundió la cabeza en su vientre —era la primera vez que lo hacía— y empezaron a dar voces, levantando las manos y los puños: lanzaron maldiciones, apedrearon todas las ventanas, tentaron las puertas para forzarlas, incendiaron un carro y unos cuantos enseres viejos que se guardaban en un antiguo establo y tiznaron y pintaron los muros con símbolos obscenos y blasfemos y letreros vindicativos y siglas proletarias. Era media tarde cuando, entre risas y gritos, se dirigieron a la tumba cantando y con las herramientas al hombro. Primero deshicieron la lápida a porrazos —era una sencilla losa de marmol, sin ningún símbolo religioso, con la sola inscripción de un nombre y sus fechas de nacimiento y muerte—, cuyos pedazos esparcieron por el descuidado jardín que la rodeaba. Luego la excavaron con saña, en busca de aquellos restos malditos y temidos, que nadie posteriormente pudo llegar a saber a dónde fueron a parar si es que en verdad se encontró algo. Y por último, hicieron una gran hoguera dentro de la fosa —recogiendo leña y fajina seca y cuantos restos combustibles encontraron alrededor de la casa— en torno a la cual toda aquella noche de verano formaron un corro, asaron los cabritos, bailaron al son de un acordeón, se bebieron unas garrafas de vino que allí quedaron para siempre y, borrachos y frenéticos, fornicaron como siempre habían deseado hacerlo, sin ninguna clase de miramientos, y dando voces y a la vista de los camaradas. Algunos durmieron allí otros se fueron retirando con las primeras luces del alba, tan agotados que ya no pararon ninguna atención a la casa silenciosa y cerrada; y ya brillaba el sol bastante alto cuando a la vivienda del guarda llamaron para pedir agua los más recalcitrantes: un par de jóvenes con las gorras ladeadas arrastraban a un tercero colgado de sus hombros que a pesar de no poder sostenerse sobre sus pies —los pantalones los llevaba alrededor del cuello— saludó al guarda con un viva a la revolución cuya intención era desmentida por su tono sombrío y apologético.

II

Aquella noche la señora no se acostó; en cambio acostó en su cama al niño, tras haber retirado el crucifijo que la presidía. Entraba y salía de la habitación y a ratos se sentaba a los pies de la cama para acariciarle por encima de las sábanas; y paseando una mirada desconsolada por los altos techos de la habitación, le decía: «Todo esto será tuyo»; en sus manos se delataba, a pesar de su presencia de ánimo, un cierto nerviosismo que no encontraba el camino por donde salir del cuerpo y hallar el reposo y, retenida un instante su atención por una uña o un hilo de su vestido, volvía a dar unos pasos, repitiendo: «Todo esto será tuyo un día.» Cerca de la madrugada —el niño gozaba de un duermevela— recostó su cabeza en la almohada, vestida y acurrucada junto a él, sin meterse dentro de la cama, y pronto quedó dormida. Su aliento despertó al niño que al sentirla tan cerca —sus bucles le acariciaban la mejilla— se incorporó haciendo equilibrios para no turbarla y le dio un beso en los labios entreabiertos. Y cuando ella replicó con un sonido interrogativo incomprensible —surgido de aquellas profundidades ignorantes en las que permanece despierto y acechante, rodeado de tinieblas y sólo iluminado por sus reflejos instintivos, aquel agente prerracional al que le es confiada la seguridad del cuerpo cuando la conciencia duerme— el niño volvió a su posición en la almohada, fingiendo dormir, al tiempo que en las sombras y en torno a él se cernía la presencia protectora que sólo era capaz de percibir cuando no se sentía desamparado, un envoltorio de algodón negruzo y cálido, prefigurando la aurora paterna y en todo momento a punto de concentrarse en él, que por añadidura repetía y sumergía algunas formas humanas de los seres más próximos —miradas y labios, voces y espaldas— y en el que sus propias palabras no pronunciadas venían a fundirse con las llamadas de aquellos que en el más allá paraterrenal le instaban a formar parte del grupo.

Días más tarde —se habían serenado los ánimos y la señora había prohibido a toda la comunidad acercarse al lugar de la profanación— llegó a la casa un coche bastante destartalado, pintado de camuflaje y con unas grandes letras que anulaban el efecto de aquél. Descendieron tres hombres que preguntaron primero por su tío y por la señora después. No había tal señora, era soltera. El que parecía mandar sobre los otros era un hombre joven y moreno, con una cara afilada y dura, con patillas en boca de hacha que apuntaban como flechas hacia las hondonadas de sus pómulos; no llevaba gorra pero sí una cazadora de cuero abierta, una pistola a la cintura y unos pantalones kaki de polainas con medias botas enterizas, cerradas con hebillas. Mientras bajaba la señora, se sentó en una butaca del despacho, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y preguntó al niño quién era. Cuando la señora entró él no se levantó. La señora estuvo un rato de pie, y luego, a una indicación de él se sentó a su vez. Al hombre parecía gustarle dar a entender con el gesto que dominaba la situación; preguntaba poco, con una actitud tajante y hosca, y aguardaba las respuestas de la señora mirándola de refilón a través del humo del cigarrillo, forzando una arruga en la comisura de los labios. En un momento dado hizo un gesto a sus camaradas que, abandonando la habitación con el niño, cerraron la puerta del despacho para dejarles solos. Luego registraron toda la casa, acompañados por el niño pero no se llevaron ni un papel. Cuando terminaron, viendo que se prolongaba la entrevista en el despacho, salieron fuera para esperar a su jefe sentados en el estribo del coche; al niño le enseñaron sus pistolas y le preguntaron ciertos particulares respecto a la señora que al niño, además de no saber responderlas (pero se referían a cosas que germinadas dentro delataban un crecimiento que empujaba, agrietándola, la superficie de la conciencia, como la bulba de una planta, palabras fetales cuyo significado quedaba envuelto en el misterio de su propio amasijo, un día destinado a adoptar una figura terminante y poderosa), hicieron enrojecer.

Una vez que se fueron, la señora estuvo más locuaz y animada. Pasearon un rato juntos, viendo los establos y cochera vacíos, los restos del carro incendiado. Aquella noche el niño se decidió a comerciar con su insomnio; llamó a la puerta del dormitorio de la señora —con insistencia— y al recibir una vaga respuesta se introdujo en la habitación, llegándose hasta la cabecera de su cama para, con su expresión más acongojada, hacerle saber que no podía dormir. Ella le hizo un hueco en el lecho y al poco rato de haber apagado la luz se fingió el dormido para hundir la cara entre sus pechos y posar la mano en su cintura y así disfrutar en el insomnio de aquella cálida y perfumada compañía —como nunca había gozado— y que con el contacto del cuerpo le trasponía al ciego limbo de los anaranjados antepasados, la anaranjada aurora paterna de la que —sin saber por qué— había sido exonerado para, sin culpa ni explicación, ser arrojado a la soledad de la finca.

Días después volvió —a la misma hora de la media tarde— el coche destartalado, ocupado tan sólo por el jefe del grupo. El niño fue el primero que le distinguió (ya sólo quedaba una sirvienta en la casa) y salió corriendo a recibirlo. Traía bajo el brazo un desordenado envoltorio de papel de estraza, cubriendo una serie de latas y paquetes sueltos, de donde extrajo una pastilla de chocolate que alegró al chico. Preguntó por la señora pero antes de que el niño pudiera responder, volvió de nuevo al coche y del asiento de atrás sacó un juguete —envuelto también en papel de estraza y atado con una cuerda mal enlazada— del que le hizo entrega, acuclillándose hasta poner la cara a su altura. Su talante había cambiado respecto a la vez anterior, debido quizá al hecho de que estando solo se podía permitir unas licencias —y hasta una cierta simpatía— que no se toleraba en presencia de sus subordinados. El chico deshizo el envoltorio de un tirón antes de que la señora saliese a la puerta de la casa; era un coche de carreras, un modelo que el niño conocía muy bien, un juguete muy caro pero que no estaba nuevo: tenía alguna abolladura, la pintura se

había saltado en algún punto de una rueda abanicada. Cuando tras haberlo probado en las losas de la entrada, se dirigió corriendo a la casa para mostrarle al cabecilla cómo corría, se topó con las faldas de la sirvienta que, por orden de la señora, debía acercarse con el niño hasta la vivienda del guarda para llevarles un paquete y dar un paseo hasta la hora de cenar.

Aquellas visitas, en días y semanas sucesivos, menudearon hasta el punto que por fuerza tenían que echarle de menos cuando faltaba más de dos fechas seguidas. Siempre traía alguna chuchería para el niño, que éste recibía intrigado y complacido, aunque su alegría era nublada tanto porque nunca podía compartir el juego con el único hombre que visitaba la casa cuanto porque a su llegada era despachado a pasear con la criada hasta la hora de preparar la cena. En contraste al término de la visita la señora parecía más animada: la sentía más afectuosa y próxima a él, como si el momentáneo distanciamiento hubiera servido tan sólo para demostrarles una proximidad más permanente y por suspendida, más evidente. Cuando tras acompañarle al coche y cambiar sus últimas palabras con él, volvía a la casa y encontraba al niño cenando, a veces le echaba por detrás los brazos al cuello y le besaba en la oreja o en el cogote al tiempo que una guedeja suelta de su cabellera le cubría y acariciaba la cara. Y por si fuera poco —y era quizá por lo que el niño esperaba más las visitas del comandante, mucho más que por las chucherías y las golosinas y el reencuentro a la hora de la cena— por uno de aquellos convenios tácitos que a partir de uno primero parecen dictados por reflejos involuntarios que suprimen toda formulación, estaba resuelto que los días que se produjera la visita el niño había de dormir toda la noche en la cama de la señora. Y además había dejado de padecer el insomnio; ambos se dormían a la vez, hablándose por lo bajo y repitiendo, casi palabra por palabra, aquella misma conversación que iniciaban cuando el niño metido en la cama seguía regocijado el ir y venir de la señora para soltarse el pelo, lavarse los dientes y ponerse el ca-

misón. Cuando cerraba los ojos con la mano en su cuello, la señora no tenía más que repetirle: «Esto será tuyo ¿qué harás con todo esto cuando sea tuyo?» para que el niño, por no responder con aquella invitación que siempre tenía a flor de labios pero que una temerosa premonición le impedía formular para evitar que se rompiera tan necesaria incertidumbre con una negativa que no podría afrontar ni discutir, conciliara un sueño tranquilo y sereno, con la unción que la imperfecta posesión de aquel cuerpo tan temprana, aromática e irremediablemente querido le embargaba para resistir a su lado el temor a la separación con que se anunciaba todas las mañanas. Un día que no bajó acompañando al visitante, no tuvo el niño fuerza suficiente para irse a su cama sin verla: y aunque la sirvienta le acomodó en la suya —recomendándole que no la molestara porque con toda probabilidad se encontraba indispuesta— no bien hubo apagado la luz y oyó cómo cerraba la puerta del comedor, el niño se dirigió a oscuras al cuarto de la señora, dispuesto a reclamar una cuota que no le podía ser negada por una mera suposición. Estaba dormida pero se introdujo en su cama, más impregnada que nunca por el perfume de su carne; pronto su brazo le atrajo hacia su pecho, con un leve susurro somnoliento y un movimiento de todo su cuerpo; su calor era distinto, más próximo y radiante, y también lo era el gesto de su mano al apretarle bajo la nuca; y cuando el niño se arrimó a ella solícito y obediente a la imantación antes de advertir que se hallaba desnuda, su propia piel había adivinado el secreto cifrado y escondido por el tiempo —niñez que retrocedía a la ignorancia al mismo instante que un dolor futuro, aprovechando la revelación, venía a cobijarse en un recóndito reducto sólo accesible en la desesperación y trataba de despojarse de su pijama para curar su cuerpo en su calor. Aquella mañana una sonrisa de indulgente picardía no sólo desvaneció su arrobamiento sino que —con otra clase de dictados— vino a confirmar la más tenebrosa y atractiva premisa de la revelación. A partir de aquel

día durmieron con frecuencia juntos y desnudos, acariciándose mutuamente en la oscuridad solamente mitigada por la luz de un supuesto, las reverberaciones de aquella única pregunta que reflejadas en su cuerpo blanco bajo las sábanas introducían un débil sendero iluminado y dirigido hacia un imposible. Por eso era mucho más opaco. La luz que desprendía su cuerpo podría iluminarle hasta su reencarnación en la forma de un hombre, no necesariamente dominado el ansiado timbre del padre por la voz de las alturas, pero también podía no ser así devuelta a las sombras al tiempo que él era asunto al lugar que le tenían deparado. Y el niño al acariciar con su mano aquel vientre y depositar su tímido beso en su ombligo (mientras a las alturas no a él, parecía ella preguntar lo que haría con todas sus posesiones), sin duda se veía a sí mismo como aquel joven de la leyenda que al aproximarse a su imagen reflejada en el agua no podía sentir más que el horror que le inspiraba la cara que obediente a su voluntad —repitiendo sus guiños y balbuceos— por fuerza pretendía ser dueña y depositaria de sus sentimientos. Reconocía así a otro, indefectiblemente condenado al amor y dolor de aquel cuerpo y cuando sus cinco afiladas y puntiagudas uñas, apenas tocando su piel, trazaron cinco surcos (y a oscuras podía ver los brazos blancos al punto transformados en las rojas muestras de los arañazos que no más de unas horas perdurarían en su espalda, al igual que la luz tan sólo iluminaría una parte de su trayecto para evocarle a las sombras sin poder volver hacia atrás en pos de ellas) desde el arranque del cuello hasta la cintura, tal vez su carne insomne había anticipado toda la respuesta que podía dar al enigma de una soledad cerrada al tiempo que los surcos eran abiertos por sus dedos, para hacerle comprender en toda su fugacidad como sólo tenía una azarosa e incompleta solución en el atisbo de un placer que el anhelo agranda, en el engendramiento de una esperanza cuyos contornos multitudinarios nunca serán ocupados y en el sutil progreso de un deseo que al alimentarse tan sólo de un su-

puesto nunca fue ni será satisfecho, devolviendo al desconsuelo lo que nació de la imaginación.

Deslumbrado por la misma revelación, con una venda en los ojos había de permanecer desnudo y acurrucado junto al cálido cuerpo de la señora también desnuda durante ¿cuántas horas de una mañana que avanzaba hacia el otoño en el silencio platinado de las hayas que no rodeaban la casa? y que de nuevo fue roto por la algarada de la turba. Esa vez entraron en la casa profiriendo gritos y llevando tras sí una cabra atada a una cuerda que comenzó por mordisquear las paredes encaladas y terminó balanceándose, subida a una mecedora para comer el respaldo de rejilla. El guarda no hacía sino observar fascinado el montón de muebles y enseres que iba creciendo delante de la puerta principal y el saqueo y la exorcización les ocupó de tal manera que la señora —encerrada en el pequeño escritorio con el niño entre sus brazos— no tuvo ninguna dificultad en llamar por teléfono a Región para solicitar la ayuda de su amigo. Incluso tuvo tiempo suficiente de hacer un par de maletas con sus ropas y efectos personales, al tiempo que la gente del pueblo entraba y salía para despojar lo que había sido su dormitorio y acuchillar las sábanas y mantas de su cama. Cuando llegó el coche hacía poco que habían dado fuego al montón de muebles, habían cerrado casi todas las habitaciones, habían encendido pequeñas fogatas en algunas de ellas y, tras colocar algunos crucifijos del revés, colgaron bastantes ristras de ajos en las puertas, tiznaron muchas paredes de símbolos religiosos y obscenos y recorrieron toda la casa con una pequeña procesión, encabezada por la cabra y seguida de un perchero adornado con un chambergo y una capa y que luego, en el centro del vasto zaguán, fue apedreado. Y de repente los cuatro subieron al coche que pronto se había de detener frente a la vivienda del guarda. Allí se apeó ella y tras hacerle unas recomendaciones, colocarle firmemente entre las manos su cuaderno de deberes con el lápiz dentro, y darle un fuerte abrazo acuclillada frente a él —mientras su amigo en el asiento del conductor le

instaba a apresurarse—, tras pasarle sus dedos perfumados por los ojos que empezaban a llorar y darle un beso final en la frente —toda la revelación tenía en un instante aquella intolerable, tumultuosa y abyecta confirmación en el caos que (y esa era la segunda parte que el conocimiento trataba furiosa y silenciosamente de recusar, para volver a la ignorancia de segundos o de años antes) venía a invadirle y sólo podría ser dominado por la figura del dolor— subió al asiento delantero, cerró la portezuela y agitando un pañuelo de colores fuera de su ventanilla el coche desapareció, en las últimas luces de la tarde, por el camino de Pacientes.

Un par de horas más tarde la turba pasó de nuevo, de vuelta al pueblo, gritando y cantando, no lejos de la vivienda del guarda. El guarda, su mujer y el niño —que no osaron salir de la casa— trataron de distinguirlos en la noche, escudriñando por las rendijas de las contraventanas. Cuando todo quedó en calma salieron en la noche con mucha cautela, pero el incendio ya se había extinguido y tan sólo un débil resplandor se destacaba contra el volumen en sombras de la casa; en contraste con todas las fachadas cerradas y atrancadas lo que había sido su dormitorio había quedado por un incomprensible olvido iluminado y con las contras abiertas y así hubo de quedar durante mucho tiempo. La mujer del guarda le tomó del brazo pero el niño tampoco podía llorar ni moverse; con un escalofrío había vuelto a sentir los cinco surcos abiertos, para desatar a través de ellos aquella avalancha de furor y coraje que al menos había de sepultar las lágrimas tan fútiles, anodinas e incómodas como la lluvia que al caer crepitando sobre el incendio, incapaz de aplacarlo, sólo añade el sarcasmo al poder de la devastación. Muchos meses más tarde, un año después o tal vez dos pero antes de que comenzase la batalla, la luz se apagó de improviso y definitivamente pero para el niño un sabor del que no era responsable ni acaso conocedor había recogido el aviso que se le había hecho llegar con obstinada y premeditada anticipación.

III

Era la cuarta generación que sufría su enojo. No había disminuido un ápice sino que, antes al contrario, parecía haber ido en aumento, enfurecido más y más por su deshonroso final. Pero incapaz de golpear y revolverse contra sus enemigos —tal hubiera sido su deseo— su forma de vengarse adolecía de cierta innata torpeza como si maniatado en el más allá, sólo le fuera permitido patalear de vez en cuando.

Sin seguridad había muerto a manos de sus adversarios políticos, allá por el año 84 del siglo pasado. Había muerto después de una fiesta de bautizo expresamente organizada por sus enemigos de toda clase, para tenderle una celada. Como de costumbre había pavoneado de la paternidad de la criatura, y de esa manera no expresa —con sugerentes guiños y apartes de rincón (para mayor indiscreción) sobre ciertas intimidades de la madre— que hace suponer faltas mucho más pecaminosas que un simple desliz. En el banquete estaba presente el padre —que no era con todo el más ofendido— y a sabiendas de que podían haber llegado a sus oídos las noticias de su jactancia, se presentó en la casa sin acompañamiento, vestido de paisano y con un revólver en el bolsillo interior de la levita. Pues habían adivinado que su naturaleza jaque y arrogante no pasaría por alto una ocasión para poner de manifiesto su hombría como la que le proporcionaba aquella invitación, en la que además una nota añadida a mano sobre el cartón, con letra cursiva inglesa, le informaba de que asistiría también a la fiesta —y no acompañada de su marido— una señora a la que tiempo atrás había tratado de cortejar, con escasos resultados. Esa era la clase de desaires a la que no podía acostumbrarse y a toda costa había de tratar de sacarse una espina tanto más aguda cuanto con mayor certeza le constaba la ligereza de la conducta de aquella dama con unas personas de mucho menos nombre y prestancia que los suyos. Con aquella nota —respaldada por cierto por la presencia

de la señora— no sólo se pretendía asegurar su asistencia sino también conjurar toda clase de acompañamiento.

Le sentaron junto a la señora, no lejos de los padrinos, enfrente de la madre y del cura, que también participaba de la conjura si no es que se trataba de uno de sus organizadores. Le sirvieron bastante vino y la señora se permitió adentrarse con él en una conversación licenciosa y cuando consideraron que más lejos se hallaba de toda sospecha le sirvieron una perdiz estofada con cien gramos de cianuro potásico, una dosis suficiente para terminar con una punta de ganado. Sin embargo terminó el plato —y aun lo rebañó— sin dar la menor muestra de malestar por lo que a continuación —en el momento en que estaba más enfrascado en la charla— le fue servido un buen pedazo de pastel de hojaldre y nata con la misma dosis de veneno. Entonces vieron que empezaba a sudar, que sus ojos se apartaban de vez en cuando de su vecina, que se llevaba la servilleta a la boca y a la frente y que la situación podía ponerse comprometida si se despertaba su recelo antes que perdiese el conocimiento; porque en el fondo todos los comensales le temían. A la mitad del pastel se levantó vacilando y —no sin excusarse ante sus vecinos de mesa— abandonó el comedor para dirigirse al retrete de la casa. Allí al parecer sufrió un pequeño desvanecimiento del que pronto se repuso, se metió los dedos en la boca para provocarse unas arcadas y tras refrescarse la cara con agua y sosegarse un poco volvió a la mesa en el momento en que eran servidos el café y los licores. Pero nada más sentarse y arrimar la taza a los labios se desplomó bruscamente sobre su vecina y, salpicando su brazo con el café y arruinando su vestido, cayó al suelo. Tal como estaba previsto, y en medio de grandes alarmas, fue asistido por los comensales —uno de ellos era farmacéutico— y llevado en andas hasta la cama más próxima donde le depositaron boca arriba, le aflojaron el cuello de la camisa y le abanicaron. Le trajeron un vaso de sales y, a ruegos de los más responsables, todos los invitados se reintegraron al banquete mientras el enfermo quedaba en

manos de dos conjurados, en espera de la llegada del médico. Al parecer el vaso de sales contenía otra fuerte dosis de veneno para el caso en que volviera a recobrar el conocimiento; así fue, abrió los ojos, durante un instante les contempló —horrorizado y deslumbrado por la visión pasada— y trastornado por el asombro acercó dócilmente los labios al vaso pero al primer buche se incorporó con inusitada energía, abalanzándose sobre aquel que velaba su reposo para agarrarle por el cuello al tiempo que le escupía el líquido, lanzando toda clase de improperios contra ellos, contra Dios y contra la religión. Casi le había derribado cuando a sus llamadas de auxilio acudió el otro que viendo la apurada situación en que se encontraba su compañero descargó sobre la cabeza del brigadier un terrible golpe con un candelabro de bronce, haciéndole rodar por el suelo, de nuevo sin sentido. Un hilillo de sangre muy delgado brotaba de su alborotada cabellera para inundar la cuenca de su ojo cerrado. Volvieron a depositarle en la cama, enjuagándole la herida cuya hemorragia trataron de cortar con agua timolada; su corazón seguía latiendo pero sus pulsaciones —sonoras y expectantes, como la caída de esa gota que, cortada la fuente de agua, ha de esperar a tener el volumen suficiente para romper el menisco— cada vez se espaciaban más. También el médico —o lo que fuera— participaba en la confabulación, así que —con tacto— despacharon a los pocos invitados que no estaban al tanto de los sucesos y el resto de los conjurados viendo que la agonía se prolongaba más de la cuenta decidió esperar el desenlace apurando el licor, tras dejar un retén en su cabecera. Ya era de noche cuando el sonido de un disparo levantó a todos de la mesa para correr hacia las escaleras: en el rellano superior el brigadier se sostenía con dificultad, sujetándose a la barandilla. No sólo les detuvo el arma que blandía en la derecha —un revólver negro de cañon corto— sino su aspecto terrible —la cabellera alborotada, media cara con una mancha de sangre que ocultaba un ojo hinchado, la gorguera suelta y el cinturón desabrochado, la levita cubierta de repentino

polvo— buscando con su único ojo desorbitado el camino más corto para cobrarse venganza. Cuando empezó a bajar los peldaños —el arma apuntaba al suelo, balanceándose en su brazo inerte— todos los conjurados, apiñados en el arranque de la escalera, comenzaron a retroceder pero antes de alcanzar la salida el arma apuntó hacia el hueco de la puerta. Un disparo destrozó la cristalera y el grupo se disolvió, atropellando los muebles y parapetándose unos y otros tras las sillas y sillones. Poco a poco a fuerza de golpes se extinguieron las luces y en la semioscuridad, rodeado de cierta fosforescencia, le sintieron descender las escaleras a pasos graves y espaciados, acompañados del eco sordo del peldaño o de la violenta y vindicativa pulsación de su corazón. Tal vez fue el agrio e interminable estruendo de los cristales rotos que cayeron al suelo —como si nunca hubiera de terminar, una última aguja vencida por su inestabilidad provocaba todavía el correr casi líquido de diminutos fragmentos augurales sólo detenidos por las tinieblas— lo que de nuevo iluminó el salón tan sólo para destacar, en medio del destrozo, la puerta abierta por la que había escapado el fugitivo. En el suelo del dormitorio yacía el retén, con un hombro destrozado por el balazo. Entonces se echaron al campo, en busca del fugitivo, y soltaron los perros. Al parecer no había transcurrido una hora desde que abandonara la casa y sin embargo los perros dieron con el rastro a casi una legua de distancia; lo descubrieron en un claro del bosquecillo donde se había refugiado. tras el tronco de una gran encina donde sangrando, sujetándose con una mano los pantalones y el dolorido vientre, trató de hacerse fuerte; pero llevaban lámparas de petróleo y armas de fuego; con todo, el primer perro —hacía una noche de poca luna y bastante nublada— que se aventuró en el claro cayó abatido por un solo y certero balazo que le atravesó el pecho; cambiaron unos cuantos disparos y uno de los cazadores resultó malamente herido en el vientre y cuando sintieron que, carente de munición o tras haber sufrido un nuevo desmayo, no daba en su escondrijo signos de animación se abalanzaron sobre

él, echando primero los perros, para acabar con su vida a puñaladas y culatazos. Incluso le dispararon a bocajarro dos disparos al pecho. A la vista de los sucesos decidieron deshacerse del cadáver y aquella misma noche lo arrojaron a un pozo de unos cincuenta pies de profundidad, situado en la misma propiedad y no lejos del lugar donde quisieron rematarle. En evitación de posibles complicaciones se propusieron a la mañana siguiente, muy de madrugada, no sólo borrar todas las muestras de la cacería sino condenar el pozo —por tiempo indefinido— con una reja o una losa de fábrica. Cuando fueron a inspeccionarlo, con un peón que hacía las veces de albañil y que era de toda confianza del propietario, su alarma cundió de nuevo ante el rastro de un cuerpo, manchado de barro, que había traspasado el brocal para a los pocos metros perderse por el campo de encinas en dirección distinta a la que habían traído la noche anterior. Mientras unos fueron a buscar nuevamente los perros y dar la señal de alarma al resto de los conjurados, el peón iluminándose con una antorcha, bajó al fondo del pozo provisto de una barra, al objeto de inspeccionar el tirante de agua de poco calado. Pero antes de informarles de que a su entender allí no había cuerpo alguno, ya habían salido con los perros en busca del resucitado. Poco menos que les llevó todo el día dar con su rastro; le encontraron tirado en una cuneta del camino de Pacientes, a una legua más o menos de su casa, y en tal estado que sólo a duras penas le pudieron reconocer: su ropa era un amasijo de harapos húmedos, con numerosos agujeros por los que asomaba una carne blanca y señalada con moratones; casi no tenía cara, embadurnada de cieno negro manchado de sangre seca con una guirnalda de hojas podridas en torno a su cuerpo; más que un hombre se hubiera dicho una especie de arcaico, desmesurado e indefenso molusco que carente de caparazón ha de proteger su casi informe naturaleza con cuantos restos le oculten de los depredadores y bajo cuyo pusilánime y torpe aspecto late una pugnaz y no descontenta sangre convencida de llevar a un término el propósito de una existencia amenazada por

todos los flancos, a no ser por aquel único blanco, casi marfileño y delicado (en medio del barro y la hojarasca podrida) pie desnudo que con un movimiento pendular mecánico e involuntario señalaba las espaciadas y violentas pulsaciones de su corazón. Ni siquiera les miró; con la punta de un cañón apartaron las hojas y abrieron la camisa para descubrir su pecho cubierto de vello blanco. Luego seis y ocho fusiles o escopetas disparaban a la vez con los cañones apuntados hacia el suelo y a dos palmos del pecho en que abrieron un boquete del tamaño de una gatera; no hizo un sólo gesto de réplica y tan sólo el pie desnudo se abatió sobre el suelo, casi sin que girara la pierna como si se cortara el cable que mantenía unido aquel imposible y obediente péndulo, desconectado para siempre de los impulsos del mecanismo; y allí mismo, sin cuidarse ya de las apariencias cavaron su fosa de casi dos metros de profundidad y que años más tarde su hijo —pasando por alto las habladurías que corrían sobre su vida nómada— convirtió en una tumba más honorable, con una lápida de mármol y un jardín a su alrededor, pero no por menos secular a causa de la negativa de la autoridad eclesiástica a sacramentar la última morada de un hombre blasfemo, que había muerto abjurando de su Dios y de la fe de sus mayores.

La lápida fue rota y repuesta en numerosas ocasiones y la leyenda quería que a manos del propio demonio que albergaba el difunto. A raíz de su muerte la fama de su ubicuidad tomó nuevo cuerpo y más luctuosas dimensiones. En verdad aquella noche que fue asesinado llegó a su casa al mismo tiempo que la jauría le buscaba por la propiedad vecina; entró como un golpe de viento estando su cubierto preparado para la cena hallándose su hjio ausente de la casa por aquellos días. Se dice que tan sólo se dirigió a su despacho para abrir la vitrina donde guardaba sus armas de fuego que al día siguiente apareció abierta y a falta de un fusil francés que estimaba mucho, capturado por él mismo en la acción de Olot. Al pasar de vuelta por el comedor tomó por el cuello la frasca de vino para beberse sin pausa todo su contenido;

luego, en un acceso de ira, tiró del mantel arrojando al suelo cuanto había en la mesa y de un culatazo destrozó el aparador donde se guardaba la mejor plata y porcelana de la casa. Al estruendo acudió la servidumbre con tiempo solamente para contemplar los destrozos de su paso y la puerta de la entrada principal en el momento que golpeaba contra su marco. Ya en vida se había hablado del desdoblamiento de su personalidad; pues en el mismo verano, el mismo día y a las mismas horas en que se le había visto combatiendo al infante don Alfonso en Cuenca, trataba de detener el avance del cabecilla Savalls por la carretera de Ripoll a Puigcerdá y con el mismo arrojo, con la misma brutalidad y... con la misma gente. De forma que el capitán de voluntarios —que había abrazado la carrera de las armas llevado por su vehemencia; que gustaba hacer gala de su desprecio a los militares de profesión y a toda clase de enseñanza escolástica desde que, airado y resuelto, había subido a su montura, seguido de tres fieles, para volver las grupas a los firmantes del Convenio de Amorabieta— el mismo día que fue promovido en las llanuras del Riansares al rango de comandante por Serrano Bedoya, recibió de manos del propio Martínez Campos las insignias de brigadier en el campo de batalla geronés, entre las aclamaciones de sus compatriotas y subordinados.

Lo mismo cabía decir de su vida civil. Cuando con los numerosos ceses de hostilidades y treguas de aquella desordenada e intermitente guerra volvía a casa, nunca se podía decir con seguridad si paraba en ella, si dormía en su cama o si acompañado de un perro y un viejo asistente que montaba la guardia en la propia puerta del dormitorio, reposaba en el lecho de una señora no necesariamente viuda ni necesariamente vecina. Y cuando en cierta ocasión fue requerido por la autoridad judicial para responder a una acusación de flagrante adulterio no le fue difícil echar por tierra todos los testimonios y pronunciamientos en contra con el concurso de una dama de influencia que sin la menor vergüenza —abrochándose el chaquetón y levantando la barbilla con orgullo

sin dignarse mirar a la mujer ultrajada— demostró en la audiencia la impropiedad de la acusación por cuanto podía jurar ante los evangelios que el brigadier no había abandonado su casa ni su lecho en los días de autos. Así que para muchos —para ciertas mujeres, en particular— gozaba de ciertos poderes demoníacos el menor de los cuales no era, sin duda, su capacidad para conjurar la esterilidad razón por la cual se fue creando un sinnúmero de enemigos, sobre todo entre la gente sedentaria de los pueblos. Pero los más encarnizados no le pudieron sobrevivir mucho tiempo: el párroco de San Marcial —que había bautizado al niño y en cuya casa con toda probabilidad se urdió la conjura—, cayó en el mismo mes de su muerte mientras celebraba la misa: no bien hubo consagrado en el momento en que llevaba a los labios el cáliz para cumplir la comunión se desplomó a los pies del altar derramando el vino sagrado sobre el ara y, con un rugido infrahumano, se abatió de bruces y agarrándose el vientre y dando volteretas quedó exánime en el refectorio «despidiendo el espíritu con la sangre» que salió de su boca en forma de un único borbotón negro y humeante, denso y pestilencial como la colada de alquitrán. Se decía que su espíritu vagaba todo el año y rondaba los palos cuyas puntas, de noche, clareaban; y que, sobre todo, le llamaban y reclamaban las mujeres a las que —aun después de muerto— seguía poseyendo a despecho de sus oraciones. Al niño tampoco tardó en visitarle y la madre —que se andaba huida y apenas veía a nadie, había dejado de tratarse con su marido porque recelaba la venganza— apenas se acercaba al borde de la cuna y desinteresada de la criatura dejaba que una sirvienta lo alimentase y lavase. No tendría un par de meses cuando se le levantó en todo el cuerpo una erupción roja, un violento sarpullido de granos de cabeza negra que en pocos días dejaron su cuerpo convertido en una pústula, un par de ojos abiertos a los que ya ni siquiera alcanzaba el dolor, viciados en el hedor de sus llagas y atentos tan sólo a la mueca macabra y sonriente de una boca inmóvil que cada día se agrandaba un poco más para mos-

trar sus blancas encías. La muerte le llegó con los ojos abiertos, tan sólo para extremar aquella mueca hasta su más exagerada y grotesca expresión y la piel de su pecho, cuando se extinguió la fuerza de la infección, quedó señalada con infinitas cicatrices, como pistas de gusanos entrelazadas entre sí que formaban un inextricable laberinto en el cual cabía suponer que estaba escrita —en el lenguaje de su propio mal— la esotérica manda de la justicia extraterrena. Pero el cuarto en que murió ya no había de perder el hedor de sus humores podridos, a pesar de las yerbas montaraces que durante meses se cocieron allí, de las ristras de ajos que colgaron de las paredes, de los símbolos y signos de exorcización —crucifijos vueltos boca abajo, círculos incompletos, leyendas y oraciones incongruentes— con que lo ornaron para conjurar el embrujamiento. Ni siquiera los suyos pudieron eludir su influjo que tal vez se cernía sobre toda la casa y la finca si no con más saña, sí con más constancia. Era esa clase de furor incapaz de hacer distinciones y dirigido también hacia los que habían de gozar de las posesiones que tan apresuradamente le habían sido arrebatadas. Tan sólo aquel —o aquellos dos— año de guerra que la tumba permaneció abierta, y sus restos desperdigados y definitivamente perdidos, dejó de sentirse su obstinada y malévola influencia. Porque, por supuesto, una gran parte de su fuerza descansaba en las costumbres de sus descendientes y de los descendientes de sus enemigos.

IV

Todas las puertas estaban casi siempre entreabiertas, tanto las de dentro como las de fuera y, por no ser menos, incluso la cancela del pequeño cementerio, a excepción de aquel o aquellos dos años de guerra. Y eso en primer lugar fue lo que no sólo le enseñó a una muy temprana edad que nada estaba vedado —dentro de aque-

lla somnolienta, tétrica y ridícula vastedad tan sólo limitada por los quejumbrosos reparos del miedo en los umbrales, cohibida por su propio silencio y las severas amonestaciones del espacio a sus tímidos pasos, para quedar envuelta en el anticaos protector que a los empeños infantiles había de oponer la impenetrable muralla de las mañanas ambarinas y las noches sólidas— sino lo que también había de constituir el primer estímulo a avanzar, sin ayuda de otros, sin sugerencias ni órdenes y tan sólo en atención a los impulsos nacidos en el desamparo, por aquel tiempo deleznable y harapiento que le había sido entregado para entretenerse con él y no inmiscuirse en la vida de los demás, para no importunarles con sus preguntas sin respuesta.

De repente le habían dejado solo, con todas las puertas abiertas. Pero a medida que iba pasando de una habitación a otra —y no era tanto la curiosidad lo que le inducía a empujarlas, para escrutar el interior en penumbra, sino el impulso a avanzar que provocaba el vacío que se cerraba a sus espaldas, a muy pocos pasos de él— se iba familiarizando con las tinieblas y las sombras y con el adusto continente de todos los muebles y rincones, sujetos a aquella regla de la ergástula, reducidos a su abyecta esclavitud, tan indiferente a la violencia de las horas como la cohorte plebeya a las luchas fratricidas de los grandes señores por la cabeza del imperio. Y tantas veces como se sentía llamado —la voz no sonora siempre más allá de la penumbra, el aliento de su propio yo en el ambiguo medio que clamaba por la devolución de su criatura de carne exilada en la tierra irredenta— le era preciso detenerse para atender su creciente zozobra. Pues con aquella familiaridad no se desvanecían sus aprensiones y tal vez crecía su horror al inmóvil e inocuo decorado —al mismo tiempo frágil e impenetrable, inhóspito y deleznable— testigo y acaso juez de sus tímidos e incipientes pasos. No debía esperar de ellos ni siquiera la inescrutable amenaza pues sabiendo que su abandono no se debía al olvido —y quizá tampoco a la necesidad— a menudo se preguntaba si les estaría enco-

mendada la doble misión de vigilarle durante su permanencia en la casa —aquella suerte de enigmática e inquebrantable obediencia al mandato del silencio, aquella hierática continencia de la guardia palaciega ante el quicio de todas las puertas que ni siquiera moviera los ojos y probablemente no bajaría las armas para cerrarle el paso que intentase franquear porque su función se limitaba a hacer más palmario el sortilegio de lo intocable, sin órdenes precisas respecto a cualquier infracción— y esconderle por la multiplicidad de los muebles y rincones con la laberíntica disposición de tantos corredores y puertas, la verdadera salida hacia la que las voces le instaban a dirigirse. Su propia imagen —rodeada de las colgaduras, en particular una de terciopelo granate cubría medio espejo para extenderse por encima del arca, observada por el militar del retrato con un gesto que era siempre el mismo a largo plazo pero que instantáneamente cambiaba de expresión con cada mirada, como si lanzase imperceptibles guiños al objeto de desmentir la inalterabilidad de un continente y una apostura en los que se sintiera involuntariamente atenazado— parecía adecuarse al decorado, absuelta de su propio yo y convertida incluso en otro objeto más, dispuesto allí por la misma mano que había ingeniado tal acumulación para ocultar los últimos vestigios del cuerpo del niño, tan afanosamente buscado por todos los ámbitos en derredor suyo que había terminado por desaparecer de su entorno, presa de esa desesperada aniquilación que el buscador atribuye al objeto que debería encontrarse sin más ante su vista y al alcance de sus manos, en un medio luminoso.

Y por lo mismo que sabía (o presumía) que él debía estar *allí* infería que no era *aquél* su sitio. Acaso el miedo le hubiera sido más útil para encontrarlo y no era ciertamente la penumbra de las habitaciones —ni la proximidad de las voces sibilinas— lo que le había echado atrás. Un día —algunos años, no muchos, antes de la guerra— su tío había entrado en su dormitorio al poco rato de estar metido en la cama; se había cuidado de dejar la

puerta entreabierta y cuando se hubo acercado a la cabecera de su lecho, de repente volvió apresuradamente sobre sus pasos para tratar de cerrarla; no tenía pestillo y a causa de estar vencida sobre su marco, el picaporte la cerraba sólo con dificultad. Luego se sentó en su cama para decirle que él era el único heredero, que un día todo aquello le pertenecería... cuando de repente la puerta se abrió de nuevo, girando pausadamente hasta rozar contra el suelo y rechinar en todos sus goznes; entonces su tío se abalanzó de nuevo contra la puerta, maldiciéndole: maldito, vete de aquí, tú no tienes nada que decirle, maldito, maldito. Pero no pudo con ella a pesar de empujarla con todas sus fuerzas, con los pies clavados en el suelo. Luego ya sólo pudo decir vete, vete, porque su resuello no le permitía más, jadeando y sudando por aquel esfuerzo infructuoso ante el empuje de la puerta que avanzando continua y lentamente —no venciendo su infinitesimal oposición sino en obediencia a la velocidad que le imponía su propio inhumano e inexorable impulso, como accionada por un émbolo hidráulico indiferente a la acción de sus brazos—, poco a poco le fue acorralando contra la pared del cuarto. Y ya no pugnaba por cerrarla sino —sus manos magnetizadas en el picaporte— por zafarse de su intolerable presión cuando acudió su padre y a una orden suya no colérica pero sí dominante, consciente del poder que ejercía sobre todo el ignorado dominio, la hoja quedó libre e inerte, soportando en el picaporte el peso del caído sujeto a él todavía con la impotente y humillada laxitud de un en otro momento vibrante y tenebroso orgullo vencido y amedrentado tan sólo por la mirada. Pero no era su padre quien a sí mismo se debía presentar como portador de la luz; tan sólo con un gesto le ordenó que se introdujera de nuevo en la cama, arreglando sus sábanas y pasando su mano por su frente, al tiempo que su hermano abandonaba la habitación. Y de nuevo acostado, comprendiendo que los ojos del niño no interrogaban sino que —dueño ya de una involuntaria y somera presciencia, avezado por sus horas de soledad a una imaginaria realidad no limita-

da por palabras y paredes— tan sólo esperaban el tácito consenso a un temor de otra índole (despreocupado de la penumbra y las puertas y los susurros de los corredores y la repulsiva atracción de la noche abierta) estipulado en los términos del acuerdo convenido —sin un beso ni una palabra, tan sólo las dos miradas serenas y triunfales sobre el holocausto de una inocencia infantil esfumada con las cenizas del miedo— entre padre e hijo en virtud del cual el primero se comprometía a venir en ayuda del segundo siempre y cuando éste se demostrara lo bastante fuerte como para desterrar toda clase de temores infundados, no tuvo para él más que aquella mirada de solemne confirmación, rubricada por la augural sonrisa que dejaba traslucir toda la gravedad del convenio. Estaba en otra parte, dirigida a otra audiencia, tal vez: su miedo no era más que la imagen del miedo, y su yo el reflejo silencioso suministrado por el espejo, circundado por el globo transparente disimulado por los contrastes de luces y sombras, silencio y voces, para otorgarse a sí mismo una apariencia de realidad. No, no era allí —le vino a decir—, donde tenía lugar el combate de la experiencia. Y no alargó la mano ni la mirada para señalar el lugar al que se refería; y ni siquiera al abandonar la habitación paró la menor atención sobre la puerta que obediente a su mano —como si nunca hubiera estado vencida— se cerró delicadamente sobre su marco sin rozar el suelo ni chirriar en sus goznes. Era lo mismo meses o años después: tampoco la mirada de la señora señalaba el lugar sino que más bien había quedado cristalizada en aquel medio más allá del globo de cristal o tal vez en el mismo ámbito que lo circundaba, al que todavía no tenía acceso pero al que en ciertas ocasiones —y por el silencio, no con palabras— le habían insinuado que estaba destinado. Lo único que había logrado —y siempre sabía cómo repetirlo— era aquilatar aquellas actitudes gracias a las cuales ellos —su padre en tiempos y la señora después, e incluso el guarda durante la guerra— parecían volver la cabeza hacia el otro mundo, para quedar petrificados ante sus umbrales. Así

que la señora tan sólo le decía «más adelante, más adelante, cuando seas el dueño de todo». Sabía cómo llevarla y sin embargo desconocía a dónde iba: mientras en la cama leía a su lado había introducido su mano en el escote y había acariciado su pecho e incluso lo había descubierto. Y su mirada y su expresión se detuvieron —mucho más allá del ámbito del dormitorio— al tiempo que suspendía la lectura y dejaba caer el libro sobre su regazo bloqueada por un resorte mecánico que el niño había accionado involuntariamente pero que en lo sucesivo podría manipular a su antojo; y se preguntaba por ende si el único don de su soledad estribaría en aquel fácil acceso a todos los resortes y secretos de un mundo tan ordenado —dispuesto sin duda para otra clase de visitante, mejor conocedor del sentido de sus actos—, que obedecía a sus impulsos deteniendo o movilizando sus mecanismos sin que le fuera dado conocer la última razón del dispositivo. Así se había transfigurado, sin que lo que él buscaba llegase a identificarse —forzosamente debía existir en algún punto una clase de parcial coincidencia— con lo que había fijado su mirada en el no ser cristalizado de una visión incompleta. Se diría que una ambigua sonrisa trataba de despuntar en su rostro —a punto de romper las tinieblas de la visión cuando sus dedos acariciaban el pequeño pezón como el tallo de un níscalo, suspensa en su propia mudez y cancelada —a la izquierda el resquemor, premonición y delicia en la comisura derecha— sobre el objeto de un culto que siendo el mismo para la mano y la piel tan distinto se insinuaba para ambas clases de conocimiento. Allí había algo que la señora también ignoraba no tanto porque el mandato de silencio le impidiera llegar a saber lo que el niño podría descubrirle, como incapacitada ya por la experiencia para trascender sus propios límites. Tal vez la señora trataba de volver atrás, a la edad del niño o a aquella otra que también había perdido el niño, algún tiempo atrás. La experiencia circunscribe todo acto y todo objeto dentro de unos contornos a duras penas erosionables por la fantasía y la vida del espíritu es tanto más rica y suges-

tiva cuando no estando aún trazados le es dado adentrarse dentro de la masa incompleta y maleable y llena de promesas que aquéllos han de reducir a una forma. Y tal vez había de volver hacia el niño la mirada que ya no tendría para ningún amante; la misma —extasiada, irresponsable y sazonada con una porción de estulticia— con que la madre observa cómo el niño da vueltas al delicado y prohibido objeto (tal vez el globo terráqueo) que en sus manos sólo constituye un peligro. Allí radicaba una parte del secreto y allí trataba, por consiguiente —casi todas las noches que le era permitido—, de ser introducido para coincidir con ella en aquel otro mundo de contornos fijos que un día con un gesto le había anunciado su padre.

Era en aquel pecho donde se reproducían las palabras sin sonido de su padre, donde zumbaba la oquedad de las tinieblas. Era la naturaleza del nácar, el brillo de su piel e incluso los silbidos y lejanos portazos de su bisabuelo. Y cuando desvalijaron la casa, cerrando y trancando todas sus puertas y ventanas a excepción de aquella del dormitorio que había de quedar durante tanto tiempo iluminada, en su ánimo había de grabarse el indeleble sello de obediencia al formidable secreto pues en ella —y sólo en ella— le sería dado encontrar la interioridad que en varias ocasiones le había sido tácitamente prometida.

Todo en la casa estaba prohibido, ni siquiera le era permitido encaramarse por las paredes para mirar a través de los resquicios de los tablones o los agujeros de las contraventanas. Y cuando se desvanecieron los ecos de la batalla de La Loma y unas semanas más tarde concluyó la guerra, dio por seguro que el guarda abriría de nuevo la casa para trasladarle a ella. Pero el hombre que llegó en bicicleta, por el camino de Pacientes, con el aviso, sólo autorizó a cerrar la tumba que, abierta durante todas las hostilidades, tan sólo trajo paz y descanso a toda la vecindad y parte de la comarca. Cuando al fin pasó la última página de su cuaderno de ejercicios —y en los crepúsculos el invierno levantaba ya el peso de su luná-

tico silencio, permitiendo a clima y vegetación sus primeros torpes y anhelantes bostezos para anunciar el término de un sueño que el durmiente abandonaba a su pesar—, comprendió que el guarda estaba a punto de cerrar de nuevo la sepultura, rellenádola con la tierra de los bordes a falta de una nueva losa. Aquella noche volvió a oírles —por vez primera en muchos meses— y vio a la señora merodeando en torno a su cama y acercándose a su cabecera para abrirle su pecho. A un giro de su cabeza y a través de su espalda desnuda también todo el ámbito sin color y sin líneas de sus deseos se volvió transparente para proyectar, de una vez para siempre, la nítida definición de sus propios y aberrantes contornos. También en el fondo estaba su padre y más allá su bisabuelo a los que ya no tenía que vislumbrar sino tan sólo verlos, seguirlos y obedecerlos. Sin duda que la puerta se abrió sobre sus mismos goznes, sin rozar con el suelo, y el susurro de la oquedad en tinieblas le fue señalando el camino no como entonces aquella presencia a hurtadillas que escapaba a su vista —a través de los matorrales, más allá de los árboles en la noche, al final de los pasillos y delante de las puertas recién traspuestas— sino, mediante una inversión del sentido de su voluntad, con una invitación a seguirle para, atravesando la prohibición, llegar al término de luz de sus sombríos anhelos. Y llegó de día para toparse con el lecho recién abierto sobre la nacarina y acaramelada fosa donde había de encontrar la coincidencia de su deseo (no de su saber) con aquella clase de amor que en su beso al pecho al cerrar su vida con los estrechos límites de la carne desterraba el miedo y daba continuidad a una existencia que ya no se afanaba en buscar ni su prolongación ni la luz que despejara las tinieblas que la rodearan. Y de nuevo volvió al dormitorio —flotando sobre la losa hecha añicos— en el centro de la casa de la que era único poseedor y, sobre todo, poseedor y dueño absoluto de su soledad que ya no sería un atributo más del abandono sino la manera de formar parte de todos aquellos que con tanta y tan muda insistencia le habían reclamado y que

sin duda en derredor suyo esperaban con estudiada, despectiva y flemática prestancia la llegada del guarda.

Pero fue él quien se adelantó a recibirlo, pues adivinó —con esa clase de saber instantáneo que venía de muy lejos, cruzando todas las edades para hacerle poseedor de un conocimiento incontrovertible y diáfano— qué era lo que ellos esperaban de él. Sabía que podía encararse con él porque ya no le servían sus amenazas, ni siquiera al blandir la herramienta; al contrario no era más que una confirmación de su automático y recién adquirido poder porque sin llegar a levantar totalmente la pala, comenzó a retroceder con pasos vacilantes hasta topar con los montones que rodeaban la fosa, al tiempo que con las mismas repetidas y entrecortadas palabras le maldecía.

Baalbec, una mancha

I

Cuando yo era niño mi madre nunca tuvo necesidad de invocar una recompensa para reducirme a su autoridad. Fui educado en una casa cuyo gobierno estaba en manos de mujeres, habitada casi exclusivamente por mujeres —la más joven era mi madre— que apenas salían al aire libre; para salir del círculo de costura yo no tenía más alternativa que refugiarme en la compañía huraña del viejo José, el criado, o pasear solitario por el jardín, tirando piedras a las ranas. Hasta los diez años apenas vi otros hombres —porque José empezaba a dejar de serlo— que los feligreses de la parroquia las mañanas de los domingos o los jueves por la tarde, media docena de veces al año, en ocasiones en que mi abuela ofrecía a sus vecinas y desmemoriadas amistades una velada de buen tono; el doctor Sebastián (o más bien el paraguas representativo del doctor Sebastián colgado del perchero

que dejaba en el suelo su excrecencia de agua) y unos cuantos gitanos, también tres o cuatro veces al año.

Cuando, estando enferma, comprendió que se aproximaba el día de separarnos, mi madre me dijo algo que siempre, desde entonces, he tenido en consideración. «Prepárate en esta vida a no esperar nunca que tu virtud sea recompensada. No pienses nunca en ello; porque la virtud no necesita ni debe ser, en justicia, recompensada.»

Hasta aquellos momentos hubiera podido creer que mi madre no se había preocupado demasiado de mi educación. Dentro de mis primeros años pareció vigilarme desde lejos, un tanto resignada a la evolución de un hijo que —en una casa de campo solitaria, rodeado de mujeres de cuellos estirados y rectitud de plomada— sólo con la ayuda sobrenatural podría haber sacado a relucir sentimientos rebeldes o retorcidos.

En realidad, si mi madre no tomó una parte muy activa en la formación de mi infancia fue porque —dejando aparte las dificultades económicas que obligaron a separarnos— se apercibió de que para bien o para mal las circunstancias en que había de desarrollarse eran más que suficientes para totalizar una educación que sólo por el carácter podría verse alterada, ya que no por otra educación de signo contrario. Muchas veces me sorprendió su mirada —en el gran comedor estilo imperio rural (el suelo se había vencido en el centro y los grandes aparadores y trincheros parecían vacilar medrosamente) o en el salón contiguo, donde se desarrollaban las veladas que mi abuela convocaba entre las cada día más escasas amistades, por un compromiso casi histórico contraído para la conservación de un mito— cruzando por entre la gente desde el otro extremo de la habitación, como si temiera adivinar en mi tímida actitud el producto de una educación que una disciplina intransigente estaba moldeando sin contar con ella. Creo que ahora lo comprendería si tuviera ocasión de volverla a ver, porque el brillo significativo donde reside el secreto se borró hace mucho tiempo, dejando como toda huella el deseo

insatisfecho de volver con la imaginación para confirmar un sentimiento benevolente; más que la resignación, la disimulada capacidad de sacrificio que le hubo de permitir la enajenación de su haber más preciado, tras una capitulación sin condiciones; la renuncia (o el disimulo) de sus propias convicciones para no teñir de contradictorias sombras la interrogante niñez de un hijo único.

Mi niñez y adolescencia transcurrieron casi por completo en la casa que mi familia poseía en los alrededores de Región y a la que, andando el tiempo, hubo de retirarse a vivir todo el año por una serie de motivos inconfesables escondidos tras el pretexto de la edad de mi abuela y sus deseos de vida tranquila y retirada. La casa —San Quintín— era una hermosa y sólida edificación de tres plantas, de fábrica de ladrillo aparejada con sillares de granito. Su fachada principal daba a poniente y sobre una primera planta casi ciega corría un largo balcón con vistas sobre las terrazas de cultivo que descendían hacia Región, cuyas torres y cúpulas y macilentas columnas de humo contemplábamos por encima de los olmos; cuyo repique de campanas nos llegaba con acentos de pastoral resignación las tardes soleadas de octubre, para recordarnos nuestra irremisible soledad las mañanas sombrías de una húmeda y tardía primavera. Rodeada de grandes olmos y elevada sobre las terrazas de jardines italianos que mi abuela nunca se cuidó de reconstituir, la casa ocupaba uno de los vértices de una propiedad bastante extensa, cuatro quintas partes de la cual estaban constituidas por un monte bajo, con buenos pastos y bosques de alcornoques, desde las orillas del Torce hasta las estribaciones de la Sierra; la quinta, las vegas junto al río, eran unos bancales de regadío que producían casi la totalidad de la renta de la finca y que al correr los años e iniciarse el declive de la familia, mi abuela fue arrendando, hipotecando y malvendiendo sin demasiado conocimiento de sus hijos. En un pequeño collado, dominando la revuelta del Torce, estaba situada la casa, a la que se llegaba por un camino privado, señalado en la carretera de Macerta a Región a la altura

del kilómetro nueve por dos pilonos de granito coronados por dos bolas, donde estaban grabadas —una en cada uno, con letra cursiva y pretenciosa— las iniciales de mi abuelo o del matrimonio, L. B.

La finca había sido adquirida toda ella mediante sucesivas adquisiciones que mi abuelo efectuó alrededor del setenta, y la casa se edificó aprovechando, en parte, los muros de una antigua alquería y las ruinas de una pequeña ermita dedicada al santo, el año 1874, tal como estaba grabado con la misma letra cursiva en la clave del arco de la puerta principal.

Mi abuelo hizo su fortuna en ultramar, en muy pocos años. A los treinta y cuatro años estaba de vuelta a España, convertido en un hombre rico. Era oriundo del Sur, creo que de la provincia de Almería, y vino a Región cuando la construcción del ferrocarril de Macerta, donde trabajó de capataz a las órdenes de un tío de mi abuela o tal vez de su mismo padre (lo que con el tiempo pasó a constituir un secreto de casta). Debió ver o conocer a mi abuela y decidió casarse con ella rompiendo las diferencias en América, una solución que por aquel entonces el teatro de ideas había sugerido y puesto de moda. Recién cumplidos los veinte pasó primero a Francia, donde vivió unos meses viajando y comerciando por las ciudades del Sur, entre Grenoble, Marsella, Sette y Montpellier, asociado con un francés llamado Ducay, con cuya ayuda, y tras un juego de cartas que había de pasar a la crónica familiar con caracteres mitológicos, debió dejar sin un franco a un comerciante de granos de Sette. En América, en Méjico y Cuba sobre todo, trabajaron los dos socios en las minas, montaron un negocio de ferretería y se dedicaron a desguazar barcos por un procedimiento algo corsario. Los últimos descendientes de los Hermanos de la Costa se dedicaban, a falta de otra ocupación más incitante, al pillaje de barcos de pequeño cabotaje entre Honduras y las Grandes Antillas, que se desmantelaban en alta mar o en algunas escondidas ensenadas del Golfo de Campeche y eran vendidos a mi abuelo, quien los desguazaba o transfor-

maba. Cualquiera que fuese la verdad acerca de las leyendas que corrían sobre mi abuelo y Ducay, lo cierto es que en menos de diez años el hombre fraguó una fortuna que podía competir limpiamente con cualquiera de aquellas que, en la última década del siglo pasado, se asentaron en Región (quién sabe si empujados por la calidad de la leche, lo apartado del lugar o las quimeras de una nueva tierra prometida, pregonada entonces por el teatro de ideas) con el fin de erigir una ciudad modelo para una sociedad nueva. Empezó por comprar los terrenos de San Quintín, parcela tras parcela, siguiendo un orden anárquico, haciendo todos los esfuerzos imaginables para no levantar sospechas sobre el volumen de su fortuna y no despertar la codicia y desconfianza de los paisanos. Fue siguiéndolos uno a uno, aprovechando las enemistades y odios personales, haciéndose pasar, a veces, por un comerciante en granos que vendía muy barato a cambio de la adquisición de unos pocos predios; otras veces les vendía unas cántaras de vino, quejándose de su triste y humilde condición que a duras penas le permitía comprar un mal pedazo de tierra donde tener su casa y su familia; al cabo de dos años de trotar por la Sierra pudo reunir en el despacho del registrador una carpeta que contenía los títulos de propiedad de más de dos mil hectáreas.

Alquiló una casa en Región y construyó la de San Quintín a gusto suyo; hizo venir un jardinero levantino, trajo de Francia un buen número de muebles que su amigo Ducay le proporcionó a coste reducido; se hizo ropa en Savile Row, y, con un brillante en el bolsillo del tamaño de una avellana, se presentó en casa del señor Servén a requerir la mano de su hija mayor, Blanca.

En aquella casa nacieron casi todos sus hijos, asistidos por el doctor Sebastián. Allí murió el viejo León, el año 1903; allí murió la abuela y tres de sus hijos. Aunque nací muy lejos, allí me crié yo y transcurrió casi toda mi infancia hasta los quince años, en que mi madre me internó en un pensionado para iniciar mis estudios; a los pocos meses tenía que volver con el tiempo justo para

asistir a su entierro en la fosa familiar, a tiempo para entrar en el viejo salón de las veladas, lleno de gente enlutada y circunspecta que permanecía de pie por falta de sillas, en torno a un corro de señoras sentadas alrededor de mi abuela y mis tías; mi abuela se balanceaba lentamente en una mecedora, el chal sobre los hombros, y suspiraba profundamente, mirando al techo:

—Pasa, hijo, pasa. Ven a darme un beso.

II

Un día recibí una carta del nuevo propietario de San Quintín invitándome a visitarle y descansar unos días en la casa. El hombre solicitaba además mi ayuda para definir ciertos lindes cuyas referencias se habían perdido y nadie lograba recordar, así como para resolver algunos requerimientos de ciertos propietarios que estaban a punto de promover una demanda judicial. En ningún momento pasó por mi cabeza la idea de excusarme. Hacía tiempo que estaba pensando en algún pretexto para hacer aquel viaje, visitar la casa y la tumba de mi madre. Quería volver a ver Región, aunque estuviera deshabitada y agonizante, volver a pasear por el curso del Torce y bajo los olmos de San Quintín, volver a sentarme en la cerca, frente a la casa de Cordón, junto a los pilonos de la entrada que había cruzado por última vez... cuarenta años atrás. Tan sólo me aterraba y detenía la idea del viaje: era penoso llegar a Macerta en un tren sin comodidades ni calefacción, que en cuarenta años no había sido capaz de ahorrar ni una de las nueve horas de un viaje abrumador. Para un hombre de mi edad, llegar a Región desde Macerta se había hecho imposible. No había ninguna línea regular ni coche de alquiler que se aviniese a adentrarse por aquella carretera. Se podía alquilar una tartana, avisando con una semana de anticipación al recadero de Región, que por quince duros se

decía dispuesto a hacer el viaje cuando no estaba cerrado el puerto. Pero, aun escribiendo al recadero, era rara la vez que la tartana se presentaba en Macerta a la hora convenida o a cualquier otra. El viaje se había hecho tan poco usual que muy rara vez el postillón podía dar crédito al aviso; si no era persona muy conocida para él (y las tales personas que no estaban descansando bajo dos metros de tierra en el cementerio de El Salvador, llevaban varios años paseando su delirante soledad por las cantinas abandonadas de la ribera del Torce) tenía que mandar adelantado la mitad del importe si verdaderamente quería que él —él y el viejo carro rechinante arrastrado por un mulo desconfiado y cínico, que debía saber de memoria todas las leyendas de la tierra susurradas por las cunetas y las avalanchas traicioneras de un puerto hostil— se pusiera en camino. Pero desdichado aquel que intentase mandar los siete o diez duros, que, con toda probabilidad, jamás habrían de alcanzar su destino. Hacía tiempo que en Región había desaparecido la oficina de Correos (que en vano se había mantenido abierta desde la guerra civil, quién sabe si tratando de hechizar la voluntad de un corresponsal anónimo para que volviera a despertar un soplo de interés por aquel pueblo) y no quedaba más sistema de comunicación que el antiguo teléfono del ferrocarril, que algunas noches (por el tiempo de la Pascua o en el aniversario de aquellas fiestas estivales que preludiaron toda la decadencia) descolgaban los aburridos ferroviarios de Macerta para oír silbidos, ayes y lamentaciones; historias cavernosas de fantasmas malheridos, y guardas vigilantes, y entrecortados disparos en la noche, y ronquidos de camionetas perdidas en una vereda de la Sierra, sin dejar huellas en la hierba ni rastro de sus ocupantes. Pero, aun llegando a suponer que un día el postillón lograra superar su incredulidad para ponerse en camino —un capote con esclavina, cortado por un sastre aragonés antes de la guerra del 14, una botella de castillaza en el bolsillo y la cara oculta tras un tapabocas italiano procedente del despojo de los soldados que murieron en la acción de

Soceamos, y en los labios una canción rutera de la bella época—, es muy poco probable que pudiera llegar a Macerta si, siguiendo su costumbre y ateniéndose a los rigores de la amistad y el amor a la pequeña tierra, tenía que aprovechar el viaje para saludar al paso a los viejos amigos, borrachos de tristeza y aguardientes, desdentados y amnésicos, cubiertos de pieles blancas y perdidos por los rincones de la Sierra, los lugares amados de su juventud.

Cuando el nuevo propietario de San Quintín —un tal Ramón Huesca, o Ramón Fernández Huesca, un nombre nuevo para mí— se ofreció para recogerme en Macerta y trasladarnos en su coche hasta Región todas las reservas que oponía el reumatismo crónico fueron superadas por un estado de ánimo más propio para un examinando que para un viejo achacoso y egoísta. No tuve, pues, mejor cosa que hacer que dejar pasar las últimas ráfagas de un invierno excepcionalmente crudo y disponer las cosas para el viaje que iba a efectuar con la llegada del buen tiempo.

III

Era un día nublado de primavera en el que todo parecía limpio y transparente, y me figuré —estaba seguro de ello— que sin demasiado esfuerzo iba a ser capaz de mirar a través de la losa —como la adivina a través de la bola— para materializar, una vez más, el brillo húmedo de sus ojos en el fondo de las tinieblas. Pero mi primera visita fue inútil. La tumba estaba sucia, cubierta de tierra y hojarasca; una pasada tormenta que inundara parte del cementerio había dejado sobre la losa de mi familia casi dos palmos de barro endurecido, tallos podridos y ramajes arrastrados por las aguas. La losa de mi familia, como las de los héroes nacionales, estaba a ras de suelo.

El señor Huesca, tras llevarme en su coche, se había quedado discretamente a la puerta del cementerio. Pareció extrañarse de verme salir tan pronto.

—Está cubierta de barro —dije, echando el ramo en el asiento de atrás—; volveré mañana a limpiarla.

El señor Huesca era un hombre joven, de buenas maneras, que había hecho dinero con bastante rapidez con el curtido y la fabricación de pieles artificiales, negocio que, según me dijo, había sabido abandonar a su tiempo, a la llegada de los productos sintéticos.

—Tendremos que traer un par de palas, si hay tanto barro.

Había decidido dedicarse a granjero; estaba seguro de las grandes posibilidades que ofrecía Región y toda esa comarca que, «inexplicablemente, seguía olvidada y abandonada». Durante el camino de vuelta me fue hablando, muy por encima, de todos los proyectos que le rondaban la cabeza: primero una granja, una explotación agrícola que le permitiera vivir a él y a la gente que pensaba traer; luego..., no se atrevía a decirlo. A pesar de su aplomo era evidente que toda aquella inversión, y la aventura que traía consigo, no dejaba de producirle cierta inquietud. Constantemente estaba buscando no ya una palabra de aliento, sino una opinión favorable, una sentencia objetiva y confirmatoria.

Como teníamos toda la mañana por delante, decidimos recorrer, en la medida de lo posible, los límites de la finca. Yo había traído conmigo la copia del testamento de mi abuela, unas copias de los títulos de propiedad otorgados a mi abuelo donde se definía cada heredad, así como otros viejos papeles y los últimos contratos de compraventa que se hicieron en vida de mi tía Carmen.

Todo había cambiado. Todo era mucho más pequeño que lo que yo había imaginado. El primer día a duras penas pude reconocer la entrada del camino cuando el señor Huesca detuvo el coche e hizo una pequeña maniobra para seguir por él. Había olvidado que estaba cerca de un recodo de la carretera, y cuando a la izquierda aparecieron las dos pilas pensé en otro propietario,

otro inventor de granjas que había prosperado lo suficiente para hacerse notar. No habían hecho más que enfoscar la piedra con un revoco blanco y cubrir las iniciales de mi abuelo con dos piezas de azulejo: «Granja Santa Fe.» Bastante deteriorada, de color pardo de monte, aún quedaba en pie una de aquellas bolas de granito que emergía de la pilastra revocada como la cabeza de un monarca repentinamente cubierto de un armiño de alquiler, en una comedia parroquial.

Casi todos los árboles de mi niñez habían desaparecido; comprendí entonces qué difícil me iba a ser localizar los recuerdos; era como volver a una casa sin muebles, cuyas habitaciones, de dimensiones irreales, se suceden en un caos de paredes de color irreal, de luces irreales y ventanas y pasillos que nunca debieron existir. Todas las estampas que yo llevaba conmigo tenían un árbol al fondo: un almendro en el patio trasero, rodeado de un banco de piedra tosca, donde José colgaba un espejito de soldado para afeitarse los días de fiesta; las hayas del camino por donde veía alejarse los pocos coches que llegaban a la casa, por donde un día se acercó un indio a caballo, cubierto con una capa, y las dos higueras de la terraza inferior, a cuyo pie se sentaba mi madre cuando venía de vacaciones, cruzando los pies por los tobillos, para hacer punto o unas cuentas en un pequeño cuaderno rojo mientras yo subía a las ramas; y el ciprés de la esquina, el árbol más alto de la casa, rodeado de evonimos y laureles, cuya sombra se posaba en mis mantas las noches de luna de agosto. Todo el paseo de olmos frente a la fachada principal había sido talado en la guerra, y cuando el señor Huesca detuvo el coche ante la puerta tuve la sensación de que la casa, al tiempo que yo crecía en un instante, mudaba de color y se reducía, como obedeciendo a esas mutuas alteraciones de tamaño que sufren gatos y conejos en las películas de dibujos. Yo había vivido entre la fachada y los olmos, sin saber qué era lo más alto; ahora que habían desaparecido los olmos y la casa estaba rodeada de una llanura humeante, reducida a unas dimensiones modestas, comprendía hasta

qué punto las glorias familiares, todo el pasado delirante que se repite de boca en boca a través de generaciones inconscientes, no son más que transposiciones al reino infantil de un relato exagerado. Durante años habíamos vivido a la sombra de ese pasado familiar, ensalzado y cantado por las mujeres a la hora de acostarse; pero cuando la ruina se cierne sobre una familia rara vez desaprovecha la ocasión para reírse de ella al tiempo que le arrebata de un último zarpazo todos los hombres que la formaban, para dejarla reducida a un coro de abuelas huecas y tías huecas e hijas que se van ahuecando y aflautando con los cantos parroquiales en los sombríos calvarios, que pretenden justificar su naturaleza silbante destilando en los asombrados oídos infantiles las grandezas de una historia familiar más amplia que la romana. la fabulosa contextura de un abuelo recio como un Escipión, su cohorte de pretores y procónsules, criados y palafreneros; las cacerías de antaño, las correrías de un hijo rebelde como un Catilina, apuesto, rico, generoso y seductor como un Antonio, alejado, expatriado y heroicamente desaparecido como un Régulo. Yo había vuelto a Baalbec para contemplar un jardín talado, una chimenea torcida, unos grifos secos, las manchas de humedad en las paredes de un salón reducido, un balcón de metal deployé con sus chapas levantadas, oxidadas y rotas; una fachada salpicada de agujeros, por donde se vaciaba el contenido de una fábrica de cascote suelto y madera podrida.

La primera dificultad consistía, según el señor Huesca, en una duplicidad de documentos relativa a la propiedad de una heredad, llamada Burrero, de unas seis hectáreas de extensión. Yo le llevé a ver Burrero, que él no había sabido localizar; era una de las vegas altas, junto a un camino que cruzaba el río con una desaparecida pasarela y franqueada por algunos cómaros, donde, en mi tiempo, siempre se encontraban restos de hogueras. Aunque el título estaba a su nombre por haberlo adquirido a su antiguo propietario, el señor Fabre, antiguo vecino de Región, quien lo había comprado y subrogado a mi abue-

la, existía una reclamación por parte de una tal señorita Cordón, vecina, asimismo, de Región, quien alegaba obraban en su poder ciertos documentos que atestiguaban que el mencionado terreno había sido adquirido por su difunta madre a la viuda de Benzal, el año 1915.

—¿Mil novecientos quince?

—Sí, creo que eso dice.

—Es raro; el año mil novecientos quince vivía yo todavía en la casa y Burrero seguía perteneciendo a mi abuela. Muchas tardes bajaba yo allí a merendar y ver los gitanos. Fue el último año que pasé en San Quintín. Y fue el mismo año, de eso estoy seguro, que...

—Fue el mismo año..., ¿qué?

—¿Cómo decía usted?

—Usted iba a decir que fue el mismo que..., y se calló.

—No, nada; estaba pensando en otra cosa.

Fue el mismo año que murió mi tío Enrique, el mayor de los hermanos. Lo tuvieron que sacar enfermo, casi agonizante, y llevarlo a un sanatorio, donde apenas duró cuatro meses. Pocos meses más tarde mi madre le seguía a la tumba, arrastrada por una enfermedad galopante.

La propia señorita Cordón había advertido a Ramón Huesca de la existencia de tales documentos en cuanto empezó a abrir los primeros regatos, a fin de causarle el menor perjuicio. Le dijo —así me lo refirió el propio Huesca de la existencia de tales documentos en cuanto ocasión a su madre de la adquisición del Burrero, quejándose de que sólo le había servido para traerle mayores disgustos, aunque su madre —así lo confesaba ella con la mayor franqueza— nunca se tomó la molestia de dejar las cosas claramente sentadas y siempre se refirió al Burrero con unos términos de vaguedad, desencanto y resignación como dando a entender que a la postre lamentaba su posesión.

Cuando los terrenos fueron adquiridos por Huesca a un precio cualquiera, alto o bajo daba lo mismo, porque nadie se imaginaba que a partir de 1920 fuera capaz nadie de dejar allí una peseta, creyó llegado el momento

de formalizar una reclamación no tanto llevada por sus propios impulsos —imbuída con seguridad del mismo espíritu de indiferencia y fatalismo y hasta rencor hacia una tierra que siempre se había mostrado hostil a sus habitantes— como influida por un sobrino que vivía en la capital, que acababa de estrenar la carrera de leyes y estaba deseoso de ponerla en ejecución. Pero la señorita Cordón estaba muy lejos de atenerse a las sugerencias de su sobrino (ni su estado de espíritu, ni sus economías ni la vaguedad de los documentos comprobantes le permitían elevar una demanda judicial, que hubiera sido recibida —y ella no se atrevía a asegurar dónde, si en el viejo juzgado o en el abandonado cuartelillo de la Guardia Civil, o en el último entresuelo donde quedaba una placa de abogado— con la misma desgana e incredulidad que si hubiera entrado para formalizar su inscripción en una carrera de natación, en el antiguo local de la Comisión de Festejos) quien, sin duda, desde la capital ignoraba qué clase de hombre podía ser un oficial del registro encargado de la ejecución del título, que dormía desde hacía quince años o más sobre un viejo sillón de cuero destripado apoyado sin patas sobre pilas de carpetas que debían contener todos los atestados de la época minera y del balneario y que durante mucho tiempo habían de constituir el único alimento, casi el plato único impuesto por un asedio tenaz, de todas las ratas de la provincia; porque juez y registrador habían desaparecido hacía tiempo y si alguno seguía vivo (ya que nadie recordaba haberlo enterrado) aún debía estar, apagada ya más que toda su sed de justicia toda la mecanográfica inspiración para pronunciar sentado ante una sencilla mesa cubierta con un damasco rojo, sentencias sensatas que al menos guardaran alguna relación con las deposiciones de unos testigos arrastrados por el vínculo de la amistad, el apego a la tierra y la generosidad de sus corazones, metido debajo de la mesa ayudándose con el vino a pensar dónde podía haber radicado el fallo de la justicia; y el abogado debía seguir escondido en el último y más negro rincón de su entresuelo, tragando

polvo de tiza y tosiendo, enfermo de la cabeza, desvariante y con los pulmones abrasados por una silicosis de segundo grado que le había producido la repentina y desmedida afición a las matemáticas que pescó a la semana de quedarse sin clientela.

Se había conformado por el momento de advertirle de la existencia de esos documentos y de cifrar su reclamación (y debió oírlo sin atreverse a mirarle a la cara, avergonzada y resfriada, para esconder su nariz y sus ojos) en la devolución de la misma cantidad que su difunta madre había entregado a la viuda de Benzal, en concepto de depósito provisional garantizado por la propiedad del Burrero: doce mil pesetas.

Era una de las pocas personas que vivía aún en Región, en la antigua casa de mis abuelos, ocupando la cocina y un cuarto de estar de las primitivas habitaciones destinadas al servicio. Toda la casa estaba desnuda y deshecha, en un barrio deshabitado, y la pobre mujer vivía rodeada de miseria, en la más despiadada soledad; no salía de aquel cuarto junto a la cocina, sin otros muebles que una mesa camilla cubierta con una manta verde, donde había una caja con la labor, y un modesto aparador de pino donde guardaba unos restos de comida: frutas mustias y un plato de alubias. Allí conservaba también los objetos de lujo heredados de los padres: un viejo despertador parado, un calendario de propaganda de una fábrica de harinas, un rosario de pedrería falsa con una cruz bizantina y un vaso de madera tallada a cuchillo. De un cajón del aparador sacó una vieja caja de frutas confitadas, que contenía todas sus riquezas y todos los papeles del legado; era una pequeña hoja de papel tela casi transparente que había amarilleado, tenía los pliegues negruzcos y una mancha de grasa debajo del membrete en relieve de mi abuelo; estaba fechado en San Quintín, el 18 de agosto de 1915 y con una letra clara, rápida y elegante mi abuela había escrito:

«He recibido de doña Eulalia Cordón la cantidad de doce mil pesetas, importe del traspaso del Burrero. Auto-

rizo a doña Eulalia Cordón al disfrute y libre utilización del Burrero y todas sus pertenencias hasta la reposición de este depósito, que me comprometo a efectuar antes del 18 de noviembre de 1915.

Blanca Servén de Benzal.»

—¿Y nada más?

—Hay la otra carta. Había otros papeles también. Mi madre los guardaba todos, pero casi todos se perdieron cuando el traslado de la casa.

—¿Qué casa?

—Esta.

Era un papel de tamaño holandesa, sin membrete, escrito con la misma letra pequeña y rápida, utilizado solamente en su mitad derecha, espaciando mucho los renglones; estaba fechada el 7 de octubre de 1915 y tratándola de «mi querida Eulalia» mi abuela se quejaba de un sinfín de dificultades para devolverle el dinero en la fecha prevista, por lo que le suplicaba que accediese a una ampliación del plazo de noventa días, autorizándola, como era de esperar, a la utilización indefinida del Burrero e incluso procediendo —así lo sugería mi abuela— a la formalización legal del compromiso, si así lo quería ella.

—Y eso es todo, señorita Cordón...

—No me llame señorita Cordón —se había vuelto hacia la ventana y nos daba la espalda al hablarnos.

—Quiero decir... ¿eso es todo?

—Eso es todo lo que tengo, ¿no le parece suficiente?

—No lo sé, señorita...; no lo sé. Supongo que será suficiente para demostrar que la viuda de Benzal quedó debiendo doce mil pesetas a su madre.

—Querrá usted decir que mi madre quedó en posesión del nombre; bueno, quiero decir, del título del Burrero —se volvió para mirarnos con malicia.

—No lo sé —era difícil decírselo; era mucho más fácil despedirse de ella como defensores de su causa, aunque hubiera que dirigir la apelación al silencio de las tumbas enterradas bajo dos palmos de barro.

—Ya le dije a usted, señor, que yo no quiero ir al juzgado. Yo sólo quería que usted lo supiera.

Había que salir de una manera o de otra. Aunque no me había dado a conocer —y así se lo rogué a Huesca—, sentía sobre mí el peso de una vergüenza de la que él era testigo. Le dije algo sin pensarlo, algo que una vez dicho quedó flotando en la pequeña habitación y me cargaba con la responsabilidad de pagar doce mil pesetas para conservar intacto el nombre de la familia ante un desconocido. Tenía prisa en irme de allí; trataba de rehuir su mirada maliciosa y vidriosa (y repitiéndome: «Yo sólo quería que ustedes lo supieran...»), escondido en el rincón del aparador dando vueltas al vaso de madera: era una especie de vasija incaica para el pulque, tallada a cuchillo con un gusto primitivo a trazos rectangulares con una cara de mujer por un lado y una E entreverada por el otro.

—Era de mi madre. Teníamos muchas cosas de esas, pero casi todo lo perdió en el traslado de la casa.

No nos acompañó a la puerta; se quedó junto a la ventana, mirando al cielo con el ceño fruncido, perfectamente indiferente y tranquila del resultado de la visita.

—Bueno, a lo mejor le entregó un anillo —dijo Huesca, abriéndome la puerta del coche.

Yo no le escuchaba.

—¿Un anillo? ¿Por qué un anillo?

No me decidía a subir.

—Un anillo o un dije o una pulsera. Cualquier cosa que le sirviera para saldar la cuenta.

—¿Y el terreno?

—No, el terreno, no —no parecía decirlo por interés ni siquiera satisfecho de ello, sino más bien molesto de su propia seguridad.

—¿Seguro que el terreno no? —la respuesta me era indiferente.

Abrí la puerta, cogí el ramo, que había quedado en el asiento trasero, y llamé de nuevo a la casa. La señorita Cordón asomó por la rendija de la puerta, mirándome con el mismo ceño fruncido.

—Conocí hace años a sus padres. ¿Querrá usted llevarles este ramo a su tumba, como recuerdo mío?

—Gracias —dijo, cerrando la puerta.

Había empezado a llover, y el señor Huesca echó la capota del coche.

—Se iba a echar a perder —le dije, cuando puso el coche en marcha—. No parece que el tiempo quiera levantar.

Era un coche antiguo y descapotable —que podía haber pertenecido a un campeón de tenis— que el señor Huesca metía por todos los caminos, aunque lo cuidaba con esmero. El campo estaba encharcado; no se veía un alma, ni en toda la extensión de nuestra vista el menor signo de cultivo; la guerra había talado todos los árboles de la llanura y no había desde entonces más que desordenados macizos de arbustos y tallos retorcidos, incapaces de sostener su propio peso, bosques de cardos, azaleas venenosas y viejos y herrumbrosos saltaojos, declives y lomas cubiertos por la retama.

—¿Conoció usted a su abuela, señor Huesca?

—Sí; ya lo creo; mi abuela paterna murió cuando yo tenía quince años.

—¿Cómo era?

—¿Que cómo era? Era una mujer humilde que no pensaba más que en su casa y en los suyos. Creo que nunca salió del pueblo.

—Sería muy mirada para el dinero.

—Supongo que sí, supongo que sería tan mirada que ni siquiera lo conocía.

—Como todas las abuelas. Yo creo que la engañó...

—¿Que engañó quién?

—Mi abuela la engañó. No le devolvió nunca el dinero.

—Quién sabe; a lo mejor le entregó una joya.

—No. Pues sí que mi abuela era mujer que se dejaba las cosas a medias. Si le hubiera entregado algo no hubiera quedado el papel en poder de Eulalia.

Como me mirara con extrañeza, tuve que explicarle:

—Eulalia Cordón era una pobre mujer, que murió loca. Era la hija de los guardas de San Quintín.

IV

—Y bien, no creo que a mis años sea cosa de romperse la cabeza tratando de adivinar lo que hizo en mil novecientos quince una señora tan complicada como mi abuela.

Habíamos acabado de cenar, muy sencillamente, en el viejo, casi desnudo, comedor familiar. No lo iluminaba más que una bombilla con una tulipa blanca que destacaba en las paredes las sombras de los muebles que permanecieron allí hasta que la guerra acabó con todo; la sombra de aquel gran trinchero moldurado (que en tiempo de mi abuelo se decoraba con tres filas de bandejas de plata) decoraba la pared del fondo como el sórdido arco aristocrático abriéndose al jardín, en una comedia elegante montada para un escenario pueblerino.

Ramón Huesca vivía solo, con un matrimonio que había traído de su tierra, mientras intentaba poner la casa a punto para el traslado de toda su familia. Pero aquella noche se había ocupado de traer leña seca y una botella de coñac barato, así como de arreglar dos sillones que había encontrado desfondados en la leñera. Eran dos sillones de mimbre, para sentarse al fresco, a cuyo respaldo me encaramaba de chico para caer sobre los hombros de mi madre.

—Lo más sencillo será considerar impagado ese recibo y tratar de ayudar a esa mujer. Hay que ayudarla, hay que ayudarla a saber lo que quiere.

—Pero no es sólo eso, no es cosa de doce mil pesetas. Lo importante son los lindes, más que saber lo que pasó con el Burrero. Porque no hay forma humana de saber lo que era San Quintín.

—Se ve que no es usted de aquí. Pero ¿es que cree usted que la señorita Cordón aceptaría mañana la restitución de ese terreno?

—Por lo menos de las doce mil pesetas.

—No lo sé. Me atrevo a creer que tampoco. Lo que sí sé es que tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—Miedo de que cualquiera pueda entrar en su casa con doce mil pesetas para decirla: «Aquí están, tome usted. Firme usted aquí y este asunto se ha acabado.» Miedo de tener que poner en un papel Eulalia Cordón, si es que se llama así y es que sabe ponerlo. O simplemente de que la llamen señorita Cordón. ¿Se ha fijado usted de qué forma nos volvía la espalda?

Nos habíamos sentado junto a un fuego vacilante, tomando café de lata y unas copas de coñac. La lluvia había amainado y por los ventanos del fondo entraba una débil claridad: «¿Se ha fijado usted de qué forma nos hablaba del traslado de su casa? Se diría que tuvieron que salir una noche con los colchones a la espalda, huyendo de las aguas o de la peste. Es cierto que usted no es de aquí y no puede comprender lo que significa la tierra para los que (no sé muy bien cómo) siguen resueltos a no abandonarla..., iba a decir sin ninguna razón: no. La ignorancia, el miedo o la fatalidad son las únicas razones. Pero usted no es de aquí y nunca se podrá hacer cargo de la magnitud de esa ruina...»

Hablábamos apenas; él sostenía la copa un poco elevada, hundido en el sillón de mimbre, mirando las sombras del techo con un punto de interrogación. Tampoco era fácil decirle a un hombre que tal vez se había gastado un cuarto de millón que le hubiera sido lo mismo plantarse allí y colocar un letrero: «Propiedad de Ramón Huesca», con la misma tranquilidad legal con que Colón clavó la cruz y el pendón de Castilla para tomar posesión de un continente. En el humo y en las sombras del techo y en la claridad fosforescente del fondo parecía seguir esperando unas palabras de aliento, una opinión aprobatoria.

—Los lindes, ¿qué importancia pueden tener? Ponga usted mañana una cerca por donde más o menos cree que corren. Tardarán en enterarse, pero con un poco de suerte tal vez al cabo de un año le visite un paisano diciendo que quiere demolerla.

—¿Entonces?

—Muy bien; entonces si usted quiere la echa abajo y si no la deja.

—¿Y el paisano?

—Bien, si la echa abajo le pediría que incluya también un pedazo que perteneció a su difunto padre.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada.

Bajó la vista, se sacudió unas cenizas que habían caído en su pantalón. No debía estar lejos de entenderlo ni se resistía a ello. Hubiera luchado contra ello si hubiera sabido con qué motivos se hacía, pero lo único que sabía es que estaba solo, incluso abandonado por una mujer que a aquellas horas estaría durmiendo apaciblemente, con la puerta de la habitación de los niños entornada, tejiendo en sueños un sinfín de farisaicas exigencias sobre el concierto de la incomprensión: «Sí, se ve que usted no es de aquí, porque está acostumbrado a trabajar la tierra, sacarla su fruto, comprarla y venderla. Pero aquí la tierra no se paga. Aquí se la teme, se la odia y se oculta uno de ella; pero ¿por qué cree usted que viven a oscuras, escondidos en sus chozas y borrachos de castillaza? ¿Por qué cree usted que se limitan a recoger unos hierbajos, después del crepúsculo, o a salir al monte a matar un gato? ¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué?»

—¿Tan mala es la tierra?

—Mala, no; hostil.

—Hostil..., hostil; ¿qué quiere decir eso? No hay duda que usted lo conoce mejor que yo; pero ¿hasta ahí llegan las supersticiones?

—¿Las qué...? ¿Las supersticiones?

—Como lo quiera usted llamar.

—Tiene usted razón, se puede llamar así. Lo único cierto es que las cosas son como son. Tanto mejor para

usted si puede hacer un buen negocio dejando las cosas como están.

—No.

—¿Qué es lo que no?

—El negocio.

Había quedado pensativo, la mirada baja. Parecía haber llegado al momento en que de una vez es preciso responder a una pregunta largo tiempo sostenida, cuyo sentido, en un principio intrascendente, ha ido poco a poco complicándose hasta poner en entredicho toda la capacidad de resolución.

—Se trata de vivir de una manera decente. Eso es todo. Más que el negocio, más que nada.

—¿Más que nada? Bien, adelante. Usted es joven y ha venido aquí para eso. ¿O es que le parece demasiado trabajo para un hombre solo?

Torció los labios y bebió lo que quedaba en la copa. Agarró la botella del cuello y llenó de nuevo las dos copas sin preguntar nada.

—Sí; sin embargo, no es eso todo.

—No lo sé; pero ¿le parece poco?

—No, no me refiero a eso. Eso es cosa de usted exclusivamente. Lo que yo pueda decirle le ha de servir de muy poco. Pero me refería a otra cosa, me refería a la carta. ¿Qué necesidad tenía mi abuela de escribirla?

—Alargar el plazo; tener tranquila a esa mujer.

—¿El siete de octubre? ¿A los cincuenta días de un plazo de noventa? No. De un plazo de noventa días (se lo digo por experiencia, desgraciadamente) los primeros ochenta se ocupan en el dinero. Durante los otros diez hay que pensar en la forma de devolverlo. ¿Qué necesidad tenía mi abuela de escribir una carta el siete de octubre a una persona que vivía a un kilómetro de distancia y podía verla a diario si le daba la gana?

No me escuchaba. Echó de nuevo mano a la botella.

—No, gracias. Para mí ya es bastante.

—De todas formas, por muy raro que sea es más raro lo que está ocurriendo ahora.

—¿Qué?

Hizo un gesto amplio, tanto más general cuanto más vago: «Eso. El miedo por todas partes. Que la tierra no valga nada. Que la gente quiera desprenderse de ella como si en lugar de un prado tuviera un tigre. Que la gente no valga más que para emborracharse y matar gatos por la noche, para comerlos o para ahorcarlos...»

—Un día se dará cuenta, señor Huesca, aunque... mejor sería que no tuviera nunca necesidad de comprenderlo.

Estaba tranquilo, con una pierna cruzada y las manos sobre el pecho. De repente quiso forzar una expresión de malicia.

—¿Y si vine por eso? ¿Y si vine precisamente por eso y sólo por eso?

—¿Por qué?

—Porque esto es así y nada más. ¿Por qué otra razón cree usted que sube un alpinista a un pico inexplorado? Pues porque está allí y nada más.

—No lo sé; me imagino que el simple hecho de que esté ahí es un desafío.

—Usted lo ha dicho, un desafío...

—En ese caso, ¿qué quiere que le diga?

Me había levantado, dejando la copa en el suelo: «En tal caso no tengo más que callarme: usted sabe todo lo que hay que saber.»

—¿Todo?

—Yo diría que sí. Hay que subir al pico; supongo que sabe dónde hay que poner los pies.

—¿Todo? —repitió, sin apartar la mirada, con las manos tranquilamente entrelazadas sobre el pecho.

—¿Ha pasado usted mucha hambre en su vida, señor Huesca?

Asintió con la cabeza:

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Puede que no tenga, es cierto. Pero usted no ha vivido nunca entre la ruina. No entre la miseria, entre la ruina. No me refiero al hecho de que un día pueda quedarse sin un céntimo, es mucho más que todo eso. Porque eso, al fin y al cabo, no es más que un episodio;

si es el último, eso es todo. Si no es el último se vuelve a empezar, y ya está.

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—Todo, señor Huesca; todo. Le estoy hablando de la ruina, que las personas dejen de ser personas; que las casas dejen de ser casas; que la comida deje de ser comestible, y no se pueda arar la tierra. Que los padres se entreguen al castillaza para no verse obligados a devorar a sus hijos y los hijos se vuelvan a la caverna. Todo, señor Huesca. Que se venga abajo todo. Que se quede usted sin vida. Vivo, pero sin vida. Sin nada que hacer ni nadie con quien hablar. Porque cuando se llega a ese estado de ruina es mejor no tener nada, seguro al menos de que se ha tocado el fondo. Es mejor no tener nada: ni casa, ni madre, ni fe, ni recuerdos, ni esperanza, ni siquiera un mal pedazo de tierra donde meter el arado cada dos años; porque todas las cosas llevan dentro la posibilidad de arruinarse, y lo poco que uno tenga le hundirá más bajo todavía, en cuanto se descuide. Y usted, ¿sabe usted lo que se juega? ¿Sabe usted que se juega todo? ¿Todo lo que se ha estado tratando de evitar y de conseguir desde que nos comíamos los unos a los otros en el fondo de la caverna? Confórmese con lo que tiene, señor Huesca, porque el día en que, considerando un buen negocio lo que el paisano viene a proponerle, llegue usted a multiplicar por dos la extensión de su finca, no es un tigre es toda Bengala lo que ha metido usted en su casa.

—Y, aunque así fuera, hay excepciones. ¿Por qué no iba a ser una excepción?

—¡Oh, claro! Tan sólo le digo que no me gustaría ser una excepción.

Me había levantado por segunda vez, acercándome a la ventana: toda la llanura de Región aparecía bañada en una claridad plateada, fosforescente en el horizonte, en ese silencio y ese aroma —sin viento ni susurros nocturnos ni ruidos de árboles— de las atlántidas sumergidas, última aureola de todas las llanuras quiméricas, donde un día existió y dejó de existir una civilización.

—Mi abuelo fue una excepción. Su fortuna apenas duró treinta años. Y creo que si hubiera podido prever de antemano un destino tan breve, a pesar de ser un hombre excepcionalmente dotado para el negocio y la aventura, no hubiera movido un dedo para forjarla. Al menos ellos —los aventureros del tiempo de mi abuelo—, embriagados con sus propias inversiones y hechizados por las nuevas industrias y los ferrocarriles y las explotaciones mineras, creían que sus fortunas iban a quedar como símbolos de la patria, más imperecederas que las estatuas de los libertadores. Cuando mi abuela escribió esa carta debía estar totalmente arruinada, tan descompuesta como para transformar los principios de una moral rígida en el artificio necesario para engañar a una pobre desventurada y despojarla de todo el dinero que guardaba debajo de la cama. Porque no debió ser fácil para mi abuela. Según contaba ella misma, Eulalia Cordón se había convertido en una bruja desmemoriada que se abalanzaba debajo de la cama para apretar la caja de dinero cada vez que oía unos pasos cerca de la casa; ese dinero que, en un momento dado, debió ser el último que quedaba en todo San Quintín. Por esas mismas fechas mi abuela le cedió la casa que había desalojado en Región para evitar que una persona así viviera en nuestra vecindad, a la entrada de la casa.

—Tal vez fue eso lo que...

—No. Ella no hubiera dado doce mil pesetas por el cambio. Seguramente fue forzada a hacerlo. Pero ya ve usted cómo hasta las mismas personas se transforman en otra cosa: mi abuela, que era la misma rectitud..., es el primer síntoma. La transformación de la razón de vivir se efectúa con la misma rapidez, quizá mayor; porque al principio se pretende ocultar la desaparición de la antigua razón, manteniendo en lo posible el mismo comportamiento. Luego, cuando el disimulo se filtra en las costumbres, qué poco tarda en convertirse en el verdadero señor. Qué poco tarda en engendrar la hipocresía, el engaño y..., ya lo ve usted, el delito, la estafa, como lo quiera usted llamar. En el momento en que la

razón de vivir había descendido de las sociales e industriales elucubraciones de un abuelo magnate a la confección apresurada de un traje de «soirée» (aprovechando algunos retazos multicolores que olían a naftalina) para la única tía presentable en una anacrónica velada provinciana de la vieja clase (cuya fortuna conjunta para aquellas fechas no hubiera alcanzado a las doce mil pesetas de aquella loca), en la que era arrojada como el anzuelo del aficionado dominguero en la arrabalera charca que jamás entregó pez alguno, visitada cada domingo por un centenar de aficionados domingueros, ¿en qué otra cosa iba a pensar mi abuela, sino en conseguir como fuera esas doce mil pesetas, la única trucha que quedaba en toda la comarca y que se paseaba en su propia alberca? Y eso que mi familia, señor Huesca, fue la excepción: porque les llegó la muerte (una muerte en apariencia digna) en su propia casa, sin necesidad de tener que esconderse en un rincón, con la botella en la mano. Ya ve qué aspiraciones más modestas. ¿Ha conocido usted mucha gente, señor Huesca, que muriera en el lecho de su padre? Yo no. Yo, a nadie. No quiero decir que eso sea una gran cosa. Al contrario, casi es algo ridículo; pero... ¿por qué una familia dura a lo sumo tres generaciones? ¿Ha conocido usted muchas familias (quiero decir, la casa, la tierra, la propiedad, los recuerdos, la misma educación y los mismos objetos que pasan de padres a hijos, incluso las enemistades), ha conocido usted muchas familias que prevaleciesen durante más de tres generaciones? Yo, ninguna. Debe ser porque no conozco ningún rey o ningún duque, o, por el contrario, será porque no he tenido la suerte de nacer en el hogar del labrador más honrado. Pero me pregunto a veces qué clase de maldición arrastramos los que no pertenecemos a una clase ni a otra. ¿Por qué es eso así, señor Huesca? ¿Por qué no tenemos otra salida, breve o larga, que la ruina? ¿Por qué no sabemos hacer otra cosa que preparar la mesa para su festín? ¿Por qué es eso así, señor Huesca?

V

Los primeros disgustos debieron llegarle a mi abuelo a causa del mismo ferrocarril, a cuya construcción había contribuido en su juventud. Mi abuelo, empujado tanto por su familia política como por su propio y maligno interés en superarla, ayudarla e incluso subordinarla, había dividido su fortuna entre la casa, las minas y el ferrocarril, creyendo que jugaba a tres paños distintos. A los cuatro años sabía que los dos últimos eran de la misma paridad (y de color rojo); pero, al menos, murió creyendo, convencido ya de que todo el paquete de acciones del ferrocarril y de la Consolidada Metalúrgica valía tanto como los cartones que pintaba su hija mayor, que dejaba una casa y una finca que permitiría vivir más que desahogadamente a diez generaciones de Benzales si se sabían mantener arrimados a la tierra, apartando de sus cabezas todas las elucubraciones industriales. A ese respecto, las primeras inquietudes que asaltaron al viejo vinieron del lado de su hijo mayor, el famoso tío Enrique. Cuando se convenció de que Enrique había muerto, debió quedarse más tranquilo, considerando que con la desaparición del único hijo derrochador, jugador sin fortuna y cabeza perdida de la familia, la continuidad de la casa y la fortuna estaban aseguradas y garantizadas por las virtudes domésticas de las mujeres.

El tío Enrique había abandonado el hogar paterno antes de que yo naciera. Su nombre no se pronunciaba en la casa más que cuando mi abuela o mis tías se veían obligadas a hacer uso de las palabras supremas para reconvenirme y mantenerme a su lado.

—Estáte quieto. A ver si vas a salir como el tío Enrique.

Cuando mi madre venía a San Quintín a pasar tres o cuatro días de descanso yo la recibía con todo el repertorio de preguntas:

—Mamá, ¿qué le pasó al tío Enrique?

—Se fue, hijo; se fue muy lejos. Ahora a dormir.

—¿Adónde se fue, mamá?
—A América, hijo; a ver si te duermes.
—¿Dónde está América?
—Al otro lado del mar. Muy lejos.
—¿Y por qué se fue el tío Enrique a América?
—¿Es que no te vas a dormir en toda la noche, hijo?
—¿Es que era malo?
—¿Quién?
—El tío Enrique. ¿Por qué era malo?
—No era malo, hijo. Quiero que te duermas, ¿eh?
—¿Por qué dice la abuela que era malo?
—Voy a apagar la luz, y no quiero oír una palabra más. Buenas noches, hijo, que descanses.

Mi madre y el tío Enrique debieron ser los dos hermanos que se querían. Eran el mayor y la menor separados, como las riberas de Italia, por una cordillera de hermanas huesudas y tiesas que les cerraba la vista y apenas les dejaba moverse. Pasando por alto las locuras que debió cometer el tío Enrique y la serie de complicaciones en que debió meterse —y que al llegar a un punto de ebullición debieron obligarle a abandonar su propio hogar—, lo cierto es que fueron las únicas personas de aquella familia que quisieron vivir con un poco de alegría: eran los únicos, ya de niños, que se escapaban de la casa, se iban a la vendimia o cogían el caballo al trote por el camino, con el mozo en la grupa saltando como un pelele; porque, como decía mi abuela, «nunca ni Emilia, ni Blanca, ni Carmen le dieron el menor disgusto». Carmen era la anterior a mi madre; una belleza desgraciada, frágil y nerviosa, que se comía las uñas, padecía insomnio y mantuvo a la casa toda su vida en permanente alerta farmacéutica, pero que, por paradoja, llegó a ser la última superviviente, acaso porque había logrado a fuerza de dramatismo musical —para el que se creyó predestinada desde los dieciséis años y que se inoculó el resto de su vida— convertir sus entrañas en parafina; murió el año 44, heredera universal de todas las deudas contraídas por los Benzal, sin haber logrado

interpretar correctamente una sola vez el adagio de la sonata Waldstein.

La época más feliz de mi madre —acaso la única— corrió entre los últimos años del siglo pasado y los tres o cuatro primeros de éste, y no tanto porque entonces tuviera ella sus diecisiete o sus veintidós años, sino porque su juventud coincidió con el despertar de aquella primera generación nacida en un momento único. Eran los hijos de los primeros colonizadores que («¿y qué es una generación, señor Huesca, a la vista de lo que les espera, sino un grupo de gente condenada a nacer en el mismo momento, condenada a sufrir la misma época y la misma suerte? ¿Qué puede ser una generación sino la premonición, prefiguración y colectiva demostración de un fracaso? ¿Es que no se da cuenta, señor Huesca, que lo poco que escapa al fracaso escapa también a las generaciones?») podían empezar a reírse de las locuras de sus padres, portavoces inconscientes de un destino que empezaba a insinuar en ellos las primeras muecas atroces de la burla. No en los salones del Casino ni en los bailes de juventud organizados por eructantes tías que injerían el té, sin tener adaptado el organismo, por razones civiles, sino puertas afuera: corrían entre los alcornoques de San Quintín, sacaban de noche los caballos de las cuadras paternas y... se bañaban en el Torce. Incluso mi madre y mi tío Enrique subieron más de una vez al automóvil que se había comprado un joven de Región (se debían subir unas quince personas) para hacer excursiones por la carretera de El Salvador hasta aquel famoso balneario... Y, sin duda, vivieron más de una de aquellas noches insensatas que había de acabar con toda la fortuna de sus padres y todos los afanes civiles de las tías empolvadas y eructantes. Por lo mismo que no fueron los bailes del Casino y las fiestas de beneficencia, a donde los hermanos acudían estrechamente vigilados por la tía Emilia y la tía Blanca, «la pareja de servicio», fueron las noches de aquel meteórico falso balneario donde se condensó toda la electricidad suficiente para cargar la tormenta que había de arrasar Re-

gión y toda la comarca, sepulta bajo dos palmos de barro y ceniza. Allí se conocieron mis padres. Los dos hermanos escapaban de noche, refugiándose en casa de Cordón, donde escondían los trajes de noche y los disfraces, para vestirse en la pequeña alcoba del matrimonio y acudir a la cita con el automóvil, ocultos en el carro del viejo guarda. Más de una vez mi madre entró en el salón con el pelo salpicado de paja, mi tío Enrique sacudiéndose el grano de las perneras. Un día, o más de un día, llevaron también a Eulalia, la hija de Cordón, que miraba boquiabierta el traje de mi madre, sosteniendo la vela; mi madre le dejaba un vestido, la peinaba y empolvaba a toda prisa, aconsejándola que no se quitase los guantes, «y no harás esto y no harás lo otro, y en cuanto al joven Adán, le tienes que decir que...», mientras le apretaba el talle, entre el asombro y la connivencia del viejo matrimonio. Entraba en el salón principal boquiabierta y un poco colorada (con unos ojos profundos de una belleza repentina) del brazo de mi tío Enrique, para volver al amanecer a casa de los guardas, riendo y dando vueltas todavía. Mientras se volvían a cambiar de ropa, la señora Cordón les preparaba un poco de leche caliente o un almuerzo ligero, algo que desde aquel primer «¿por qué no pasáis a tomar algo?» fue convirtiéndose para toda la gente del automóvil en una imprescindible prolongación, desayuno y epílogo y hasta segundo y más íntimo baile en la cocina del viejo Cordón.

Cuando mi padre decidió casarse —no había cumplido aún los veinte años— sólo encontró el apoyo del tío Enrique. El fue el primero que habló del asunto a su padre, el que intentó por todos los medios llevarle a la razón, el que —abandonada ya toda esperanza de comprensión— trató de arbitrar un paso sobre el abismo de dos actitudes obstinadas. Por desgracia, el juego y la bebida y el desinterés por los asuntos paternos habían aureolado, a los ojos de mi abuelo, de tal forma a mi tío Enrique que todo su interés no sirvió más que para ensanchar el abismo y encerrar a los abuelos en la actitud más ridícula. Pero, a la postre, él le ayudó a procurarse

un modesto ajuar, facilitó su salida de la casa y apadrinó su boda en una parroquia humilde de los arrabales de Región.

Cuando a los cuatro años mi madre tuvo que volver a San Quintín viuda y con un hijo que no tenía el año, el tío Enrique ya había desaparecido, y el abuelo había muerto. Tuvo que hacerlo obligada por su carencia total de recursos y el precario estado de mi salud, necesitado de aire puro y alimentos frescos. Cuando a los cuatro años ya estaba familiarizado con la casa y las tías, empezaba a leer y mi salud se había robustecido al lado del viejo José, mi madre no vaciló en dejar la casa de nuevo y buscarse un trabajo en la capital, que nos había de permitir, en su día, vivir independientemente y costear mis estudios. Por eso, a partir del momento en que tuvimos que vivir separados, no viéndonos más que sesenta días al año, mi cariño hacia ella fue creciendo hasta un punto quizá exagerado y enfermizo.

Con la muerte del abuelo y la desaparición de los dos hijos alegres la casa entró en su declive. No quedó allí más servidumbre que el viejo José, a punto de perder el habla y todas las expresiones faciales, y Vicenta, una cocinera semisorda y tan beata que todavía me asombro de que en aquella casa se pudiera cenar otra cosa que cirios y calvarios; bien es verdad que la sopa que allí se ingería, en un silencio de sacristía —bajo la luz de una lámpara de flecos que había sustituido a la gran araña— acompasado por los sorbos de mi abuela y coreado por las tías al igual que el rosario familiar, no tenía más sustancia —como llegó a decir no recuerdo quién— que el gusanillo del escapulario que todas las noches introducía la vieja Vicenta en la olla cuando el agua empezaba a subir. Desaparecieron muebles y se cerraron habitaciones inútiles; toda la casa se redujo a cuatro dormitorios, un comedor y el cuarto de estar, así como el salón de sesiones, siempre cerrado, preparado y conservado para la media docena de recepciones anuales y veladas de buen tono con que mi abuela pretendió alejar durante algunos años el espectro de la rui-

na. La casa se fue ahuecando, abarquillando y agrandando; se fue cubriendo de polvo y manchas de humedad, las escarpias mortíferas aparecieron por los pasillos en penumbra, y unos visillos agujereados se hinchaban y deshinchaban al compás de los torturados adagios, los malogrados ecos de Weber y Beethoven con que mi tía Carmen se demostraba capaz de adelantar a su antojo la hora del crepúsculo.

En la casa de Cordón no quedó más que una pobre mujer repentinamente envejecida y craquelada. Mi abuela me había prohibido rondar la casa; era un espectro color lana cruda que por las mañanas salía a recoger manojos de leña y fajina bajo los olmos, corriendo a refugiarse en la cabaña tan pronto como se oían unos pasos sobre la hojarasca; que dejaba pasar las tardes sentada en un rincón del suelo, contando una y otra vez el dinero que guardaba en la vieja caja de frutas, vestida con un viejo traje de noche deshilachado, de amplio escote y color azulón, o mirando al techo, meneando la cabeza desgreñada y canturreando entre risas convulsas y violentos hipidos, meciendo en el aire el fantasma de un niño.

Una tarde que había acompañado a José a recoger unas patatas —unas patatas pequeñas y negras como higos secos que él cultivaba en la antigua alberca— vimos un hombre a caballo que se acercaba lentamente hacia la casa. Había estado lloviendo y las gotas brillaban aún en las ramas; llevaba un sombrero ancho y claro, un grueso abrigo con el cuello subido, y se dejaba llevar por el caballo, con los ojos casi cerrados. Cuando llegó a nuestra altura José se adelantó al camino, dejándome al cuidado de las patatas. Sólo vi una cara muy negra, pequeña y arrugada como la de un chino y una voz que le hablaba a José con un acento cantarín que yo no había oído nunca. Aquella tarde hubo gran agitación en la casa antes de cenar; mi abuela se paseaba por el comedor y el cuarto de estar retorciendo entre sus dedos una punta de mantilla mientras la tía Carmen tocaba el piano más traspuesta, equivocándose más que de ordinario,

hasta que la abuela le cerró el piano de un manotazo, no pillándole los dedos por un pelo. Me dieron de cenar solo, en la cocina, mientras a través de los tabiques se oía el traslado de muebles; me acostaron en la habitación de la tía Carmen, en un colchón en el suelo junto a su cama. Una detrás de otra vinieron las tías y a la tercera logré convencerlas de que dormía. Luego las oí cenar y sorber y suspirar más hondo que de costumbre; mi abuela levantó la voz un par de veces. Muy tarde —pero yo seguía a la escucha, contando con los dedos para mantener la atención despierta— se oyó el ruido de un coche en el jardín y las cuatro mujeres se levantaron de la mesa a espiar detrás de las persianas.

—Vete a ver si el chico duerme.

No pude verle llegar por el camino, porque la tía Emilia se quedó mirándolo desde la ventana hasta que mi abuela la llamó quedamente, asomada al quicio de la puerta.

—Baja, Emilia; alumbra la escalera.

Era un coche cubierto, de un solo caballo. Reconocí al que había llegado aquella tarde, que ayudaba con sumo cuidado a bajar del coche a otro hombre más corpulento que él; se cubría también con un sombrero muy ancho y un gran capote que casi le llegaba a los tobillos y se diría que no le quedaban fuerzas ni para subir los tres escalones. Pegado al cristal, casi podía oír su respiración jadeante más alta que los bufidos y el piafar del caballo. Cuando llegó ante la puerta —el pequeño le sostenía a su izquierda, pasándole la mano bajo el brazo— levantó la vista hacia la casa. La puerta se había abierto y el umbral se iluminó con el farol de la tía Emilia; una cara barbuda, comida por la fiebre, sosteniendo con las orejas un sombrero que le venía grande, un gesto inquieto, extrañamente vacilante y contradictorio como si tratara de avanzar con un paso atrás hacia la celda del olvido.

Durante algunos días permanecieron cerradas la puerta y la ventana de mi cuarto. Mi abuela no me dejaba acercar a él, vigilándome de cerca para impedir cualquier

indiscreción, pero incapaz de una explicación más satisfactoria que el dedo índice en los labios de una tía, cuando llamaba con los nudillos a la puerta del cuarto, con un vaso de leche caliente y un plato con una pastilla.

—¿Verdad que es el tío Enrique, José?

José había dejado de hablar. A lo más, lo único que sabía hacer era soltarme un codazo cuando me ponía muy pesado, siguiéndole a dos pasos con una pregunta insistente:

—Se lo preguntaré a mamá cuando venga.

Un día, al fin, las cuatro mujeres cosían; de improviso levanté la vista abandonando la lectura de un cuento anticuado que habían colocado en mis rodillas y pregunté: «Abuela, ¿por qué no se levanta el tío Enrique?» La costura se detuvo; mi abuela se levantó dejando la labor en la silla para pasear una mirada de represalia por encima de las tres cabezas humilladas. Pero a partir de aquel momento de alguna manera se admitió mi complicidad en el secreto. Se suspendieron los conciertos y volvimos a cenar todos juntos; pero la abuela no abandonó la casa ni para ir a misa los domingos.

El otro hombre también vivía allí. Por la tarde, antes de oscurecer, bajaba a la cocina a pelar unas patatas o a hacer una especie de puré blanco con una harina especial que llevaba en un saco pequeño. Tenía unos ojillos vivos de animal de monte y siempre se sentaba en el suelo, con una manta sobre los hombros, aunque fuera verano, a darle vueltas a la papilla con una cuchara de palo o a afilar un palo o a tallar una tabla mientras cocía la papilla al fuego lento. Un día que nadie me veía llamé a la puerta con el mismo toque que mi tía, casi a la misma hora; la puerta se abrió despacio, sólo lo suficiente para que yo metiera la cabeza; la habitación estaba a oscuras, la persiana echada. Había un olor muy penetrante a medicinas y pomadas, y apenas pude llegar a vislumbrar el bulto en la cama, que jadeaba en la oscuridad, porque cuando el pequeño me vio asomar —se sentaba junto a la puerta con la manta sobre los hom-

bros— me plantó toda la mano en la cara y me echó fuera.

Más tarde me enteré de que era indio, creo que de Méjico. Tenía la cabeza muy pequeña y andaba muy de prisa por el monte; más de una vez le seguí —aunque él cada diez pasos se volvía para rechazarme, queriendo asustarme con gruñidos y caras raras—; buscaba unas hierbas silvestres que se llevaba en manojos a la habitación y cortaba unos tallos de arbustos que luego picaba en la cocina en trozos muy pequeños, los machacaba en un almirez, dejándolos secar, quemándolos y haciendo no sé qué cosas más para sacar un poco de líquido transparente que guardaba en una botellita de barro cocido. Pero raras veces se separaba del cuarto, nunca de noche; dormía con la espalda en la puerta, sentado en el suelo con los brazos cruzados y la manta sobre los hombros, hincando la barbilla como un pájaro y sosteniendo en la mano derecha, bajo el sobaco, aquel cuchillo curvo que no dejaba a nadie, cuyo filo pasaba y repasaba mil veces con el pulgar, traspuesta su mirada, mientras hervía la papilla.

Sólo le vi una vez, un instante entre dos sueños. Era de noche todavía, aunque ya empezaba a clarear. Me desperté sabiendo que junto a mi cabecera había una sombra muy alta que jadeaba como un perro despidiendo un aliento caliente, dulzón y fermentado como un pepino en vinagre. No tuve miedo; sólo sé que no tuve miedo; tenía el pelo alborotado, la barba le salía por todas partes, el capote echado sobre los hombros y el cuello abierto, por donde asomaban unas canas. Me estaban mirando unos ojos hundidos y sombríos, retrocediendo y ocultándose en su vértigo tenebroso, tambaleándose como una conjurada aparición, cuando a mi lado surgió la voz de la tía Carmen: «¿Qué haces ahí, Enrique; pero qué haces ahí? Vete ahora mismo de aquí», incorporada sobre el costado de su cama.

Más tarde fue José, mientras el indio afilaba un palo, quien me advirtió que no lo dijese a nadie, porque mi tío estaba muy enfermo. Se decía que había matado a un

hombre en América y que le estaban buscando para vengarse. Por eso se había escondido allí, sin salir de la habitación, acompañado siempre de un indio fiel que le cuidaba y protegía.

No volví a verle; desaparecieron a los pocos días, aquel mismo otoño de 1915, sin que yo me enterara cómo ni cuándo, y su nombre no volvió a repetirse en San Quintín hasta el día que toda la familia —mi madre y Eulalia, llorando, vinieron a San Quintín sólo a eso— asistió a sus desiertos funerales en la abandonada capilla de la casa, último oficio que se celebró en ella. No supe nunca dónde murió ni si al final fue víctima del apetito de venganza que le perseguía. Recuerdo que se dijo algo de un manicomio, un sanatorio o no sé si un penal. Mi abuela reclamó después su cadáver y le enterraron en la fosa familiar, en el terreno que había cedido mi abuelo para cementerio de la futura comunidad de San Quintín.

VI

Nos levantamos muy temprano. Dos días atrás había estado lloviendo torrencialmente, y cuando el señor Huesca sacó el coche del cobertizo, cerró la capota y ató dos palas a la rueda de repuesto, yo no quise decirle nada.

Teníamos que darnos prisa para llegar a Macerta a la hora del tren, y cuando detuvo el coche ante la cancela del cementerio, al coger el nuevo ramo del asiento trasero (un manojo de flores silvestres de San Quintín), le dije:

—¿Le importa esperar aquí un momento?

La tumba estaba muy sucia, pero intacta; el dibujo surgió de nuevo en la memoria: era una gran losa de mármol sobre un sardinel, al nivel del suelo. No tenía otra ornamentación que una cruz de trazo muy fino, de cabeza muy pequeña y brazos muy largos, cuyo cuerpo

se prolongaba hasta separar las inscripciones de mis dos abuelos a la misma altura, encima de sus hijos:

León Benzal Ordoñez
1838-1903

Blanca Servén,
Viuda de Benzal
1849-1921

Enrique Benzal Servén
1871-1917

Teresa Benzal Servén
1882-1916

Blanca Benzal Servén
1877-1928

Emilia Benzal Servén
1874-1937

Carmen Benzal Servén
1879-1944

Aun cuando la tumba había sido limpiada recientemente —y alguien había colocado un ramo ajado sobre ella—, las inscripciones en hueco estaban rellenas de barro que me entretuve en sacar con la contera del paraguas. Con excepción de la de mi abuelo —labrada con el mismo trazo fino y elegante que la cruz—, todas las demás inscripciones habían sido hechas por una mano tosca y descuidada, que había tratado de imitar al original y que, a medida que pasaban los años, se iba haciendo más temblona e insegura. Y que —pensé, en aquel momento— incluso había equivocado la fecha de la muerte de mi tío Enrique con la del traslado e inhumación de sus restos.

Había algo que me rondaba la cabeza, sepulto en la memoria, y que no volvería a aflorar hasta un día inseguro.

Dejé el ramo junto al otro y abrí el paraguas: allí no estaba el brillo de sus ojos bajo el agua, mirándome desde su muerte (como desde el fondo del salón) para ma-

terializar un vínculo tácito; no pude verla más que con los ojos cerrados, recogida en sí misma y desaparecida en la discreta e indiferente aceptación de la muerte, liberada de la miseria que la rodeara sin sentido.

El señor Huesca había desatado ya las palas.

—En fin, no creo que vuelva más por estos lugares. ¿Por qué me dijo usted que mi abuela no le entregó el terreno?

—Ah, no tiene importancia —dijo, alargándome una pala.

—No hace ninguna falta —le dije.

—¿No hace ninguna falta?

—No. Pero ¿cómo lo sabía usted?

—Bueno, ese terreno pertenecía al señor Fabre, a quien yo se lo compré. ¿Vamos?

—Ya le he dicho que no hace falta.

—¿Qué es lo que no hace falta?

—Las palas. Yo ya he terminado; podemos irnos. ¿O quiere usted también dar un vistazo a la tumba?

Se quedó sin saber qué decir, la pala en el hombro como un zapador.

—Vaya usted a verla, pero antes dígame: ¿qué tiene que ver el señor Fabre?

—Su abuela se lo vendió el año mil novecientos trece, casi dos años antes de extender ese pagaré.

La lluvia apretó al subir la Centésima.

—La Centésima, el Auge del Torce, el Burrero..., ¡qué nombres!

—Los inventaron nuestros abuelos. Hubo que inventarlos cuando la primera colonización. Al principio resultan grandilocuentes, casi como las constelaciones; luego se acostumbra uno a ellos. La vega del Burrero se llamó así porque era el lugar donde acampaban los gitanos y los burreros de Salamanca y de Andalucía. Dejaban los carros junto al camino; por allí pastaban los burros y siempre se oían las voces con ese acento tan curioso: «Cocineeeeero, Cebolleeeeero...». Hubo una gitana a la que se le escapaba el marido todas las noches y se pasaba hasta la madrugada gritando: «Burreeeeero, Burreeeee-

ro...», con unas voces que se oían hasta en Región. Si vuelve usted un día a Región, señor Huesca, no olvide hacerme un pequeño favor...

—¿Quiere usted que le entregue las doce mil pesetas?

—No. Al fin y al cabo yo no he de volver por allí. ¿Comprende?

No podía comprenderlo; creía que yo intentaba hacerme el sordo a una reclamación enojosa y olvidar para siempre ese asunto, porque no sabía quién había limpiado la tumba. Yo había puesto mi ramo encima del otro de forma que no parecieran más que uno.

—No, ya le he dicho que no se trata de eso. Eso no es lo que ella quiere, eso es lo que yo quisiera, nada más. ¿Qué más quisiera yo que entregarle doce mil pesetas y excusarme por la negligencia de mi abuela? Es mucho más que todo eso.

—¿Mucho más?

Mi abuela había intentado entregarlo utilizando a mi tío como portador de la carta, pero debió renunciar al belerofóntico procedimiento cuando se convenció de que el propio Enrique no era capaz de llegar a pie hasta la casa del guarda. Entonces trasladó a Eulalia a Región, y... cualquiera sabe qué pudo inventar para hacer salir a un hijo aterrorizado y alcoholizado y sepultarle en el último rincón de una casa abandonada. Cuando mi madre volvió para sus funerales, él, sin duda, seguía escondido, tirado en un colchón donde hubo de vengarse, tomar forma definitiva y redimirse de aquel deshonroso amor juvenil. Mi abuela hizo inscribir su nombre en la tumba que mi madre, sin duda, fue a visitar, colocando con posterioridad la fecha cabal de su muerte.

—Sí, mucho más —había dejado de llover, y, aunque sólo faltaba un cuarto de hora para la salida del tren, apenas había nadie en la estación. El señor Huesca me ayudó a meter la maleta—. Pero ya le digo que yo no volveré por aquí. Y, al fin y al cabo, es de justicia.

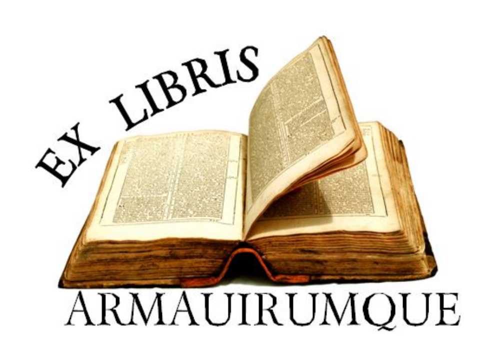
—Pero ¿cuánto más?

—Mucho más: el nombre, la existencia. No tiene usted más que decirla: «Lo siento mucho, pero ese pa-

garé fue repuesto en su día por su propia abuela, señorita Benzal.»

—¿Señorita Benzal?

—¿Pues qué cree usted que está esperando? ¿Qué necesidad tenía de inventar ningún sobrino? Dígale que le enseñe otra vez el pagaré y haga el favor de leerlo sustituyendo el Burrero por su sinónimo: el Amante, el Prófugo, el Marido... Dígale que le enseñe el vaso y trate de pensar a qué corresponde esa E, tallada por un indio. Usted no creía en la ruina, usted no cree que cuando llega nada, nada, vale más de doce mil pesetas. Ahí lo tiene: es lo que una madre arruinada pide por un hijo enfermo, delirante y alcoholizado a su antigua amante desquiciada. ¿No le parece bastante, señor Huesca?



I

En el silencio, en la mañana instantáneamente más tranquila, clara y remota, coloreada de nuevo y vivificada año tras año por el sonido impersonal de una lacónica mención necrológica un mismo instante intemporal parecía perdurar cristalizado en el gesto de severa, ostensible y, al parecer, sincera memoria, cuando el indiano doblaba con cuidado el papel para volverlo a guardar en la cartera.

El otro no le llegaba a los hombros.

No le explicaba más. Recibía un poco de dinero por ello y se limitaba a estar allí, a esperarle, a cobrar, a volverse de espaldas para santiguarse, a ayudarle a montar para acompañarle de nuevo, siguiendo al borrico a pocos pasos de distancia.

—Descanse en paz.

—Está bien, Blanco. No te he pedido tu opinión. Puedes largarte, si quieres.

Pero no se iba. Era tan imposible que ni siquiera hacía falta saberlo; ni buscarle un sentido a la frase del amo.

Todos los aniversarios de la muerte de Rosa había llevado a su tumba la ofrenda de una rosa marchita, cortada tiempo atrás, que depositaba allí sin más explicación ni ceremonia, sin quitarse el sombrero ni arrodillarse para ello.

Al parecer, nadie tenía derecho a poner en duda la sinceridad de tal memoria ni a comprender el íntimo significado de aquella flor (la coincidencia de las dos rosas era lo único, necesariamente marchita y tan descolorida como si hubiese permanecido muchos años bloqueada en el misal de una niña) aunque sólo fuera por el hecho de que el día en que murió Rosa estaba la estación tan adelantada como para no permitir que las rosas abundaran en los jardines.

Aparecía recortado en la loma y precedido del criado, en torno a una nube rosa de polvo temprano, sentado en la grupa del borrico balanceando las piernas como una niña. Inmutable, provocativo, vestido con aquel único traje negro y cubierto con el sombrero de fieltro negro y alas anchas, sucias de grasa, manteniendo tiesa e inmóvil —como un San José el nardo cristalino— aquella ofrenda marchita envuelta en fino papel transparente de color amarillo limón.

Vadeaba el río —casi seco en tal época—, mientras el pequeño Blanco saltaba por las piedras. Antes de subir el repecho del cementerio desmontaba de un salto— más propio de una mujer—, en virtud del cual y por acción contradictoria parecía brotar de la tierra un hombre enlutado y desproporcionado que sólo por la cabeza se correspondía con el jinete anterior, compuesto y arrogante y defectivo, triunfando desdeñosamente sobre su figura poco afortunada, para avanzar hasta la tumba —un cerco de ladrillo y una caja de tierra negra y una cruz de hierro forjado con la palabra ROSA pintada de purpurina—, donde depositaba la flor sin arrodillarse ni quitarse el

sombrero, volviendo a doblar el papel para guardarlo en una cartera de tamaño octavo que contenía dos duros.

—Rosa —decía todos los años.

—La Rosa.

—Está bien, Blanco. Ya lo sé.

No sabía qué era lo que él sabía. Se quedaba detrás para descubrirse, dando vueltas a una pequeña boina descolorida, semejante a una seta —y, girando y encogiéndose un poco cuando el amo doblaba el papel, santiguarse rápidamente para que no se diese cuenta. Pero él lo sabía.

—Blanco.

—La Rosa.

—Está bien, Blanco. Ya está bien. Nadie te ha obligado a venir.

—Don Lucas.

—Tú no sabes lo que es esto —torcía la cara mirándole de soslayo, dándose dos golpes de pecho—. Tú no tienes entrañas.

—Don Lucas.

—No hace falta que me digas lo que estás pensando. Puedes largarte si quieres. Ella te ve desde el cielo.

Entonces no podía mirarle. Más que prohibido, era imposible. Decía lo mismo todos los años, encendiendo un cigarrillo, lanzando a través del humo una profética mirada a la dormida Jerusalén, bajo el sombrero ligeramente ladeado con una prestancia chulesca pero severa, altivo y compuesto y ceremonioso, despidiendo un fuerte olor a brillantina barata.

—En adelante te quedarás en casa.

—Don Lucas.

—Cállate de una vez.

No sabía por qué, qué era lo que estaba bien. Sin duda, aquello: el corto viaje anual, la ofrenda tradicional, la obediencia a un recuerdo, ya que no el propio recuerdo definitivamente colgado ante sus ojos a lo largo de aquel único macilento instante en expansión que ni las flores marchitas, ni los perfumes retraídos, ni los ladridos lejanos, ni las noches de mayo entre las calientes paredes de

acero que hostigaban su deseo, ni las luchas hasta la quinta o décima sangre regando el pecho desnudo, corriendo y llorando por los pasillos en la penumbra, podían alterar.

—Don Lucas.

—Te he dicho que te calles.

—Es que me acuerdo de la Rosa.

—Me estás abriendo la herida. Mejor es que te calles, te lo advierto.

Siempre decía lo mismo, el hombre pequeño tenía que bajar la vista. No era preciso preguntarse por qué. Sabía que entonces el indiano le miraba de soslayo, lanzando el humo al aire con teatral satisfacción, una vez que los gestos y palabras del ceremonial que año tras año conmemoraba su triunfo, se habían repetido con tácita, lacónica, no ensayada y cabal exactitud.

Bajaba la vista y aguardaba a que se alejara, dando vueltas a la boina. Se santiguaba otra vez. Cuando en la orilla del río el indiano se volvía, él se volvía también. Más que su adiós a la tumba era la comprobación de un hecho: su cuerpo —un recuerdo trasero— también estaba allí, tranquilamente sepulto bajo un montón de cal, el silencioso incoloro instante que emergió del bostezo de la difunta para dar un sentido fatídico a todos los atardeceres suspensos y todos los ladridos lejanos y los deseos ahogados en la oscuridad de la caldera; una cara sesgada, violentamente quieta y partícipe en un punto de la irracional quietud de una mula, carente de dolor y deseo; violenta y quieta y desorbitada, exhumando en un momento de silenciosas e imperceptibles sacudidas una suprema y desesperada aspiración a sacudirse la rienda.

—¡Blanco!

Una vez más le ayudaba a montar, enlazando sus manos para ofrecerle un estribo. Nunca se le ocurrió mirarle en aquel momento. No hacía falta saber que era imposible. Había sido siempre así y así habría de ser mientras su amo fuese su amo; esperaba encorvado a que apurase el cigarrillo, y ni siquiera le estaba permitido (no por

el amo, sino por él mismo, sancionado por la costumbre anual de la que él mismo era más que obediente, depositario) apartar sus manos para evitar que le cayese la colilla en ellas, aplastada luego por la alpargata blanca, recién pintada de albayalde.

Pero aquella mañana especialmente tranquila, atravesaban el pueblo como si volvieran de un largo cautiverio, dejando a un lado el camino de Macerta para tomar una empinada callejuela arrabalera; una reja y una persiana verde y una ventana casi a flor de suelo, donde apenas entraba la luz, donde telas blancas y vainicas y bordados eran removidos del cesto y extendidos en el antepecho por una mano zozobrante, repentinamente quieta y cerrada como una almeja cuando los cascos del burro sonaban en los adoquines, la silueta de un sombrero detrás de la persiana, una mañana de junio. Inmutable, compuesto, semejante a una reproducción de sí mismo, tan frágil y desdeñable como pretenciosa y provocativa; un sombrero de grandes alas manchadas de grasa del que parecía suspendida la gran cabeza, enroscada a él como una bombilla al casquillo. Nunca había cambiado el atuendo ni la expresión; una cara truncada y definitivamente unida al sombrero (tal vez con un poco de goma de olor penetrante, una vez desaparecida la frente de cartón) con expresión de disgusto, como si aquel corto viaje anual obedeciera más que al cumplimiento de la devoción creada por él mismo a cierta diligencia anual obligatoria, el pago de la contribución sobre aquella rosa ajada surgida en su mano, idéntica a todas las precedentes, envueltas en un transparente papel de color amarillo limón.

—¡Blanco!

No parecía medir su estatura. Se detenían junto a la ventana sin un gesto ni una voz, como si dentro del ceremonial estuviera concertada aquella parada frente a la ropa recién lavada, el lagarto escondido entre los pliegues que olían a añil incapaz de moverse ante la sombra invisible y abrumadora del hombre, detrás de la persiana verde.

Volvía a desmontar al tiempo que un cigarrillo aparecía en su boca; una figura negra y roma detrás de la persiana, de insólitas proporciones cuando alzaba la persiana y asomaba la cabeza como si se tratara de su propio imagen deformada por un espejo cóncavo, un reflejo de nacimiento.

—Se llama Amelia.

—Está bien, Blanco, nadie te ha llamado. Puedes irte, si quieres.

El se quedaba atrás, arrimado a la pared con la cara vuelta a la pared. Cuando terminaba el cigarrillo levantaba la persiana con la mano. Blanco, la cara en la pared, cerraba los ojos.

—¡Blanco! Ven acá.

Se acercaba de espaldas, tratando de no mirar.

—Mira lo que hay ahí —le cogía del cuello y le obligaba a girar la cabeza: un cuarto donde el polvo se removía por la luz reciente, unos pliegues de ropa blanca que cubrían una silla baja, una nuca casi calva cuidadosamente cubierta con un plisado de cabellos grises.

—Toma. Esto es un regalo que te hago yo —decía, poniéndole una mano en el hombro (una boca de barraca), sacando luego la cartera con el papel plegado y dejando en sus manos los dos duros—. No hace falta que me lo agradezcas.

—Muchas gracias, don Lucas.

Todavía mantenía en alto la persiana, materializando una indefinible combinación de brillantina y luto, y fortaleza y desprecio tan superficial y desdeñable que trascendía a su propia persona para situarse arrogante en los dominios del cartón piedra o el anuncio de un carminativo o unas pastillas contra el mareo; encendía otro cigarrillo lanzando el humo a través de la reja y removiendo el polvo de aquella ventana recóndita donde había encontrado refugio y oscuridad el pequeño inofensivo animal, entre pliegues y pliegues de sábanas, y manteles, y juegos de té, y mañanas, y pañales inútiles que habían constituido su excremental segregación a lo largo de sus

últimos treinta o cuarenta años. Treinta o cuarenta años o los que fueran —había de pensar el indiano mirando fijamente la nuca, con una calva rosa—; treinta o cuarenta veces la dosis normal de ese preparado terrible vertido sobre la ardiente juventud para calmar su acidez; veinte o treinta veces la gota calmante cayendo sobre la retorcida víscera, destruyendo su color y estirando su piel; treinta veces todo ese tiempo de disolución para aniquilar las grandes palabras en el aire y los grandes y repentinos caprichos, y los grandes y cercanos secretos, y reducir la realidad a una cabeza de piel craquelada y un pelo gris atusado con agua en torno a la que tiempo atrás —con reflejos y perfumes y ondulaciones marinas— se urdieron los primeros sueños, sonaron las grandes palabras. Una cabeza de barraca, truncada y escorada por una mueca de primitivo y permanente desdén; un traje negro que brillaba gastado y unas alpargatas inmaculadas, cuyas cintas blancas, estiradas y planchadas, destacaban sobre los calcetines de algodón negro, probablemente adquiridos un día de calor en una confusa, heteróclita y medio oriental droguería americana, al tiempo que un saco de café y una caja de cigarros.

Antes de soltar la persiana (y la mano se escondía entre la ropa, como una cucaracha debajo de un zócalo, antes incluso que la luz la atacase) arrojaba a su cabeza la colilla.

—¡Blanco!

De nuevo le ayudaba a montar, temblando, mirando al suelo en un instante de temor formado tiempo atrás, mantenido y repetido cada año dentro de los límites del ceremonial.

—¡Jeee, burro! Arre, burro.

El otro le seguía detrás, tratando de alcanzarle.

—Don Lucas..., don Lucas...

—Vamos, es tarde.

—Don Lucas...

—Vamos, Blanco, he dicho que vamos. Dame ese dinero, será mejor que lo guarde yo.

II

La casa se hallaba en las afueras del pueblo, en un lugar a trasmano solamente visitado algunos domingos templados por unas pocas parejas de excursionistas. Una quinta residencial desplazada de lugar y de estilo que nunca —pese a la buena voluntad de tantas balaustradas, y florones, y terrazas, y gozosas pérgolas que allí amontonó un maestro aragonés, famoso en Región hacia los años ochenta— acertó a representar el papel de formal frivolidad a que sus infantiles amos un día la destinaron; rodeada de una pequeña huerta baja, que hoy es una selva de corpulentos matorrales; erigida sobre una terraza de años han desaparecido jardines italianos trazados con macizos de boj y mirabel muy pronto devorados por la violenta jara y el correoso y enfermizo yezgo, donde se ocultaba una caldera abandonada color minio y unas aletas de automóvil, obsequios de la guerra. Empero se conservaba todavía un antiguo cenador estilo floreal, un montón de herrumbre junto a una fuente con el agua más pura y fría de la comarca dignificada en otro tiempo por leyendas paganas, y cerrada por cuatro higueras estériles, donde aún se jugaba a prendas y se abrían sandías aquellas tardes de meriendas dominicales que preludiaban el sacramento, y donde algunas veces colgaban bragas rosas y delantales de niños gitanos.

Un día empezó a salir humo, antes de la muerte de Rosa.

Se pensaba que un algo remanente que a duras penas podía llamarse orgullo le había impedido colocar un cartel de venta, aun cuando la casa hubiera pasado a la propiedad de ratas y gatos famélicos y esporádicos mendigos que dormían junto a la caldera, y familias de gitanos que extendían sus mantas comidas por los ratones en las oxidadas pérgolas.

Pero un día se encontró la entrada cerrada por un alambre de espino sujeto a dos tablas.

Se había obstinado en no manifestar públicamente la puesta en venta de la casa, aun cuando los restos de la familia —dos mujeres de diferentes edades, cuya mutua relación nadie era capaz de abonar— se vieron obligados a retirarse a dos habitaciones sombrías de una casa arrabalera, pintada de azulete, que el doctor Sebastián les había proporcionado por un alquiler de unas pocas pesetas mensuales. Ella había rehusado desde un principio la hospitalidad del doctor, a quien ni siquiera atendió, ni vio, ni escuchó, ni toleró que le acompañase y le ayudara en la mudanza, una pálida y boreal mañana del invierno de mil. novecientos treinta y tantos. El propio doctor hubo de contentarse con verla a través del cristal: un carro cargado con dos arcas grandes como dos sarcófagos, dos testeros de cama metálica y un rollo de colchones, a donde se agarraban las dos víctimas zarandeadas por los bandazos del carro, mirando al frente con la altiva y jaque y pretenciosa indiferencia de un par de aristócratas condenadas por el terror, conducidas a la guillotina. Tampoco le abrió la puerta una vez instalada en la nueva casa, continuando la labor —junto a la ventana— que había suspendido por unas pocas horas aquella misma mañana para recoger los bártulos y cerrar la casa definitivamente, por primera vez desde el origen de la labor.

Era algo más allá o más acá del orgullo, una suerte de irresponsable y anacrónica indiferencia que le impedía toda relación y cualquier movimiento, por lo menos abrir la puerta e introducir en una casa a un caballero —por mucha que hubiese sido su amistad con la familia—, cuya visita a esas alturas ni siquiera podía estar justificada por razones profesionales. Ni contestó —la cabeza color lana caída sobre su pecho, un destello de los lentes de plata— al devoto saludo conservado intacto desde los tiempos del Casino, haciendo referencia al intacto estado virginal, puesto un día a prueba; otro, en entredicho.

Pero tampoco, que se supiera, había recibido nunca una oferta de compra.

A partir de aquel momento se empezó a sentir en el pueblo cierta ola de afecto por la señorita Amelia, una de las más significativas reliquias de las grandes familias, de un pasado que incluso había perdido la facultad de ser tema de conversación en las vespertinas tertulias y los juegos de cartas invernales. Ahora, desalojada de su arruinado castillo y expuesta en una ventana a la pública luz de una bombilla mortecina en una encrucijada arrabalera —pisadas de caballos y ladridos lejanos y gallos que cantaban por el estiércol—, era capaz de despertar entre los nuevos nombres (los nombres que no decían nada y que en diez años se habían hecho sinónimos del poder a fuerza de recorrer todas las presentes y futuras secciones de periódicos regionales y provinciales, desde las presidencias de jurados y concursos de atletismo y juegos florales hasta las delegaciones provinciales, pasando por todas las presidencias de duelos) esa mezcla de compasiva curiosidad y reservada satisfacción que provoca un fakir en un escaparate, para reclamo de unos almacenes.

Ella nunca admitió los encargos. Parecía que su misión en esta vida era coser y bordar indefinidamente, deshaciendo y reanudando con la ciega energía de un Sísifo la labor de 1930 ó 40 ó 50 en aquellas largas temporadas de penuria en que era imposible adquirir nuevo género. Fue Rosa quien, en la idea de no perturbar la quimérica y frágil existencia de la señorita Amelia con un nuevo problema económico, tuvo que aceptarlos inventando historias de apresuradas prometidas compañeras de novena y falsas catequesis para las que la fecha de la ceremonia era todavía, como en los buenos tiempos del Casino, pura cuestión de ajuar.

Rosa era una muchacha alta y nariguda y desprovista de gracia, que a la sazón había entrado en una misteriosa edad, no joven ni madura, ni bien conservada ni avejentada, de marcado carácter piadoso. No tenía edad, exenta del paso de los días y los años por obra y gracia de un eterno hábito negro y un delgado cinturón de cuero negro, un buen número de rosarios y triduos que la hicieron

acreedora de la plena indulgencia terrenal. Había nacido junto a la señorita Amelia, de manera espontánea, y a su lado había surgido días después, vestida ya con el hábito negro y rematada por el moño, despidiendo un tufillo personal y adoptando la postura de la máxima supervivencia —indiferentes, inmemoriadas y quietas— para formar la polvorienta, hosca y sobresaturada estampa de un ayer inmóvil e intangible, completando, por un lado, la insuficiente realidad de todo un pueblo desarraigado, impugnando, desde sus dos sillas bajas de esparto, la sentencia del tiempo irreflexivo y torpe, entre aromas de ropa blanca recién lavada y suelos de estiércol y pisadas de caballos, muy lejos de las luces fluorescentes y los aparatos de radio y los camiones de pescado. Un resto de otra edad, un sepulcro andando —se había dicho en Región—, el último vástago de toda una rama degenerada, reducida hoy al estado fósil por no haber sabido abandonar a tiempo aquellas ideas de nuevo cuño que un día germinaron y encumbraron la familia. Una pobre tonta engañada por una sociedad en quiebra y obligada ahora a saldar la cuenta a los nuevos acreedores, hombres y nombres de nuevo cuño que sabían olvidar, que a sí mismos se consideraban tan lejos del orgullo como para saber perdonar y socorrer a una pobre vieja ñoña, tan necesitada de la consideración y la estima de sus vecinos como de las quince o veinte pesetas que podría sacar de las toquillas mañaneras para las embarazadas de turno. Y en verdad se habían creído superiores en otros tiempos, cuando ni siquiera sabían sus nombres ni se atrevían a aparecer en público ni pregonaban ideas de reivindicación social que nunca alimentaron.

Un día se supo que tampoco era orgullo lo que le quedaba. Probablemente no recordaba nada de lo que podía enorgullecerse ni se había formulado jamás una comparación entre sus semejantes; no había llegado a comparar más que algunos colores muy próximos: rosas y cremas crudos y anaranjados, diferentes clases de hilos y lanas guipur para encajes reticella y Richelieu, y un día —algo más tarde— la figura recortada detrás de la persiana

verde con un tránsfuga del ayer. Hubiera necesitado demasiada memoria y buena voluntad para mantener semejante orgullo; era como mantener la casa de Nueva Elvira, tres plantas, y huertas, y jardines, y establos, y caballerizas, y salas de cazadores, y fuentes, y chimeneas, con la pensión vitalicia que, a nombre de Rosa García, su padre le dejó en un banco de Macerta, y que Rosa estaba encargada de cobrar una vez cada dos años para no consumirla en los doce viáticos anuales. Sin duda, su cabeza estaba hueca (delegada en el interminable coser y bordar y pespuntear las interminables sábanas y juegos de mesa que pasaban por su regazo —como hubieran pasado chapas de palastro por una cizalla eléctrica— para ir a aumentar el contenido de dos arcones de madera trabajada protegidos con centenarias bolitas de alcanfor y papeles de periódicos y anacrónicas y descaradas maculaturas que aún voceaban en el fondo de la caja todas sus guerras, y victorias, y sus crisis, y sus catástrofes, y todas sus solemnidades, y homenajes sin fin, y sucesos sangrientos, y centenarios, y coronaciones marianas, y ecos de la provincia, y discursos inaugurales, que aún trataban de salir a la superficie y abandonar el vergonzoso cautiverio de un arca arrinconada, destacando sus letras sobre las planchadas sábanas) transferida de los débiles pliegues cerebrales a los blancos pliegues de la ropa impoluta atesorada y protegida en dos arcas que constituían todo su patrimonio. Un antiguo olor a alcanfor, una mancha ocre, casi rosa, en uno de los pliegues cimeros. Pero eso fue más tarde.

Antes se supo que la casa no estaba en venta no porque aún quedara un remanente de orgullo que la impidiera poner el cartel, sino porque desde mucho tiempo atrás, antes de la mudanza, una parte o la totalidad de la finca no le pertenecía. Siempre se había dicho que, aun cuando su padre no la había dejado un céntimo al morir, al menos había legado una finca que, bien administrada, le hubiera permitido algo más que un buen pasar para el resto de sus días.

Cuando murió su padre —los que le habían conocido (y sin dejar de considerarse sus amigos, habían dejado de frecuentar la casa) encargaron, a sabiendas de que en su casa no iban a encontrar un clavo, una caja para un hombre de 1,80 de talla; debajo de la cama mortuoria había lo menos un centenar de botellas vacías, y en ella, apenas cubierto con una sábana, con la misma indumentaria y postura con que exhaló su último suspiro, el cadáver del viejo Gros del tamaño de un escolar, un sonriente y colorado esqueleto cubierto en parte por una delgada piel con manchas rojas, rota en el cuello y en la barbilla; cuando lo depositaron en la caja sobraban más de dos palmos, y para evitar que bailara durante su transporte tuvieron que rellenar el hueco con unas cuantas pelotas de papel que la señorita Amelia —sin levantar la vista, sin abandonar la labor— les autorizó a coger del arca donde ella las guardaba; ella no abandonó su habitación en la planta baja; no les abrió ni les saludó, vuelta a la luz cuando entraron por el papel, sentada y reclinada sobre la ropa, la mano roja pequeña moviéndose bajo la cabeza color lana detrás del cristal cuando la caja, a hombros de unos cuantos verdaderos amigos, se perdió de vista —solamente Rosa asistió al funeral.

A partir de aquel momento comenzaron a correr por el pueblo, entonces agonizante, toda suerte de historias sobre la familia Gros. Se decía que ella era una santa; su padre, un monstruo. Su padre, un hombre débil; ella, la encarnación de la crueldad; su padre, un histérico, comido por la envidia, un histérico de pueblo; ella, una resignada, arrastrando la resignación hasta los límites de la crueldad. Al parecer, padre e hija habían suspendido toda relación a raíz de un acontecimiento pueril, inadvertido incluso para aquellos que hoy lo contaban al detalle en la reposición de un drama de 1910: ella, la esquiva y atolondrada heredera, abandonó la celda de la virtud para buscar la compañía de un cazador de dotes, una tarde de paseo por el camino de Macerta, ensayando los primeros lances; los primeros y balbuceantes giros y artificiales sorpresas ante un hombre moreno que aca-

baba de inventar la sonrisa, una mirada sombría y agresiva, hablando de sí mismo y de las grandes pasiones con singular aplomo y gravedad. Y al instante siguiente su padre, enmarcado en el umbral de su habitación (su hermano, el violento, detrás, clavaba sus ojos a la altura de los hombros de su padre). Y al siguiente, una ardiente noche de lágrimas. Y al siguiente, un intento de fuga. Y un día, unas voces de noche, una entrevista clandestina, un cambio de reliquias y un principio de juramento que había de provocar la segunda fuga abortada. Y de repente, sus puños golpeaban furiosamente la puerta cerrada, mientras su hermano, el violento, corría con sus perros hasta derribar en el camino al fugitivo prometido; las lágrimas en el suelo; el dolor en el cuello y el hambre; la luz debajo de la puerta y los pasos que volvían por la alfombrada escalera, sellando una era de dolor: un primer pliegue de un velo impoluto depositado con cuidado funeral en el fondo de un arca tan profunda como una fosa donde descansaban los no-restos, los gestos frustrados de un doliente ayer, la relación de las ilusiones fallidas a la memoria que se negaba a considerarlas.

No se trataba, pues, de orgullo: eran unos cuantos créditos firmados por Tomás Gros y comprados al veinte por ciento de su valor por una enésima persona a los antiguos acreedores —desde los tenderos de ultramarinos hasta los banqueros de Macerta—, contentos de haber salvado el sesenta por ciento de su dinero, abonable en dos años, sin necesidad de provocar el desahucio y la venta pública de los bienes de Nueva Elvira en vida de la señorita Amelia. Ella no les recibió. Eran ocho o diez, sin acompañamiento notarial, que estimaron oportuno retirarse y volver a guardar sus pagarés cuando Rosa abrió la puerta y un tufo a podredumbre les alcanzó las narices: unas sillas sin patas tiradas por el recibidor y un despojo de gasa agujereada trataba de suplir la ausencia de cristales en el ventanal de la escalera, hinchándose con la brisa vespertina para medir como un balón de oxígeno la agonía de la casa, tanto o más elocuentes que el informe de un tasador oficial de la Caja de Ahorros.

Cuando el doctor Sebastián y el oficial del Juzgado fueron a visitarlas, solamente lograron hablar con Rosa (un hábito negro, el peculiar aroma de su virginidad). Ella debió comprenderlo y se lo repitió a sí misma —no a la inteligencia desaparecida ni a la memoria cerrada con llave, sino a las pequeñas manos rojas que por un instante suspendieron el trabajo—, se lo dijo; para colocar en sus manos abiertas la bobina de lana nueva con que había de formar una nueva madeja, como toda respuesta.

No hubo lanzamiento. Se dijo que el nuevo propietario respetaba la presencia de la señorita Amelia como la habían respetado los acreedores de su padre. Pero un día salieron, montaron en el carro y atravesaron el pueblo, bamboleándose, con la mirada estúpidamente clavada en el frente, tranquilas y tiesas como dos imágenes paseadas en procesión por un gremio de borrachos, para ser entronizadas en la nueva enjalbegada capilla arrabalera de donde hubieran salido cinco o diez o mil kilómetros de sábanas bordadas, si, como decían las curiosidades de los almanaques, se hubieran colocado una detrás de la otra.

III

Antes de abrir la puerta se escondió tras la jamba.

—Retírate de ahí.

Dentro se oyó moverse un bulto torpe, al cruzar la puerta en la oscuridad.

Dejó en el suelo la lámpara de carburo. Su sombra agigantada oscilaba en la pared, un corredor de altos techos donde se perdía la silueta del sombrero. Sus manos estaban vendadas.

—Sal de ahí. Te he visto por el agujero.

Del otro lado de la puerta se oía su respiración entrecortada, sentado de cuclillas tras el quicio, esperando que la puerta se abriese.

—Sal de ahí, te he dicho. Sé hombre —le dijo, a través del quicio.

Luego se quitó la chaqueta y la camisa, que dejó con cuidado en el suelo. Acercó el oído al quicio; el otro contenía su respiración; la luz de la lámpara le dio de lleno descubriendo una profunda e insostenible atención; los ojos pequeños incrustados en la cara, repentinamente inmovilizada por un resorte interior a punto de saltar para iniciar el juego. Conservaba el sombrero puesto —el olor del carburo dominaba a la brillantina—, ligeramente ladeado con tétrica chulería, que imprimía a su cara inmóvil un sello de falsa pero irreductible calidad, como una careta de cartón en la que se concitaba el horror de la mirada con el primor de unos pocos mechones de pelo plateado, semejante a virutas metálicas para fregar cacerolas, untados de brillantina.

—Sé hombre —repitió.

No movió los labios para decirlo. De detrás de la puerta el otro hizo un ruido, hubo un crujido y la puerta se abrió de un golpe enmarcando al indiano con los puños en alto y la cabeza baja, en actitud de lucha. Llevaba los puños vendados.

El bulto corrió hacia el rincón. Antes que sus ojos lo distinguieran su olfato lo había descubierto: sucio, húmedo, exhalaba un intenso olor de leche agria que predominaba sobre la humedad de la penumbra (como si al fondo de la habitación durmiera un bebé), mugiendo en el rincón y mostrando al pálido reflejo del carburo —antes que unos ojos y un cuerpo y una cabeza humana— una fila de dientes blancos que temblaban ligeramente.

—Vamos a ver si esta vez te defiendes como un hombre.

No avanzó. Permaneció esperándole, al tiempo que cerraba la salida con el cuerpo, el sombrero erguido, unas piernas pequeñas y recias y unos pantalones negros sujetos con una cuerda y una arremangada camiseta de cuello cerrado, exhibiendo los brazos levantados con la actitud de un cartel pugilístico, como si encontrara un siniestro placer en contradecir su aspecto común (severo y huraño,

enfundado en un sobrio traje negro, que paseaba solitario por las veredas del monte).

—Vamos, atrévete. Hoy tienes tu oportunidad.

—Hoy no. Hoy no.

—He dicho que hoy tienes tu oportunidad.

—Hoy no, don Lucas.

—Hoy te ofrezco la oportunidad de tu vida. Mucho dinero. ¿Entiendes lo que es eso? Mucho dinero.

—Don Lucas.

—¡Vamos! Pórtate como un hombre. Intenta salir.

—Hoy no puedo.

Dio una patada en el suelo, el bulto brincó.

—Estoy cansado, don Lucas. Mañana.

—Levántate si no quieres que te levante yo. Tú verás.

—Estoy cansado, don Lucas. No he pegado ojo en toda la noche.

—Te lo advierto, luego no te quejes. Voy a contar hasta diez: una, dos, tres, cuatro...

—Hoy no puedo, de verdad.

—Vas a cobrar.

Avanzó tres pasos, levantó una pierna. Entonces el bulto saltó (una fila de dientes blancos, una cabeza mojada, la carrera del ojo trazando la línea en la penumbra cuando el bulto se golpeó en el quicio), echando a un lado al indiano. Le agarró de la cintura y volvió a golpearse en el quicio hasta soltarse de su mano, corriendo por el pasillo. Se detuvo en la puerta, cerrada por una barra de guarnición; allí estaba el indiano, los puños vendados, el sombrero negro perfectamente tieso, los ojos pequeños que pugnaban por abandonar sus órbitas para clavarse en su cara como dos proyectiles sujetos por intolerables resortes.

—Tienes que luchar como un caballero, imbécil. Como un caballero, ¿qué te has creído tú?

Estaba jadeando. Levantó la mano, incapaz de hablar, tratando de prorrogar la pausa. El indiano la apartó de un manotazo y le alcanzó en el carrillo. Su cara se contrajo como un muñeco de goma estrujado por una mano infantil, conservando empero los grandes y redondos

ojos, la mirada quieta, serena, tan ajena a la visión como atenta al golpe.

—A ver si entiendes de esta forma —y dio un salto atrás, los puños en alto protegidos con vendas americanas.

Luego su mirada volvió lentamente a la superficie, su brillo reducido y concentrado por las sombras de una profunda, absorta y antigua meditación.

Al segundo golpe en el cuello, el otro bajó la cabeza, metiendo el vientre. El indiano le golpeó en la nuca.

—Así no, idiota. Levanta esa cabeza si no quieres que te la levante yo.

Levantó la cabeza; en un momento vio el sombrero, sus ojos pequeños y penetrantes, el arranque de su sonrisa en los labios plegados de invulnerable y espúreo cartón. Una cabeza que bien podía encontrarse sobre el testero de una barraca misteriosa, la mandíbula inferior animada de un movimiento mecánico para anunciar en la noche la Gruta de la Muerte; un puñetazo en la frente, que le obligó a esconder su cara en las manos. Don Lucas le cogió las muñecas con sus puños vendados:

—Vamos, Blanco, o luchas como un caballero o te vas a la calle.

—No estoy bueno, don Lucas. No estoy bueno. Mañana.

—He dicho que vamos.

No había levantado la cabeza cuando le largó un golpe al costado. Luego otro le alcanzó en el cuello. El sombrero no se movió, sus ojos se achicaron. Otro por el lado opuesto; el indiano se echó atrás.

—Así me gusta.

El otro no le llegaba a los hombros; corría a su lado golpeando en su costado y en sus brazos hasta que el indiano dio con la espalda en la pared, los brazos sobre sus hombros. El sombrero no se había movido; sus párpados estaban casi cerrados. El otro, con la cabeza en su pecho, golpeaba a ciegas en su costado y en la pared.

—Así, así me gusta.

Otro golpe le había alcanzado el botón del cuello, su sombrero no se había movido, pero sus ojos se cerraron más.

Al fin el pequeño hundió la cabeza en su estómago y el indiano cayó sentado sobre una silla que crujió, levantando una polvareda. Alzó una mano, jadeante, tratando de detenerle con el gesto, pero el otro volvió a embestir con la cabeza, golpeándole en el pecho. Dio un bufido. La silla rodó. El indiano abrió los brazos despejando la defensa del otro para alcanzarle en la cara; obligándole a retroceder. Pero el otro volvió a hundir la cabeza para agarrarse furiosamente a la cara de cartón, estrujando su pálida boca y abriendo sus órbitas.

—¡Marrano!

Luego fueron tres, cuatro, cinco, seis golpes precisos en la nuca, en las sienes y en la cara, que la mirada —reapareciendo inmóvil tras el golpe, como un arrecife tras la espuma furiosa, tranquila, invicta y sonámbula y puramente especulativa, perdida en un éxtasis más allá del reino de la visión, huyendo de la cara macerada hacia un punto de silencioso colapso— era incapaz de advertir.

Cuando el indiano se retiró —el sonido del viento en los agujeros de los cristales, la gasa desgarrada de delicada y morbosa materia que el polvo había aterciopelado, flotando exangüe como una bandera en honor de un cadáver desconocido, una noche de calor —el otro quedó en el centro de la habitación, mirándose los pies y bamboleándose como un pelele, chorreando sangre por la nariz y la boca.

—No creerás que esto ha terminado. No te darás por vencido al primer round —dijo allá atrás, atusándose las sienes y ajustándose las vendas; en las mejillas las huellas de los dedos de Blanco.

—Límpiate un poco. Te doy dos minutos.

Se había derrumbado a cuatro patas, mirando cómo sus propias gotas caían al suelo. El indiano se acercó, poniéndole una mano en la espalda; el sombrero estaba un poco echado hacia atrás mostrando en su frente una línea roja (achicaba y ridiculizaba su cara como si se hu-

biera colocado una redecilla femenina), dos líneas de sudor que se juntaban en su barbilla.

—Vamos, hombre. No ha sido nada.

El otro no podía hablar. Tuvo un escalofrío cuando el aroma de la brillantina se mezcló con la sangre. Sus manos temblaban. Sacudió la cabeza como un perro, un hilo de sangre corrió de sus narices hasta la oreja.

—Vamos, hombre, levántate. No ha sido nada.

—Don...

—Te he dicho que vamos.

—...agua.

—Déjate de aguas. Ya tendrás agua cuando acabes, no te apures.

—...agua... —sus brazos no le aguantaron más y su cabeza se desplomó en el suelo.

Abrió el grifo, en las manos trajo un poco de agua que derramó sobre su cabeza. Le pasó una mano debajo del brazo y le ayudó a incorporarse.

—Vamos, hijo, vamos. No es para tanto.

Tenía un párpado de color cárdeno, hinchado como una nuez. La piel de la mejilla —estirándose con un rictus autónomo— le obligó a sonreír enseñando las muelas.

—Así me gusta. Que seas fuerte.

De nuevo quedó en pie, sólo balanceándose estúpida y grotescamente como un anuncio de específicos contra el mareo.

—Segundo «round».

Con el revés de la mano —la venda suelta se quedó por un momento enrollada en su cara— le dio una bofetada (no un golpe de hombre a hombre, de poder a poder; tan sólo sus nudillos contra las muelas del otro, como las patrullas de dos ejércitos chocaban entre sí en una escaramuza local) que abrió su sonrisa hasta más allá de sus límites humanos, mostrando el vacío donde se escondía el animal.

Abrió el grifo, puso un cazo en el aguamanil. El otro sonreía todavía, apoyado en la pared, mostrando las muelas con la nuca en la pared y la sangre que corría por la barbilla.

Se quitó las vendas, enrollándolas con cuidado.

—No vales para nada. No me sirves de nada.

El otro no contestó. Todavía sonreía al techo y la comisura de sus labios temblaba de cuando en cuando.

—Lo único que puedo hacer contigo es jugar a la lotería.

Metió la mano en el cazo y le echó una rociada de agua.

—Te estoy hablando. ¿No tienes fuerzas ni para contestar a tu amo?

El otro le miró, volviendo lentamente la cabeza, absorto, lejano, sombrío, sonriente, tan ausente del amo como un mártir del verdugo.

—Ni siquiera puedes hablar. No vales para nada —dijo, arrojándole a la cara el agua del cazo; su mirada seguía quieta, impersonal, sombría como un arrecife que surgiera de las olas.

Un nuevo aroma le hizo volver en sí; allí estaba el indiano, el sombrero ajustado, sonriendo desdeñosamente mientras masticaba algo.

—¿No te gusta este empleo? A partir de mañana te podrás buscar otro mejor.

—Don Lucas...

—Otro mejor —dijo, sacando otro chocolate de la caja, mirando el contenido de la caja cubierto con papeles calados imitando bordados, con una capa de polvo—. Yo necesito un hombre de verdad. Un hombre de verdad.

—Don Lucas...

—Chocolate de primera calidad. Un regalo que me ha hecho una chica que se interesa por quien yo sé —dijo, llevándose a la boca otra pastilla, acercándose para mirarle de arriba abajo—; una chica para un hombre de verdad.

—Don Lucas...

—Qué, ¿te gustaría que te hicieran esos regalos, eh? —dijo, metiéndole a la fuerza una pastilla en la boca; sus ojos se abrieron más—. ¿Te gustaría tener esa chica, eh?

El otro no pudo contestar, la pastilla todavía en la boca, mirándole absorto.

—Yo se la tengo preparada al primer hombre que...

—Don Lucas, yo le...

—No puedes ni hablar. Te molesta perder el empleo, ¿eh?

—Hoy me encontraba mal, don Lucas. No he dormido.

—No puedes ni hablar —dijo, metiéndole otra pastilla—. Yo necesito un hombre de verdad.

—No me...

—Un hombre de aguante. No una damisela como tú.

—Me encontraba mal, pero ahora estoy mejor, don Lucas —le metió otra pastilla—. Aborabodréguantádodologutéquiera —dijo, tragando—, don Lucas.

—No vales para nada.

—Ahora mismo, si usted quiere. Le aseguro que ahora mismo puedo aguantar todos los rounds que usted quiera.

—Cállate. Ni siquiera puedes hablar. Lo que yo necesito es un hombre de verdad, no una damisela.

—Tercer round, señor Lucas.

—Mírate al espejo. Lávate la cara, imbécil.

IV

Pasó un invierno primaveral. Luego otro y luego otro. Y lo que un día hubo de parecer un gesto de elemental y sincera y un poco burda piedad había de convertirse en el tiempo en la ceremonia anual que conmemoraba el triunfo de la inocencia. Nada más que una rosa, una mancha y unas quemaduras en el pliegue número tantos de una memoria blanca y alcanforada, cerrada con llave.

Nadie podría precisarlo. Fue uno o dos años antes de la muerte de Rosa. El intervalo: unos pocos meses que para la figura color lana cruda —reducida de tamaño—,

sentada de una vez para siempre en la silla baja de cuerda, habrían transcurrido sin números ni achaques ni ilusiones en el susurrante silencio de las telas recogidas y depositadas todas las tardes doradas y pardas como a lo largo de los otros veinte o treinta o cuarenta años anteriores en que diera comienzo la labor nunca concluida. Un invierno tan dulce que incluso pudo trabajar con la ventana entreabierta desde enero hasta julio.

La luz le caería como entonces: probablemente era atrasada. Sus ojos (una huella roja de los lentes y un callo en el índice derecho) no hacían sino seguir lo que sus manos ya sabían, el hilo que los dedos encallecidos —sin necesidad del pensamiento ausente, esfumado con el rastro de un primitivo y primer pretendiente del año de Mari Castaña, ahuyentado por unos pocos ladridos— doblaban, enhebraban y pasaban y cortaban, elevando de tanto en tanto la mirada hacia la nada, la ventana arrabalera; colocada allá por un gesto fortuito, una maldición arbitraria con que su arbitraria voluntad condenaba un cuerpo despechado en una edad remota que sin transición había engullido infancia y adolescencia y una tímida juventud avergonzada de su propio brote, sepultada por la voluntad bajo una losa de ropa blanca que alzaba la vista de tarde en tarde (un prurito del animal doméstico) para no ver ni mañanas ni tardes ni la llegada de los pájaros ni el vuelo de las semillas ni el paso de los carros mañaneros ni las procesiones ni las manifestaciones sindicales ni los camiones nocturnos que quemaban gas-oil ni las familias que un día huyeron subidas a los carros, ni las tropas harapientas que entraron victoriosas por la calle con la bayoneta calada y una manta enrollada al pecho, ni grupos silenciosos de hombres que no comían desde tres días atrás, ni grupos de segadores errantes que dormían al sereno con la mano en la segur, pero sí un hombre que todos los años por la misma fecha subía por el camino de Macerta montado en un borrico para fumarse un cigarro a su vera, partido en dos por el sol, y el ala del sombrero negro ladeado en su cabeza con un deje rotundo y chulesco.

Nadie le conocía de antes. No tenía más relación con el pueblo que el pago de la contribución anual sobre la parte de los terrenos de Nueva Elvira que había correspondido en la testamentaría del difunto señor Gros al pago de sus acreedores. La otra parte, Rosa, en ninguna ocasión había dejado de no pagarla.

En un principio se dijo que era el administrador. De qué y de quién nadie lo sabía, pero era el administrador

Un día empezó a salir humo de la casa. Las dominicales meriendas campestres cesaron a raíz de la aparición de un alambre de espino y un cartel en la puerta de entrada, la cabeza de un enorme perrazo lanudo y sucio surgiendo de detrás de un arbusto para gruñir a toda muchacha endomingada.

—Calla, «Bulo», ven acá.

Echó a correr, pero el perro la alcanzó, derribándola en el suelo, olfateando sus brazos desnudos, su escote y su cuello, debajo del pelo.

Unas pisadas de alpargata. Detrás del matorral el busto de un hombre que frisaba los cincuenta (con la venia del sombrero), el formato de un antiguo y solitario y perenne desdén grabado en su cara de mayólica. Una piel curtida por un clima de ultramar, haciendo silbar las eses.

—Déjala, «Bulo». Ya está bien.

Hizo un gruñido profundo, ladró tres veces en dirección a la higuera donde un bulto se movió.

—Vamos, «Bulo», ven acá. Esta vez te equivocaste —dijo, mirando al cielo, aspirando ostensiblemente cierto aroma pasajero—. ¿Qué es eso, «Bulo»?

Como si jugara al ajedrez, adelantando el peón hacia el rey blanco para comerse su dama.

—Lo siento —dijo, sin salir de detrás del arbusto—, lo siento de verdad. Pero un día me lo agradecerá. El día que no sienta miedo de nada. Acaso también leyeron acá la fábula de los amigos y el oso. Vamos, «Bulo».

Al cruzar delante de la higuera se detuvo de nuevo.

—En cuanto a usted seguramente leyó el aviso de la entrada. Ya sabe lo que le espera la próxima vez. Vamos, «Bulo».

Desapareció en un instante, un gesto de desdén. Cuando se volvió a mirarle ya estaba arriba, muy lejos, increíblemente lejos; un rabo alegre se ocultaba entre los matorrales y una figura negra subía en amplio viraje entre la luz de la tarde y la curva de la loma. Una vara que cortó de un golpe la rama de un espino.

Después se dio en llamarle el novio de Rosa. A partir de su muerte se trasladó definitivamente a las ruinas de Nueva Elvira —que un día había empezado a reconstruir—, arrastrando tristemente por los pasillos hundidos, las habitaciones sin techo, los sótanos sombríos con un palmo de agua, una existencia desengañada y huraña sin otra compañía que la de aquel pequeño y nervioso y retraído Blanco, de aspecto inquieto y desconfiado —un pobre diablo sin casa ni familia conocida, que antes de la llegada del indiano andaba detrás de las tapias espiando a las mujeres—, que el indiano, quién sabe si llevado por cualquier idea de redención adquirida en un país extraño, una tarde de crisis, había encontrado vagabundeando por los jardines de Nueva Elvira y había tomado tal vez para su servicio o por calmar sus frustradas ambiciones paternales o para ambas cosas, buscando en el tiempo el calor de una familia devota a su persona, y la de aquel perrazo enorme y sucio especialmente adiestrado para perseguir las parejas domingueras. Se dijo que era un hombre joven, prematuramente envejecido, poseedor de una cuantiosa fortuna, que en su día había puesto a los pies de Rosa para tratar de alegrar su corazón de madera.

Pero Rosa no era de este mundo. Rosa la pobre, Rosa la buena, Rosa la humilde, la del corazón grande (del tamaño de una sandía), Rosa una santa, criatura del cielo, pedazo de pan; Rosa la pobre, Rosa la buena, Rosa la tonta.

En un tiempo empezó a ser el comentario de las mujeres que exageraban la indiferencia por tratarse de un asunto en el que su sexo apenas tenía participación. Porque, al fin y al cabo a Rosa no la consideraban nada, ni siquiera de su sexo. Era un hombre rico, solo, que había

hecho su fortuna en América y volvía a su tierra para descansar el resto de sus días; que había visto en Rosa una chica seria, humilde, sin aspiraciones de ninguna clase, que llevaría su casa a la perfección y, quién sabe, quizá le podría dar hijos, si era eso lo que él andaba buscando. Pero se dijo, asimismo, que Amelia se había opuesto por egoísmo, porque desde su llegada al mundo estaba acostumbrada a frustrar todo empeño de salir de la cáscara, reducida cada día un poco más —el egoísmo crece de consuno con la resignación—, asistida por Rosa (con un corazón como una sandía, que podía dejar de latir en cualquier momento), quien le hacía la comida y le fregaba los suelos y le lavaba la ropa, porque su egoísmo le impedía apercibirse de que si, al menos, podía vivir —comer verduras y patatas cocidas, coser durante diez horas al día sábanas y equipos baratos de novia— era, sin duda, gracias a Rosa y, en los últimos tiempos antes de su muerte, a aquel novio o pretendiente o protector desinteresado que le pagaba diez y veinte veces su valor unos pañuelos que se hacía bordar para ayudarlas a subsistir. Que había comprado o desgravado o liberado la finca de Nueva Elvira —cuya restauración había suspendido a raíz de un tímido, involuntario no de Rosa, obligada por la señorita Amelia— para ofrecérsela como regalo de boda que ella hubo de desbaratar, aunque sólo fuera por el involuntario, mimético deseo de morir en el lugar al que las circunstancias familiares la habían arrastrado.

Ya nunca más fue administrador. La finca pasó por otro momento de transición, esporádicamente visitada por gitanos y vagabundos y silenciosas parejas de edad y condición limítrofe que rondaban al amor sin decidirse al sacramento, no obstante las visitas del indiano, que allí volvía algunos sábados —sobre todo en los meses que siguieron a la muerte de Rosa—, acaso para destruir de una vez —las largas y delirantes noches por los pasillos sin techo, los jirones de gasa que aún colgaban de algunos cimeros, los sótanos con un palmo de agua, las escaleras hundidas, donde corrían y gritaban las ratas,

las luchas a torso desnudo por las galerías sin cristales, los lamentos nocturnos de un Blanco enjaulado en una caldera, secándose las lágrimas y apretando su cara tumescente y morada contra el hábito negro de olor peculiar que aún cubría los huesos crujientes, mezclándose con los ladridos lejanos de un perro débil— los sueños patriarcales que un día alimentó a la vista de aquella casa, en compañía de la mujer idónea.

Se había hecho un nombre. Un nombre de personaje desengañado y huraño, sin la juventud necesaria para encajar el último golpe, sin la edad suficiente para restarle importancia. Un hombre al que, tras luchar y vencer a lo largo de una vida cruel y azarosa, se le negaba el último, único y más justo premio, al que acaso desde el primer instante, si es que durante sus tropicales años de lucha había tenido un instante libre para pensar en consagraciones, había consagrado todo su esfuerzo. Un hombre, viciado por la lucha, que recurría a la lucha para borrar el sueño que años atrás guió y justificó toda una vida de lucha —noches de solitario horror y ladridos lejanos, y voces humanas, y cristales rotos, y precipitadas carreras espasmódicamente detenidas y abortadas puertas adentro con una sonrisa en suspenso, súbitamente desaparecida en la noche ardiente para volver a aflorar en Región, sobre un tapete de juego con cuatro naipes en las esquinas, en un comentario pasajero:

—Pobre hombre. La tonta de Rosa.

V

—Por favor, sírvase transmitir a su señora tía mis más respetuosos saludos.

Se quedó parada. No había nadie. A unos pocos pasos, debajo de un portal cerrado, vio un par de alpargatas blancas muy juntas.

Hizo una inclinación de cabeza, sacando la cabeza de las sombras para avanzar la cara (un monstruo en su urna morada) con una reverencia arcaica: una cara de car-

tón, inhabilitada para el gesto, donde se materializaba el horror, el fastidio, el énfasis de la edad; una boquilla negra con embocadura de plata, de donde emergía un cigarrillo ligeramente temblón, cuyo humo remolineaba bajo el ala del sombrero. Un traje negro que le venía un tanto justo, de tela rígida que allá en Tampico, o en Lochha, o en Tzibalchen, o en Papasquiaro, o vete a saber dónde debía haber adquirido con carácter más definitivo que una verdadera mortaja, un postrer día de calor, y unas alpargatas impecables, cuyas cintas planchadas destacaban sobre los calcetines de algodón negro.

—La acompañaré hasta la esquina. Si a usted no le importa.

Rosa no contestó. Con la cabeza baja contemplaba el dinero que aún tenía en la mano.

—Es una labor extraordinaria. La felicito —dijo, sin alterar el gesto, abriendo el paquete y sacando un pañuelo de hilo bordado, unas iniciales entrelazadas, L. R., del tamaño de una mariposa.

—A mí no. Yo no he hecho más que plancharlos. Mi tía lo hace todo.

—He oído hablar mucho de ella. Una gran señora.

Rosa no le miró ni una vez. Todavía no se había guardado el dinero. Andaba a pasos ligeros, arrimándose a las paredes para rehuir la mirada del indiano.

—Rosa.

La cogió del brazo.

Ella se quedó petrificada, atenta interiormente a las losas de piedra. Su mano empezó a tirar de manera imperceptible, pero con increíble firmeza; el indiano la retuvo.

—Rosa, de sobra sabe usted qué es lo que me trae aquí. De sobra sabe usted cuáles son mis aspiraciones. Sólo necesito saber si las suyas coinciden con las mías.

No movió nada; la cabeza caída en actitud piadosa, miraba al suelo, el dinero apretado en sus dos manos rojas, que aún olían a lejía.

—Tiene usted miedo de contestar, Rosa. Tiene usted miedo de contrariarme, porque antes que nada existe

entre nosotros un mutuo aprecio que usted no quiere perder. Yo le juro por mi honor, Rosa, que eso nunca se perderá. Antes se perderá este hombre que ve usted aquí. Se lo juro, Rosa.

Tuvo una sacudida, fue a mirarle, pero no llegó; un resorte —su cabeza parada en la expectante y atónita actitud de un autómata de porcelana detenido al iniciar el paso de baile— la cortó, quieta, transfigurada, fosilizada en un instante por un siglo de polvo e intangible virtud. Probablemente ni sintió la mano grande del indiano posada sobre las suyas para reanudar el paso de baile frustrado por una negligencia.

—Una cosa quisiera advertirle, Rosa. Le ruego que lo piense, aunque no es necesario que lo haga tanto como yo. Yo ya no soy joven, usted lo sabe, y he de estar por fuerza muy seguro de lo que digo cuando a mis años me atrevo a dar semejante paso. No se mueva, se lo ruego, Rosa, no se mueva. Pero le mentiría si le dijera que sólo lo hago por usted. Como tampoco lo hago sólo por mí, por egoísmo. Lo hago por los dos; ahora, tras mucho tiempo de vacilación, puedo decirlo con entera firmeza. Y cuando usted lo piense, hágalo por los dos también. Y por su tía de usted también. Prométamelo.

—Yo no le puedo prometer nada.

—Prométamelo, Rosa.

—Yo no le prometo nada.

—Prométemelo, te digo.

—Se lo prometo, se lo prometo.

—Gracias, Rosa, gracias por todo.

—No me dé las gracias.

—Por fuerza he de dárselas. Ya veo que tiene usted alguna prisa. Adiós, Rosa. Yo le prometo a mi vez que, sea cual fuere su respuesta, guardaré estos recuerdos cerca del corazón, muy cerca del corazón —dijo, contemplando los pañuelos, dando a su voz esa entonación del charlatán, que ensalza un carminativo para menospreciar al mundo entero—. El corazón —añadió con fastidio, un espontáneo gesto de fatiga—, el corazón —suspirando profundamente, sacando del bolsillo un pequeño envol-

torio en papel de estraza—. Le ruego que acepte este pequeño presente —un frasco de colonia dominguera, de color carmesí.

Por primera vez Rosa le miró, sus manos y las suyas sobre el frasco de colonia.

—No me lo diga todavía. Espere.

Los dos quedaron en silencio. Su gesto pareció perderse alejándose por un paraje del ayer —la llanura de Lochha, el adiós a Tzibalchen, cabalgando por la noche en una mula, bajo los plátanos y sicomoros hasta alcanzar la bahía, silenciosa y plateada, unas pocas luces en fila en la línea del muelle, entre el chapoteo del agua, apoyado en la barandilla del barco que, tras el largo paréntesis de lucha, le devolvía a su tierra—, una figura del alma que por un instante afloró a su superficie trataba de abandonar la carcelaria cara de invulnerable y desdeñable pasta vaciada sobre un troquel de fanfarronería, aventura, orgullo y fastidio y crisis, y un cierto soplo de cruel y adquirido mestizaje no suficientemente desarrollado para borrar la nativa y ridícula estrechez de sienes apenas disimulada por unos pocos cabellos cuidadosamente apelotonados debajo del sombrero, untados con brillantina.

—Soy un hombre que ha vivido mucho y ha sufrido grandes desengaños. Y éste, Rosa (por mis muertos), sería el último. Yo le ruego, una vez más, que lo piense, sin dejarse llevar por los sentimientos que le inspira su situación actual. La caridad y el amor (sépalo usted) pueden darse a la par algunas veces.

—Señor Blanco.

—Llámame Blanco a secas.

—Señor Blanco.

—Usted me comprende demasiado bien. Usted no puede aniquilar su porvenir por un sacrificio estéril.

—Señor Blanco.

—Su tía de usted podrá vivir con nosotros.

—Por favor.

—Se lo dice un hombre que ha vivido mucho, que ha sufrido más. El amor —con acento de augur, sellando

los labios y entornando los ojos— probablemente no dura más de veinticuatro horas. Lo que queda atrás no es cierto, lo que está por venir no vale la cuarta parte de lo presente. Te lo dice un hombre que ha vivido mucho, que ha sacrificado su vida por un porvenir más digno.

—Señor Blanco.

—Un porvenir que te engaña y empaña la vista, te impide vivir de verdad. Pero un día, Rosa, te darás cuenta de que con el amor vas a adquirir la facultad de vivir de verdad, sin sombras del porvenir.

—¡Señor Blanco!

—Sabía que no me equivocaba. Lo veía en tus ojos. Feliz tú hoy que no te hace falta saberlo porque estás viviendo —dijo, entreabriendo la boca con chulería, mirándola de soslayo, y añadió—: Por supuesto.

—¡Señor Blanco!

—Me voy, Rosa. Tengo que irme.

—Por favor, señor Blanco. No sé qué decirle.

—Estás llorando, criatura.

—No estoy llorando. Sólo que...

—Te digo que estás llorando, criatura. Déjame que te seque esas lágrimas benditas. Déjame que te las seque con el pañuelo que bordaron tus manos. Ya sé que has pasado mucho, mucho. Pero a partir de ahora yo haré que tus penas de amor se conviertan en alegrías. Así, basta ya. Ea, basta ya, criatura.

Ella enmudeció. Mirándole con dos ojos como dos botones, un sonido estertóreo salió de su boca entreabierta. El indiano le levantó la barbilla y, echando unas cuantas gotas de colonia, le pasó, una vez más, el pañuelo por la cara.

—Lo que tú me digas estará bien dicho. Mientras tanto yo me guardaré este pañuelo para tenerlo siempre junto a mi corazón. Muy cerca del corazón —dijo, guardándose el pañuelo en el bolsillo interior, llevando su mano hasta palpar su pecho e inclinándose luego con un movimiento repentino para besar la mano roja, cuarteada, que todavía despedía un olor a lejía.

VI

La puerta golpeó en el quicio un par de veces. Una mano se introdujo por la rendija para soltar el alambre, arrollado a un clavo. En el umbral apareció una lámpara de carburo en el centro de la figura negra, iluminando el sótano, unos cuantos baúles y marcos viejos apenas cubiertos con colgaduras y colchas deshilachadas y borlones de seda comidos por las ratas.

Había detrás un bulto. Levantó la lámpara para colocarla ante su cabeza. Respiraba profundamente, llenando el ámbito con un ronquido apacible, tendido en el bastidor de madera y cubierto con una colgadura de terciopelo negro con manchas calvas y pardas.

Había detrás un bulto. Tuvo un escalofrío y encogió la nariz cuando la luz del carburo le dio de lleno en los ojos.

—Despierta.

—¿Eh? —dijo, dormido, abriendo la boca y volviéndose del otro lado.

—Que te despiertes.

Agitó la lámpara ante sus ojos, luego le dio un sopapo. Dejó la lámpara en el suelo y encendió un cigarrillo, echando el humo a la cara del dormido. Detrás un bulto que se movió y el hombre parpadeó.

—¿Qué, qué?

—Despierta de una vez.

Le miraba fijamente; el humo del cigarrillo remolineaba bajo el sombrero, que no debía haberse quitado ni para echarse a dormir. Sobre los pantalones negros, a medias abrochados, caían los pliegues de un jubón abierto, que dejaba al aire una pechuga blanca de apariencia infantil, donde asomaban algunas canas rizadas.

—... te he dicho mil veces que no quiero que te cierres por dentro.

—Don Lucas.

—¿Dormías bien, verdad?

—¿Qué hora es? Aún es de noche; no serán ni las cinco.

—¿Te importa mucho?

—No, don Lucas.

—Dormías a gusto, ¿eh?

—La otra noche no pegué ojo.

—Debías estar preocupado.

—No, don Lucas, no era eso.

—Ya lo creo que era eso. Probablemente una grave preocupación te quitó el sueño. Me parece que tú eres hombre de grandes preocupaciones.

El otro no respondió, escondiendo la mirada bajo la colgadura que le tapaba.

—Mírame.

El otro le miró, sólo los ojos negros salían del embozo.

—Dime si dormías a gusto.

—Sí, don Lucas. Ya lo creo.

—Levántate.

El otro no respondió, incorporado a medias en la cama —un bastidor de madera relleno de paja y papeles, y cubierto con una lona manchada de orines—, tratando con dificultad de mantener los párpados abiertos.

—Una carga excesiva para tus débiles hombros.

Había un bulto detrás. Lanzó la bocanada hasta el techo, en silencio, observando las manchas de luz.

—Demasiadas preocupaciones.

Le echó la bocanada en la cara, basculando hacia atrás.

—No te duermas.

—Todavía es de noche. Me podría dejar un poco más.

—¿Quieres que te duerma para siempre?

—¿Eh?

—«¡Bulo!»

Algo se movió detrás, el hombre abrió los ojos.

—No, don Lucas, no. Ahora no. Hace dos noches que no he pegado ojo. Ahora no. Ahora no. Por lo que más quiera, don Lucas.

—«¡Bulo!»

Era un enorme perro de majada, sucio, de color canela, que se le quedó mirando entreabriendo los ojos

—casi encarnados, unas legañas húmedas le corrían por la cara— y bostezando.

—Vamos, sube, «Bulo».

Subió de un salto a la cama. Lanzó un gruñido. El otro retrocedió. De detrás del jubón, envueltos en un pañuelo blanco, el indiano sacó un terrón de azúcar que lanzó al aire, seguido por la mirada aburrida del perro.

—¿Te gustaría darte una carrera por el jardín?

El otro hizo no con la cabeza.

—¿Te gustaría echar unos guantes?

El otro volvió a hacer no, mirando al perro.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer?

—Déjeme dormir, don Lucas. Llévese el perro. Déjeme dormir.

—Eres un niño. No se puede hacer nada de ti. Eres un niño.

—Don Lucas, le prometo que mañana. Don Lucas. Le prometo que mañana.

—¿Qué sabes tú de mañana? ¿Qué sabes tú de eso, imbécil?

—Déjelo para mañana, don Lucas. Déjelo.

—Me tienes preocupado —aplastó el cigarro con la punta de la alpargata, hizo una mueca de desprecio—; te aseguro que me tienes muy preocupado. No tengo más remedio que tomar una resolución contigo. Una resolución que nunca creí que fuese necesaria.

—Don Lucas.

—Tú me has obligado a ello.

—Yo no quería escaparme, se lo juro.

—De cualquier forma, no volverá a ocurrir.

—De verdad le digo que no quería escaparme.

—Estoy escarmentado. Una y no más...

—Se lo digo de verdad. Se lo juro por lo que más quiera.

—Cállate.

Otra vez lanzó el terrón al aire. Luego estuvo contemplándolo de cerca hasta que con un rápido movimiento lo estrelló en la cabeza de Blanco. El perro saltó, apar-

tando a Blanco de un manotazo y hurgando en su lecho para buscar el azúcar.

—Negra ingratitud.

—Don Lucas, de verdad se lo digo. Yo sólo quería dar una vuelta —el perro le miraba tranquilamente mientras masticaba el azúcar; luego bostezó. Se sentó en el borde del lecho, acariciando la pechuga del animal.

—Me he sacrificado como un padre por ti. Todo lo he dejado por ti, por ti. Para hacer de ti un hombre. Un hombre que pudiese ir por la calle con la cabeza bien alta, digno de tal nombre. Y mira de qué forma me lo pagas: escapándote de la casa para rondar alguna mujerzuela. Para largarte con alguna mujerzuela. Esa es la manera que tienes tú de pagar todo lo que he hecho por ti. Te aseguro que me entran ganas de arrancarte la piel, granuja.

Levantó la voz, levantó los puños al cielo en actitud dramática para hundir la cabeza en sus manos, reteniendo la respiración.

—Don Lucas...

—Sólo puedo confiar en ti, «Bulo». Solamente tú me ofreces la verdadera amistad. Está bien, «Bulo», está bien.

—Don Lucas...

—Qué sería de mí sin ti. Qué sería de mí —sacó otro terrón de azúcar, el perro avanzó la cabeza—. Tú sabes lo que he hecho por él. Un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto —el otro se metió en la cama, bajando la vista; levantó un poco la cobertura para esconder la cabeza y se santiguó rápidamente. Don Lucas lo vio— y ahí le tienes ahora: bien alimentado, bien vestido, heredero de una fortuna nada desdeñable, acosado por todas las muchachas casaderas del país... Está bien, «Bulo», ya que él lo quiere así le dejaremos salir, a condición de que no vuelva a poner los pies en esta casa.

El otro, debajo de la cobertura, rompió a llorar.

—¿No es eso lo que querías? Responde.

El otro no pudo contestar.

—Vamos, «Bulo», sácalo de ahí —dijo, echándole el terrón en la cama al tiempo que se llevaba el pañuelo a

la nariz para aspirar el aroma de la colonia barata. El perro levantó la cobertura, gruñéndole en la cara. Don Lucas le agarró por la camisa.

—Vamos, responde: ¿no es eso lo que querías?

—No, don Lucas. Usted sabe que no, don Lucas.

—No me vengas ahora con golpes de pecho, ¿entiendes? Me he pasado toda una noche buscándote por el monte. ¿Te das cuenta lo que es eso? ¿Te das cuenta de lo que es para un padre soltar al perro para buscar al hijo ingrato, tener que atar con cadenas al hijo ingrato para no verle hundido en el vicio? ¿Te das cuenta, animal, te das cuenta? ¿No ves que me estás enterrando vivo?

No tenía una lágrima, el otro bajaba la vista. Al fin le soltó para enjugarse la frente —el sombrero negro inmóvil— y los ojos.

—Esa es la triste verdad, «Bulo» —durante un largo rato permaneció llevándose repetidas veces a la nariz el pañuelo perfumado con colonia dominguera, aspirando con los ojos entornados al tiempo que acariciaba la pechuga del perro—, solamente puedo confiar en ti.

—Don Lucas, se lo juro por lo que más quiero.

—Tú no quieres a nadie.

—Se lo juro por lo que más quiero.

—Toma, huele —le dijo, alargándole el pañuelo.

El otro retrocedió, metiendo los brazos bajo la cobertura.

—Que huelas, te digo —repitió. De un golpe le metió el pañuelo en las narices—. Di: ¿te gusta como huele?

—Donnucas.

—¿Te gusta como huele?

—Sí, don Lucas.

—¿Te gustaría tener una mujer que oliera así?

El otro se derrumbó en la cama, mirando al techo y abriendo la boca de cuando en cuando, como un pescado en un cesto.

—Di ¿te gustaría?

—Don Lucas...

—He pensado que tal vez sea la mejor solución. Prefiero que tengas la mujer en casa a que cada semana te

largues por ahí en busca de mujerzuelas. ¿Qué dices tú a eso?

El otro hizo un ruido, mirando al techo. El pañuelo se le había quedado junto a su cara; solamente la cabeza sobresalía de la colgadura de terciopelo.

—Te estoy preguntando algo.

—Que ya lo creo, don Lucas.

—Está bien. Así será; ya ves que soy complaciente. Antes de un mes iré a la ciudad y te traeré una mujer para ti solo. Eso si no viene ella antes, ¿eh? —dijo, sonriendo, dándole una palmada en la cara—. ¿Qué dices tú a eso?

—Nada.

—¿Ah, no dices nada?

—Sí, don Lucas, que muy bien.

—Esto es. La señora de Blanco. Siempre me han gustado las escenas familiares. Toda la vida no he hecho otra cosa que tratar de rodearme de una familia. ¿Y qué dices tú, «Bulo»?

Cogió el pañuelo de nuevo —el otro bajó la vista del techo, observándole desde el embozo— y aspiró profundamente. Luego envolvió un terrón de azúcar en él y lo arrojó al rincón.

—Vamos, «Bulo», tráemelo.

Cuando lo volvió a coger le restregó el hocico con él, luego deshizo el nudo y lo extendió en el suelo con el azúcar en el centro.

—Toma. Tienes que irte acostumbrando a este olor.

VII

Una mancha en un pliegue postrero. La rosa ajada envuelta en papel transparente de color amarillo limón.

—Bueeenas tardes.

—Se llama Amelia.

—Lo sé, Blanco, lo sé. Jeee, burro. Arre, burro —lo golpeó en el lomo, con una mueca de desdén exagerada hasta lo macabro por la sombra recta del ala omnímoda; sentado en la grupa a lo mujer y el cuerpo levemente escorado con la apurada apostura de una pepona recostada en un sofá, cruzó por la ventana sin hacer caso de Blanco, que le seguía a pasos cortos, la mirada en el suelo—. Ya lo sé, Blanco, ya lo sé.

Dentro no se oía nada. El aire fresco de la penumbra y la ropa limpia, una mano inerte que despedía efluvios de lejía, más inmovilizada que una cucaracha bajo la luz, tras los montones de vainicas.

—La vida de estas gentes —miraba apenas hacia la ventana— el sueño de una mula picada por las moscas —bajo el sol, abriendo una boca provocativa que parecía accionada por un hombre escondido.

Sin duda fue la primera mancha en muchos kilómetros de ropa blanca (la respiración entrecortada), la mirada caprichosa y cruelmente recortada sobre el fondo blanco de la tela amontonada en las dos arcas que contenían el trabajo de más de tres decenios, años y sábanas que engulleron edades, un no alborotado y frustrado noviazgo extinto aquel mismo año, 1915.

Ni siquiera había levantado la vista del punto donde estuvieron las botas femeninas cuando ya no alcanzaba a escuchar —tras el postigo cerrado— la respiración entrecortada; las botas detrás de la puerta cerrada se detuvieron una vez más ante la otra puerta, la expresión tercamente detenida con fastidio y seguridad, no avejentado, pero maduro, el cruel y ultrajado trance de un ayer celosamente guardado por una conciencia implacable, recostado en la reja hasta que la habitación fue invadida por las franjas moradas fundidas con su silueta —cortada por la palma añeja que colgaba atada con cintas blancas— para avanzar la cara (un monstruo saliendo de la urna morada) cuando la habitación se iluminó por la luz color de tocino extendida sobre las desordenadas labores blancas de donde pareció brotar el pálido, transfigurado, híbrido recordatorio del ayer, la mascarilla del odio con-

servado intacto en la efigie difunta y rediviva moldeada en la blanca y deleznable harina de un sueño extempóreo y envuelta en el rancio aliento de la cara de cartón surgiendo intolerablemente invencible; mil veces rota y mil veces compuesta con una mezcla de la más barata cola de carpintero y la más barata brillantina de granel, trayendo consigo la mano blanca y acartonada y peluda —el cuerpo prono, el ala negra, la mirada aunando todo el horror acumulado durante treinta años de insomnio—, que cayó sobre su muñeca para clavarle las uñas al tiempo que la retorcía.

—Parece que he llegado a tiempo. ¿No te parece, vieja?

No se había inmutado. No había levantado la vista ni movido la otra mano, que aún sostenía la aguja.

—Me atrevo a pensar que no esperaba mi visita. Pero yo no me olvido de las viejas amistades. Yo no me olvido nunca ni de las deudas que tengo que pagar ni de las gentes a las que debo un favor. No me olvido nunca. Tú sí —dijo, al tiempo que retorcía su mano.

Ella lo sabía a medias. Probablemente Rosa había empezado a contar algo a la señorita Amelia, reumática, desmemoriada, casi sorda y posiblemente idiota, mientras sentadas junto a la ventana se ayudaban a enhebrar, hilvanar y desmadejar y bordar un mediano equipo de novia, puro parloteo de una tarde de costura. Rosa le podía haber contado —no para ser escuchada por los oídos semisordos e indiferentes, sino, de alguna manera, para oírlo de nuevo, aunque fuera de sus propios labios, y creérselo de una vez— una tarde anterior. Apenas sonriente, atontada, vacilante y en algún momento inquieta, trataba con palabras veladas y preguntas de aparente ingenuidad de adentrarse por un terreno desconocido en el que —por un simple juramento, el obsequio de un frasco que no llegaba a los cuatro duros y un fogoso, reprimido beso en la mano— se creía experta. Y probablemente también le extrañaron sus propias palabras, tanto las que eran apenas oídas sin ser escuchadas como las que ella se guardaba por pudor esperando y confiando

que la facultad receptiva de la señorita Amelia lograse extraerlas del silencio sin apelar a su voluntad, y sin contrariar su recato; fue abandonando una sonrisa estéril, la cara crédula dispuesta a creerse lo que todavía su entendimiento se resistía a considerar si por un milagro de su naturaleza la señorita Amelia hubiera dejado entrever su tácito y adecuado sí, a medida que se iba escuchando, sin precipitarse, a anticipar el miedo y la incredulidad a lo que ella misma sabía que se iba a contar al perder la vista para fijar el vacío, el vespertino silencio de los bordados dorados, el mortecino tic-tac del despertador trasero que acentuó su sonido para señalar el cambio de estado de un cuerpo que abandonaba el limbo para interesarse definitivamente en el aburrimiento vespertino, más que el tránsito del desengaño a la resignación, mordiéndose los labios y pinchándose repetidas veces en el mismo punto de la yema al querer concentrarse en un punto de la tela para soslayar la visión, más allá del cristal glauco, de tardes y tardes de futura labor.

—¿Y qué más?

—No, nada más.

—Nada más.

—Entonces, ¿qué quiere ese señor?

—Nada, no quiere nada.

—Entonces, ¿por qué demuestra tanto interés?

—¿Interés?

—Interés, sí, interés —con las manos quietas, la miraba por encima de los lentes—. Tú misma me has dicho que te espera a la puerta de la iglesia y te acompaña hasta la esquina.

—Es que quiere que le haga una ropa.

—¿Ropa? ¿Qué clase de ropa?

—Unos pañuelos, no sé, unas camisas.

—Tú no sabes hacer camisas de hombre —luego añadió—: ¿No será que te hace la corte?

—¿Eh?

—¿No será que se quiere casar?

—No.

—¿Cómo sabes que no?

—Yo qué sé. A lo mejor sí, a lo mejor sí. A lo mejor se quiere casar. Yo qué sé.

—No le vuelvas a ver. No le vuelvas a hacer caso. Si te vuelve a molestar le vuelves la espalda y te vienes derecha a casa. ¿Entiendes?

Pero él lo sabía, acodado en la reja, compuesto y provocativo, simulando una actitud puramente reflexiva y volviéndose de cuando en cuando para echar el humo del cigarrillo sobre la cabeza color lana cruda, humillada bajo el peso de su sombra.

—¿Tú no te habrías acordado de invitarme a la boda, verdad, bruja? Ni siquiera te acordabas de que yo seguía pisando la tierra. No pensabas que yo podría volver cualquier día ¿verdad, vieja imbécil?

Cuando retiró su mano había surgido en su muñeca, más milagrosa que si brotara de una reliquia de madera, una primer gota de sangre del tamaño de una mariquita, que corrió velozmente por la mano, como espoleada por una larga y sombría clausura, para gotear varias veces en la blanca impoluta memoria extendida sobre su regazo.

—¿Dónde está?

Ella no contestó. El lo sabía: Rosa había salido aquella misma mañana para Macerta, a fin de cobrar la pensión bienal que bien administrada apenas les duraba un par de meses. Y no había de volver —ella mismo se lo había dicho— hasta bien entrada la noche, haciendo el camino a pie desde la parada del ordinario del Auge, no lejos del lugar de Nueva Elvira, que debía atravesar.

—¿Dónde está? —repitió, ya era de noche. Había empezado a tiritar; no había movido la cabeza ni la mano sangrante ni la mirada clavada en la ropa, pero empezó a tiritar.

—Ya puedes despedirte de esa boda. No pienso permitirla. No pienso permitir por más tiempo que hagas tu antojo con lo que me pertenece. Sí, me pertenece y ahora soy yo el que manda, ¿me oyes? Ya puedes despedirte de ella. ¿Quién es ese novio que le has buscado?

No levantó la cabeza; estaba tiritando.

—¿Quién es ese Blanco?

«Vete. Vete. Que se vaya. No le dejes que siga ahí. Que se vaya. Que se vaya para siempre. Llévatelo. Llévatelo para siempre. Dios. Dios. Dios.»

Pero él estaba allí, casi vuelto de espaldas, dejando que la luz color hueso iluminara una mejilla de mayólica, un pliegue modulado por el fastidio, aplastando los cigarrillos en el antepecho de la ventana, la punta quemada de una sábana. Luego, el salto de un gato en la oscuridad, la calle vacía, el muro detrás. El monótono tic-tac a su espalda creció en énfasis, extendiendo sobre el ámbito en penumbra el rigor de las horas. Quién sabe si tantos y tantos pliegues de ropa blanca alcanforada no habían logrado sino dormir el oído para exacerbar la interna y premonitoria audición —un preoído exacerbado y preciso, tanto más certero y terrible que aquel equívoco sentido externo cuanto más ahogado el grito en una cuneta solitaria— de un trance final, los gestos de violencia en torno a la Rosa agitada, el último intento de liberación vencido y silenciado por el abrazo final, en una cuneta solitaria.

De pronto echó a correr. Abrió la puerta, pero el brazo de Lucas la detuvo.

—Quieta, vieja. ¿Dónde quieres ir a estas horas?

No la miraba a ella, apoyado con chulería en la jamba de la puerta, ofreciéndole el ala del sombrero, sino sus botas negras antiguas (arrinconadas durante largas temporadas) con los cordones sueltos.

—El tiempo no pasa en balde —dijo Lucas, sin moverse.

Y ella retrocedió, arrastrando penosamente los pies deformes, buscando a ciegas el picaporte.

—Puede que tus botas sean las mismas, pero tus pies han cambiado.

Una vez todavía intentó volverse.

—Tus botas.

Cerró la puerta de un golpe. Luego la otra. Encendió la luz eléctrica, cerró las contraventanas. Durante un largo rato el tic-tac del reloj fue acallado por el insis-

tente y despreocupado tamborileo de sus dedos en los cristales de fuera.

«Dios. Dios. Dios. Llévatelo. Llévatelo de aquí. Déjame coser. Cosiendo siempre. Por Dios. Por Dios. Por Dios. Por Dios.»

VIII

—Sal de ahí.

Dentro se oyó una voz ahogada repetida por el eco de la caldera, los pasos que resonaron por dentro.

—Sal de ahí, te digo. Llevo prisa.

Al fondo del agujero apareció una cabeza pequeña. El indiano metió la mano en el registro y tirando del pelo sacó a Blanco por la cabeza, como una bayeta de un cubo de agua sucia.

Antes que el sol le diera en la cara se había llevado una mano a los ojos para ocultar sus lágrimas.

—Vamos, te digo que tengo prisa.

El otro se secó con los dedos.

—¿No sabes qué día es hoy?

En su mano traía el envoltorio: un papel transparente de color amarillo limón que contenía la rosa marchita. Se había afeitado, se había puesto una corbata negra y limpia y unas alpargatas nuevas. Un mechón de pelos como virutas metálicas se los había apelotonado detrás de la oreja y toda su cara y su figura —recia y desproporcionada, la cabeza enorme, un furioso y contenido envite para vencer su mediocre estatura— colocada de espaldas al sol a la altura de los matorrales parecía nimbada por un aura de viciosa, compuesta y reconcentrada beatitud.

El otro, asomando la cabeza por la boca del registro, no se atrevió a mirarle.

—Ya lo sé, señor Lucas, ya lo sé.

—No lo sabes. Qué lo vas a saber —le miró sonriendo con superioridad.

—Sí que lo sé, señor Lucas. No me diga que no lo sé.

—Qué lo vas a saber.

—No me diga usted eso, señor Lucas. Bien que me acuerdo —dijo, santiguándose.

—Vamos a ver: dime qué día es hoy.

—No quisiera recordarlo —dijo el otro, vagamente, apoyado en la boquilla y ocultándose de la mirada del indiano, contemplando el jardín—; no quisiera otra cosa que no volver a acordarme de ello en toda mi vida, don Lucas.

—Vamos, dilo, o te quedas ahí para siempre.

Bajó la cabeza. Don Lucas encendió el segundo cigarrillo mirando el humo sin dejar de sonreír.

—Hoy hace un año que murió la Rosa.

Don Lucas —contemplando la ceniza, golpeando el cigarrillo con el dedo pequeño —hizo un no con la cabeza.

—No —añadió.

—Hoy hace dos años de la muerte de Rosa.

—No.

—Tres años.

—Tampoco.

—Va para dos años, don Lucas. Que me quede aquí muerto si no hace dos años que...

—He dicho que no. Me parece que será mejor que te refresque la memoria.

—Hoy no, don Lucas. Hoy no puedo. No he dormido en toda la noche. Don Lucas...

—Estamos a doce de julio. Y Rosa murió el veintidós de mayo. ¿Es que ya no te acuerdas?

Era cierto; no era el aniversario de su muerte, era el aniversario del día que exhumaron sus restos, casi dos meses después de haber desaparecido. Fue el propio Lucas quien la encontró un veintiuno de mayo y dio parte al Juzgado, cuando —según se decía—, una vez sobrepuesto de tan duro golpe, había decidido tomar posesión de la propiedad que legítimamente le correspondía por muerte sin descendencia ni testamento ni parientes reconocidos de su sedicente prometida y copropietaria, Rosa

García, hija natural —al decir de esa gente, con tácita conmiseración al violento, insepulto e insobornable pasado de su pueblo— de algún Gros, aquel joven violento muerto en su flor, o de aquel padre arruinado o quién sabe si de la propia Amelia; un cadáver descompuesto, tan sólo reconocible por el escapulario, un hábito negro hecho jirones y un monedero vacío, donde sólo habían hallado un frasco de colonia barata, que aún contenía líquido, sin aroma ni color.

El que menos aportó una razón para admitirlo todo: el robo, el intento de violación, la fuga desesperada por miedo a la señorita Amelia, la virtud perdida aquella misma tarde, la desgraciada cita de amor en una caldera abandonada de donde no acertó a salir.

—Lo digo por si acaso un día se te ocurre largarte por ahí, detrás de alguna mujerzuela.

—Eso no, señor Blanco, se lo juro. Eso no volverá a ocurrir. Lo juro, señor Blanco, que nunca más saldré de aquí.

—Eres un místico, Blanco. Eso está bien. Vamos, sal de ahí.

El otro —llamado Blanco— hizo un gesto de dolor. Tenía el carrillo izquierdo hinchado, los pómulos salientes, los ojos hundidos y vivificadamente fijos, que ya no pugnaban por mirar ni siquiera fluir en pos de la luz apacible, las mañanas de sol, las alargadas tardes, los años furtivos flatulentamente idos y venidos por los caminos amarillos y las encinas solitarias hasta las cordilleras azules, los suspensos y amanzanados atardeceres, las despejadas noches solamente limitadas por ladridos lejanos y ocultos, definitivamente apostados en aquel veintidós de mayo en expansión; sus propios pasos detenidos y expandidos aquella noche, corriendo por el jardín tras el perro jadeante y su aliento en expansión; la sombra, la cuneta, el perfume; sus gritos histéricos —«Señor Blanco, señor Blanco, señor Blanco, Blanco, Blanco, Blanco»— que jalonaron los estertores de su cuerpo debajo del perro como continuas y silenciosas explosiones; su cuerpo (con una mezcla de correa y colonia) largo y nudoso y repen-

tinamente quieto tras aceptar su peso como rúbrica y postrer diligencia al ultraje de la muerte, en silenciosa y doliente expansión, exhalando sus últimos suspiros al tiempo que la figura creciente del amo surgía del fondo, las alpargatas blancas muy cerca de su cabeza; el traje negro recogido el monedero con la sonrisa en expansión, unos dientes blancos, un arañazo en la cara, en un instante tranquila y creciente, liberada por el fuego de unos pocos billetes que el señor Lucas —enrojeciéndose delante de la luna— dejó caer al suelo; la luna discretamente apostada en el veintidós de mayo para contemplar cómo el perro olfateaba entre las zarzas el intenso aroma perdido creciente unido por los siglos de los siglos al vuelo del pañuelo llevado por la sonrisa cortante y creciente para restregarlo por su nariz, para depositarlo, al fin, en las últimas brasas vertiendo un poco de aquella infernal colonia que el perro ladró; hasta la caldera de color ladrillo delante de la casa, donde había, por los siglos de los siglos, de transcurrir el infinitesimal y duradero bostezo de un 22 de mayo infinitamente expandido incoloro e inodoro en incontenible y silencioso crescendo más allá de las paredes oxidadas, donde anidó, entre porquerías acumuladas debajo del registro, el funerario amor transformado en matrimonio místico a medida que sus brazos desnudos se fueron detumesciendo, y se vaciaron sus órbitas, y desapareció su dorada nariz, y surgieron los huesos, de color de rata, y los sonrientes y caleidoscópicos dientes, empero quedó el hábito con su aroma peculiar y un leve rastro de aquella diabólica colonia que todavía —y por los siglos de los siglos— le embriagaba el sentido, donde se secaba el sudor y las lágrimas, que todas las noches —impotente y desesperado— retorcía con sus manos hasta formar una gran pelota, que introducía en su boca hasta provocarse arcadas; cómo luego —a través del registro circular— las mañanas volvían tras las noches de lejanos ladridos y obsesionantes figuras y provocadas arcadas, huyendo de una fecha, fijando en el zumbido de los insectos en torno a la boca del registro, la expansión de un ayer, la estela de un perfume.

El indiano le echó una mano. Luego se levantó a pulso, deslizándose boca abajo fuera de la caldera.

Antes de las nueve ya estaban en el cementerio. Una rosa que contaba cincuenta y un días, cortada el veintidós de mayo, depositada en su tumba, sin ostentación ni ceremonia alguna, sin quitarse el sombrero ni arrodillarse para ello, el doce de julio. Luego le daba dos duros, que —según él mismo gustaba de explicar— correspondían no al interés, sino a la amortización de unas cuantas pesetas gastadas en las exequias de la virginidad y las virtudes de la raza.

—¿Qué harías tú con tanto dinero? —le había dicho aquella noche, al tiempo que le pisaba la mano cuando él, sosteniéndose los pantalones con la otra mano, se abalanzó por el monedero. Luego encendió una cerilla —él retiró la mano— mirándole fijamente a un palmo de sus narices—. Esto es lo menos que debes pagar.

Se quedaba atrás. Cuando alcanzaban la ventana encendía otro cigarrillo, que se colocaba en la comisura de los labios, apoyándose en la reja hasta que, lanzando la última bocanada por la rendija de la persiana, aplastaba la colilla en la vainica.

—Vengo de llevarle unas flores a su última morada. A ver cuándo puedo hacer lo mismo por ti, vieja imbécil.

Sub rosa

I

Las circunstancias que rodearon el último viaje del «Garray», conduciéndole al naufragio y, en último término, al procesamiento criminal de su capitán, don Valentín de Basterra, son todavía de sobra conocidas del público para ser repetidas en toda su extensión y detalle.

La curiosidad y ansiedad que despertaron tan trágicos sucesos no sólo quedaron satisfechas con el esclarecimiento de los mismos durante la vista del proceso —del que en su día se ocuparon, con copiosas y pormenorizadas informaciones, todos los diarios de la nación— sino también con la sentencia que recayó sobre el único encausado y que por su propio rigor, unido al aura de misterio y sacrificio que envolvía a aquel hombre enigmático, llegó a crear un estado de opinión tan clamoroso que movió a la Corte —más atenta en aquel momento a la sedición política que a un demasiado estricto cumplimiento del código— a conceder un indulto que la capa más culta y

dubitativa de la sociedad, salvo contadas excepciones, recibió con alivio. A decir verdad, el caso llegó a crear en ciertos ámbitos un problema de conciencia que empezaba allí donde terminaba la capacidad del aparato judicial para lograr una satisfactoria verificación: y no de los hechos que —de manera incontrovertible— se demostró que constituían materia de delito sino de las intenciones y móviles que los provocaron y cuya investigación resultó poco menos que imposible tanto a causa del escaso número de testigos y testimonios cuanto por la reluctancia del encartado —tras la aceptación y confesión sumarias de su culpa— a explicar las raíces de su conducta. Como en parecidas ocasiones, los más penetrantes aprenderían con ello una sempiterna y siempre olvidada lección: que la verdad es una categoría que se suspende mientras se vive, que muere con lo muerto y nunca resurge del pasado; y que por lo mismo que su resurrección no es posible se espera siempre su advenimiento, porque la verdad puede ser no una cifra ni un hecho ni una abstracción, sino algo que vive pero no se manifiesta. Y por eso algunos detalles...

La triste popularidad que un día despertara el capitán Basterra había de etiolarse en cuanto las puertas del penal de Santa María se clausuraran tras él, con una sentencia capital sobre sus espaldas. A partir de aquel momento bien puede decirse que desapareció y dejó de existir como parte integrante de la sociedad; encerrado tras los muros del penal hasta el recuerdo de un nombre, perdida toda posibilidad de convertirse en un símbolo o una alegoría, había de quedar borrado por un indulto que liberándolo del garrote lo abstraería del mundo de los vivos para reducirlo a poco más que un servicio penitenciario y un registro en los libros del establecimiento.

Con la misma rapidez con que había entrado en la conciencia del ciudadano, salió de ella sin dejar la menor reserva ni duda, ni el más residual interés por su persona, gracias a la completa satisfacción que había de procurar el perdón real. Tan borrado como una noticia pasada o una deuda amortizada, nada tiene por consiguiente de

extraño que la noticia del fallecimiento de un hombre que veinte meses atrás había acaparado la atención del país, no saltase a las columnas del periódico local.

Así pues, con excepción de los funcionarios del establecimiento penal y los pocos familiares que dejara el difunto, nadie había de enterarse que el un día famoso oficial finalizaba sus días en la celda —menos de dos años después de ser pronunciada la sentencia—, en un acelerado proceso de diselpidia.

Sin embargo, no faltaron personas, relacionadas al parecer con el partido liberal, que tras la obtención del indulto vieron en su caso suficientes puntos oscuros como para utilizarlo con fines políticos. Aprovechando el concurso de voces amigas que en su día habían gozado de toda su confianza, fueron varios los intentos que se hicieron cerca del capitán para que firmara la solicitud de revisión de su proceso. Ni que decir tiene que tales iniciativas sólo secundariamente estaban informadas por un interés en la suerte personal de un hombre que, sufrido y experimentado, sensible como pocos para adivinar los verdaderos móviles de unas presuntas pruebas de solidaridad y unos deseos de rehabilitación, solamente sabría ver en todo ello, con dolor y desprecio, una nueva demostración —por más encubierta, más lacerante— de la incomprensión que le rodeara.

En todo momento, Valentín de Basterra rehusó prestarse a tales maniobras. Tras haber cancelado, el día de la sentencia, el poder general para pleitos que otorgara a sus abogados, nadie sino él —a no ser un fiscal que no demostraría la menor voluntad para ello— gozaba de capacidad jurídica para tramitar las formalidades de la revisión. A todos los que acudían a visitarle en su reclusión los despachaba con prontitud, sin hacer la menor concesión o promesa, indiferente a un asunto que para él ya estaba concluido y resuelto, sordo a todas las sugerencias, incapaz de contemplar las perspectivas de su rehabilitación y tan intransigente a un cambio respecto a la decisión que había tomado que más de uno habría de salir con la sensación de inferioridad jerárquica que pro-

vocaba aquel hombre que, del otro lado del locutorio, conservaba la arrogancia que había mantenido siempre en el puente.

Ni siquiera habían de moverle un ápice las súplicas de una hija que, casada y residente en Gijón, se había de trasladar al Puerto (ciertamente también había hecho el viaje a Cádiz, seis meses antes, para asistir a la vista del proceso) a fin de persuadirle a aceptar las iniciativas de quienes sólo querían favorecerle y tan desinteresadamente habían abrazado su causa. Ya que no por él —le vino a decir—, debía hacerlo por el buen nombre de su familia, por la memoria de su difunta madre y por el porvenir de unos nietos que para siempre habrían de llevar, si él no lo impedía, un nombre cargado de ignominia. Apenas le replicó; pero en su mutismo pudo adivinar la negativa a cumplir con aquel segundo sacrificio que nadie —ni su hija, ni sus nietos, ni la memoria de los seres queridos o el buen nombre de los homónimos— tenía derecho a exigirle. Su decisión estaba tomada —le vino a decir— y nada le podía producir más enojo e incomodidades que los intentos de arrebatarle con insidiosas promesas la paz que había adquirido con la aceptación de la sentencia. Parece ser que en una de sus postreras visitas llegó a tener un acceso de cólera en el momento en que, antes de retirarse, llegaron a sus oídos las palabras de su antiguo abogado, aconsejando a su hija paciencia y perseverancia, palabras que fueron cortadas por una orden violenta y estentórea a fin de detenerles en el centro de la estancia y obligarles a escuchar su última voluntad: «¿Acaso cree usted que por estar sujeto a la disciplina de este lugar voy a prestarme indefinidamente a sus caprichos? No les atenderé en lo sucesivo; no acudiré aquí mientras no reciba por escrito la seguridad de que renuncian a los buenos oficios de su misericordia.»

Tras escuchar el dictamen del médico de la prisión, en el sentido de que sus desvelos no aportaban ningún bien a la salud de su padre, patológicamente receloso respecto a todas las iniciativas que buscaran una mejora o alteración de su suerte, su hija volvió a Gijón sin haber

obtenido otra cosa que su consentimiento, ante la promesa de la administración, a un posible traslado a los penales de Santoña o San Carlos, a fin de tenerlo más cerca y hacer más frecuentes y económicas las visitas de su único pariente. A los pocos meses había de recibir una carta del mismo facultativo informándole que su padre padecía una desesperanza maligna, tan crítica que ni siquiera respondía a un casi clandestino tratamiento de estimulantes que, sin conocimiento por su parte, le estaba aplicando a fin de liberarle en lo posible de su cada día más acusado abatimiento. Aunque la carta no dejaba prever la inminencia de su fin, el tono en que estaba escrita —con detalles muy precisos acerca de su pasividad y atonía, su absoluto desinterés por todo, su total carencia de apetito de vivir— parecía insinuar que el cuerpo de su padre se había embarcado en un viaje irreversible. Ciertas dificultades domésticas —y las económicas no eran las menores— le impidieron hacer un viaje que día a día se veía postergado por las promesas de la administración de llevar a cabo el traslado del recluso a un establecimiento del norte. Y cuando decepcionada por la lentitud de la máquina administrativa y la insustancialidad de las promesas impartidas por los responsables del penal, se decidió a visitar de nuevo a su padre, acuciada por el temor de no volver a verle, le llegó en un despacho oficial la noticia de su fallecimiento de muerte natural, ocurrida en la celda, como colofón del largo e inexorable proceso de desesperanza que había hecho presa en el cuerpo del recluso.

Si Valentín de Basterra se llevó a la tumba las secretas motivaciones de una conducta bastante inexplicable —y que sólo bajo el marchamo de la locura fueron tímidamente expuestas y demostradas por la defensa como atenuantes del crimen—, en cambio algunos y muy importantes extremos relativos al último viaje del «Garray» solamente después de su muerte habían de ser esclarecidos o, mejor dicho, complementados con dispersas revelaciones que —habiendo muerto o desaparecido, algunos también tras los muros de los penales del Estado, casi

todos los protagonistas de la tragedia— tan sólo tendrían interés ya para la pequeña crónica negra, para los buscadores de noticias de almanaque o para los eternos insatisfechos con los procedimientos de la justicia. Si el conocimiento de tales detalles no llegó hasta el dominio público, el hecho se debió sin duda a que ya no cabía encontrar en ellos materia para el escándalo; por el contrario, la ampliación del conocimiento de los sucesos con fuentes y detalles desconocidos en el proceso vino a poner de manifiesto el riguroso e irreprochable proceder de un Tribunal que, basándose sobre todo en el testimonio de un hombre convicto y confeso de otros crímenes que nada tenían que ver con la causa, aceptó y demostró la culpabilidad de aquel sobre quien, a la vista de los hechos entonces probados, recaía toda la responsabilidad de la tragedia. No cabía poner en duda que en el último acto de esa tragedia el barco ya no se hallaba bajo su mando; toda la documentación —la de mejor crédito que cabía obtener, a falta de los papeles del barco y del testimonio de aquellos que promovieron la suspensión de su mando— venía a demostrar que la deposición se había hecho con arreglo al código y las regulaciones propias de la firma propietaria del barco y si los hechos promovidos por el capitán Basterra, que habían de desembocar en la tragedia, obedecían al intento de reestablecer una disciplina y una jerarquía, ante la insubordinación de una tripulación que le juzgó incompetente para el mando y exigió su relevo en la forma prescrita, ¿qué nueva luz podía arrojar un suceso que el más interesado en ponerlo en claro poco menos que había pasado por alto? Al no haber sido acusado de sedición por falta de pruebas concluyentes, ¿a quién podía beneficiar una nueva culpabilidad —excepto al más que dudoso y abstracto prurito de esclarecimiento de la verdad— si aquel que la había aceptado en su totalidad no había podido o querido hacer uso de ella para mitigar la suya propia?

Por muy incomprensible que pareciese la conducta de aquel hombre, a aquellos compañeros que le habían tratado o conocido, que habían servido bajo sus órdenes o

simplemente habían hecho suya la causa de su defensa y su buen nombre, mucho más lo habría de parecer al curioso investigador provisto de la paciencia necesaria para reunir y ordenar las aportaciones con que el reflujo del tiempo y las sucesivas desapariciones enriquecen y oscurecen el conocimiento de un hecho casi inextricable. Las muertes son también naufragios, que dejan sueltos pequeños residuos insumergibles en el olvido y que liberados de aquel destino único empecinado en la supervivencia arriban al litoral como testimonio de un secreto que ya apenas despierta interés. Años después de la muerte del capitán Basterra un armador de La Habana completará su testamento con un codicilo estipulando una manda para beneficio de su más próximo sucesor; un miembro de la tripulación del «Garray» escribe una casi ininteligible y fantástica relación del viaje que el correo deposita en el consulado español de Veracruz; un sacerdote de la provincia de Oriente afirma haber recibido en secreto de confesión la verdadera historia de la tragedia que demuestra la verdadera naturaleza del capitán... que uno o dos años después es desmentida por las últimas palabras de un borracho que amanece en El Malecón para cerrar su delirio con el relato de sus culpas... y de tiempo en tiempo, y con frecuencia decreciente, van surgiendo los contradictorios vestigios de un suceso que carecerá para siempre de verdad, de la misma manera que un portento no presentará nunca el mismo cariz a los diversos testigos que lo presenciaron, hasta que el olvido y el desinterés se cierran definitivamente sobre él, como las aguas del Atlántico —su atención despierta instantáneamente por la indefensa víctima que con su imprudencia ha venido a interrumpir su sueño— se soldaron y cerraron de nuevo sobre el remolino de espuma negra donde desapareció el casco del «Garray».

A los pocos meses de ocurrida, la tragedia estaba tan olvidada que tampoco aquellas confesiones de última hora —insuficientes para rellenar el vacío de una columna escasa de sucesos— volverían a despertar el interés por uno de tantos misterios de la mar. La verdad acerca

de él ya no podría nunca establecerse, extricándola de una maraña de relaciones confusas, contradictorias e inverificables, envueltas por el silencio del protagonista. Aparte del afán de rehabilitar su nombre ya no existía el móvil para una labor que a nadie reportaría el menor beneficio. Y el anónimo descendiente, empeñado en averiguar los móviles de la conducta de su antepasado, o simplemente el curioso investigador atraído por las fragosidades del enigma, no acudirían a la cita con que el silencioso y esquinado capitán Basterra les emplazara, una vez aplacados los ánimos y disipada la turbulencia del caso. Se podría afirmar que su propósito de ocultación obedecía a algo más que al abatimiento sufrido por una persona que al final de su carrera se enfrentaba con una ignominia sin paliativos. Pero durante el juicio demostró tal entereza y tesón —nada propios de un hombre vencido y abochornado por su falta, intimidado por su suerte y temeroso del castigo— que bien puede suponerse que de haber elegido la palabra, en lugar del silencio, habrían cambiado algunas cosas. De ahí que muchos abrazaran la teoría de su propio sacrificio, en evitación de mayores males, como cabeza de turco para encubrir a cambio del indulto la responsabilidad de otro u otros personajes que para evitar el escándalo tuvieron que recurrir al testimonio de otro hombre castigado por la ley; o para comprar su silencio con el silencio de la justicia respecto a pasados delitos toda vez que en una carrera como la de Basterra, después de casi cuarenta años de navegación por unos mares donde todavía era frecuente la piratería, donde el delito era el hábito de los más y la ley de la fuerza una necesidad para la supervivencia, era más que probable que su hoja de servicios no estuviera exenta de posibles inculpaciones que de ser expuestas y probadas constituyeran materia bastante para enviarle si no al patíbulo sí al menos a presidio por un plazo suficiente como para evangelizar a un canónigo. Habida cuenta de que la mitad de esos años no había tenido, como capitán, que dar cuenta de sus actos más que a unos armadores más que satisfechos de que al término de cada viaje se cumplieran los

términos del contrato y de que en numerosas ocasiones —que incluían sin duda negocios de trata— había navegado en su doble condición de capitán y consocio en los fletes, se comprenderá en parte la voluntad de silencio de un hombre enfrentado a un Tribunal en cuyo poder obraba el conocimiento de muchas cosas pasadas que si bien nunca habían salido a la luz pública no por eso dejarían de ser manipuladas en contra suya. Sin duda que eso no lo explica todo; en rigor no explica nada ya que para que existiese un clima dominado por la coacción, debía postularse previamente la existencia de aquellas personas o intereses hacia los que se dirigía esa coacción. El capitán estaba solo, no tenía sino que defenderse a sí mismo y a nadie ni a nada parecía proteger con su culpa. Esta fue en su día la impresión que dejara sobre los observadores más imparciales que, habiendo sabido ver en él el primer obstáculo para el esclarecimiento de los hechos, un muro ante el que hasta se habría estrellado la acción de la justicia si insatisfecha con su declaración —convicto y confeso de su crimen— hubiera deseado llevar más adelante su investigación desdeñando una culpabilidad hacia la que apuntaron desde el primer instante todas las circunstancias y testimonios, nunca lograron desentrañar la procedencia y la dirección de aquella hipotética coacción que le forzó al silencio. Para los más avisados (los primeros que habían aventurado e incluso asegurado la existencia de un misterio —fundamentado en la necesidad por parte de la Ley de recurrir a los testimonios de hombres fuera de la ley— y de una u otra forma habían de reconocer finalmente el sentimiento de decepción que les deparaba la imposibilidad de llegar al fondo del mismo) no hubo otra coacción que la engendrada en el espíritu del propio capitán, demasiado orgulloso como para adoptar ante el Tribunal una actitud distinta de la solemne y silenciosa admisión de su participación en un crimen que no sólo cometió con todas las agravantes, sino que siempre consideró como única solución (no justa ni conveniente ni forzada por su temperamento ni elegida en un momento de pasajera demencia,

tan sólo única) para cualquier hombre colocado en sus circunstancias. Por consiguiente, el misterio se reducía a saber cuáles eran aquellas circunstancias que sólo él —tampoco los testigos que prestaron su declaración, algunos transportados de otro penal y custodiados por la fuerza pública, las conocían— podía aclarar. Tan sólo se vino a decir, como es costumbre, que a bordo las cosas presentan siempre otro cariz y así lo insinuó —sin verdadera y vehemente convicción— la defensa. Desde el momento en que hizo su entrada en la sala y se sentó en el banquillo, humillado ante un Tribunal que le observaba desde tamaña altura —exactamente en la posición inversa a la que él había llevado durante muchos años de vida a bordo—, quedó de manifiesto que no expondría sus razones; razones que posiblemente no tenían entrada en el código ni en la religión porque el lenguaje del odio, del cual no podía sustraerse, no tenía entrada en aquella Sala; porque no estaba dispuesto a abjurar de unas convicciones que nunca podrían comprender los hombres que habían de juzgarle. Y no habiendo avenencia —dijeron los más sagaces— entre su naturaleza y la ley no cabía para él, elevado al solio de su propia dignidad por principios en muchos aspectos antagonistas a los de la sociedad civil, no cabía otra actitud que la aceptación de la culpa recibida como una prueba de fuerza por parte de quien en el último episodio del conflicto había demostrado ser el más poderoso.

Por eso se diría que nunca —pese al juicio— llegó a ver su crimen con arreglo a los mismos cánones que la sociedad. Y de la misma manera que no lo aceptó como tal, admitió en cambio su derrota a manos de un Enemigo con el que, lo sabía de antemano, no cabía dialogar en una sala de justicia. Aceptó la culpa porque él mismo era un justo. No cabían las transacciones y avenencias. Tal vez por eso no pudo escuchar con paciencia a su hija ni nadie logró convencerle de las consecuencias de un empecinamiento que, en el momento de empuñar su pistola, estaba ya resuelto a no transigir. En cuanto a la deshonra, no sabía introducir tal concepto en sus cálculos

ni por ende podía calibrar el valor de la legitimación, de la misma manera que habría desestimado la coacción. Y desde el mismo momento en que tomó asiento en el banquillo —convencido de que no había para él más que una sentencia— aprestó su ánimo al resultado final, dictado también por el único credo que en secreto había profesado toda su vida y que el indulto que llegó de Madrid apenas alteró un ápice.

II

La independencia de los estados americanos que en buena medida apenas modificó, durante la primera mitad del siglo XIX el estado de la cosa privada en lo que se refería a la propiedad y el comercio terrestres tuvo efectos de mucha trascendencia sobre los negocios marítimos, incluso sobre el comercio que se desarrollaría entre las recién nacidas repúblicas y la vieja metrópoli. Mientras que la tierra, en su generalidad, siguió en poder de las mismas manos que la poseyeran y explotaran durante la época colonial, en todos los puertos del Atlántico, del Caribe y del Pacífico pronto empezaron a establecerse con gran profusión armadores ingleses, franceses, holandeses y americanos, ávidos de heredar los antiguos privilegios comerciales de los españoles. Gente avezada en ese trabajo y acostumbrada a la libre competencia, a menudo apoyados por una fuerte organización en su país de origen, eran capaces de ofrecer a los negociantes americanos unas condiciones tan amplias y flexibles que pronto colocaron a muchos de sus colegas españoles en la alternativa de remozarse o abandonar el campo. Como más de una vez ha ocurrido en circunstancias semejantes, los primeros indianos en advertir la magnitud del problema apenas fueron escuchados por sus compatriotas y patrones de ultramar y tras algunos años de vacilaciones, advertencias y llamadas de atención pronto se vieron en la

necesidad de romper sus vínculos sociales y contractuales con la metrópoli para establecerse por su cuenta, a menudo con ayuda de capital extranjero, y fundar nuevas sociedades y casas de contratación con arreglo a las ideas que habían recibido de sus competidores.

Tal fue el origen de la firma Douaze & Dapena, S en C, el uno francés de origen, hijo de acomodados terratenientes sorianos el otro, que con su sede social en La Habana en pocos años y gracias a la energía e iniciativas de ambos socios había de llegar a ser una de las casas de contratación más eficaces de todo el Caribe. Su código era bien simple: sus únicos vínculos dignos de respeto eran los comerciales y —exentos de una cierta gazmoñería respecto a la arruinada tradición— no vacilaron en recurrir a los hombres y los barcos mejor preparados para mantener, vigorizar e incrementar aquéllos en el momento en que pasado el torbellino de la independencia y el período de prostración y tribulación comercial del primer cuarto de siglo, el tráfico entre los dos continentes conoció un notable incremento.

En contraste, los que optaron por su fidelidad a los hábitos, métodos, hombres y barcos del tiempo de la férula real no tardaron en verse arrinconados. Nada era más usual en aquellos tiempos que el triste espectáculo de los viejos patrones vagando ociosos por los muelles de La Habana, de Cartagena o de Maracaibo, quejosos de la invasión extranjera y lo bastante dignos o achacosos como para aceptar un puesto de tripulación; o el de aquel que con orgullo había enarbolado la enseña de correo en su palo mayor para a la postre verle, hundiendo la cara en las solapas alzadas de su tabardo, a fin de pasar inadvertido en la abigarrada y heteróclita fila de hombres que espera paciente ante el pupitre del sobrecargo, frente a una goleta americana que amarrada al muelle ha izado en el trinquete la bandera cuadrada y roja; o el del viejo queche, atestado de hombres mal pagados, que necesitando una semana para llevar de las islas al continente una docena de mulas y unos sacos de grano, aún pretende aminorar el rápido curso de un airoso bergantín con un

saludo de cortesía que pronto se convierte en un coro de protestas. Para Douaze & Dapena tales casos no pasarían de ser meras reminiscencias hacia las que solamente la misericordia los obligaría a dedicar una menguada bolsa de dinero, sin la menor pretensión de vuelta. Arrinconando los viejos cascos se decidieron por armar tan sólo barcos capaces de cruzar el Atlántico en menos de tres semanas y con preferencia construidos en la costa americana entre Nueva Escocia y Newport; de más de ciento cincuenta toneladas y menos de doscientas cincuenta; equipados con el más moderno y sólido utillaje a fin de ahorrar miembros de tripulación y acortar en lo posible las onerosas estadías. En cuanto a la tripulación, carecían de toda clase de prejuicios, bien dispuestos a contratar gente del oficio, lo mismo americanos, griegos, africanos, kanakas y hasta algún que otro cimarrón; y tal era su énfasis en procurar lo más adecuado —técnica y comercialmente— a cada caso, haciendo oídos sordos a cualesquiera injerencias, que en más de una ocasión se vieron obligados a enmendar una primera decisión sólo para evitar un agravio a una persona de influencia, comprometida con viejas amistades y apegada a usos de otros tiempos.

Pues bien, una carta de piloto de Douaze & Dapena pronto sería considerada en aquellas latitudes como un diploma en el arte de navegación. Las primeras reservas de ciertos capitanes, poco acostumbrados a determinadas limitaciones y exigencias, serían sin tardanza puestas de lado a la vista de las atractivas condiciones y remuneraciones que ofrecía la firma, y aun cuando en los primeros años de su actividad no faltaran los plantes —difíciles de mantener cuando el empresario es capaz de contratar aquí y allá— a partir del momento en que la firma supo demostrar que podía llevar el negocio adelante contra cualquier clase de boicot, apenas tuvo ya necesidad de hacer públicas sus ofertas para que acudieran a sus puertas unos hombres bien dispuestos a trabajar para la casa. Por lo general, los patrones de Douaze & Dapena eran hombres jóvenes, de menos de cuarenta años y con más

de veinte en el mar, de cualquier nacionalidad. Ya se habían apagado, en aquellas tierras y décadas, hasta los más imperfectos y asordinados ecos del estruendo de la revolución del 89; y si hasta allí habían llegado frases inacabadas, un tropel de adjetivos y parrafadas y harengas, fórmulas que en sí apenas decían nada desprovistas de su necesaria y original fogosidad, por el momento para gobernar un barco, lo mismo que una hacienda, volvía a buscarse al hombre de oficio con cuanto menos espacio para las ideas sobre la sociedad dejasen las convicciones y conocimientos sobre el mando y el mar. Una de las pocas excepciones era el capitán Basterra, un hombre que ambos socios —que le conocían de antiguo y con el que en ocasiones habían negociado en comandita— buscaron desde el primer momento con cierto ahínco. Se trataba de una excepción, porque cuando lo contrataron frisaba ya los cincunta años, llevaba más de treinta en el oficio, había cruzado el Atlántico en todo objeto con línea de flotación, había doblado el cabo de Hornos más de una docena de veces —por todos sus pasos y en ambas direcciones, en todas las estaciones del año— y, por encima de todo, contaba con un historial que muy pocos hombres dispuestos a seguir en el puente eran capaces de mejorar.

No era un hombre envanecido ni que se hiciera de rogar; tampoco se le habían de subir los humos porque a lo largo de dos años de travesía por el Pacífico en todos los consulados encontrara un despacho instándole a ponerse en comunicación con una nueva casa de La Habana. A todos ellos contestó escrupulosamente, sin hacer esperar la respuesta, pero dejando bien sentado que se hallaba decidido antes de entrar en cualquier clase de trato a dar cumplida satisfacción a los compromisos que tenía contraídos. Sin duda, era un hombre que sabía aprovechar su carácter grave y su reputación de seriedad para observar con comodidad y sin prisas los ajetreados y a veces quiméricos proyectos de cuantos vivían del negocio. No gustaba de la respuesta pronta ni, por supuesto, jamás denunciaría entusiasmo alguno por una cierta empresa. Aquello que fue tomado por una reservada negativa,

aunque se atribuiría más adelante al cansancio y apetito de reposo de un hombre que ya no deseaba sufrir más sobresaltos en la coda de una vida profesional que si bien le había permitido acumular una discreta fortuna invertida en bienes de tierra adentro en treinta años no le había eximido de un solo día de trabajo, se había de demostrar pocos meses más tarde como un rotundo mentís a quienes demasiado prematuramente le habían jubilado. Por la actitud pausada y grave con que hizo su entrada en las oficinas, por la manera humilde con que se dio a conocer y, tras colgar la gorra en la percha, se decidió a esperar sentado en el borde de un estrecho silloncillo de peluche, por el gesto con que observó el suelo, entrelazó sus manos sobre su rodilla y al cabo de un rato, cortando las salutaciones, inquirió: «Díganme, ¿de qué se trata?», ambos socios pudieron colegir que el capitán Basterra, el mismo de siempre, estaba una vez más decidido a cumplir una misión —sin exigir emolumentos o participaciones desmesurados— como cualquier meritorio oficial elevado al puente, por necesidades que no admitían demora, a falta de una persona más avezada. Y con un trato que en una mañana de febrero, unos días después, quedaría cerrado no sólo le dieron el mando de su mejor barco, un bergantín de unas doscientas toneladas, de construcción inglesa y fletado en sociedad con un americano, sino que le destinaron la oficialidad más diestra y prometedora que pudieron reunir, con el propósito de formar aquellos cuadros que, con dos o tres años en la escuela de Basterra, saldrían más que capacitados para tomar el mando.

Sus métodos eran de sobra conocidos y despertaban una confortable confianza: de entrada exigía de la compañía un poder para llevar a cabo, sin previo aviso a los armadores, cuantas operaciones tuviera a bien ejecutar; firmaba personalmente todos los contratos con sus hombres, se constituía en único responsable ante la ley a la hora de litigar, y dejaba bien claro el principio de que todo convenio quedaría automáticamente rescindido —el hombre con sus bártulos depositado en el primer muelle que tocase el barco— en cuanto a su leal saber y entender

el interesado no cumpliese a su satisfacción lo que se interesaba de él. En contraste, hablaba muy poco, dejaba a cada cual en completa libertad, dentro del marco de su jerarquía, para el cumplimiento de sus funciones y solamente asomaba por cubierta para visitas de rutina o en circunstancias que escapaban a la competencia de sus subordinados; pero jamás interfería en sus labores; era ya un hombre lo bastante viejo (y seguro de lo que cabía esperar de cada momento y cada circunstancia) y lo bastante sagaz como para disfrutar con el mando y nada fortificaba tanto su espíritu y su humor como verse acertadamente secundado; no sólo nunca ponía el menor obstáculo a la ascendente carrera de un oficial, sino que con frecuencia —con astucia disimulada con una falsa negligencia— hacía voluntaria dejación de obligaciones propias de su puesto a fin de abrir un portillo libre a las iniciativas de sus segundos. Pero, por lo mismo, en cuanto un desmedido afán de mando, con alguna intemperante intromisión y unas pretensiones que no se conciliaban con la capacidad del individuo en cuestión, trataba de aprovechar su aparente pasividad para adquirir una jerarquía que estaba lejos de merecer, del fondo de su carácter surgía aquel implacable espíritu rapaz que (como el felino que aparentando dormir atrae al gorrión dentro de un dominio que su especie tiene prohibido) saltaba sobre su víctima porque sólo siendo desollada merecía aprender cuál era el orden que había tratado de perturbar y el mando que en vano había desestimado.

En una ocasión, en una travesía a lo largo de la costa chilena, fue lo bastante explícito acerca de sus propias ideas sobre el mando. «El mando, había dicho, no se recibe ni se transmite; se adquiere.» Teniendo a su primero rebajado de servicio a causa de unas fiebres altas y pertinaces, llegó el momento de designar un segundo, elegido por la tripulación y propuesto al capitán según la costumbre de a bordo. Pero un hombre quiso interponerse, un hombre recomendado por sus armadores y que creía gozar de la confianza de ellos, un hombre orgulloso y ávido de distinción, que voluntariamente se

había distanciado de sus compañeros a causa de sus pretensiones. Y bien, en aquel momento Basterra calló, ni siquiera le permitió adivinar su pensamiento, y cuando la comisión fue a interesar a su capitán la designación del segundo, Basterra señaló a aquél a despecho y a sabiendas de lo mal recibido que sería un gesto tan impropio. Sabía que no tenía capacidad para aquel puesto y no buscaba otra cosa que demostrarlo con sus propios hechos. No tardaron en producirse las negligencias, los desmanes y la desobediencia en la guardia de babor y no habían transcurrido diez días desde la designación del segundo cuando a raíz de un incidente nocturno, a través del primer oficial le fue comunicada al segundo la decisión del capitán de rebajarle del servicio por toda la duración del contrato, a menos que decidiera rescindirlo y abandonar el barco en la primera escala. No lo hizo así, cobijado en un taciturno despecho y haciendo estopa a regañadientes por el resto de la travesía, pero en el ánimo del capitán Basterra debió quedar grabada la señal de una advertencia —la sospecha de un recelo hacia su propia confianza— que tal vez había de influir en su conducta cuando tiempo después se encontrara frente a unas circunstancias que guardaban con aquélla ciertas similitudes. Porque la imagen de aquel vanidoso y distante segundo se había de proyectar numerosas veces sobre la figura del primer oficial del «Garray», Ernesto Saint-Izaire.

Lo conoció, y lo tuvo por primera vez a sus órdenes, en una travesía para cargar pieles y madera de construcción en algunos puestos de la península de Labrador, un viaje corto y casi todo él con tiempo bonancible, el tercero o cuarto que realizase para la consignación de Douaze & Dapena, en una goleta americana de 180 toneladas, rebautizada «Martina Calero» y matriculada en La Habana. Era un joven natural de la isla, sobrino de Douaze en segundo grado y muy apreciado por él; huérfano de padre, había sido educado con esmero; antes de cumplir los veinte años había viajado por Europa y tras residir durante más de un año en la Marsella de Luis Felipe había vuelto a Point au Pitre enfundado en uno de esos

apellidos, Saint-Izaire, de tanto efecto en la vieja colonia. De su estancia en la tierra de sus mayores volvió convertido en un hombre pagado de su porte y seguro de su capacidad para hacer una fortuna en poco tiempo, de talante impenetrable y descontento, cuyo aspecto un tanto delicado ocultaba una notable fortaleza de carácter y de físico, al decir de los que habían convivido con él. Y sobre todo un exagerado laconismo y un humor inmutable —siempre un mismo gesto adusto, como si nada pudiera satisfacerle— constituían su mejor defensa contra un genio desabrido y un hipertrofiado talante crítico. Pero era hombre eficiente —como había de reconocer sin ambages el capitán Basterra— «de los que parecen siempre sobrados de tiempo y, sin aparente esfuerzo, todo lo llevan en orden.»

El viaje de vuelta de Terranova y Nueva Escocia no adoleció de otros incidentes que los provocados por una larga sucesión de turbonadas, antes de rebasar los bancos del Sable, que durante dos días y dos noches obligaron a ambas guardias a permanecer sobre cubierta a consecuencia de la orden del capitán —quien atento al barómetro esperaba en todo momento vientos más fuertes—, decidido a seguir navegando de bolina, arrizando las gavias. Por poco acertada que encontrara el segundo aquella medida, tuvo buen cuidado de callarse, ordenando y observando el incesante halar y arrizar con una actitud que si quería significar su desacuerdo al capitán no debió pasar inadvertida. Cuando después de cincuenta horas de fatigas amaneció un tercer día con cielo despejado, una mar tranquila y vientos moderados del SW, al tomar la altura y comprobar el escaso progreso realizado a costa de unos esfuerzos que bien podían haberse ahorrado arriando todo el paño, es posible que aquel orgulloso y pagado de sí mismo segundo se cuidara de poner de una u otra forma de manifiesto lo bien fundada que estaba su discrepancia. No era el capitán Basterra un carácter que supiera sobrellevar una censura que sin aflorar a los labios había denunciado un vicio en su manera de navegar; por lo mismo que no perdonaba, no olvidaba. Incómodo

siempre en presencia de un hombre —un joven sin demasiada experiencia anterior, cuyo acierto se debía más a un golpe de suerte que a una visión acertada de la situación— cuya mirada bastaba para despertar en su seno muchas acusaciones y reproches, sin embargo, optó por mantenerlo a su lado —aun cuando nada le hubiera sido más fácil que solicitar de los armadores la dispensa de sus servicios o su traslado a otro barco— y no tanto para cuidar y acelerar su aprendizaje cuanto para utilizarlo para su propia disciplina, intransigente respecto a cualquier negligencia que supusiese un menoscabo en el bien cimentado edificio de su autoridad.

Por consiguiente, a su arribada a La Habana, tras dar cuenta del viaje a la Compañía, formalizó la inscripción de su segundo a su servicio y, no queriendo alargarse en explicaciones, señaló los párrafos escritos de su puño y letra que hacían hincapié sobre su irreprochable conducta, su capacidad para el mando y su eficacia en el puesto, no vacilando en afirmar que en poco tiempo sería merecedor de un puesto de primer oficial y, de mantener su progreso, en un par de años se le podría encomendar el mando de un barco. Su opinión en tales cuestiones eran siempre tomadas en consideración y nadie habría de oponer la menor reserva a una de sus particulares, no muy frecuentes ni gravosas, pero siempre inesperadas imposiciones que, sin pasar a la letra escrita, sus patrones sabían que era forzoso aceptar y respetar como garantía de su continuidad al servicio de la firma. Sus pronósticos se cumplieron; durante un par de años lo tuvo a su servicio a bordo del «Martina Calero», tanto como segundo como primer oficial. Un día, tras una larga época de rutinaria actividad, Basterra —al echar el ancla en un puerto de California, con un cargamento de grano y reses y con propósito de poner a continuación proa a Vancouver donde cargar pieles y lumber—, recibió en la sede del agente de la Compañía instrucciones de Douaze & Dapena de confiar el mando del barco al capitán Evans —un americano que a tal efecto esperaba puntualmente en la oficina, con la cartera negra de los documentos credenciales

bajo el brazo— y de pasar a Veracruz a la mayor brevedad posible, haciendo el viaje por tierra a través del istmo mejicano, para hacerse cargo de un nuevo servicio. Allí se despidió de Saint-Izaire, el hombre con el que había mantenido una relación distante y estricta y con el que en los próximos tres años apenas había de cruzarse en tres ocasiones en lugares muy distintos, en la oficina de la consignación o en un muelle desierto, bajo la lluvia de diciembre.

No había de volver a verle hasta el viaje del «Garray». Pero estando previsto que el «Garray» viajaría a España al mando de Saint-Izaire y habiendo oído Basterra que el viaje además de realizarse sin pasaje, encubría una misión especial, con el pretexto de visitar su tierra y su familia que no había visto en diez años, solicitó el mando de aquel barco porque sabía de antemano que sus armadores accederían a ello.

III

(Menos que en cualquier otra, en esta ocasión no quiere Basterra dar impresión de impaciencia ni dejar que en el ánimo de sus armadores —o en el de Saint-Izaire— germine la sospecha. No cuenta más que con cinco días. Esa misma tarde compra un caballo y al día siguiente —muy de mañana, con una bolsa de provisiones y una gran cartera de documentos— parte bajo un fuerte aguacero en dirección a Pinar del Río. Pero en Marianao deja la calzada principal para tomar la del litoral y seguir hacia Mariel, donde pernocta esa primera noche, incapaz de hacer más camino a causa de la lluvia. Algo antes de la madrugada escampa y, sin despertar a nadie, dejando un dinero en lugar ostensible, abandona la casa para continuar su viaje por la calzada de la costa hasta un punto solitario que conoce de tiempo atrás. Allí toma un camino vecinal que tira hacia tierra adentro y a pesar de que es

más de mediodía y ha comenzado de nuevo a llover, obligando al caballo a apretar el paso se interna por la Sierra del Rosario para llegar al collado de Zamacay bien entrada la noche. Tras reposar unas horas al abrigo de un aprisco, antes de que claree el día se pone de nuevo en camino de forma que hacia el atardecer cruza la carretera de Pinar del Río, más allá de Consolación, que abandona poco más tarde para —de nuevo por caminos vecinales— derivar hacia el sur y alcanzar su punto de destino, unos cuantos diseminados bohíos no lejos de un conjunto de edificaciones más recias que se distinguen más por sus sombras que por sus débiles luces en la primera noche despejada desde que ha salido de La Habana. Es una plantación extensa y rica, bastante poblada, denominada «La Calota», que incluye tres ingenios de azúcar y grano; separado por un bosque de centenarias ceibas un exiguo poblado formado por unos cuantos bohíos y alguna casa de fábrica, vive de su enventual comercio con la hacienda y, utilizado como alojamiento por el peonaje que desde Pinar del Río y Consolación acude allí en busca de trabajo, en la época de la zafra es utilizado como mercado de mano de obra. Pero siempre parece desierto, no se oye una voz, no se ve un alma y tan sólo de detrás de una cerca de vez en cuando el golpe de un martillo sobre unas tablas viene a recordar que aún alienta una actividad que no ha cejado en su lucha contra el hambre.

Empuja la puerta y llama con voz queda, pero no obtiene respuesta. La estancia se halla apenas iluminada por el resplandor del fogón donde aún se queman unas brasas que sin fuerza ni reserva de combustión exhalan un aliento azulado, del color del hielo, para preservar en su agonía su último calor. Se despoja del capote y lo cuelga de una alcayata, encima del fuego; luego repasa sin curiosidad los objetos y enseres de la habitación, examinando con una desdeñosa atención aquellos que no conoce. De nuevo vuelve a sonar en las cañas el repique del aguacero, unos golpes admonitorios y aislados como sobre la piel tirante de un tambor, seguidos de la furiosa y chillona barahúnda de una hueste que ha salido al unísono de su escondite

para lanzar su denodado ataque que pronto ha de amainar, hasta degenerar en el prolongado susurro por su fracasado empeño. Sale de nuevo para dejar el caballo a resguardo y examinar la calle —en unos minutos convertida en una lengua de barro bajo la lluvia que fosforea en un torbellino de partículas paralelas incandescentes— y, sospechando una ausencia más prolongada de lo que ha supuesto, tras repasar con el dedo una perola con restos de un cocimiento de harina, se tumba en el banco cerca del fuego y pronto cae dormido.

Cuando despierta el fuego ha sido avivado, la mujer bate la harina puesta a cocer y la niña le observa desde detrás de sus sayas. No le saluda, no le pregunta cómo es que se encuentra allí, de dónde ha venido, qué le trae por la casa; le dice solamente que no tardará en darle algo de comer.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta él.

Pero no le contesta en un principio, atenta a la labor. Después de secarse las manos, primero en la bayeta y luego en el delantal, se encoge de hombros y dice:

—Tenía que ocurrir algún día.

A Basterra le basta:

—¿Cuándo ha sido?

—Ya va para un mes.

Basterra pregunta:

—¿Y el francés?

—Vete a saber —dice ella, atenta al cocimiento del arroz y la harina. Da un manotazo a la niña para que se aparte un poco de ella.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Se los llevan a España. Allí los colgarán.

Lo dice sin darle importancia; nada en su talante tiene prioridad sobre su quehacer ante la cocina, arruinada y fortificada al mismo tiempo por su abyecta y triunfal degradación, el demoníaco poder de la carne cuarteada y las ropas harapientas, carentes ya de color, el veredicto de la noche y de la lluvia sobre el fugaz fulgor del fuego en su mirada.

—No se andarán con remilgos.

Sin mirarle retira el plato del fuego, vierte sobre la masa unos trozos de fruta y se lo acerca, más allá del fogón, colocando una cuchara a su lado.

A duras penas Basterra puede refrenar su hambre. No ha probado bocado en diez horas ni ha comido caliente en treinta; no puede hablar y aunque a toda costa trata de disimular su apetito, avergonzado de su actitud sólo replica con unos pocos gruñidos. Rebaña el plato hasta los bordes y bebe de un cazo un largo trago de agua. Entonces quiere enmendarse, con unas oscuras, casi ininteligibles palabras de ánimo, alusiones aderezadas de dudas a los sucesos que se avecinan, pero acaso siente que ha llegado tan tarde que su propósito nunca será cabalmente comprendido. Su desánimo y desconfianza han caído demasiado bajo para poder levantarlos en una sola noche, con unas palabras de consuelo, unas promesas que no obligan a nada y una cartera con todo el dinero que ha podido disponer. No pide nada y tal vez por eso Basterra se siente incómodo, muda pero tácitamente acusado del mal que no padece y no puede paliar; porque ya no puede desarrollar el coraje suficiente para tratar de ponerle un torpe remedio, maniatado por sus compromisos. Lamenta haber hecho el viaje, de manera tan imprudente y precipitada, y en pugna con sus vacilaciones abre la cartera para a seguido cerrarla de nuevo, sin extraer el sobre de papeles. En la soledad cree en sus razones, y en una capacidad de persuasión que siempre se demuestra inútil. Todo le inculpa y hasta los más ínfimos agravios se vuelven contra él porque siendo suya la primera falta y habiéndola aceptado, todas las demás se justifican por ella y quedan eximidas ante ella.

Ha acostado a la niña, en un camastro al fondo de una pequeña cámara en penumbra separada de la cocina por una raída cortina de algodón. Pero siente su mirada sobre él, inmóvil y carente de pensamiento, absorta en el silencio que más fielmente grabará para siempre el primer momento de su próxima y definitiva orfandad. Comprende que nunca representará nada para esa niña, inmolada en el altar de la soledad y transportada —palabras duras

y terminantes, gestos de excéntrica severidad, la pétrea e implacable economía de la miseria, exponente de ese inconsciente juramento de fidelidad a la muerte— al limbo estañado por el odio para ser preservada de la corrosiva evolución de la carne. Se ve a sí mismo mucho más lejos, perseguido para siempre por las recriminaciones y para siempre incapaz de demostrar su (¿inocencia?) honradez. Y aquel intento de venir en ayuda suya se torna tanto más ridículo... porque incluso el mar se convierte en un juguete.

Las luces de la estancia se han extinguido; solamente en un cacharro de cobre subsiste un débil resplandor procedente de las brasas del hogar. No se ha despedido de él, pero sobre el banco ha extendido un cabezal y una manta, dando por supuesto su propósito de quedarse a dormir. Cuando por su respiración comprende que duerme se levanta con intención de abandonar el lugar y reemprender la vuelta; abre la cartera y deposita el sobre repleto de papeles en el lugar más ostensible de la cocina, pero antes de salir se detiene ante el camastro. Luego la llama por su nombre, con voz queda, y al tercer intento recibe su respuesta, una sola palabra débil y asordinada, pero no confusa, como si el último residuo de un ánimo exangüe fuera aquel único destello de una expósita, ultrajada y desarraigada supervivencia. Se sienta en el borde del lecho y palpa su cuerpo, sus rodillas. Luego a tientas busca su mano, en espera de aquella autónoma, involuntaria y perversa réplica de la carne no sometida al orden de la palabra. Pero no la obtiene; por el contrario, al apretar sus dedos toda la mano se contrae —la piel áspera y un poco húmeda, los huesos sin recubrimiento de carne— como un crustáceo que replegara sus articulaciones lenta y penosamente. Ensaya nuevas palabras de ánimo, con otro tono, y explica cómo obligado por sus compromisos a embarcarse en una semana estará de vuelta antes de cuatro meses. Cómo escribirá a sus amigos de España, personas influyentes. Espera sólo un gesto suyo para revelarle el destino de su viaje, pero solamente consigue mencionar el sobre que contiene el dinero, bastante para

subsistir cuatro o cinco meses. Tiene que estar de vuelta para el próximo lunes, por lo que le es preciso ponerse temprano en camino para llegar por la mañana a Consolación. No replica nada ni mueve un músculo (el cuerpo refractario al movimiento que parece ahorrar sus energías para fijar su fosilizada huella en el lecho pétreo, más allá de la aurora de la nada; como si en silencio reconociera por primera vez el fútil ultraje de sus apetitos a la impávida y armónica rotación sin antecedentes ni devenir ni siquiera a lo largo de una eclíptica sino al conjuro de moribundos instantes que han de marcar la esférica negación de diurnas generaciones y aniquilaciones nocturnas; como si en silencio se reclamara a sí misma como primer heraldo de una paz anterior al amor y violada por el matrimonio, devuelta tras sus nupcias con la podredumbre al extraterrenal concubinato con el incestuoso y ascético afán de supervivencia y, tras la insólita y súbita rotación del día alrededor de un camino enfangado, devuelta al ardiente y azoico arenal de una niñez desnuda y carente de imágenes, carente de apetitos, glosada por la fábula oriental del niño insomne depositario de todos los destructivos secretos del firmamento), un simulacro de carne enrojecida y espatulada en el latido anterior a su transformación en mármol. No sabe levantarse, su propio brazo bajo el efecto magnético de la corriente que le une a la tierra (y observa; observa el mortuorio resplandor que exhala ese cuerpo exánime y advierte el resultado nulo que arroja la cuenta de sus días; no existe el movimiento; bajo el dosel de los inextinguibles y tal vez pseudosonoros graznidos de las gaviotas, también el mar se contrae para sedimentar una losa de ágata donde por una venganza de las aguas queda impresionada su última travesía, sellada y rubricada por la imperturbable, empolvada, rosa y sibarítica mano del astro fijo) queda unido a él por el mismo voto de sacrificio que le insta a volver sobre sus pasos y romper todo compromiso. Ha callado, ni siquiera siente ya la necesidad de confirmar su vuelta porque ese cuerpo desvanecido en ondulaciones resulta invulnerable e indiferente a la palabra, en la sombría yuxtaposición

de una colérica y esotérica paz a la quimérica disolución de sus anhelos. Ante él se abre de nuevo la superficie de la mar, colgada sin sustentación de un Destino que aprovecha un momento de silencio para enunciar su acertijo; las palabras son anteriores a su sentido y sólo mucho más tarde advertirá el reflejo de la bujía en las arrugas de las sábanas. Comprenderá también que su propio silencio le ha sido tan hostil como perjuro, que nunca le ha sido permitido expresar sus deseos. Y ahora sin necesidad de entornar los párpados vuelve a la superficie en calma de la mar, un paño de seda iridiscente, bajo un cielo sin promesas que ha trocado su desdén en precoz hostilidad; a la envolvente embriaguez de sus caricias con las que, en su irremisible y solitario destierro, le hará olvidar la mortal desesperanza de sus sueños de tierra y, en su tenebroso éxtasis, en su arriesgado juego, le redimirá por toda la duración del viaje de aquel ilusorio afán de paz ofrecido como decisivo y último premio a la conducta del justo. Le recibirá una vez más con la alegría juguetona de los primeros días serenos y radiantes, a pocas millas de una costa donde queda toda una vida de embuste, con los pies en tierra y la cabeza en las brumas, rodeado por todas partes de avisos amenazadores y noticias imperfectas, para recordarle que —con el aviso del naufragio— en su lecho encontrará aquella reconfortante seguridad derivada de su proximidad y su enfrentamiento con el único, constante y magnánimo Enemigo; ni un solo instante le dejará solo, como el anfitrión solícito que expulsado de la sociedad recibe en su lugar de destierro al amigo de entonces y durante su breve estancia le colma de cuidados y atenciones sin abrumarle a preguntas a pesar de que (pues considera que no es necesario hacerle comprender que soportará y perdurará en el exilio mientras la tierra permanezca dividida en dos bandos irreconciliables) nada espera con mayor ahinco que las noticias frescas de su patria. Se siente detenido y a la deriva, a la merced de minúsculas e imperceptibles corrientes que nunca revelarán el destino que le deparan, incapaz de

gobernarse a sí mismo cuando carece de ese impulso al que obedecen los resortes del mando. Y dice para sus adentros: «No he terminado, no he terminado. No puedo dejarlo así.» Y dice también: «Es el orgullo.» Se levanta y yergue la cabeza porque aún le resta —no lo cree, pero así lo espera— una última confianza en sus gestos... o en la póstuma y correcta interpretación de sus gustos y de su inconfesable holocausto. Piensa en el error del mártir; y bien, por muy justa que sea la causa es siempre menos sensible que la carne, y el más devoto sólo cree a medias. Y dice para sí: «Las palabras en la cruz... jamás debió pronunciarlas.»

Pero su cuerpo no se ha movido; ya no espera nada. Y piensa: «No apelaré a tu reconocimiento y a tu fe cuando todo se haya consumado. Sé de sobra que todo sigue su curso, nada se conmueve y el sacrificio sólo atañe al mártir. Sólo quiero librarme de mi culpa y sólo yo tengo derecho a saber a dónde llega. Por consiguiente, no quiero tu reconocimiento, que me privaría de la paz que adquiriré pagando. Estoy dispuesto a pagar y no quiero retribución. Sólo aprecio mi propia recompensa, y por eso considero preferible que sigas en la miseria, dormida y rodeada de miseria y convencida de que nadie volverá a acordarse de tu miseria.»

Recoge la cartera y el tabardo y entreabre la puerta de la cabaña. Entonces percibe cómo su cuerpo se rebulle en su lecho, no en busca de él, sino de la postura propia de su soledad (que ha ansiado mientras permanecía a su lado). Calcula que antes de una hora amanecerá y desarrienda el caballo que levanta la cabeza, insomne, sereno y carente de asombro, depositario de sus designios y compenetrado con las enseñanzas del justo.)

Cuando llegó a La Habana el «Garray» se hallaba listo para zarpar. Los reos —que el Gobierno había decidido trasladar a la metrópoli por razones políticas que le fueron sumariamente explicadas—, custodiados por un piquete de soldados y acompañados por dos oficiales de prisiones, embarcaron en la noche del lunes, bajo

la mirada vigilante del señor Chalfont, su segundo, y provistos de grilletes fueron alojados en un camaranchón de la bodega.

IV

Levantó el ancla una mañana despejada, pero excesivamente cálida para tales fechas, de finales de octubre. Con el aire saturado del pronóstico de posibles turbonadas y tormentas, el «Garray» en cuanto cruzó los bajos de Cayo Sal puso rumbo hacia el SE a fin de enfrentarse con las temidas borrascas lejos de los bancos de las Bahamas y de cruzar el archipiélago entre el Cayo de Santo Domingo y el paso de Mayaguana, con el favor de las corrientes. Al elegir tal derrota el capitán Basterra sabía que encontraría cierta oposición por parte de su primero, partidario de abandonar el golfo —incluso en aquellas fechas— por los estrechos de Florida que conocía a la perfección. Pero la decisión del capitán no estaba tomada tan sólo en aras a las condiciones de navegación, sino también en consideración a la seguridad de una misión que no quería ver alterada o entorpecida por un encuentro fortuito en unas rutas muy frecuentadas. Al menos era ése un pretexto que no podía ser puesto a discusión. Así se lo dijo a sus oficiales —en una reunión en la cámara, convocada la tarde del primer día, para darles cuenta de sus intenciones— con el propósito de excluir desde el primer momento cualquier clase de malentendido que pudiese dar lugar a ulteriores discrepancias y antagonismos de mayor alcance.

Durante los tres primeros días no se produjo otra novedad que el constante descenso del barómetro, cuya causa parecía residir mucho más allá de la raya del horizonte. Noche y día el cielo aparecía despejado y la mar en calma y sólo a la hora del ocaso, cuando el sol enjugaba su frente en un velo translúcido, como si tras su agotadora ca-

rrera del fondo del horizonte unas manos invisibles salieran a su encuentro para envolverle en la túnica balsámica, a punto de cobijarse en su morada nocturna, asomaba la turbamulta de impacientes y encrespadas nubes —salomónicos turbantes y azulinas guedejas y broncíneos cascos, hirsutas pieles de alimaña y un alto penacho gaseoso y rosado que erguido denuncia su jerarquía tras las primeras cabezas— para otear la llanura donde a la hora propicia habrían de llevar la devastación del temporal y transmutarse poco a poco en la sombra de un recio y continuo escarpe a todo lo largo del horizonte para augurar que en cualquier dirección habría un límite para la osadía, mientras las estrellas avivadas por un viento de altura, tras haber sido informadas del próximo acontecimiento, se aproximaban y cernían sobre los palos, ávidas de contemplar el combate anunciado.

Nada preocuparía tanto al capitán Basterra como el fuerte balanceo y las súbitas arribadas de sotavento y aquella tercera noche, en previsión de una borrasca mañanera, primer aviso del temporal, dio orden a la guardia de estribor de arrizar la jarcia fija. Pero la noche transcurrió en calma, tan sólo alterada por los quejumbrosos lamentos de la madera sometida a constantes guiñadas y cabeceos, aullando como el perro que percibe más allá de las serenas tinieblas los anómalos signos que le advierten de la proximidad de la amenaza. En la cuarta noche de travesía poca gente había de dormir tranquila en el castillo de popa del «Garray»; aquella tensa y susurrante calma, como si todos los elementos templaran sus cuerdas y afilaran sus cuchillas, estirando hasta su límite extremo los resortes de un equilibrio preparativo que sólo podía desembocar en su ruptura, no podía ser sino el preámbulo de una tempestad tan intensa como premiosa y cuyo mejor heraldo, la cifra del barómetro, a cada golpe de dedo en el cristal cubría en sentido descendente una división más de su esfera, como para ratificar con su lacónico y oracular vaticinio la sentencia que las alturas no estaban dispuestas a mitigar. Toda la noche había de persistir aquella proterva e inquietante tirantez, orlada

de lejanos relámpagos, y no trasmitida tanto por el cielo —ocultas sus intenciones bajo su más augusta capa— cuanto por la insomne musculatura de las aguas bajo su aparente descanso en la impaciente espera de la orden que había de llegar de allende el horizonte.

Al amanecer del quinto día el viento arreció, trayendo los primeros síntomas de la marejada, pero en ningún momento su fuerza había de pasar de 4 en la escala Beaufort. Sin embargo, el barómetro de nuevo había descendido sensiblemente. Tras las siete campanadas el capitán se presentó en cubierta, comprobó el rumbo, ordenó arriar los juanetes y arrizar gravias y velachos, para volver a recluirse en su cámara tras requerir de su primero que le advirtiera del menor cambio de la situación. No demostraba el menor interés en permanecer en cubierta en aquellos momentos; no deseaba ver a nadie ni hacer partícipe a nadie de sus aprensiones; sólo quería preservar su aislamiento a fin de prepararse en silencio para el combate que, una vez más, había sido concertado con su terco y pugnaz enemigo a espaldas suyas, para la nueva prueba que el Otro —sabedor que nunca podría sustraerse a ella— había venido preparando con la ventaja que le concedía su eternamente renovada juventud, espiando todos sus movimientos para elegir aquella circunstancia en que la suprema voluntad de vencer y engañar había dejado paso a un más sereno y sobrecogido apetito de tregua. Porque tal vez ya no tenían sentido ni el afán de triunfo ni el instinto de superación: y si no estaba vencido de antemano —en verdad la imperceptible harenga con que el Otro trataría de inflamar la fatigada hueste del océano sólo estaba destinada a sus sentidos, conocedor de todos los secretos mensajes cruzados en las alturas— no era tanto porque ya careciera de brío para llevar adelante su cometido cuanto porque en aquellos momentos lo necesitaba todo para defenderse de un inesperado agresor; la mirada que el reo, en el extremo de la escala, había levantado hacia él en el momento de descender a la bodega. Pero demasiado bien comprendía que no estaba dispuesto a escuchar sus razones ni —porque

conociéndole de antiguo sabía a qué atenerse respecto a sus estratagemas, porque a su alcance estaba la sospecha de que incluso las torvas y advenedizas ambiciones de los hombres podían obedecer al dictado de su eterna enemistad— aceptaría la tregua con la caballerosidad de quien tras muchos años de indeciso combate se hace eco de los compromisos del otro y la prioridad del recién llegado y, deseoso de enfrentarse de nuevo a solas con un rival en pleno uso de su poder, demora la ocasión.

A media mañana del quinto día comenzaron los primeros chubascos; la fuerza del viento subió a 7 y la aguja del barómetro se aproximaba a la temible división del 28.50, con tendencia a seguir descendiendo. Veinticuatro horas antes el «Garray» había dejado atrás el paso de Caicos y la punta oriental de Mayaguana, la última tierra que habría de ver por espacio de varias semanas —un mustio pedazo de corteza de limón—, para poner rumbo al noreste en la confianza de que pasada ya la época de los huracanes un rezagado retoño del estío apenas habría de causarle serias molestias en aquellas latitudes, por mucho que fuera el ansia del temporal de superar los estragos de sus aventajados hermanos. Y de repente en veinticuatro horas la depresión que el capitán Basterra y sus oficiales habían esperado dejar a popa —consumiéndose a sí misma en el holocausto de sus efímeras energías, entre resplandores, turbonadas y aguaceros— fue avanzando y cerrándose a sotavento y cubriendo el horizonte con la inconfundible librea del huracán: mientras que a barlovento el mar se fundía con el cielo, en un torbellino de gasa sobre las puntas de sus bruñidos aceros, y la barra era sometida a la constante presión de una fuerte corriente de través; mientras el viento silba ya en todas las jarcias —todo el aparejo convertido en un coro de voces desafinadas— y los palos, incapaces de sacudirse la tensión que les ha sorprendido, zumban en un aire saturado de un aroma de resina y sacuden el misterioso e iracundo polen de la tormenta, del lomo del océano brota en el arranque de su carrera esa nube de polvo que ha acumulado durante los días de calma, y

la madera gime bajo el oculto apretón de las mordazas que sólo en su cresta muestran el filo y temple del metal.

Cuando el señor Chalfont, a la vista del empeoramiento de las condiciones climatológicas y la inminencia del huracán, insinuó la conveniencia de cambiar el rumbo, poniendo proa al sureste a fin de enfilar la tormenta por la cuarta de estribor (puesto que cualquiera de las otras alternativas o bien obligaban a deshacer el camino andado —un camino poco seguro en días de mar gruesa y con aquella visibilidad, a causa de los muchos bajos y rompientes— o bien exigía poner proa hacia las costas de Florida donde de seguro se enfrentarían con toda la fuerza del huracán, siempre más intenso en sus extremos occidentales), Basterra no tuvo más remedio que asentir, sin pronunciar una palabra, consciente de que todas las razones del segundo estaban tan bien fundadas que sólo con muchas dificultades podría encontrar otras del mismo peso, ateniéndose a la seguridad del «Garray», a pesar de que —al parecer— nada contravenía más a sus planes que aquel rumbo que en virtud de la fuerte corriente de dirección sur y por breve que fuera la duración de la galerna, terminaría por desplazar su posición de tal manera que ya no le sería posible alcanzar el punto de destino previsto al zarpar de La Habana. Era la mirada del reo (y más allá de sus hombros la de sus compañeros) al descender a la bodega la que podía haber trazado aquella singular derrota entre La Habana y Cádiz y que el capitán habría podido justificar en razón a la especial misión que le había sido encomendada, sin más que ocultar lo que en buena medida le había sido ocultado a él. Es posible que ante aquella tormenta y ante la sugerencia del señor Chalfont cambiara de planes e improvisara una solución mucho más viable y razonable que aquella otra, elaborada a la vuelta de su breve viaje a Poniente, gracias al hecho de que contaba ya con una justificación capaz de despejar cualesquiera suspicacias que despertara su derrota, por lo que cabe suponer que, sin ninguna clase de reservas sobre la resistencia y habilidad de su tripulación y de la fortaleza del «Garray», no sólo en

su fuero interno celebró la llegada de la tormenta, sino que se decidió a sacar todo el provecho posible de sus efectos, a fin de alejarse de las rutas más frecuentadas.

Coincidiendo con los primeros aguaceros el «Garray» empezó a manifestar un fuerte balanceo, iniciado siempre por la banda de estribor, para ir periódica y progresivamente venciéndose de proa, como un caballo que sufriera la cojera —más acusada en cada paso— de su mano izquierda. A la media tarde la lluvia golpeó con su más poderosa maza; ese esperado y diferido chaparrón iniciado en un instantáneo acorde de minúsculos tambores para convertirse, tras el chisporroteo de infinitos botones argentíferos, en la violenta y turbia emulsión de agua y viento, tan íntima e inseparablemente unidos como para constituir un quinto elemento de la misma híbrida, vindicativa y transitiva naturaleza del fuego, embriagado de su recién estrenado y desdeñoso poder y decidido a hacer olvidar para siempre la fugacidad de sus pasados arrebatos. En pocos minutos nada quedaría en el «Garray» a resguardo del agua que antes de que caiga o corra parece ascender liberada de su peso para aplastar a su enemigo —la madera metalizada, sus líneas apenas se distinguen, la proa de tanto en tanto se levanta entre surtidores y melenas de espuma bajo el golpe de la roda, caído de bruces y dueño tan sólo del movimiento de la cabeza para sacudirse el peso de su colosal adversario, como si ya sólo contase —las tres lanzas clavadas en su lomo— con el casi espiritual afán de supervivencia carente de materia hipostasiada en el ciego, tenso y desesperado estallido de todo su furor, de su más justa y enojada réplica al ultraje a su austera y virtuosa entidad, para desembarazarse del concupiscente abrazo de la nada— antes que su hermana la lluvia.

El señor Chalfont había dado orden de recoger todo el paño, dirigiendo personalmente la maniobra y designando a Mosámedes y otro corpulento mulato para que aferraran el foque. El hombre que todas las tardes, a la caída del sol, se retiraba tras el molinete para entonar las alabanzas a su Señor, se encaramó sobre el bauprés

para cobrar las drizas y recoger el botalón; detrás de él saltó el mulato. Cuando extendió su brazo para retener el cabo que le largara Mosámedes, el «Garray» sufrió una violenta guiñada y picó de proa y cuando emergió el mulato había desaparecido, como si mediante un golpe de inspiración el mar se hubiera decidido a borrar la imperfecta y superflua imagen del acólito para conformarse con la de quien arrodillado sobre el palo extendía aún su diestra hacia su barco, en la ofrenda de aquella voluntad que en su sacrificio no retrocedía ante el poder que su fe denostara; porque así como ninguna mano trataría de detenerle en su descenso, aquella otra señalaría el único pensamiento (la línea tensa del único deber) que podía mantenerlos unidos. Quizá ya se dirigía hacia Basterra; sujeto al cabillero del palo mayor, ausente, con la mirada puesta en cualquier punto del combés, no parecía prestar demasiada atención a la maniobra en su mayestática y casi indolente vigilancia, más cerca de las nubes que de la cubierta y separado del resto de los mortales no por la jerarquía ni la experiencia ni la fortaleza sino acaso por esa delicada galvanización del espíritu que ha optado por inmovilizarse, lejos de todo temor y traspuesta su carne a la misma sustancia de la aniquilación, absorto en la contemplación de aquel sublime y depravado poder que sólo mostraría toda su magnificencia a condición de encararse con él a solas. Tan sólo giró la cabeza para seguir el remolino, no porque hubiera oído el grito, sino porque lo había adivinado y cuando otros dos miembros de la tripulación lograron aferrar el bauprés comprendió, ante aquel cuerpo inmóvil y crucificado en las jarcias, la clase de destino que había elegido. Tres veces trató de desembarazarse de sus ligaduras y sólo a la cuarta lo consiguió; tres veces trató de ganar la cubierta, sujetándose con la diestra al obenque de bolina y pasando la pierna por debajo del palo, y otras tantas tuvo que volver atrás ante las embestidas de un oleaje que, descuidando otras presas, había decidido concentrar todos sus esfuerzos para cobrarse aquélla. Entonces el capitán movió la cabeza y le señaló también con su mano

derecha: una mancha inmóvil y parda sobre la franela verdosa del cielo, como el informe borrón de un nido sobre la invernal y desvanecida arborescencia de las jarcias, única réplica de aquel gesto que desde cubierta —tendiendo la mano hacia el sur— señalaba un único destino y se identificaba con un solo símbolo, más apto para el bronce que para la carne.

Todo venía a indicar que el «Garray», bajo los efectos de una fuerte corriente de través, derivaba rápidamente hacia el sureste, alejándose del centro de un huracán que el capitán y Saint-Izaire, atentos a la brújula y la grímpola, con los escasos datos de que disponían habían situado a bastantes millas a barlovento, por la cuarta de estribor. Pero conocedores ambos de los temporales que, por otra parte, raramente acaecían con tal intensidad en aquellas latitudes y en aquella época del año, su mayor preocupación había de cifrarse en el cambio de rumbo y de dirección del viento que impondría al cabo de diez horas la rotación dextrógira del huracán. En tales circunstancias, su mayor aprensión la provocaba una posible intensa deriva hacia el suroeste, con fuertes vientos de popa, en la dirección de los bajos de las Indias Occidentales y convergiendo hacia el centro de un tifón que, con toda probabilidad, en su carrera hacia el noroeste corría a una velocidad veinte veces superior a la del «Garray»; de suerte que —el compás lo ponía en evidencia— de acontecer en las próximas horas un sensible cambio de rumbo de la deriva, el «Garray» podía encontrarse si no en el mismo centro del ciclón —ese lugar de calma, al decir de algunos navegantes y geógrafos, defendido por su propio vacío y rodeado del furor del vórtice— sí en el periférico cinturón donde la fuerza del viento alcanza su mayor intensidad. Así pues, se dispuso —con la alerta de ambas guardias— que en cuanto remitiese la lluvia, lo cual tenía que ocurrir para dejar paso al huracán descendente, se aprovecharía el lapso de vientos de superficie, que en ocasiones llega a durar turnos enteros, para largar parte del paño y navegar de bolina en oposición

a la dirección centrípeta de la corriente y a fin de alejarse en lo posible de la temida succión.

En efecto, antes de la caída del sol del sexto día había de amainar la lluvia; pero la marejada dejaba sentir ya el efecto de la duración de la galerna a lo largo de la carrera atlántica desde las costas orientales del seno mejicano; al día siguiente el barómetro señalaba 27.81 —un límite que pocas veces había alcanzado, tal vez nunca— y el viento, durante las horas de luz en que llovió con fuerza e intensidad, no pasó de 8 ó 9 en la escala —temporal fuerte— con una mar encrespada y rota, olas de altura media que sistemáticamente barrían la cubierta, con esporádicos surtidores y crestas de espuma. Pero ya antes del ocaso la visibilidad había de quedar muy reducida, no siendo posible hablar de cara a un viento que silbaba en los obenques en un continuo crescendo, sin una nota de fatiga, hasta alcanzar el inverosímil y metalizado chisporroteo del aire en mil partículas incandescentes; el rugido de la mar, los continuos rociones de espuma no tanto en crestas cuanto en ininterrumpidas avalanchas que parecían querer adelantar a la ola en el límite de su carrera, para descargar su golpe desde su más elevada posición, eran indicios suficientes de que, antes de lo previsto y sin que mediara transición con el temporal duro del crepúsculo, el «Garray» se hallaba envuelto por un huracán cuya intensidad trascendía todos los límites de las escalas y la memoria de sus hombres más curtidos y experimentados. Y de repente todo se hizo uno; una mar olivácea y densa, surgida de un abismo sin luz y determinada a borrar para siempre la estampa de un océano soleado, vendría a fundirse en su ímpetu con un viento anhelante de unirse a ella violando su quimérica y halciónica frontera, conjurados todos los elementos para dar por terminada la intolerable tregua y desobedecer aquella orden que los separara, restableciendo el caos original con un primer torbellino de exasperada espuma que el iracundo anciano desatará sobre el «Garray» para disolver su obra y asimilarla a sus tinieblas. Tres veces estuvo a punto de desaparecer y otras

tantas emergerá de proa, absurdo y estupefacto gesto carente de toda decisión, de toda voluntad y de todo apetito, en la abúlica y no altanera y sorprendida disposición de espíritu del cuerpo que en el destello delator no observa su fin, sino el vaticinio de muerte. Ha entrado ya en los dominios del sueño, sin memoria ni causa ni siquiera —cada golpe de mar surge y crece por sí mismo (porque en el caos todo es independiente y nada se perfila) para tomar posesión de un objeto sin valor, codiciado por capricho y afán de saqueo, que acepta la invasión de la nada antes que las manos suelten su último asidero— sorpresas. El hombre no se reconoce a sí mismo cuando, tras tres seguidos golpes por la banda de babor, con una fuerte y casi permanente inclinación, se inician las roturas con los chasquidos de la jarcia fija; al segundo rindió el palo mesana, y fue preciso rizar sus velas y desguarnir las perchas que se desplomaron sobre el puente; al tercero quedaron segados los masteleros de popa, arrastrando consigo la cangreja, que cayó extendida sobre la borda. Entonces varios hombres —anticipándose al fin del «Garray»— quisieron arriar los botes y se perdieron. Los más prefirieron hundirse con el «Garray».

V

Casi dos semanas habían transcurrido desde su salida de La Habana cuando el capitán —por primera vez después del huracán— pudo tomar la altura y situar la posición del «Garray» a unos 8° de latitud Sur y a unas 500 millas al oeste de Fernando Noroña, en el extremo septentrional de la cuenca brasileña donde la corriente central atlántica se divide en dos ramas que corren en direcciones opuestas: la meridional, separándose del tronco común en la zona donde el «Garray» quedó a la deriva y con dirección SSW alcanza el litoral del Brasil a

la altura del paralelo 20 para bordear y caldear sus costas hasta su encuentro y disipación, a la altura de El Plata, con las corrientes frías que proceden del estrecho.

A la vista de las condiciones y circunstancias en que había quedado el «Garray», tras superar el azote del huracán, Basterra decidió poner proa al Brasil, a cualquier punto de la costa que le ofreciera posibilidades de avituallamiento y reparación, medida que tan funestas consecuencias había de tener, pero que en aquel entonces (e incluso para el Tribunal de Cádiz) fue acogida como la más prudente de cuantas podían tomarse.

El «Garray», desmantelado de dos palos, tan sólo con la posibilidad de izar el paño sobre el trinquete, apenas podía desarrollar más de tres nudos con vientos favorables por lo que, teniendo en cuenta su posición y con muchas probabilidades de enfrentarse con vientos de proa, esto es, sin recursos para superar la fuerza de la corriente del litoral, resultaba más que temerario intentar de nuevo la travesía del océano poniendo proa a las Azores. (Las circunstancias en que involuntariamente había desembocado combinaban tal vez la situación más propicia para llevar a cabo un plan —muy distinto del primitivo —basado en la posibilidad de hacer escala en un punto no sometido a la autoridad real y, acaso, lo bastante apartado como para estar exento de toda clase de autoridad deseosa de entrar en detalles sobre ciertos aspectos secretos del viaje del «Garray». Se adaptara o no a sus proyectos lo cierto es que Basterra, en la pobre situación en que había quedado, no tendría la menor dificultad en justificar el cambio de derrota, poniendo proa al Brasil bien para alcanzar sus costas bien para introducirse en la ruta habitual entre Natal y el golfo de Guinea, lo bastante frecuentada como para encontrar en alta mar ayuda para las más elementales reparaciones y poder proseguir su curso con garantías de seguridad). Tal era también, según quedó cuidadosamente consignado por el propio Basterra en el diario, la opinión de Saint-Izaire, obstinadamente empeñado en que —en caso de poder adquirir en alta mar un par de perchas— no ten-

drían mayores dificultades para enjarciar y halar la mayor y la gavia, largando así paño suficiente para poder dirigirse al lugar de su mejor conveniencia, que no dudó en aceptar la nueva derrota, encargándose él mismo del control de la barra a la vista del estado de la tripulación. Porque, por otra parte, también habían de pesar en el ánimo de Basterra —a la hora de tomar su decisión— otras circunstancias que venían a sumarse al mal estado de su barco: había perdido cuatro hombres y un bote; un quinto permanecía inconsciente en su litera, tras haber recibido un fuerte golpe en la espalda y en la nuca y, por último, el señor Chalfont había sido rebajado de servicio, atacado por fiebres muy altas y una tan intensa descomposición que hacía presumir que el huracán, antes de retirarse, había apelado al azote de la disentería para consumar su fracasada destrucción. Se habían perdido gran parte de las provisiones, toda la galleta, la carne en salazón y las patatas se habían echado a perder y en cuanto al ganado sólo un pequeño cerdo —que se encontró hozando entre los destrozos de la bodega— había quedado milagrosamente vivo e ileso. El informe del sobrecargo, tras un sumario inventario, era contundente: era preciso proceder al racionamiento del agua y no podía garantizar una mediana alimentación para más de diez días. Así pues, no pudiendo tampoco disponer más que de nueve hombres (contando con el cocinero y un carpintero abrumado por las reparaciones más forzosas) el capitán, contraviniendo las órdenes recibidas y consignándolo así en el diario, ordenó que bajo su responsabilidad se liberase a los cuatro reos durante los turnos de día, a fin de contar con dos guardias de seis hombres cada una que en buena proporción se necesitaban para mantener las bombas en funcionamiento. Empero la primera sensación de alivio tras la disipación del huracán pronto había de verse oscurecida por las perspectivas de una travesía cuyas dificultades aumentaban con cada guardia; no compartía Basterra —con independencia de los proyectos que abrigara en secreto— la severa confianza de Saint-Izaire, siempre seguro de sí mismo y en exceso inclinado a ver

detrás de cada vacilación la pusilanimidad o la incompetencia de un cargo que —a su entender— no podía ser propiamente ejecutado por quien se doblegara ante las dificultades. Se diría que la prueba por la que venía de pasar sólo había servido para incrementar su arrogancia y para afirmarse en un mando que gustaba ejercer como si tan sólo tuviera que dar cuenta de él a su propio orgullo.

No parece que Basterra tuviera la menor intervención en el incidente de rutina que había de poner aún más de manifiesto su abierta hostilidad hacia Saint-Izaire. Pero la tripulación tampoco podía permanecer indiferente a la conducta de ambos, a sus respectivos recelos, a la manifiesta frialdad que uno reservaba para el otro en las pocas ocasiones —que ambos procuraron reducir a las más imprescindibles— en que tenían que comunicarse. Defendido por una jerarquía incuestionable y por la segura confianza de que el recto juicio se encuentra allá donde termina la ambición, asomaría al puente de vez en cuando sólo para —tras una somera inspección de la cubierta— clavar su mirada inescrutable, sin una emoción, sin el menor signo delator, sobre la figura siempre erguida del primero ante el portalón: acechante, con las manos a la espalda y un permanente rictus de desagrado, inquieto por la idea de que algo le había sido ocultado al salir de La Habana, de cada rincón y de cada movimiento esperaba siempre levantar una sospecha. Siguiendo la costumbre el capitán podía haber tomado bajo su mando la guardia de babor, pero una vez más prefirió que sus hombres eligieran al segundo mientras durase la enfermedad del señor Chalfont; y aun cuando en el ánimo de la tripulación estaba que aquel puesto debía recaer sobre Mosámedes, Saint-Izaire —sin abandonar el portalón ni desenlazar las manos— indicó para ocuparlo a Macoy, un criollo corpulento que le obedecía como un perro. «Está bien», repuso el capitán, reteniendo la respiración; le miró fijamente para darle a entender que lo aceptaba y no se congratulaba de ello y dijo de nuevo «Está bien; que sea Macoy» al retirarse hacia su cámara.

Posteriormente se argüirá que no hubo otro responsable de los sucesos que siguieron que el propio capitán, recluido en un silencio que sin duda dio lugar a las más variadas interpretaciones. Porque de haber sido más explícito —tanto con sus subordinados como con el oficial del gobierno e incluso con aquel reo al que parecía estar unido por una extraña y secreta connivencia— es muy posible que el destino de todos los hombres que se hallaban a sus órdenes hubiera sido otro. Se dirá también que quien para sí mismo ha elegido el camino más difícil, con la renuncia de sus intereses más caros y probablemente de su propia vida, bien podía permitirse la licencia de pensar que aquellos que se hallaban bajo su custodia sabrían encontrar su salvaguardia con independencia de él. El hecho de que al salir de La Habana se cuidara de destruir sus papeles y liquidar sus pocos bienes —encomendado el envío a su hija en la península de una pequeña dote que no se sabe si correspondía a la totalidad de sus ahorros— fue interpretado como prueba de que con el mando del «Garray» había tomado también una decisión que había de influir decisivamente en sus instrucciones desde el puente y en su conducta en las vísperas de la tragedia.

Comoquiera que fuese, a partir del momento en que el llamado Macoy tomó a su cargo la guardia de estribor, su talante se fue haciendo más taciturno y desabrido. Parece que la muerte de Chalfont —un hombre de su mejor aprecio, que había navegado con él durante años— influyó también en ello; ocupaba la cámara contigua y recibiendo directamente sus cuidados, fue encontrado muerto, caído de bruces sobre el suelo, la cara adherida al entarimado mediante un líquido negro y pegajoso que había exonerado su boca. Desde entonces apenas aparecía en cubierta y su aspecto denotaba que estaba pasando por una intensa prueba: la cara demacrada y cerúlea, los ojos agrandados y los cabellos hirsutos, un cuello de tortuga, delgado y surcado de profundos pliegues, sostenía una cabeza que en pocos días se había reducido, alteradas todas sus facciones por un síndrome que se había apode-

rado de toda su persona, un intenso aroma a ropas sucias y polvos medicinales, vinieron a demostrar lo mucho que se había depauperado y envejecido en un par de semanas. Lo más probable es que gravemente enfermo, con fiebres altas y atacado por la disentería, se cuidó de disimularlo administrándose él mismo (pues en su cámara se guardaba el botiquín y no delegaba en nadie la distribución de curas y medicamentos) fuertes dosis de quinina. Lo cual en aquellos días estaba lejos de ser una excepción a bordo del «Garray» cuya tripulación a causa de las privaciones y el trabajo continuo se encontraba, tras una semana de calmas chichas y temperaturas de horno, en un estado lamentable. Los días eran largos y la mar un desierto; el «Garray» no se movía, como si a causa del calor en lugar de flotar hubiera quedado aprisionado como una mosca en una masa de ámbar, bajo un cielo estañado, carente de color y de sonidos, todo él ocupado por un sol ubicuo dispuesto a terminar de una vez con la herejía de su planeta; y los débiles e indolentes chapoteos del atardecer, acompañados de las tímidas sacudidas de los foques, sólo servirían para despertar, con amargos y prolongados quejidos, con el crepitar de las amuras mientras el mar de aceite hierve a sus costados, en la noche paciente metrada por el latido de las bombas, al animal malherido de su sueño de muerte, reducida su conciencia a vislumbrar su agonía.

Soportando aquella calma surgió el incidente que indujo al capitán, en un arrebato de cólera y completamente ofuscado, a rebajar de servicio a Saint-Izaire, por incumplimiento de sus órdenes. Antes había aparecido sobre el puente —vacilante, sujetándose con ambas manos al pasamanos— atraído por las voces de Saint-Izaire; era la segunda vez que amenazaba a un hombre con darle de vergajos. En verdad en aquellos días de calma todo el mantenimiento del barco había corrido a su cargo, el único que parecía resistir los azotes de la disentería, el hambre y la sed sin rendirse al sueño. La primera amenaza, brutal y desmedida, había sido dirigida a un marinero enfermo que tirado en el combés apenas había le-

vantado la cabeza para replicar con una maldición a una orden. Y cuando le arrebató la camisa, entre ambos se interpuso Mosámedes para recibir toda la avalancha de su furia, cerrado a sus espaldas por Macoy que ya levantaba la cabilla cuando el golpe fue detenido por las voces del capitán.

De allí a dos días se levantó, en las primeras horas de la noche, una de esas brisas llamadas irlandesas por la gente de mar, acompañada del estimulante chasquido de los rimeros de proa contra las incipientes olas. Era un viento de proa, por la cuarta de babor, que en minutos hizo dar dos vueltas completas al «Garray» cuando ya nadie estaba atento a la barra. Un Saint-Izaire con muestras de evidente cansancio, sucio y con una barba de varios días inconcebible en un hombre que en las más ajetreadas circunstancias se afeitaba y perfumaba con esmero, fue el primero en advertir el cambio y despertando con el vergajo a los pocos hombres útiles ordenó la maniobra, largando más paño y poniendo proa al noroeste para aprovechar todo el viento. Era una maniobra correcta y bien concebida, que indicaba un claro conocimiento de la naturaleza de esos vientos nocturnos, fugaces como cometas, que aparecen de la misma manera que desaparecen y si se sabe seguirlos, pueden conducir al barco hacia una zona de constantes. Pero Basterra —al que (tal vez por respeto a su descanso) no se le había comunicado la maniobra y hubo de enterarse de ella varias horas después caminando por su propio pie hasta la mesa de la rueda— no sólo la desautorizó y enmendó —ordenando un rumbo SSW, para ceñir de bolina el viento— sino que —probablemente obsesionado por la escena de días atrás, que seguía fija en su mente tras unas noches de delirio semiconsciente— ordenó a Saint-Izaire que se retirara a su cabina hasta nueva orden, quedando rebajado de servicio. Y tal vez era eso lo que había esperado un Saint-Izaire que desde tiempo atrás, confiando en las imprudencias de un capitán carente de vigor físico y mental, había preparado su plan para que en cualquier momento mordiera uno u otro anzuelo. No

se sabe a partir de entonces y hasta el momento en que irrumpe de nuevo en la cabina de Basterra para retirarle el mando, cuál es la conducta de Saint-Izaire a bordo del «Garray» y rebajado de servicio. Se ignora cuáles son sus complicidades, por qué clase de acción opta' para recuperar el mando, a qué y a quiénes apela. Y aun cuando la desafortunada intervención del capitán simplificara mucho sus planes, eximiéndole de la necesidad de tenderle un trampa y suministrándole causa bastante para llevar adelante su acción, con arreglo a las ordenanzas y sin más justificantes que la impericia de aquél, es probable —pero no demostrable— que la impaciencia le indujera a hacer uso de una coacción o de una violencia que —por no se sabe qué misterio— no pasaría al cuaderno de bordo una vez que el capitán pudo transcribirla. ¿O ya no tenía tiempo tras el crimen? ¿O es que en el momento de estampar su firma en el cuaderno estaba la puerta de su cabina custodiada por el reo, con un arma en la mano?

Navegar de bolina con aquel viento era una locura que ningún rumbo podía justificar. Más de quince horas de una brisa que aprovechada de popa hubiera resultado inestimable para abandonar la zona de calmas, malgastaría el «Garray» en guiñadas y orzadas inútiles para volver casi al mismo punto que pretendió abandonar; y cuando a media tarde del día siguiente —el día vigésimo tercero desde que zarpó de La Habana— cayó de nuevo el viento, poco o ningún esfuerzo había de desarrollar Macoy para convencer a los escasos hombres que se hallaban despiertos —despiertos y exhaustos, los cuerpos extendidos sobre cubierta, las bocas abiertas— para recabar su apoyo en la acción que había decidido emprender. En su consecuencia, a primera hora de la noche el señor Macoy acompañado de cuatro miembros de la tripulación se personó en la cabina del capitán para comunicarle que, con arreglo a lo prescrito para tales casos, por decisión unánime quedaba confinado en su cámara y relevado del mando del barco —que sería encomendado al señor Saint-Izaire, en tanto pudieran comunicar el

cambio a los armadores y recibir de ellos instrucciones al respecto—, a causa de su manifiesta incapacidad física y mental para ejecutarlo con propiedad, debiendo transcribirse tal decisión al cuaderno de bordo, con la firma de los allí presentes. Parece ser que a duras penas se incorporó Basterra de su lecho para estampar su firma, un garabato tembloroso y torcido, probablemente escrito con la mirada puesta en otra parte (posiblemente en la persona que custodiaba la entrada), para volver a acostarse con un prolongado suspiro, como aliviado por una decisión que había llegado algo tarde.

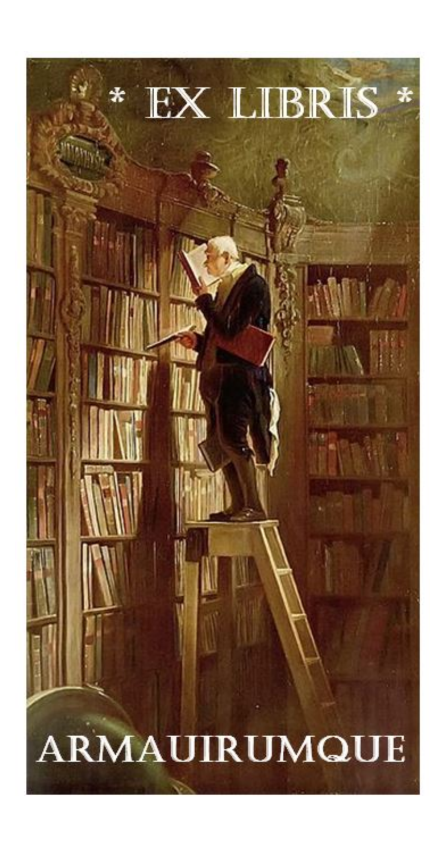
Un par de días después el «Garray» navegando con lentitud proa a las costas de Bahía, fue avistado por el «Lothian», un cutter de la matrícula de Leith a las órdenes del capitán Eccles. El «Garray» llevaba izada en el trinquete la señal de auxilio médico y el capitán Eccles, a la vista de ello y del mal estado de su arboladura, no vaciló en cambiar su rumbo y aproximarse al maltrecho «Garray» al tiempo que largaba un bote para prestar la solicitada ayuda. El capitán Eccles —un hombre bastante joven y de aspecto saludable y risueño, que posteriormente prestaría su declaración al juicio de Cádiz a través del consulado español de Glasgow— al conocer por el semáforo la situación a bordo del «Garray» se trasladó a éste y tras recibir de Saint-Izaire cuenta —precisa y contundente— de todo lo ocurrido solicitó mantener una entrevista con el capitán Basterra, que le fue concedida en tanto tenía lugar el transporte de agua, medicamentos, víveres frescos y unos cuantos materiales indispensables. No parece que el capitán Eccles sacara una impresión muy favorable acerca del estado de Basterra; de acuerdo con su declaración Basterra sufría una ligera fiebre y su pulso se hallaba alterado, pero no tanto como su cabeza. Parece ser que le habló de su sangre, de su hijo y de una tierra maldita. De la vuelta al mar, de los pecados de juventud. Si bien el capitán escocés, una vez concluida la entrevista, se ofreció para trasladar a su barco los enfermos de mayor cuidado —incluyendo a Basterra y advirtiendo que él mismo, como médico de a bordo, no

ganaría en tierra un desayuno al año, y que ante sí tenía una travesía de tres semanas mientras con toda probabilidad el «Garray» podría fondear en menos de una—, las seguridades y la confianza que le mereciera la actitud de Saint-Izaire le indujeron a volver al «Lothian», una vez satisfechas todas las demandas, en la convicción de que dejaba el barco en buenas manos y en buen orden, dentro de una situación comprometida.

A partir del momento en que el «Garray» pierde de vista al «Lothian» la tragedia se precipita, las intenciones de unos y otros adquieren su forma más violenta y, a la vez, más ambigua. De la misma manera que en el ánimo de Saint-Izaire ya no quedaba lugar para nuevos conflictos —los vientos llaneros y calientes soplando en dirección a la costa—, tampoco podía presumir que en el espíritu del consumido capitán alentase un tal apetito de venganza. La defensa dirá más tarde que ésa es la mejor prueba de una locura lo bastante enérgica como para recluirle definitivamente. No podía imaginar que Basterra —escondiendo sus fuerzas bajo sus sábanas, simulando una completa consunción y procurándose alimentos por las mismas vías que le proporcionarían armas— a medida que el «Garray» se aproximaba a las costas del Brasil recuperaba en secreto sus últimas fuerzas para descargar su último golpe en el momento más oportuno.

Lo eligió a la perfección, a las seis de la madrugada, cuando desde el «Garray» ya se vislumbraban las mortecinas sombras del cabo Sâo Tomé y el relevo de la semiguardia reclamaba la presencia del segundo en cubierta. Gateando hasta la mesa de la rueda ordenó al timonel un cambio total de rumbo —casi toda la barra a babor—, sin necesidad de levantar la mano que empuñaba el arma, cobijándose tras el castillo de popa a la espera de quien incluso dormido advertiría aquel movimiento. En efecto, parece ser que no fue Macoy, sino Saint-Izaire quien lo adivinó en un momento y dio una voz antes de abalanzarse sobre él y caer al suelo, con dos balas disparadas a bocajarro que le atravesaron el pecho. A con-

tinuación disparó, con dos pistolas, sobre Macoy y otro tripulante, hiriendo a ambos de muerte, antes de desplomarse al suelo bajo el golpe con que el reo le abatió. Y por cuya suerte fue lo primero que preguntó a los pescadores brasileños que, tras extraerlo junto con el cadáver de Mosámedes de los restos del «Garray» y después de suministrarle los más urgentes cuidados, lograron reavivarlo con aromas y vahos.



Al igual que el anterior, el verano venía muy fresco. Muy fresco y tan húmedo que las fuentes más altas del monte no se secaron y aún manaban en las primeras semanas de agosto, cuando en aquellos parajes más se dejan sentir los rigores del estiaje. Además, desde la primavera antepasada no había gozado de ninguna visita, lo que unido a la lámina de agua que había surgido aguas abajo del valle le hacía temer que se avecinaba un cambio cuya naturaleza se sentía incapaz de prever. Por todas esas razones, durante todos los meses secos no tuvo necesidad de bajar a las proximidades del río para hacer sus provisiones de agua y revisar el estado de las cercas, como era su costumbre en cuanto se insinuaban los primeros síntomas de la estación seca. Tal vez por todo ello el verano —al igual que el anterior— se le hizo más largo que lo usual, a pesar de las horas que había de consumir fascinado en la contemplación del espectáculo que el polvo y el agua consumirían más allá de sus montes. Sin duda era el frío y el tiempo desapacible la causa de aquella ausencia de visitantes que durante bastante tiempo le

había ahorrado sufrir —o gozar— las alteraciones de todo orden con que los viajeros rompían la monotonía de su vida. Se preguntaba en ocasiones si un cambio tan inesperado en el clima tendría necesariamente que dar lugar a una modificación de sus hábitos, convirtiendo en temporadas de ocio las que antiguamente le exigían mayor esfuerzo y cancelando las pequeñas migraciones que dentro del territorio encomendado a su custodia se veía obligado a llevar a cabo, con la precisión y puntualidad del instinto, para acompañar los cambios del tiempo y acomodar su existencia a las ventajas e inconvenientes de las diversas estaciones. En verdad su ciclo comenzaba —como para un escolar— en otoño, cuando saldada la cuenta del verano los primeros rigores de aquel extremado país imponían a los posibles viajeros una prohibición mucho más severa, intransgredible y permanente que aquella otra sobreañadida por la propiedad (tanto si se trataba del último y abscóndito propietario como si fuera una figura jurídica, sin encarnación posible) cuya virtualidad —bien podía decirse— se limitaba a unos pocos días de julio y agosto en que el monte perdía su hosquedad y no sólo parecía permitir cualquier clase de visitas —al igual que ese animal que en su período de celo deja de lado, casi de manera suicida, su constante acecho y disposición a la defensa y a fin de alcanzar el premio del apareamiento renuncia a su recóndita soledad—, sino que no se avergonzaba de hacer públicos todos sus atractivos para atraerlas. En los primeros días de octubre, cuando por muy despejado que se hallara el cielo y por muy altas que se mantuvieran las temperaturas del día ya nadie se atrevería a internarse en el monte por cualquiera de sus confines, acostumbraba el guarda a abandonar las riberas del río y las colinas y piedemontes del valle por donde asentaba durante el verano —con el fin de vigilar los límites, cortar el paso a los intrusos y disuadirlos de sus propósitos en sus primeras jornadas, tanto para no hacerles perder el tiempo y no perderlo él cuanto por una suerte de cortesía a unas esperanzas que no quería ver alimentadas ni incrementadas por una permanencia

en los parajes prohibidos— para buscar su refugio en las mesetas inmediatas, en las quebradas de los escarpes y cantiles, lejos de la humedad del río y sin embargo lo bastante cerca de los límites accesibles de la finca como para salir al paso de cualquier imprevista eventualidad, surgida en las más inesperadas circunstancias. En modo alguno podía olvidar su misión y en ningún momento se permitiría confiar plenamente en aquellas circunstancias naturales que tan eficazmente colaboraban durante la mayor parte del año a la defensa del monte, para desentenderse de la misión que allí le retenía o aliviar un poco el peso de su vigilia. Con ser variable su trabajo, era permanente y —por ser muy llevadero y exigir de él un gran esfuerzo sólo de tarde en tarde— no conocía el descanso ni las fiestas. Tal vez por eso mismo tampoco conocía los cambios de humor, sujeto a un único talante que al no verse sometido a alteraciones carecería de carácter, ni serio ni alegre, ni adusto ni comunicativo; tampoco parecía tener edad tras haber alcanzado esa cerámica condición con que la intemperie —enamorada de su criatura, como la madre del enfermizo niño al que a sabiendas de que apenas sobrevivirá a la lactancia— y acaso por eso mismo, para dar y tomar en intensidad lo que no puede ser en extensión —exagera los cuidados, alimenta y protege como si gracias a su efusión pudiera prevalecer— trata de hacer perdurable el efímero fruto de su barro. Pero en cambio el guarda tenía dos disposiciones de ánimo o dos almas, una meditativa, que le acompañaba la mayor parte del tiempo, y la otra empeñada tan sólo en la acción, embriagada por los hechos instantáneos, para llevar a cabo su misión de castigo. Su misión lo era todo y gracias a eso no podría fallar nunca. E incluso el fallo, que no sería sino el primero y último, constituiría el momento de mayor gloria, el triunfo del espíritu que le había encomendado y designado para aquel puesto. Muchos años atrás el guarda había comprendido que el mayor peligro que le amenazara no procedería nunca del intruso; que si él se lo proponía no fallaría nunca, pero para eso necesitaría dominar a su mayor ene-

migo, anidado en sí mismo. La amenaza del intruso era poca cosa en comparación con los peligros que él mismo podía engendrar —mayores, más frecuentes y sin duda destinados a degenerar en el fracaso ante el intruso— si se dejaba vencer por una cierta dejadez y daba en pensar y distraerse con cosas distintas a su misión. Ya antes de acceder a aquel puesto —cuando era un joven enamorado del monte que sólo aspiraba a merecer un día ser designado e incorporado a su defensa— había aprendido aquel principio en cuya obediencia residiría toda su fuerza y su superioridad sobre sus rivales; gracias a él comprendería que todos —sin excepción—, aun cuando fueran más fuertes, vinieran mejor armados y equipados, se hallarían en inferioridad de condiciones en lo que se refería, estrictamente, al combate. Serían, para empezar, personas que llegasen de fuera, probablemente de lejos; que conocerían otras cosas; personas cuyas vidas estarían desdobladas y diversificadas por numerosos intereses e impulsos, por apetitos de la más variada índole y por otras actividades distintas a la exploración del monte, al que acudirían quién sabe si por capricho. Aquel que pudiera demostrar una mayor afición a la aventura, el más obsesionado por el monte, el que más tiempo, recursos y afán dedicara al proyecto de hollarlo... tendría también otras cosas de que ocuparse y que, solamente por eso, le colocarían en situación de inferioridad respecto a él, atento exclusivamente a la defensa. Lo sabía antes de ocupar la guardería y durante sus primeros años en el ejercicio de ésta no hizo sino recordar y repetirse aquel único artículo de aquel único código hasta, merced a una implacable disciplina, asimilarlo de tal manera a su naturaleza que ya no tendría necesidad de recordarlo para obedecerlo, como la especie que ha de adecuarse a un nuevo medio desarrollará primero un instinto profético del cambio que se avecina y al conjuro de él hará evolucionar sus órganos para su progresiva adaptación hasta alcanzar una forma nuevamente estable que no necesitará la memoria ni el instinto ni siquiera el registro de aquel instinto (y en virtud de lo cual cabe pensar tanto que la

inteligencia no es más que la advertencia de un futuro estado en el que no será necesaria cuanto que en la niñez filogenética hubo un momento en el que el alma estaba cerrada en sí misma y en paz con su medio). Así pues, había olvidado lo que había informado sus primeros pasos por el monte; recordaba que en aquel tiempo había necesitado guiarse por un principio rector —emanado sin duda de la propiedad— que había olvidado desde el momento en que lo asimilara a una conducta que ya no necesitaba una voz que le dijera lo que tenía que hacer. La voz se había callado hacía tiempo, persuadida de que ya nada tenía que decir a su pupilo, devuelto gracias a su propia disciplina a una armonía anterior —o posterior— al divorcio entre un deber sobreimpuesto y exigible y un quehacer voluntario e irresponsable, anterior —o posterior— también a la descomposición de la conducta en bandas de muy distinta tonalidad moral a consecuencia de la refracción del destino en el prisma de la inteligencia; pero se preguntaba si la armonía derivada del olvido del principio sería completa, ya que no dejaba de inquietarle, llevándole a abrigar —en épocas de prolongados ocios— la sospecha de que en una evolución tan larga y lenta bien podía haberse extraviado en la senda de su deber, derivando y bifurcándose a su antojo —de manera sibilina e imperceptible incluso para sí mismo— hacia el confortable entretenimiento para el que siempre había demostrado una ciega vocación. Cuando tales dudas —aunque de manera no acuciante— venían a perturbar su monótona y plácida existencia, la mayor fuente de confianza en sí mismo brotaba no tanto de su ejecutoria o de la seguridad de que en ningún momento había traicionado la misión que le había sido encomendada, cuanto de su limitado saber: todo lo que sabía era guardar el monte y por tanto nadie le podía exigir otra cosa; y también sabía —y quizá con mayor convicción— que nunca había sabido otra cosa. Por otra parte, no había fallado nunca ni hasta entonces le había llegado la menor advertencia a una posible falta suya, por parte de quienes le habían colocado allí. No sabía quiénes po-

dían ser —si es que se trataba de alguien— ni falta que le hacía. En contraste con su memoria del deber, recordaba con impecable exactitud todos los lances en que se había visto envuelto para la defensa del monte. Recordaba todas las veces que había disparado, desde la primera, sin la menor vacilación, seguro de alcanzar el blanco con el primer fuego, con el mismo aplomo de que haría gala en ulteriores ocasiones y sin necesidad de tener que pagar ningún subsidio a su bisoñez, hasta aquella en que su natural predisposición a estudiar al adversario y su afición a conjeturar las razones que podían haberle llevado hasta allí desequilibró la balanza y le llevó a una situación de riesgo inédita para él; recordaba todos los disparos que había hecho y aunque fuera completamente incapaz de numerarlos —pues desconocía el abecedario de la aritmética— era evidente que para eso y para muchas otras cosas tenía ese poder de comprobación de la gallina —derivado sin duda como una especialización de la sensación de falta, biológicamente más económica que la contabilidad por agregación— que con una sola mirada sabe que están todos los miembros de su pollada; esa era la ciencia del guarda: de una mirada sabía que el monte estaba en orden, de una mirada sabía que algo faltaba, sin saber qué, que algo se había movido o que algo sobraba y como tal estado de cosas sólo podía deberse a la presencia de un intruso, aquella inequívoca sensación de alteración del orden constituía la señal del combate cuya solución vendría a reestablecer el estado de normalidad y a menudo sin que el guarda llegase a saber qué era lo que había echado de menos o de más, y sin preocuparse tampoco por ello. Entrado el otoño abandonaba las proximidades del río para elegir, antes de la llegada de las primeras nieves, su acomodo de invierno, alguna choza de broza y estacas con una abrigada cubierta de paja y encajada en alguna trompa del acantilado, en las proximidades de una fuente y al alcance de un reconfortante acopio de leña. Le gustaba cambiar sus cuarteles; le hacía sentirse dueño de sus actos e indulgente para con sus pequeños gustos y caprichos, una condición imprescindible

para llevar a cabo su encomienda con el mayor acierto; pues en cierto modo aquella encomienda, que sin duda constituía una necesidad para la propiedad que la había impuesto, con el tiempo se había convertido en la defensa de su libertad e independencia, que sólo por la presencia del intruso en el monte podrían verse amenazadas. Quizás el principio lo mencionara, pero fuera como fuese no podía recordarlo; emanado de una fuente de enorme sabiduría probablemente se limitaría a explicitar el mandato, otorgándole como premio a su obediencia sus corolarios más beneficiosos, tales como la transformación de éste en su libertad. En resolución, la servidumbre al mandato que un día le fuera impuesta se había esfumado ante la amenaza del intruso de imponer una nueva y extraña férula y a la que, fuera cual fuera, tenía que oponerse. El otoño era el tiempo de la mudanza; el invierno y buena parte de la primavera discurrían siempre con suma placidez, cuando el monte —solidario con las intenciones de la propiedad y el mejor aliado del guarda— se hacía cargo de sus funciones apoyándose en el clima y que sólo en verano, cuando el monte de nuevo se volvía indefenso, tenía que poner en práctica poniendo fin a su largo y merecido descanso hiemal. El no sabía de fechas ni de calendarios. Un día se levantaría con la seguridad de que había concluido la tregua del invierno y que alguien, muy lejos, había aprovechado sus meses de descanso para desarrollar unos planes de transgresión, y que incluso podía ya haberse puesto en camino y no tardaría en asomar por el valle. Pero también él se había preparado, no habría perdido el tiempo; habría tendido sus trampas, colocado sus cebos; habría reparado en nuevos accesos posibles, que antes le pasaran inadvertidos, en otros puestos de observación distintos de los habituales y, con gran esmero para que el intruso no advirtiera la obra de sus manos, abriría nuevas trochas por los que se dejaría llevar hasta el punto elegido para su sacrificio. Dos métodos tenía el guarda para consumar la aventura y que usaba, a la vista de la personalidad o la conducta del intruso, indistintamente; bien la desesperación, que

llevaría al intruso a abandonar la empresa sin haber alcanzado ningún resultado tangible, bien su muerte. En general, el guarda prefería el segundo y no tanto porque así estuviera tácitamente insinuado en el contrato que había suscrito con la propiedad, cuanto más porque le parecía el más limpio, el que más agradecía el monte y el más generoso hacia su rival, al que en modo alguno deseaba una vida de padecimientos tras su fracaso. Jamás había engendrado sentimientos de animosidad hacia su rival, del que sólo sabría que, al igual que él, estaba obligado —a saber por qué razón— a cumplir una misión, ya que si él había sido colocado allí para defender el monte sería porque otros se habían propuesto hollarlo; ambos tenían objetivos y directrices opuestos, eso era todo, sin que uno cualquiera tuviera que estar necesariamente adornado de más virtudes que el otro. Ninguna clase de virtud se ponía en juego en el combate —a no ser la habilidad para el mismo— y lo último que haría el guarda sería acompañar su triunfo con la menor censura de carácter moral o personal hacia el abatido. No, no abrigaría ninguna clase de sentimientos hacia él, pues su hostilidad tenía que ser tan absoluta como para no ser azuzada por el odio o mitigada por la compasión; la exigencia de eficacia desterraba cualquier veleidad y sobre todas las de los sentimientos cuyos peligros el guarda, por abstenerse de ellos, conocía muy bien. En general, no podía dejarse arrastrar por consideraciones que el principio hubiera considerado como nocivas (o simplemente no hubiera mencionado, que era lo más probable, a la vista de su laconismo) y no tanto por su posible influencia instantánea durante el combate, sino por la peligrosa degeneración que pudiese inocular en su ánimo cualquier cosa distinta al estricto cumplimiento de las órdenes que tenía. Sin duda que no dejaría de observar con sorpresa —y hasta con inquietud— conductas tan diferentes como habían llevado las gentes en sus numerosas incursiones y mientras por un lado nunca se permitiría a sí mismo que la extrañeza provocada por tales diferencias viniese a alterar un ápice su respuesta a la intromisión, por otro le

embargaba con un sentimiento más complejo —y que sin duda el principio rector de su conducta habría admitido, pues de no ser así lo habría extirpado— y en cierto modo reconfortante: era la sensación de gozar de una especie de silenciosa, entelequica y salvaje aquiescencia del monte con su manera de ser y obrar, confirmada por el fracaso de todas las expediciones foráneas y contrastada con la benevolente acogida que le dispensaba en cualquier punto y en cualquier momento del año. En ese sentido le parecía comprender que el monte, a sabiendas de la dureza de las condiciones de su subsistencia, le ofrecía un paternal acomodo y, sin duda, una clase de hospitalidad que no reservaría para ningún otro, incluso (había llegado a pensar el guarda, tal vez llevado de un exceso de compenetración con su medio) a los representantes de la propiedad —si es que existían, en la forma carnal— que teniendo en su haber toda clase de derechos sobre el monte carecerían empero del permiso para pisarlo o de aquel salvoconducto ante el cual el guarda tendría que suspender su acción punitiva. No se imaginaba el guarda qué clase de lábaro debería ostentar aquél cuya vida tendría que respetar, al mismo tiempo que soportar su presencia. Estaba persuadido —porque había sondeado su memoria en busca de ello, sin el menor resultado— de que el principio no había dicho nada respecto a ello y que por consiguiente no había excepciones, con toda seguridad porque la propiedad, la última interesada en pisar el monte y llevar a cabo una inspección ocular para comprobar su buen estado y el recto cumplimiento de su deber por parte de su agente (y no por dejadez sino, antes al contrario, para inocularle el sentido de la plena responsabilidad, sin ninguna clase de supervisión), jamás perpetraría el acto que tenía prohibido a todos sin excepción. Así, mientras todo a su alrededor cambiaba tan sólo el monte y el guarda seguían siendo los mismos, cada día más unidos y tan compenetrados como para llegar a sentir la simbiótica materaliazación de un espíritu que velaría por la seguridad recíproca, merced a esa inversión de papeles que toda protección provoca. El mon-

te no quería saber nada de extraños: él era sin duda el depositario del odio, quien había decidido recluirse en un tenaz aislamiento, quien le advertía: ya vienen. Por su parte el guarda jamás se había interrogado sobre las raíces y motivos de aquella actitud que, muy probablemente, tenía su origen en una historia anterior a su época y en la que de una vez para siempre habían quedado trazados los límites entre lo permitido y lo prohibido, lo afín y lo ajeno, lo propio y lo extraño. Nunca había querido saber lo que había pasado en épocas anteriores y si desde muy joven abrazó la causa del monte fue por amor a él tal cual era y cualquiera que fuera su pasado y la razón de su definitiva enemistad hacia cualquier intruso. El monte, como una persona marcada y hasta avergonzada por un suceso de su pasado, no quería hablar de ello ni de ello guardaba el menor recuerdo, obligándole a conformarse con los favores y los atractivos de su presente; era el único que sabía lo mucho que podía perder si se permitía el paso al extraño y no era difícil suponer que tal actitud procedía de una época inmemorial en que tal cosa había acontecido. El recuerdo del daño era la única memoria que el monte conservaba viva y silenciada: la de una desgraciada situación anterior de la que sólo él guardaba el secreto, unido a la secreta decisión de no volver a ella, incluso tras haber olvidado las causas del daño para conservar sólo el registro del dolor. Por un lado estaba su decisión y por otro quienes la habían provocado. Parecía claro que una vez tomada no prescribiría jamás, convertida en acto irrevocable tras haber puesto en marcha aquel mecanismo de defensa que mantendría la hostilidad cualquiera que fuera la evolución de sus enemigos y por mucho que pudiera cambiar la perspectiva desde la que examinar los hechos que la provocaron. Cabía la posibilidad de pensar que los herederos de aquellos que habían provocado el divorcio volvieran animados de otras intenciones y más aventajados, más flexibles y más históricos —por así decirlo— que el monte, buscaran una reconciliación con él que sólo ellos podrían elaborar y ofrecer, ya que éste, en su mutismo,

había profesado al respecto un voto de perennidad. Pero a ello cabía redargüir que si el monte en su día había adoptado una decisión inalterable e irrevocable es porque había sabido ver más allá que todos los arrepentidos sucesores de los violadores, dolidos de la pérdida, deseosos de lavar la mancha ancestral y confiados en que una breve mutación de sentimientos generacionales sería suficiente para resolver una incompatibilidad cuyo carácter absoluto era una imposición unilateral de un monte obsesionado por una afrenta que no tenía por qué tener tanta trascendencia. Todo eso al guarda apenas importaba; en su día lo había tomado en consideración, había conjeturado sobre las causas que habían conducido a la situación presente y había barajado las posibles soluciones para una situación tan comprometida, pero a la postre siempre había concluido en una ratificación de su alianza con el monte, en una emocional afinidad con su decisión y en una más acendrada devoción a su defensa, cualesquiera que fueran los móviles que empujaran al extraño. Tal conclusión estaba en la esencia del principio, basado sobre todo en el olvido, pues al aceptar y abrazar la causa del monte con desdén hacia cualquier argumento en favor de la deposición de las armas estaba implícito su concordato con un poder que pasando por encima de todas las edades ni siquiera la muerte debilitaría. Entender al monte era haberlo entendido antes gracias a esa afinidad remontante que en la intimidad le susurraba que en todo momento había estado a su lado, incluso cuando él, por sus orígenes o por su nacimiento o por cualquiera sabe qué circunstancias, habría debido alinearse entre los otros. Y el guarda, como ese amante de última hora al que la mujer no oculta pero tampoco confiesa las aventuras y desengaños de toda índole que le han conducido hasta un pecho un tanto ingenuo y un amor un poco insulso en comparación con los anteriores, turbios y agitados, sentiría, unido al afán de protección para evitarle caer en un nuevo tremedal, como una falta su propio retraso, por haber nacido tarde, por no haber podido acudir en su ayuda en el momento oportuno y tener que

conformarse con el resignado residuo de una naturaleza que aventajada en el tiempo fue precipitadamente sacrificada en una aventura que no la mereciera. Y precisamente porque no la merecían aquellos que en su día la disfrutaron, no permitiría ahora bajo ningún pretexto que sus sucesores —con nuevas añagazas y subterfugios, pero en verdad con las mismas intenciones depredadoras— se hicieran de nuevo con ella. El guarda tampoco podía olvidar que pertenecía a la raza maldita, a los mismos que habían hollado, envilecido y sacrificado el monte en vano, que lo habían dilapidado y echado a perder, los responsables de su hostilidad actual: pero en ningún momento pasaría por la cabeza del guarda la idea de que con el cabal cumplimiento de su misión conseguiría de la parte del monte la redención y rehabilitación de sus hermanos de raza. Nunca sería un agente de ellos, o agente de un único poder que acaso fundido con la propiedad buscara por aquel elíptico procedimiento el perdón de la falta y el olvido de la enemistad. Si allá en sus alturas la propiedad se confundía con la voluntad que animaba a los intrusos, a él poco importaba, pues el mundo en que le había tocado vivir estaba escindido en dos, sin otra conexión entre los dos bandos que la lucha. Si no del odio, él era tan partícipe como el monte de la hostilidad hacia el intruso y nunca se le ocurriría pensar en la trascendencia de su misión, como un camino esquivo y tortuoso (pero el único posible, una vez declarada la lucha) hacia una nueva hermandad. Es más, sólo querría demostrar que fueran como fueran sus hermanos y congéneres él no era como ellos; que nunca daría al monte el trato que ellos le habían dado y que, sin duda, y a pesar de todas sus promesas, volverían a darle en cuanto les fuera permitida la entrada. No sabía cuál había sido aquel trato, pero se temía que el monte tenía que haberse sentido al borde de la destrucción para haber adoptado una decisión tan radical y definitiva. El monte no quería hablar de ello y había borrado todas las cicatrices, pero en ocasiones el guarda sorprendía un gesto suyo de desagrado ante un paso en falso que trajera a su recóndita

memoria el eco redolente de algo parecido y profundamente inquietante, el involuntario estremecimiento de un órgano herido y cuyo apacible sueño había venido a ser turbado por su contacto con una especie que —a pesar de individualizarse en caracteres opuestos, voluntades antagonistas y conductas que no tenían la menor similitud— en cualquiera de sus hijos, incluso en el más amable, sabía inocular la secreta enemistad que le daba forma y entidad. El guarda lo sabía y sin duda por eso tenía que exagerar sus cuidados y su vigilancia. Como la mujer que a consecuencia de sus tratos con el otro sexo ha conocido todos los sinsabores concebibles y no podrá dejar de reprochar a su último amante su condición viril —que le hermana y en cierto modo confunde con todos aquellos que la hirieron—, así el monte parecía cobijar un recóndito recelo hacia aquél que le prodigaba todos sus desvelos, en la sospecha de que tarde o temprano su naturaleza vendría a traicionar su actual conducta, y aun procurando disimularla mantenía viva la llamada de una desconfinza que siempre iría en aumento hasta una inevitable y predestinada ruptura, anticipo y predicción de todas sus diferencias, que vendría a restablecer el divorcio entre dos caracteres que sólo en un momento de efímera efusión se habían encontrado y unido contra todo pronóstico. El guarda se sentía incapaz de detener aquel proceso y si bien en su soledad podía sentir —casi palpar— la hostilidad del monte hacia toda clase de hombres jamás podría comprender de dónde nacía aquello ni qué clase de sacrificios podría ofrecerle para —al menos en lo que a él se refería— hacerle olvidar por el transcurso de sus breves días su condición maldita a fin de verse aceptado como uno más de los habitantes montaraces. Sabía que era muy difícil, si no imposible, y nadie mejor que él lo sabía porque, al igual que ese guardián del establecimiento penitenciario que tras muchos años de servicio ha engendrado una camaradería y una compenetración con la población reclusa, con quien comparte sus costumbres, sus sentimientos y hasta sus gestos de rebeldía, que llega a distanciarse y enemistarse con sus

colegas, no podía recibir sin un escalofrío aquella demostración de complicidad que a espaldas suyas le demostraría que la diferencia entre reo y celador —emanada de un lejano despacho con el que se había archivado, pero no olvidado, la condición del delincuente— no sólo no había quedado borrada por largos años de amistosa convivencia, sino que en cualquier momento sería avivada, aprovechando un hecho minúsculo, y para sus propios fines, tanto por la ley como por el crimen. Con frecuencia se decía que mientras cumpliera su misión no tenía por qué dar vueltas al asunto, ya que nunca sacaría nada en claro, siendo como era el agente de una voluntad cuya decisión perdida en el tiempo jamás volvería a la razón, adormilada en el mullido limbo mitológico de toda idea, y a sí mismo se veía avanzando en un terreno hostil —el tiempo— que se cerraba tras sus pasos, tanto para impedirle cualquier intento de retirada cuanto para confundirle (pues siendo imposible olvidar algo no vivido se veía con frecuencia atormentado por un instinto de recuerdo, el deseo de remontarse hasta aquella obligación contraída por un antepasado y cuya contrapartida se había perdido en el viaje, como ese neceser nunca utilizado por un inexperto viajero que azorado por las incidencias de la marcha olvida en un mostrador) acerca de aquella edad inmemorial anterior a su existencia en la que le había sido ordenado venir en defensa de la propiedad. ¿Cómo si no podía haber obedecido tan ciegamente la llamada del monte en petición de auxilio, y de su auxilio precisamente y no el de cualquier otro? Se decía que en la vida de todo hombre se da ese momento en que se capta la llamada de otro, no lanzada al éter en busca de la respuesta del desocupado aficionado que ocupa sus horas en tan anodino juego, siéndole igual la llamada de uno u otro, sino dirigida a aquel que prefigurando por el deseo surge al instante materializado por el azar, único conocedor de la cifra con que se transmite el mensaje, y que capta todo su sentido en el momento en que se decidía a lanzar el propio. Un brillo en la mirada es suficiente para denunciar la vergüenza del segundo por haber

permitido que el primero se anticipara, pero en ese momento el pudor se transforma en descaro, el yo en tú, y el receptor no tarda en convertirse en emisor. Se recreaba pensando que si siendo muy joven no hubiera venido al monte, el monte debería haber crecido en torno suyo y de nada se congratulaba tanto como de haber sido él quien tomara la iniciativa. Ante el más riguroso tribunal eso debería bastar para declararle inocente y limpio de toda culpa hereditaria, pues nadie podría reprocharle ser como era si siendo así había abrazado una causa tan justa. ¿Justa?, se preguntaba el guarda a veces; si se entiende por justa aquella inclinación más conforme con todos los sentimientos propios, sí; si, por el contrario, justa se refería a la decisión de un numen ante la elección entre dos demandas opuestas, una de las cuales resulta privilegiada por su coincidencia con un pensamiento y una sabiduría a la que son ajenos ambos litigantes, el guarda no podía pronunciarse por considerarlo superior a sus fuerzas. La última y superior jerarquía, si es que existía, ¿a quién apoyaba? Tal vez el intruso tenía razones muy poderosas para atropellar el monte, razones que a él escapaban pero que muy bien podían contar con el beneplácito del numen. Tal vez la propiedad que le había confiado la defensa estaba tratando de hacer prevalecer unos privilegios anacrónicos, que el cambio de costumbres y condiciones de vida había vuelto injustos; o tal vez —y esa idea resultaba más insufrible que las anteriores— los dueños habían huido con las joyas por la puerta trasera, dejándole a la entrada de una finca desierta y sin valor alguno, prolongando a ciegas una vigilancia que ya no tenía el menor sentido. Se preguntaba el guarda si los intrusos no debían haber acudido en mayor número, si era correcta la proporción entre su larga y permanente vigilia y el escaso número de transgresiones y violaciones que había tenido que impedir, si tan escaso rendimiento no sería la mejor prueba de haber sido engañado, él, quien no habría tenido la menor dificultad en eliminar un extraño cada día. Pero a sí mismo redargüía que descansando en semejante desproporción su superio-

ridad, sólo venía a corroborar de manera convincente la importancia de una misión cuya única cláusula era no fallar. No se trataba de números ni de cantidades, sino de una condición: se trataba de no dejar entrar a nadie y ese nadie tenía el mismo valor negativo para uno que para mil, o no sería nadie; y precisamente por la escasez de ocasiones en que ponerla a prueba, tendría su misión un valor más abstracto, más puro, más categórico y más demoníaco. En tiempos había oído decir que también en otros montes y fincas había otros guardas que ejecutaban un cometido semejante al suyo; que quizá sus condiciones no eran tan estrictas o sus órdenes tan tajantes; que gustaban de hacer concesiones y —sin extraer de ello necesariamente un provecho— que incluso alardeaban de su carácter flexible y bondadoso, que les llevaba en ocasiones particulares a pasar por alto sus obligaciones y permitir determinadas transgresiones que en nada afectaban a la economía de las tierras encomendadas a su custodia. No recordaba el guarda si había oído hablar de ellos, en su niñez, con palabras elogiosas y como ejemplos a seguir, pero fuera como fuera, el guarda no los despreciaba pero los compadecía: veía en esas actitudes los síndromes de una grave e incurable disensión interior, ejecutores de una orden que su espíritu no sabía aceptar en todo su alcance, desprovistos por su indulgente desobediencia de una verdadera personalidad; no eran ni una cosa ni otra, ni guardas ni transgresores, acaso avergonzados de su profesión, envidiosos de los otros y sabiéndose en su fuero interno tan pusilánimes como para haber tenido que aceptar un empleo —rebajando su vocación— por miedo a no tener otro. Y también sabía que en otras partes del país se había llegado a un estado de cosas tan relajado que aun prevaleciendo las antiguas prohibiciones, no sólo se podía hacer caso omiso de ellas, sino que con frecuencia eran motivo de abusos por parte de quienes, conociendo la debilidad de sus celadores, sabían aprovecharse de ellas para sus propios fines. En cuanto a él, nadie sino el monte podía ofrecerle recompensas y ni siquiera el triunfo sobre el adversario le de-

paraba la satisfacción con que se retribuye todo el que sale airoso de una difícil prueba. Estaba tan absolutamente persuadido de su superioridad que a duras penas podía considerarlo un triunfo, de la misma manera que no lo era acabar con un conejo o con un zorro, y aun cuando supiera demasiado bien que el otro venía dispuesto a terminar con él; semejante confianza constituía el objetivo inmediato de aquel principio impartido antaño como una lección que había de transformarse en un saber, poco menos que innato, cuya letra se había perdido en los oscuros y casi inconscientes años del aprendizaje y ponerla en entredicho ante un adversario —por temible que fuera— o ante cualquier otro temor hubiera sido tanto como destruir, por debilidad ante un sometimiento advenedizo, la larga formación de un carácter que sólo merced a la superación de parecidas debilidades podría acceder a estacionarse en sentimientos más valiosos y perennes. Así que no sintiendo nunca que su suerte se ponía en juego podía permitirse el lujo de jugar con su adversario e incluso consigo mismo, arriesgando aquella parte de su seguridad cuya dejación no supondría nunca un menoscabo de la garantía del cumplimiento de su objetivo. Era difícil definirlo con palabras, pero el guarda sabía por instinto hasta dónde podía llegar en cada situación, apurándola hasta los mismos umbrales del peligro, si estaba en vena de correr riesgos y permitirse alguna distracción, un procedimiento que por otra parte constituía un excelente ejercicio para el mantenimiento e incremento de sus facultades. El momento del encuentro y el desarrollo del combate no era ni mucho menos lo más inquietante y nunca se sentiría más seguro ni más rebosante de confianza y tranquilidad, más conforme, adaptado y compenetrado con cuanto le rodeaba —incluyendo al intruso— que en el enfrentamiento, por supuesto cara a cara, con su adversario. Aun cuando nunca había matado por la espalda, recordaba una época de su juventud en que lo había hecho a escondidas. Pronto desechó aquel procedimiento y no por una razón de gallardía o cortesía hacia su adversario —o por añadir a su cometido el ade-

rezo de una emulación—, sino porque, al dictado del principio, había comprendido que a la larga el enfrentamiento cara a cara sería el único capaz de garantizarle su superioridad, el único que al hacer recaer sobre su persona todas las determinaciones del hecho, sin recurrir a la ayuda del monte y sin favorecerse de la equívoca ventaja de un escondrijo, le permitiría valerse por sí mismo y renovar y ampliar su propio crédito; de esa forma había conseguido simplificar sus métodos, incluso desdeñando la astucia y las estratagemas, con la vista puesta en llegar un día a cumplir su función con la sola ayuda de sus manos. Ya lo había ensayado con éxito —en unas circunstancias un tanto especiales, con un hombre joven, a todas luces inexperto y en la práctica desarmado —y tan sólo le faltaba una cierta sistematización del ensayo para ascender al siguente y supremo estado: el poder de amedrentar. Estaba convencido de que no se hallaba lejos de alcanzarlo y tan sólo necesitaba unos cuantos atropellos más —que en los últimos años habían escaseado de forma alarmante, sin haber disfrutado de ninguno a lo largo de cinco estaciones— para poner en ejecución su plan. (Tal vez sus adversarios lo habían adivinado y temerosos de tener que someterse a él habían optado por renunciar a cualquier aventura, en tanto no se disipase aquella funesta idea. Pero si lograba perseverar y ellos se mantenían en su reserva, ¿no podía afirmar que ya había adquirido aquel poder, ejercido a distancia?) Con aquel poder —esto es, la propagación pública de su invencibilidad que llevaría al más aherrojado espíritu a la duda y al desestimiento— aspiraba a llevar a cabo su custodia de la forma más perfecta, es decir, de una manera espiritual, sin tener que mover un dedo y sin otra obligación que estar presente en el monte. Por un lado semejante estado no tendría más que ventajas y el monte sería el primer beneficiario de una presencia dedicada exclusivamente a su cuidado, liberada de la vigilancia, y que redundaría en su propio bien, pues todo beneficio del monte era contabilizable como propio. Pero por otro, se decía, semejante estado ¿no sería una vuelta a empezar?, porque

¿cómo se podría asegurar que el poder se mantenía incólume *sine die,* sin campo donde ejercerlo, sin poder demostrar de tanto en tanto que toda transgresión era castigada de manera capital? La experiencia le había enseñado que las generaciones son olvidadizas y que todo hombre ha de pagar con su sangre o con la sangre de sus hermanos y coetáneos para convencerse de que cierta clase de faltas se acompaña irremediablemente de su castigo; también le había enseñado que en el curso de los tiempos algunas faltas dejan un día de ser consideradas como tales y sobre todo aquellas que, por uno de tantos hiatos de las costumbres, dejan de ser cometidas por unas gentes que parecen olvidarse de ellas; así pues, una mentalidad justa y apegada al saldo y finiquito de toda clase de deudas precisa vivir en un régimen habitual de faltas aunque sólo sea porque de otra forma los sentimientos, tanto del agente como del paciente, del deudor como del acreedor, pueden llegar a adormecerse para desembocar en esa indiferencia hacia el acto pecaminoso que para quien se halla investido de una función censora y punitiva constituye la mayor de las depravaciones, la desolación de la abominación. En el mismo tenor, nada le atormentaba tanto como la sospecha —que rara vez se atrevía a formular, manteniéndola arrinconada en una zona sombría de su memoria desde la que acaso ejercía su más ominosa influencia— de haber sido olvidado, no ya por la propiedad, sino por aquellos que decididos un día a burlar sus leyes se hubieran percatado de la futilidad del delito para dirigir su atención hacia otros de mayor alcance, resonancia y, ay, criminalidad. Y sin atreverse a salir al paso, de manera decidida, de semejante aprensión se preguntaba con creciente inquietud y frecuencia si no sería su función de las que había sido abolida por el paso del tiempo, la transformación de las costumbres, la variación del gusto y la moderna falta de curiosidad por unas tierras hoscas, pobres y apartadas, así como por la emigración hacia otras donde todo era más fácil. A la vista de todo ello no podía por menos de soñar en aquel espiritual poder de disuasión que suponía

una solución para todos los enigmas; le libraría de la vigilancia y de las dudas y al absentismo de sus adversarios replicaría con su indiferencia, además de eternizar la vigilancia más allá de su muerte. Y en cuanto a la diáspora de la propiedad, ¿qué podría importar si como consecuencia de aquel poder se habría de convertir en señor espiritual de un reino inviolable? Sin haber tenido con sus semejantes otros contactos que los impuestos por el cumplimiento de su deber —y que en definitiva se traduciría en la obligación de evitar toda clase de contactos con ellos— había podido deducir o adivinar la evolución de sus hábitos y su progresivo alejamiento, sin necesidad de llegar hasta las causas (si es que había causas) que los provocaran. Nunca le había hecho falta tratar con ellos de manera directa para saber hacia dónde se dirigían y así como en los primeros años del ejercicio de su profesión había sabido calibrar en su justa medida la imperiosa atracción que la prohibición ejerciera sobre los más próximos a ella o más directamente afectados por ella —y que solamente podía justificarse por el mantenimiento y la preservación de un secreto— así en los últimos tiempos, a la vista de las cada vez menos numerosas visitas, había llegado a sospechar que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, el hechizo se había esfumado, a consecuencia quizá del progreso de una mentalidad económica que imponiéndose sobre el afán de aventura hubiera determinado que nada existía en aquel monte lo suficientemente valioso como para arriesgar la vida por ello. Como él ignorase lo que el monte guardaba —en el supuesto, más que verosímil apodíctico, de que guardara algo que él no conocía ni debería conocer jamás, elemental norma que tiempo atrás había derivado del principio, pues haberle hecho partícipe del secreto no sólo habría supuesto una amenaza a su comportamiento al convertirle en aprovechado poseedor, aunque no usuario, de una causa que debía defender desinteresadamente, sino una involución completa de las premisas de la custodia, no basada en el valor de lo guardado, sino en el deber de guardarlo fuera lo que fuera— carecía

de medios para juzgar la conducta de sus contemporáneos y estimar el valor de una retirada que bien podía ser acertada desde unas consideraciones que no eran ni mucho menos las suyas, ni podrían serlo nunca. A este respecto el guarda sabía muy bien, y de una vez para siempre, que le había tocado un mundo formado por dos campos irreconciliables y que al elegir uno de ellos —el inmutable, por así decirlo— nada de lo que pudiese ocurrir en el otro llegaría hasta él; y que eso, su inasequibilidad, era un arma precisa que no cambiaría por ninguna otra. Nada tenía que decir al abandono de un cierto coraje, de la voluntad de entrega y de un encomiable amor al capricho de que habían hecho gala los transgresores de antaño [1], pero no podía por menos de lamentar —por lo que afectaba a su actividad y al pleno cumplimiento (esto es, con actos, con la ejecución del castigo, con penas de muerte, con hechos satisfactorios) de su misión— la evolución de sus adversarios, fundamentada en categorías que a él se le escapaban y obedeciendo a una trayectoria que cada día se alejaba más de su puesto; pero ahí quedaba todo a no ser que, haciendo traición a sus más elementales códigos, se aviniera a tratar de comprender el porqué de aquella evolución, lo que de alguna manera habría supuesto seguirla. Demasiado bien sabía que, más que perdonar, comprender es aceptar y en más de un aspecto caer en el campo de lo que anteayer fue incomprendido y que tantas veces no se acepta por un prurito de fidelidad a una primera postura en pugna con una curiosidad que insiste en el abandono de los antiguos límites, en la aceptación de un campo más amplio para la conducta propia y, por ende, para el saber. Pero no, no querría nunca dar ese paso adelante con el que sumarse al signo de los tiempos y, si no hacer cuerpo común con ellos, adoptar para sí algunos puntos de vista de sus antagonistas. No era tanto orgullo ni tampoco temor a perder su propio terreno para trasladarse a otro

[1] Y que daría lugar a todo un ciclo complementario de éste, la leyenda de los cazadores de Mantua.

del que lo ignoraba todo, cuando un sentimiento —acrecentado por la sensación de abandono— de que por un lado le sería imposible dar un sentido a su vida si se sumaba al éxodo de sus contemporáneos y que por otro se había de ver inmerso en una soledad mucho más abominable que la suya, que tan bien conocía y no le causaba el menor malestar: la soledad del hombre que arrastrado por la muchedumbre no encontrará uno solo con quien hablar; y aun cuando fuera consciente de que tal éxodo —que suponía nada menos que la inutilidad de su misión— sin duda obedecía a causas de fuerza mayor que nadie podía soslayar, a las que nadie podía oponerse, ni, por supuesto, de las que nadie podía sentirse ajeno, y que vendrían a conformar tal vez una sociedad muy distinta a aquella en la que su cometido tenía un sentido y ocupaba un lugar inequívoco, no por eso dejaba de pensar en el escaso, por no decir ínfimo, papel que le correspondería en el nuevo concierto si se decidiera a abandonar su puesto acudiendo a la presunta llamada de los tiempos; por el contrario, por insignificante y anacrónica que resultara su misión siempre habría de ser más útil —aun cuando fuera considerada como un curioso vestigio de una edad superada por el progreso— que la renuncia a ella en aras a una colaboración que le sería ofrecida por caridad o por su derecho de asilo, nunca porque fuera necesaria. ¿Qué le podían pedir sino que dejara de hacer lo único que sabía hacer? Sí, había comprobado con creciente zozobra que el monte ya no despertaba la inquietud y la curiosidad de antes. La nube de polvo y aquella enigmática lámina de agua surgida al fondo del valle eran indicios más que suficientes de que en algún lugar lejano se había cambiado de manera de pensar respecto a aquellas tierras y al tiempo que quedaban sepultadas y olvidadas las riquezas de antaño surgían otras cuya defensa nadie se había preocupado de encomendarle. También en el cielo habían aparecido zumbidos, explosiones y signos incomprensibles y al poco tiempo surgieron, más allá de las gargantas por donde el río rompe los últimos obstáculos para abrirse paso hacia la llanura,

los síntomas de un inexplicable alboroto que vino a detenerse precisamente cerca de los límites de su jurisdicción. Se diría que las gentes del llano habían optado por enzarzarse entre ellas, a la vista de la inutilidad o imposibilidad de invadir el monte. A veces se trataba de inconfundibles ecos de disparos que habían de sorprender a un oído tan afinado como el suyo. No se trataba de disparos de cazadores, súbitos y espaciados, al compás impuesto por la imprevisible conducta de las piezas, sino de una encarnizada y tenaz controversia, descargas cerradas y unísonas, repiques continuos y jadeantes tableteos acallados momentáneamente por una sorda y blanda explosión, surgida entre dos bandos irreconciliables, cada uno de ellos dispuesto a someter al otro con el poder de su fuego. Poco a poco fueron acercándose hasta los límites de la propiedad —siguiendo el curso del río, hacia aguas arriba— hasta que el invierno, más convincente que cualquier doctrina, más fuerte que todo apetito de lucha y dotado de un poder arbitral que ningún arma osaría contestar, silenció a ambos con un solo gesto de su vaporosa mano. Volvieron a la primavera siguiente, con la impaciencia de los luchadores que se sienten humillados y poco menos que avergonzados por no haber acabado con su adversario al primer golpe, con el recelo y encono que provoca una imprevista resistencia, y aun lucharon —o simularon luchar— con mayor furia en el siguiente verano, como si a sabiendas del inapelable arbitraje invernal apremiaran el final de la lucha para no tener que llegar a un tercer *round*. Y aun cuando ninguno de los dos alcanzara su propósito, no se amilanaron ante la llegada de los fríos y las nieves para que —a pesar de la inutilidad del esfuerzo— nadie pensara que acomodaban la lucha a los días benignos que, en su siguiente edición, aportaron a los combates el mayor ardor, a juzgar por los signos que de ellos llegaron hasta aquel apartado lugar. Sin duda la lucha debió concluir en la tercera primavera y a ella siguió un prolongado silencio y una ausencia total de movimiento en el valle. No hubo visitas y al guarda comenzaron a asaltarle aquellas dudas a las que tan pro-

picios eran los períodos de inactividad; la lucha —pensaba— había sido tan encarnizada que se precisaba un largo descanso para reponerse del agotamiento, pero ¿no habría sido el fin de una época, no se habría decretado su desahucio, que nadie se ocuparía de hacérselo saber? La dureza y duración de la guerra obligaba a suponer que a consecuencia de ella se producirían grandes transformaciones, algunas sólo perceptibles a largo plazo. Pero una vez más, el guarda se dijo que no había cambiado en nada su estatuto y que a todo trance mantendría la vigilancia, porque el adversario podía llegar en cualquier momento. Y llegó, dos o tres veranos después, con una caballería. Después de eso se reanudaron los intentos —al principio muy tímidos— con lo que el guarda dio en pensar que bien podían ser falsas todas sus conjeturas y que aquella larga contienda, en lugar de alterar el estatuto del monte, no había hecho sino suspender temporalmente la animosidad creada por la prohibición y que a la vuelta de los años se vería reforzada por el período de abstención. No dejaba de resultar extraño que los primeros intentos serios de transgresión, hechos con posterioridad a aquellos sucesos, fueran protagonizados por extranjeros —gentes en todo distintas, por su lengua y por sus hábitos, por sus modales y equipo, a las que habitualmente había hecho frente—, lo que en principio parecía indicar que sus compatriotas, a raíz de sus luchas civiles, se habían conformado con restablecer el *statu quo* de su propio país, dejando a otros el usufructo de la aventura y la exploración de lo ignorado. En cierto modo aquellos fueron los años más duros para el guarda, cuando más esfuerzo tuvo que exigirse a sí mismo, cuando tuvo que llevar a su akmé su capacidad de réplica, de defensa y de agresión. Fueron también años de improvisación, obligado a reformar sus métodos —tan eficaces para el trato con sus compatriotas— para acomodarlos a las técnicas de los extranjeros, quienes no sólo utilizaban instrumentos, armas y pertrechos que al guarda le eran desconocidos, no sólo acostumbraban a obedecer una táctica precisa y regular, indudablemente ensayada con anterioridad

en los menores detalles, sino que también demostraban —a pesar de proceder de muy lejos— tener un conocimiento muy preciso del monte gracias a una cartografía de primera calidad deducida de un levantamiento ejecutado cualquiera sabe con qué sistema, probablemente desde el aire, y que contrastaba con la rudimentaria preparación que en todas ocasiones habían demostrado sus paisanos y el burdo empeño con que habían tratado de superar sus muchas deficiencias. Pero con ser adversarios difíciles, eran a no dudar el mejor regalo tras el largo período de preterición y aquellas duras pruebas se tradujeron en copiosas satisfacciones, pues el guarda, sobre todas las cosas, temía el olvido y el menosprecio de su misión. Nunca había imaginado que sus más duros oponentes —y, por consiguiente, sus más firmes puntales, los que en el altar de la lucha le consagraban en su sacerdocio— pudieran venir del extranjero y siempre había tenido por bueno que su último adversario sería un hombre muy próximo a él. De sobra sabía —si bien de una manera analógica, proyectiva y, cabe decir, genética (pues de la propia debilidad no se convence nadie hasta que recibe una prueba irrefutable y, con frecuencia, irrepetible)— que el final de su misión —es decir, su muerte a manos del último adversario, al cual trató de prefigurar desde el primer día que aceptó su existencia, con tal ahínco que bien podía decir que le conocía como a un viejo amigo (en cuyo trato no había hecho sino progresar, ahondando más y más en un carácter que, en contraste con el suyo, se mantenía tan joven como el día que lo concibió, aureolado de una suerte de prístina, inmarchitable y perfectible lozanía, una hiperbórea, inocente y demoníaca fortaleza, la única capaz de arrastrar al tiempo, sin contagiarse de su usura) que tan celoso como él de conservar su amistad se reservaba para un último momento impostergable el grave encuentro que había de sellarla para siempre, con el cual en más de una ocasión se había deleitado intercambiando sus papeles y haciéndose recíprocas confidencias de sus muchas aprensiones, al cual siendo su homicida había llegado a adoptar como un hijo

y sucesor, cuya llegada no podría sino anhelar (el día que flaquearan sus fuerzas) para hacerle donación con su muerte del dominio y la misión que en legitimidad sólo él podía ocupar y cumplir— había de llegar un día, con el mortuorio mensajero que a continuación ocuparía su puesto, enviado por la misma propiedad que a él se la había confiado. Además de ser el portador de su suerte, traería las credenciales de la propiedad; las pruebas de que no había hecho —en todo aquel largo intervalo— dejación de sus pertenencias ni conculcado su poder para retenerlas; y en cuanto agente de esa propiedad bien podía comprender que mientras cumpliera con su cometido no tenía por qué poner en duda ni sus prerrogativas ni su legítimo derecho a mantener (a distancia) el estatuto del monte. Como el que había de acabar con él era el enviado de la propiedad (consciente de que la defensa y custodia del monte no podía ser confiada ni un día más a quien ya no tuviera fuerzas para empuñar el arma ni sentidos para detectar la presencia del intruso antes de su llegada, cuyas agotadas piernas se resistieran a recorrer todo el dominio, cuya cabeza vencida por el sopor eterno no aguantara las rondas nocturnas) no cabía hablar de un fracaso, sino del cabal cumplimiento hasta su fin de una misión, continuada por quien sabría hacerla (aquella prueba además era el bastanteo del poder del recién llegado) como él la había hecho. Nadie había asegurado nunca que la sucesión se produciría de esa manera, pero algo que o bien estaba implícito en el puesto o bien constituía uno de los muchos corolarios de aquel único principio que, una vez olvidado, se trasmutaba, reproducía, perpetuaba y multiplicaba en un código de numeroso articulado, le había enseñado a creer que no podía ser sino así; que su misión no admitía la jubilación, que en el monte no cabían dos guardas (pues la soledad era sagrada para el recto ejercicio de la custodia) aun cuando uno de ellos pudiera ser pasivo, que una vez se ha entrado en él, ya no se sale (ni en forma de huesos), y que, por consiguiente, tenía que morir en acto de servicio. Puestas así las cosas solamente se podría

hablar de fracaso si su vencedor no acudía con la intención de sucederle en la defensa del monte sino, antes al contrario, para depredarlo. Pero no podía ser. Eso lo sabría pronto, pues le bastaba una mirada para reconocer la intención del intruso y si bien siempre se había enfrentado con hombres que bien a las claras demostraban su hostilidad y su afán de rapiña, estaba persuadido de que al instante sabría reconocer al que había de acudir con ánimo de investir su sucesión. Con frecuencia se había preguntado cuál sería su reacción ante la aparición del joven enviado por la propiedad y —a pesar de reconocerlo como a su propio hijo— no sin cierta confusión tenía que confesar que si bien conocía de memoria el catálogo de ellas no podía presuponer por cuál optaría su ánimo en el momento de la prueba; lo más probable, se decía, es que se presentaran todas y el resultado fuera una mezcla de todas ellas —una combinación de emociones contradictorias y no dominantes, el más abreviado y súbito sumario de toda su vida, voluntad y sentimientos—, pues si habían surgido en su pensamiento decidido a anticipar y modelar todas las circunstancias en que había de desarrollarse la prueba, ¿cómo no iban a estar presentes en una prueba que sólo lo era del pensamiento? Respecto a su modo de actuación no abrigaba la menor sospecha: se enfrentaría a él como un enemigo más, poniendo en acción todos sus recursos, toda su astucia y su veteranía, toda su malicia e incluso exigiendo a su esfuerzo un plus que no necesitaría para con cualquier otro, pues la menor lenidad por su parte podía anular todo el valor de la prueba al conceder al aspirante una ventaja que no tardaría en traducirse en una debilidad (o cuando menos en un valor no probado) para el ulterior ejercicio de su cargo. Defenderse él hasta las últimas instancias, era defender a su sucesor, al monte y a la propiedad: era lo que se pedía —mejor, lo que se exigía— de él. Dejando aparte su comportamiento durante el combate, había algo más que sin duda tendría importancia durante aquellos breves y efímeros momentos, algo que duraría tanto como una mirada de reconocimiento o un gesto de sim-

patía, un breve chispazo entre dos espíritus y que valdría casi como la consagración de la continuidad, en la muerte del uno y la instalación del otro; gracias a ello el reconocimiento sería posible —firme e irrebatible— entre las heridas y los disparos, entre los destellos del metal y el polvo de las carreras, en el jadeante reposo de la agonía, en el último, supremo e inútil esfuerzo para sacudir la derrota; bastaba ese instante (un instante es el alma) para acogerle como su heredero y sucesor, para transmitirle los secretos del monte y el acumulado saber de su experiencia, para fortalecer el vínculo de una breve —pero duradera— amistad, para gozar siquiera por un instante de un fugaz y minúsculo sosiego en la comprobación de la identidad de su sucesor y para antes de fallecer recrearse en la instantánea contemplación de todo el proceso superior —prolongado y encomendado a las generaciones— del que él había sido nada más que una pieza de impecable comportamiento. Lo tendría que conseguir con las armas en la mano y sin cejar un momento en el combate que, gracias a la superioridad inicial de todo el que se defiende, podría dirigir a su antojo en los primeros lances a fin de prolongarlo más de lo necesario y concederse así un mínimo plazo para procurarse esas satisfacciones. Todo lo que tenía que enseñar se lo enseñaría luchando; en resolución, todo su legado consistía en la transmisión de aquel olvidado principio cuya formulación no podía ser otra que la conducta del combate y en cuanto a él —se repetía— no le habían de faltar ocasiones para a despecho del resultado final adverso procurarse la retribución que tanto ansiaba, antes de exhalar su postrer suspiro. Pues, insistía, ¿cuál sería su reacción?, ¿qué sentimientos prevalecerían y se demostrarían los más fuertes a la vista de su último adversario? Pues aun cuando no estuviera en juego el resultado, previsto y predeterminado por el numen que celaba la preservación de la propiedad, no por eso había de desdeñar las emociones que habían de colorear de una u otra manera el último acto de servicio de una carrera tan dilatada que, a mayor abundamiento, y en compensación a su monoto-

nía, debía clausurarse con un acontecimiento saturado de novedades e inéditas experiencias. En todo momento soñaba el guarda con un final honroso y convincente... para el monte, pero eso dependía en buena medida de su enemigo; si éste respondía y se comportaba como esperaba de él, podía morir tranquilo; y por lo mismo, su mayor congoja se aparejaba a la posibilidad de que el monte quedara descontento con el desenlace —y sin duda el monte sabría expresarlo y hacerle llegar en aquellos instantes decisivos la expresión de sus sentimientos—, reproche alzado en una hora huidiza pero cargado con todo el poder de recriminación por una larga dominación no deseada de la que él no sería testigo, añadiendo a la amargura de la separación el malestar de una situación aborrecida de antemano. Pues no había que confundir al monte con la propiedad y aun cuando aquél fuera la pertenencia de ésta, y debía aceptar todas las premisas del tutelaje, tenía un alma propia no demasiado dueña de los sentimientos que despertaban en su seno las personas o las instituciones a las que era encomendado. Como el niño al que se le cambia de aya o de la mano de su madre al llegar a cierta edad es acompañado a la puerta del colegio donde va a proseguir una educación iniciada en casa, así el monte —no queriendo saber nada acerca de la conveniencia de la medida ni de los cambios a los que obliga el crecimiento— apegado a los rostros y rasgos familiares que le han concedido todo su cariño y su apego en tantos momentos necesitados de devoción, miraría con horror toda cara nueva y todo nuevo ámbito, desvinculados de todo afecto y responsables de la separación de cuanto ama. Al compararlo con un final semejante, al guarda le crujían los dientes de ira y vergüenza y el nerviosismo asomaba a sus dedos, cuando acariciaba y trataba de alisar la correa de su escopeta. Y por otro lado, ¿se demostraría tan fuerte como para dejarse matar si el monte se aferraba a él? ¿Serían esos sentimientos tan poderosos como para cambiar las tornas del combate y contravenir el ineluctable resultado previsto y preestablecido por la propiedad? Ante esas preguntas no acer-

taba a saber cómo se comportaría él mismo en un combate en el que —a diferencia con todos los que había sostenido hasta entonces— su derrota y muerte estaban cantados de antemano, tras el reconocimiento del sucesor, pero ese reconocimiento ¿no afectaría a su ánimo, por debajo de su voluntad contractual para luchar, de forma que sin él siquiera sentirlo mermasen sus facultades a fin de alcanzar el desenlace de la forma más económica para todos? Dando eso por supuesto, ¿no sería preferible aprestarse a la lucha de manera ciega, a la primera sospecha de que se trataba de su verdugo y sucesor, sin recrearse en la verificación de la naturaleza que había adivinado y preformado por la premonición, ni atar los cabos sueltos de la sospecha para anudar la certidumbre? En tal caso, ¿no se privaría de todas las satisfacciones —tanto como esperaba de ellas— que había de depararle su último combate? ¿Y no eran más que satisfacciones, el premio de toda una vida que no había conocido un solo acto de reconocimiento? Pese a haber elegido una existencia dedicada a un cometido tan simple, ¿se vería también escindida por innumerables e insolubles contradicciones y aporías, tendría que ver cómo sentimientos y aprensiones del futuro tan antagonistas se disputaban y despedazaban un destino que él había querido ofrecer con inalterable fidelidad a un único y bien sencillo principio? ¿Quién se había propuesto una tergiversación tan absoluta de su voluntad? ¿La propiedad? ¿El numen que vigilaba su preservación? A veces, y acaso para comprenderse mejor, se decía que la propiedad no podía estar sometida a tales inquietudes e indeterminaciones; ya la misma orden de defender el monte a todo trance y contra todo evento indicaba una voluntad inmutable, una concepción del destino trazada de una vez para siempre, una imperturbable decisión lanzada al pluscuamfuturo para sobrevolar el temblor del tiempo. Quién sabe si tal decisión era el resultado de una lucha mucho más sublime, seria y trascendental que la que él había mantenido, contra poderes ininteligibles y enemigos, casi invisibles, mucho más poderosos que los suyos pero por lo que él

alcanzaba no podía sino colegir un orden sereno e imperceptiblemente móvil, como el que regía la marcha de los cielos. Y al igual que él, bien podía ocurrir que el estado actual de la propiedad, del monte y del propio guarda no fuera más que el residual rescoldo de una terrible conflagración pasada, cuyas últimas explosiones se prolongarían muy por delante de los días y las noches. El guarda admiraba el espíritu de la propiedad por su flema, por la manera solemne y enigmática con que cumplía sus propios designios, por la incuestionable autoridad con que había sabido revestirse pero, por encima de todo, por la serenidad con que aceptaba el curso de todo acontecimiento, seguro y convencido —al parecer— de la futilidad de la historia y de la incapacidad de sus actores para desembocar en un fin diferente al que había sido establecido —con su participación— con anterioridad a sus orígenes. ¿Y quiénes serían aquellos otros participantes que habían decidido el curso y el destino de todos los seres? ¡Ah!, un extraño cónclave, con el concurso de algunos animales inferiores —algunos insectos— y la presencia a regañadientes de algunos desterrados del reino de las luces, disimulando a duras penas su catarro. En su juventud el guarda había echado de menos una cierta asistencia por parte de la propiedad para fortificarle en los momentos de desmayo, pero poco a poco había venido a comprender que habría sido ridículo y fútil por su parte requerir la menor ayuda no sólo porque sus atribuciones descansaban en una absoluta independencia y libertad de acción, dentro de los límites del monte, sino porque la plena responsabilidad de su función irrogaba su cumplimiento sin dar pie a la menor alarma; puesto que en el monte debía encontrar todo lo que precisara para su subsistencia y su defensa, ¿no habría supuesto una confesión de debilidad —incompatible con su autarquía— la solicitud de un último complemento que él fuera incapaz de suministrarse? Ciertamente en los términos de su contrato había aceptado la situación tal cual, sin que fuera lícito enarbolar cualquier pretexto de excepción o fuerza mayor y una de las primeras lecciones

que derivaría del principio era que en ningún caso, pasara lo que pasara, debía la propiedad ser molestada o alertada por un acontecimiento cualquiera en sus tierras. Todo estaba previsto —o al menos descartado— porque en la determinación absoluta no hay espacio para la excepción y si de algo estaba satisfecho el guarda, tanto o más que de haber salvaguardado la integridad del monte, era de su autarquía. Después de los exploradores extranjeros volvieron a aparecer —de manera esporádica y furtiva, al principio— sus paisanos. La guerra de años atrás había cambiado muchas cosas y éste era el momento en que se dejaba sentir la influencia de nuevas actitudes y costumbres, la dirección que cobraba una mentalidad desvinculada, a causa de la cortadura practicada por los padres de la presente generación, del rumbo anterior. A pesar de su aislamiento, al guarda no le pasaría inadvertido aquel cambio que para él constituía un motivo más de preocupación; en efecto, no estando él sujeto a ninguno podía, sin abandonar o descuidar el menor de sus deberes, hacer caso omiso como si se tratara de cosas de otro mundo, tal como las evoluciones del siglo apenas alteran la vida de los que han elegido la clausura y el voto de fidelidad a un principio inmutable; pero por firme y perpetuo que fuera ese voto no podía —a diferencia con el enclaustrado que sólo ha de mirar por su salvación, habiendo cortado con sus semejantes toda relación a excepción de una cierta cortesía espiritual— desentenderse plenamente de las intenciones del prójimo aun cuando, fueran las que fueran aquéllas, solamente tuviera que acabar con su vida. Pero aún así, no era lo mismo un adversario dispuesto tan sólo a transgredir la prohibición y hollar el monte poco menos que por capricho —cual era la modalidad dominante en los tiempos antiguos— que otro venido en obediencia a un mandato de otra índole —menos personal, más desinteresada, más moral, por decirlo de alguna manera—, nacido precisamente de la evolución de un concepto de la sociedad, de la que la propiedad se había desentendido y por ende a la que se había opuesto, manteniendo la misma rígida férula que

sólo tenía un verdadero sentido en un orden periclitado. Una vez más, por consiguiente, se tendría que plantear el guarda para sus adentros el problema de la justicia de su misión, pero a diferencia con aquel otro momento en que lo había resuelto aceptando su completa sumisión a uno cualquiera de los dos sistemas antagonistas que con su oposición lograban mantener, desarrollar y modificar el orden, en esta ocasión no se trataba de refrendar la elección entre dos términos equilibradamente opuestos, sino de tratar de averiguar hasta qué punto la justicia estática e inmanente de un principio inalterable podía mantenerse dentro de la movilidad del medio en que estaba inscrita. Por eso se preguntaba el guarda si las nuevas actitudes que demostraban sus adversarios no habrían alterado esencialmente el veredicto formulado en su juventud y si a eso añadía el silencio (por no decir la indiferencia) de una propiedad abscóndita, se comprenderá cómo la creciente inquietud que albergaba —manteniendo empero su obediencia al principio y su empeño en cumplir la orden que recibiera— hacía más difícil su misión cuando más fácil (gracias en parte a su mucha veteranía y la bisoñez de la nueva generación) le resultaba consumarla; respecto a sus facultades físicas y a su competencia para llevar a cabo su tutelaje, nunca el guarda se había sentido tan en forma, de la misma manera que el mecanismo de seguridad de un artificio conserva mejor su eficiencia con una sistemática utilización en un régimen de riesgos limitados que en un completo desuso y hasta ese momento en que la magnitud del peligro puede sobrepasar al poder de reacción ante el fallo. Ciertamente los exploradores extranjeros habían conseguido crear un estilo de acercarse al monte muy distinto al que dominaba el país antes de su llegada; no sólo acudían espoleados por la curiosidad o el espíritu deportivo —pues nada invitaba a pensar que intentaban radicarse allí o explotar un monte cuyas riquezas o quedarían en él o se verían obligados a transportar a través de una tierra hostil—; no sólo se podía advertir por su cuidadoso comportamiento, ya dentro de la propiedad, que a todo trance

trataban de borrar la huella de sus pasos y herir lo menos posible la naturaleza, a fin de que todo siguiese igual que antes, sino que también parecían animados de una afección al monte y un sentimiento de su defensa y preservación totalmente opuesto al que justificaba la presencia del guarda. Cabía pensar que tras tantos años de ausencia de la propiedad se había creado —imposible era saber dónde— otra virtual propiedad que alimentada por la misma voluntad de custodia oponía a la legitimidad histórica de la primera, la legitimidad social de un temor que no consideraba suficiente para la defensa la presencia velatoria del guarda. Se diría que venían a cumplir su misma misión pero sin armas, sin juramento, sin mandato, y a fin de frenar los instintos agresores de cualesquiera otros entre los cuales, tal vez, incluían al guarda. Se diría que la propiedad espiritual del monte había pasado a manos anónimas, a gentes que se decían de bien, que sólo por su educación y por sus sentimientos —y sin otros tíulos— creían tener derechos sobre él y, sobre todo, el derecho a tutelarlo. Por esa razón, la situación original existente cuando muy joven se incorporó a su puesto y definida por la existencia de dos bandos antagonistas e irreconciliables —de un lado la legítima propiedad decidida a defender y preservar el monte tal cual era y de otro aquellos que no aceptaban, por la razón que fuese, la prohibición de entrar en él—, se había complicado durante el ejercicio de su profesión con la llegada de otros bandos —como los hijos de un matrimonio desavenido— que sin excluirse de la controversia adoptarían respecto a ella unas posiciones que nada tenían que ver con las tradicionales, aunque se materializaran en las mismas actitudes. Pero no vendrían a engrosar las filas de uno u otro bando, sino que todos se demostrarían enemigos unos de otros. Se preguntaba el guarda si la confusión que resultaba de todo ello no sería un nuevo ardid y una trampa que le tendía el espíritu de transgresión que, a la vista de la inutilidad de sus esfuerzos por violar la ley directamente, y con objeto de hacerle perder la cabeza y el tino, trataba de sumirle en la

desesperación del hombre que ya no sabe cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos. Durante toda su vida lo había sabido muy bien: todos los que se acercaran al monte eran enemigos, a sus amigos nunca los vería. ¿Por qué se había de cambiar aquella regla tan sencilla, de tan fácil aplicación? ¿Por qué cuando sin duda ya había doblado el mejor momento de su vida y a sí mismo se veía descendiendo suavemente hacia la vejez y la decadencia de sus facultades, tenía que aparecer una nueva raza de blanquecinos exploradores animados de la voluntad de coadyuvar en la defensa del monte? ¿Acaso creían que no se bastaba él para eso? ¿De dónde salían? ¿Quién les había adoctrinado? ¿Quién les había concedido el derecho a ostentar aquella insignia? ¿La propiedad? ¿Acaso para probarle una vez más? ¿No estaba todo suficientemente probado? Cuanto más lo pensaba más se persuadía de que cuanto más apremiantes fueran los síntomas del cambio y más amistosos los saludos que intentaran cambiar con él, menos cambiaría de actitud: seguiría disparando y llevándolos a la muerte (acaso con un ahínco que no había necesitado en la *belle époque),* sin conceder el menor pábulo a semejantes inquietudes. Al menos así nunca tendría que enfrentarse al reproche (el que más le horrorizaba) de no haber cumplido con su misión. Y si había de hacerlo mal, sería por exceso de celo. Sin duda lo más fácil de hacer es lo que se ha hecho toda la vida, sin molestarse en pensar y cambiar, sin más que cumplir, cuando la capacidad para el cumplimiento está más que probada. Pero todo hombre cumplidor —para alcanzar una cierta dignidad— debe reconsiderar cada día su labor, por encima de las comodidades que le ofrece la rutina, y ratificarla mediante aquel juicio que entre varias posibilidades la vuelva a elegir como la más conveniente, como si se tratara del primer día y nada hubiera pasado, ya que una reiteración —por sólidas que sean las costumbres que se derivan de ella— no es moralmente nada. La vida del guarda, ya cuando discurría por el monte inactivo pero atento y al acecho, ya cuando se presentaba la ocasión de ejercer su cometido, se repartía

en dos actitudes muy distintas y que, merced a una disciplina automática, no se interferían entre sí: la primera era la del hombre que en todo momento ponderaba el mejor método y razón para el ejercicio de sus funciones, con arreglo a las normas adquiridas o a otras nuevas al dictado de los cambios, y la segunda la de quien a la hora de la verdad pasaba a la acción directa —de manera casi inconsciente, preterracional— sin más, cualesquiera que fueran las conclusiones de su período meditativo. Consideraba el guarda que con el tiempo la primera no había hecho sino crecer y ramificarse a costa de la segunda (que en un principio, junto con el sueño, dominara sus horas), reducida en aquella penúltima etapa de su vida a unos pocos combates que requerían una respuesta brutal e instintiva, como la del jabalí, cuando tenía que enfrentarse con el transgresor; pero aquel incremento de una a costa de la otra, lejos de constituir una amenaza al puntual cumplimiento de su custodia, lo recibiría como el inesperado premio a su eficiencia, la donación libre y sin compromisos de largas horas y días y meses enteros en los que dejar suelta su imaginación que, a partir del momento en que advirtiera la presencia del extraño (y un arcano sentido desarrollado en la soledad le instaba a descolgar del hombro la escopeta, a frotar con saliva su cañón y acariciar el gatillo antes de que se percibiesen en su entorno los primeros síntomas del atropello) en sus tierras, debía ponerse ciegamente al servicio del mandato. Un día las cosas habían ido demasiado lejos: se había dejado engatusar, hasta un límite que rozaba el verdadero peligro, con la escopeta montada y reclinada tras una gran lancha de granito, con el sol a su espalda, por las imágenes que en su ánimo despertara la presencia de un joven que imprudentemente avanzaba hacia él y del que, a causa de la altura de las urces, sólo llegaría a ver su torso —la cabeza cubierta con un sombrero negro de amplias alas—; embriagado por aquella suave hora del día se dejaría llevar a las ensoñaciones; como siempre, se preguntaría por el carácter de aquel muchacho, por su procedencia, por los motivos que le habían em-

pujado hasta allí; se preguntaría «¿será mi sucesor?» No, no podía ser: su sucesor no llevaría la cabeza cubierta ni, menos aún, se arriesgaría sin protección hasta aquel punto donde podía acabar con él de un solo disparo; su sucesor se conduciría de tal manera que en ningún momento del encuentro el guarda tendría la oportunidad de acabar con él. Y tal vez para negar esa certeza y conceder a su contrincante una supernumeraria posibilidad de ser su sucesor, le dejó ascender sin cortarle el paso. Se descuidó o le permitió avanzar más de lo debido o calculó mal la velocidad de su ascensión. El otro debió advertir un reflejo del sol en la mira de su escopeta —que había perdido el empavonado— y de pronto desapareció de su vista; antes de que su segunda actitud hubiera apelado a sus reflejos para imponerse a la situación, una bala (no una carga de postas) fue a estrellarse contra el borde anterior de la lancha, cubierto de musgo seco, provocando un chispazo, un súbito surtidor de polvo y esquirlas de roca y el sonido protestón del muelle de un catre. En seguida vino otra que fue a caer en tierra, a unos pocos metros a sus espaldas, pero con una dirección más ajustada. El intruso le había localizado. Por la fuerza del impacto el guarda pudo deducir la distancia a que se hallaba, armado de un rifle de repetición capaz de abatir un jabalí de un solo disparo —un arma mucho más poderosa que la suya—, refugiado en el bosquecillo de robles albares que por no haber sido nunca cuidado ni entresacado constituía un formidable escondrijo, pues a pesar de que ningún tronco era tan robusto como para ocultar la envergadura de un hombre, era tan tupido que a pocos pasos de su linde un cuerpo se podía mover en paralelismo con él sin ser advertido desde fuera. En contraste, el guarda seguía apostado tras la gran lancha desnuda y aislada en la ladera de monte bajo, en su parte de aguas arriba y mirando al valle, en una situación que fácilmente podía ser descubierta si el otro se decidía a ascender por el bosque sin salir de él; tanto si ascendía como si descendía, al guarda no le quedaba otra opción que dar vueltas a la lancha para permanecer

resguardado por ella, en oposición a los movimientos del otro. Pronto desechó el guarda la posibilidad de internarse también en el bosque, mediante una breve y rápida descubierta, para proseguir la lucha en el mismo medio que su adversario y, a cambio de un cierto riesgo, en unas circunstancias más niveladas. El hecho de que las directrices que sigue la conducta del combatiente sean mucho más económicas y veloces que las razones esgrimidas *a posteriori* para ratificar su acierto, exime de la necesidad narrativa de exponer algo que sólo porque no hay otro concepto más ajustado se puede llamar pensamiento y que, en verdad, cuando se vierte en las categorías y fórmulas de éste pierde lo más valioso de su contenido y por eso, aun cuando resulte ocioso preguntarse por qué prefirió el guarda seguir apostado tras la lancha en lugar de internarse en el bosque, acaso no esté fuera de lugar presumir que una parte de su decisión estaba informada por hábitos intraducibles a palabras, por su concepto del deber y de la mejor (o más elegante) forma de cumplirlo, por la obediencia al principio que le susurraría hacerlo así, sin tener que apoyar su consejo con razones, por la preferencia por el riesgo de su situación antes que por el riesgo a abandonarla, por la costumbre de hacerse solidario con las circunstancias en que había planteado la lucha sin tener que introducir improvisaciones —a la vista de un posible desacierto inicial— que si bien podrían poner de manifiesto su capacidad de corrección y sus facultades para la repentización no por eso dejarían de demostrar la inconsistencia de un planteamiento ejecutado con tiempo y serenidad. La falta no estaba en su posición tras la lancha, sino en haber permitido que el intruso se internara en el bosque a tan poca distancia de él, así que por añadidura era tras la lancha donde el guarda tenía que demostrar lo acertado de su elección y hacer gala de la necesaria habilidad para sacar a su adversario de su refugio. Lo primero que se preguntó el guarda fue si el intruso sabía dónde se encontraba él. Las dos balas parecían evidenciarlo, pero todo había sido tan rápido que bien podía el intruso haber

disparado a sentimiento, al menor atisbo de peligro y sin la seguridad de saber sobre qué disparaba; la dirección y el número de disparos del mismo modo que dejaba poco margen para la ignorancia del otro en cambio ponían de manifiesto toda la ignorancia del guarda respecto a lo que su adversario sabía. Esa fue la primera incógnita que decidió despejar, incorporándose para hacer ostensible su presencia y simulando escudriñar la parte opuesta del monte a fin de equivocar al adversario respecto a sus propias sospechas. La respuesta no se hizo esperar en la forma de otros dos disparos cuyos proyectiles fueron a caer de nuevo detrás de él, en tierra, demasiado altos pero correctamente enfilados. La suposición del guarda acerca de la dirección en que se hallaba oculto su adversario fue confirmada por un trozo de corteza desgarrado por el proyectil que quedó colgando de un tronco próximo; el espaciamiento de los dos disparos denunciaba que el tirador había apuntado dos veces, levantando la cara del arma, lo que invitaba a pensar que tampoco su visibilidad era muy buena; conjugando eso con el ángulo vertical de la trayectoria el guarda pudo deducir que su adversario se hallaba cuerpo a tierra, oculto entre la maleza del bosque y con toda probabilidad, a la vista de la precipitación con que se había lanzado dentro de él, sin apercibirse de forma cabal de su frondosidad; de todo ello dedujo el guarda que el intruso ignoraba que incorporándose tampoco sería visto, razón por la que permanecía acostado, con severas dificultades para colocar la trayectoria de su fuego sobre el borde superior de la lancha y totalmente imposibilitado para lanzar una visual a su base. La lancha tenía en planta una forma sensiblemente triangular, con uno de sus vértices implantado en la dirección donde se hallaba el intruso y su base opuesta —el lado mayor del triángulo— en la dirección de la máxima pendiente de la ladera. El guarda se deslizó hacia el vértice más bajo de la lancha e incluso sacó medio cuerpo fuera, persuadido de que entonces se hallaba a una cota inferior a su adversario y en distinta dirección al eje de su cuerpo. Como no tuvo réplica, el guarda se

aventuró aún más, descendió reptando por la ladera y se apostó tras una mata de urces, en dirección que estimó sensiblemente ortogonal a aquel eje, y cargó con postas. Primero mojó la mira con saliva y con el pulgar acarició la arista superior del cañón, mientras escudriñaba en la espesura; se arrodilló y con calma apuntó sin objetivo en la dirección que más podía penetrar, a través de los troncos. Disparó y observó solamente el estremecimiento de la maleza y tras echar la cuenta, disparó de nuevo derivando un poco a su izquierda pero sin bajar la mira. Entonces creyó oír una voz y vio un pie que se irguió por encima de la maleza para volver a ocultarse de inmediato, como si se tratara de un blanco de barraca, accionado por un resorte. Dos disparos de bala fueron la contestación; dos disparos muy seguidos, de incontenible rabia, un tanto insensatos, que le llevaron al guarda a pensar que alguna posta había alcanzado su cuerpo. No era el guarda de los que saben mantener un mismo ritmo en el curso de la lucha; podía empezar con calma, midiendo sus movimientos y sus golpes y sabiendo recibir los de su contrario, pero una vez que la ansiedad del combate (nunca la razón) pulsaba un relé o una fibra encargada de imprimirle un mayor dinamismo, el ritmo de sus golpes se aceleraba al tiempo que incrementaba la pujanza de los mismos hasta entrar en una resonancia en la que fortaleza, tino, apetito y anhelo de consumación parecían conjugarse en un único y ciego paroxismo que introduciría a su alma en una zona oscura, casi ajena a sus sentidos —que se habían quedado atrás, tras haberse despegado del terreno sensorial—, ante el turbulento umbral de la muerte, por la que sería conducido por un ímpetu del que nunca sería dueño, bien a su disipación en aquel caos, bien al insólito, palingenésico calderón de la victoria, reductora del caos a la calma de la tarde, tras la recuperación de los sentidos. Por eso la muerte no le asustaba (en contraste con el afecto a otra persona, sobre lo que nunca había querido pensar, temeroso de que le produjera un vértigo). No era intención del guarda seguir hostigando a su adversario desde aquel puesto,

acertando con algún que otro disparo, por lo que decidió volver a gachas hacia la lancha y, por su cara meridional, alcanzar el vértice más próximo al lindero del bosque. Desde allí el ángulo era distinto, pero el guarda supuso que su adversario, tras recibir un impacto, había cambiado de postura. No quería herirle de muerte sin antes impacientarle y obligarle a salir de su escondrijo, pues muy bien sabía que en su situación la mayor fuente de inquietud procede del hecho de saberse hostigado sin alcanzar a detectar la posición del enemigo; de tal modo la vista es la señora del combate que arriesgaría su seguridad por ver antes que permanecer seguro a ciegas. Desde aquel punto el guarda disparó otros dos cartuchos, con calma, pero esa vez no tuvo indicios de haber logrado un blanco y cuando ya se disponía a hacerlo de nuevo, derivando hacia su derecha, el movimiento de unos tallos le vino a señalar la nueva posición de su enemigo; se hallaban de frente, pero gracias a la forma de la roca el guarda seguía a resguardo aunque por escaso margen. El guarda esperó; sabía que podía esperar más que el otro porque nada podía impacientarle, en tanto que el otro tendría que incorporarse para ver, sobre todo si estaba tocado. Pero también el otro era tranquilo y quién sabe si esperaba a la noche para poder retirarse; el guarda sabía demasiado bien que en tal caso estaba perdido. Acaso por eso mismo, por jugar aquella partida con todo su riesgo y no permitir que degenerara en una caza nocturna o anhelante tal vez de dejarse llevar a un frenesí que hacía tiempo no había gozado, el guarda abandonó su refugio tras el vértice de la lancha y avanzó agazapado hacia el lindero del bosque, incorporándose ligeramente cada cuatro pasos para medir la altura de la visual de su adversario. Cuando alcanzó un punto a mitad de camino, tras mojar con saliva la mira y acariciar el fuste, se incorporó sobre sus rodillas, disparó a continuación sobre la misma línea, primero un disparo largo para alcanzar en lo posible el cuerpo por debajo de la cabeza y uno más corto después, bajando la mira, para levantar ante los ojos de su adversario un torbellino de tierra, tallos

cortados y semillas; se volvió a agachar y avanzó otros cuatro pasos, cambiando de trayectoria y perdiendo cota. Por dos veces repitió la operación, subiendo y bajando, avanzando en zigzag. Entonces su adversario se incorporó a medias, tras uno de los troncos más gruesos, con el hombro izquierdo apoyado en él. El guarda le vio en seguida —tal vez no le habría visto de no haber surgido tras un roble— y disparó hacia el punto donde tenían que estar sus rodillas. Se desplomó, pero cuando el guarda se adelantó de nuevo, al alzar la vista lo vio incorporado ante él, con el arma en la cara; a pesar de que el guarda se echó a tierra le metió una bala en la nalga, que debió rozar un hueso. Antes de recibir el dolor ya había disparado de nuevo el guarda, al mismo punto de antes pero más alto. Su aullido despertó al guarda del instantáneo sopor que se había apoderado de él —embriagado en el propio torbellino, el dolor transformado en el balsámico (un poco pútrido) frescor que despedía el umbral que se adivinaba a través del polvo— y que desterró con un estremecimiento, tras comprender que una vez sufrido el primer latigazo no caería en el sueño. A pocos pasos vacilaba su adversario, con un agujero en el pantalón y doblada la pierna izquierda y su mano dudando entre acariciar la herida o empuñar de nuevo el rifle, así que el guarda tuvo tiempo para cargar de nuevo y sin echarse el arma a la cara, disparar al bajo vientre, a las partes. El otro quedó paralizado, con las piernas y brazos abiertos y una expresión de asombro —la tétrica sospecha de una herida mortal de la que no quería cerciorarse— del que el guarda consideró que no debía sacarle por lo que avanzando un poco más le estrelló el segundo cartucho en plena cara, dirigido el tiro a la boca abierta, pues su mandíbula inferior había caído todo lo que daba de sí. El guarda se juró a sí mismo que nunca volvería a ocurrir nada parecido a causa de su dejadez, de su exceso de confianza o de su tendencia a dejarse llevar a la embriaguez de la imaginación. En aquella ocasión el guarda supo, como no había sabido nunca, que durante un considerable lapso había estado a merced de

su adversario y que sólo una incorrecta interpretación de éste de su propia situación le había salvado del desastre, ya que no su sistema de defensa, que por una ligereza había debilitado hasta un punto inexcusable. Se comprometió a sí mismo a que semejante contingencia no volvería a ocurrir, pues si bien podía derivar de ella una mayor confianza en sus recursos para salir aventajado del apuro, y aun enriquecido por la experiencia, no podía olvidar que de tentar de nuevo la suerte frente a un adversario que en todo momento supiera ponderar su situación, sus días estarían contados. Pero no era eso lo peor; una vez más, lo más grave era que a causa de su negligencia se apoderara del monte un cazador que no lo mereciera, a pesar de vencerle. Que se vinieran abajo sus sueños acerca de su sucesor, para dar paso a poco más que un cualquiera. Y si se miraba en su propia imagen tenía a la fuerza que reconocer qué lejos estaba su mismo caso de aquel majestuoso combate con que tendría lugar la sucesión; no sólo no había tenido un gran adversario, sino que el combate —a pesar de tratar de recordarlo y reivindicarlo como un gran acontecimiento— había sido mucho más sencillo que lo que la fama inmemorial pretendía. Y toda vez que con él había terminado toda una larga sucesión de guardas incapaces y débiles, ninguno de los cuales durante decenios había sabido conservar su custodia más de unos pocos meses o años, obligando al monte a padecer un constante cambio de manos que no hacía sino debilitarlo y empobrecerlo, el guarda no tenía otro propósito que hacer entrega de sus poderes a quien como él supiera hacer uso de ellos durante un prolongado período; sólo así podía garantizarse el castigo de todos los atropellos y el ejercicio de la tutela en manos dignas de ella. Todo el suceso no tuvo otra repercusión que el creciente recelo del guarda hacia sus ensoñaciones, a las que en lo sucesivo miraría como seductoras, pero peligrosas acompañantes de su vigilia y a cuyos suaves halagos en lo sucesivo se entregaría solamente cuando los días se anunciasen tranquilos y en el horizonte no se columbrase el menor atisbo de amenaza al monte. Con

lo cual dejaron de ser dos las actitudes de su alma, pues una tercera vino a interponer —por así decirlo— una tierra de nadie entre ellas, tan diferentes y tan tajantemente separadas, una especie de terreno vago sin características propias, no dominado por ninguna de ellas y en el que para convivir amistosamente ambas tenían que perder sus más calificativos caracteres. En aquel terreno el guarda ni daba en pensar intensamente ni vigilaba con acecho y, tal vez, oscuramente y con regocijo y con miedo al mismo tiempo, vino a descubrir que aquel terreno era el más grato de los tres. Que en aquel terreno deseaba vivir, que no aspiraba a más, que a su entender había adquirido los suficientes méritos como para retirarse a él, dispensándose de otras obligaciones, y que su fin, su muerte debía encontrarle allí, en una mezcla de pensamiento sin inquietud y vigilancia de trámite, acaso gracias a la milagrosa aparición de un seráfico guardián que sin pisar la tierra ni hollar el monte viniese de las alturas para hacerse cargo de la custodia, sin obligarle a echarse el arma a la cara y librar un último combate con el que llevar a cabo la transmisión de su poder. Quizás fuera posible, pensaba el guarda en el centro de aquel terreno; quizá la historia tendiera a una suavización de sus últimas escenas, de sus actos de clausura y a una mejor satisfacción del apetito de decadencia que lleva dentro toda carne y todo espíritu; quizás un día también la historia y la sociedad fueran lo suficientemente viejas como para no alarmarse ante la declinación de su poder y la pérdida de su savia, el deseo postrero a marchitarse que el mundo animado parecía tener que callar y ocultar como si fuera un pecado de abominación. Pocos años antes el guarda había observado, desde un punto alto y mirando hacia el mediodía, hacia la llanura que se abre tras las últimas gargantas del río, una extraña y nueva polvareda que se iniciaba, casi a fecha fija, unas semanas antes de la llegada de la primavera y sólo se extinguía en vísperas del solsticio de invierno. El guarda no conocía un fenómeno parecido, tan constante y tan fuera de toda norma. Y en ciertos mediodías del verano especial-

mente quietos y silenciosos, cuando no se movía una hoja y el aire parecía tan sumido en su sopor como para no molestarse en traer premonitoriamente los indicios de la menor amenaza, sus siestas eran a menudo interrumpidas por un extraño, lejano y átono chirrido, como el producido por la larva de un monstruoso lepidóptero que devorase las entrañas del monte para hacer el nido donde desarrollar su metamorfosis y un día desplegar las alas apocalípticas que lo sumirían en las sombras. El ruido cesaba en cuanto la atención del guarda se dirigía a él, como si el insecto se hallara en clandestina comunicación con un departamento traidor de su pensamiento que le advirtiera de la alarma y el peligro. En medio de aquellos fenómenos —y para aumentar su confusión— una noche de junio, también desde uno de los puntos más altos, el guarda vio por primera vez reverberar la luna en una lámina de agua, encajada entre dos laderas del penúltimo horizonte, bastante lejos de su dominio y en la misma dirección de la nube de polvo. No tenía el guarda por qué creerlo; es decir, tenía muchas razones para no creer posible que el río creciera hasta aquel punto aun cuando en la primavera se habían producido intensas y constantes precipitaciones. Una vez más, pensó, el fuego y el agua habían dejado de lado sus mutuas diferencias e intercambiando parte de sus sustancias habían decidido extender su dominación gracias a una alianza de un poder formidable e irresistible. El humo y vaho arriba, el agua abajo, como había sido en su origen y como volvería a ser, tras el efímero período abierto por su pugna en que demasiadas cosas habían querido, y por un instante eónico podido, tener personalidad propia, como esas pequeñas naciones nacidas de un desmembrado imperio y que en el envite siguiente de la historia pasan de nuevo a provincias de otro pujante imperio. A la mañana siguiente, deseoso el guarda de verificar el fenómeno a la primera luz diurna, vio que el lugar donde la noche anterior brillaba la luna se hallaba sepultado bajo la niebla, un pañal de encaje y algodón que el feroz y zumbón demiurgo preparó para recibir la sorprendente criatura del sols-

ticio de verano. Quién sabe qué pensó el guarda, que llegó a pensar, hasta dónde le llevó su imaginación, qué improbable cumplimiento de una imposible promesa. Cabe pensar que llegó a temer que siguiese aumentando el nivel de las aguas y de la niebla, hasta besar sus plantas y quién sabe si sepultar su monte. En justicia, aquel portento sólo podía ser obra de la propiedad que decidida a jubilarle —y premiar su abnegación y fidelidad con su subsistencia, como ese instrumento de guerra que por su ejemplar conducta en lugar de ser desguazado pasa al museo— renunciara a enviar un sucesor y, cambiando el sistema, hubiera optado por proteger y rodear el monte con una masa de agua y fuego; aunque también podía ser obra del maligno espíritu transgresor que convencido de la imposibilidad de hollarlo por tierra hubiera urdido aquel método para salirse con la suya, sepultando bajo las aguas al monte y su guarda. Al portento venía a sumarse el que en casi dos años nadie se acercara por aquellas tierras, un plazo inusitadamente largo para una época de paz —que solamente había sido superado durante la guerra— y que acaso respondiera a los secretos preparativos de quien estaba proyectando y acumulando fuerzas para un último y definitivo ataque. Hasta cerca del verano permaneció aquel punto alejado del valle sepulto bajo la niebla y cuando el año había entrado ya en la cuenta de la segunda mitad de su vida, al fin una mañana apareció la brillante lámina de agua rodeada de montañas que reclinaron su frente y bajaron la mirada para contemplar el recién nacido. Hipnotizado, no podía apartar su atención de aquel espejo anaranjado, el aliento del espíritu sobre las aguas que tras tanto tiempo ausente de la quimera terrenal volvía a recuperar su dominio y su inspiración; tan hipnotizado que ni siquiera se molestó en volver la cabeza ante el crujido de la hojarasca.


EX
LIBRIS
ARMAURUMQUE